

# Experiencias de "comaternidad" Procesos de demanda y vida cotidiana.

Paz Landeira, Florencia.

Cita:

Paz Landeira, Florencia (2020). *Experiencias de "comaternidad" Procesos de demanda y vida cotidiana*. En UNSAM *Experiencias en contexto*. San Martín (Argentina): UNSAM Edita.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/florencia.paz.landeira/21>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pa6z/bkz>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica* es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MARÍA FLORENCIA BLANCO ESMORIS  
HERNÁN CONFINO, LUCÍA DE ABRANTES  
RODRIGO GONZÁLEZ TIZÓN  
ANA CLARA RAFFAELE, JULIANA VERDENELLI  
(comps.)

## Experiencias en contexto

Artículos seleccionados  
de las III Jornadas  
Interdisciplinarias  
de Jóvenes Investigadores  
del Instituto de Altos  
Estudios Sociales



Experiencias en contexto: Artículos seleccionados  
de las III Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores  
del Instituto de Altos Estudios Sociales / María Florencia Blanco  
Esmoris... [et al.]; compilado por María Florencia Blanco  
Esmoris... [et al.] ; prólogo de Ariel Wilkis.  
1.ª edición - San Martín: UNSAM EDITA, 2020.  
Libro digital

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8326-59-7

1. Derechos Humanos. 2. Ciencias Sociales. 3. Sociología.  
I. Blanco Esmoris, María Florencia, comp. II. Wilkis, Ariel, prolog.  
CDD 306.01

© 2020 UNSAM EDITA de Universidad Nacional de San Martín

UNSAM EDITA

Edificio de Containers, Torre B, PB

Campus Miguelete

25 de Mayo y Francia, San Martín (B1650HMQ),

provincia de Buenos Aires, Argentina

unsamedita@unsam.edu.ar

www.unsamedita.unsam.edu.ar

DISEÑO: Laboratorio de Diseño (DiLab.UNSAM)

TIPOGRAFÍA: Karmina y Karmina Sans, Typetogether

CORRECCIÓN Y COMPOSICIÓN: Javier Beramendi

Editado en la Argentina.

Prohibida la reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia,  
sin la autorización expresa de sus editores.

# ÍNDICE

- 5      **PREFACIO**
- 7      **PRÓLOGO por Ariel Wilkis**
- 9      **INTRODUCCIÓN**  
María Florencia Blanco, Esmoris Hernán Confino,  
Lucía De Abrantes, Rodrigo González Tizón,  
Anaclara Raffaele y Juliana Verdenelli
- EXPERIENCIA Y MEMORIA**
- 40     **Experiencias honorables**  
Memorias de exalumnos de la  
Escuela de Mecánica de la Armada  
María Jazmín Ohanian
- 59     **Entre la práctica experta y el compromiso político**  
Intervenciones profesionales en la implementación de políticas  
de memoria en ex Centros Clandestinos de Detención, Tortura  
y Exterminio  
Adriana Leticia D'Ottavio
- 80     **Práctica teatral y construcción de memoria**  
La última dictadura militar a través de la obra  
*Palabras de Resistencia*  
Rocío Arisnabarreta, Celina Lanza y Agustina Zaffaroni
- EXPERIENCIA Y ESPACIO**
- 102    **El poder del papel**  
Documentos y experiencias en la trama vecinal de  
un asentamiento planificado de La Matanza  
Lucas Barreto
- 124    **Las múltiples formas de habitar  
la periferia urbana**  
Experiencias de migrantes bolivianos/as  
radicados/as en La Plata  
Paula Posada Campoy

- 144 **Escombros que se integran y se desintegran**  
Experiencias urbanizadoras y estéticas en  
pequeñas aglomeraciones “despobladas”  
de la pampa bonaerense  
Yanina Faccio
- EXPERIENCIA Y CUERPO**
- 187 **La crueldad y las mujeres privadas de libertad**  
Alejandra Rodríguez
- 172 **Influencers, mujeres y *running***  
Algunas consideraciones para entender  
los nuevos consumos deportivos y los estilos  
de vida saludable  
Nemesia Hijós
- 187 **Experiencias de “comaternidad”**  
Procesos de demanda y vida cotidiana  
Florencia Paz Landeira
- EXPERIENCIA Y SABERES**
- 215 **El acceso al crédito informal  
y las prácticas de consumo  
en la localidad de Grand Bourg**  
María Laura Ochoa
- 240 **Experiencias, prácticas y saberes de la autogestión**  
Apuntes desde la investigación colaborativa con  
empresas recuperadas y cooperativas de la economía  
popular  
Alioscia Castronovo
- 292 **Saber y experiencia en territorio**  
Cultura, proyecto y tecnología  
Anaís Roig
- 316 **SOBRE LOS AUTORES**
- 321 **SOBRE LOS COMPILADORES**

## PREFACIO

A comienzos del mes de septiembre de 2017 tuvo lugar la tercera edición de las Jornadas Interdisciplinarias de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES). La sede del evento fue, como en sus ediciones anteriores de 2013 y 2015, el campus que la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) posee en Miguelete, en un predio aledaño a la estación del mismo nombre del Ferrocarril General Mitre. Durante tres días consecutivos –del 6 al 8 de septiembre–, investigadoras e investigadores de distintas procedencias institucionales, disciplinares y geográficas confluyeron en ese punto del conurbano norte para presentar y discutir sus trabajos sobre diversas temáticas relacionadas con el estudio de lo social.

La cantidad de asistentes a las jornadas superó con creces a la de las dos ediciones previas, y confirmó así una tendencia insinuada en 2015. Este incremento, más allá de las cifras concretas –166 ponencias repartidas en 18 grupos de trabajo, a las que deben agregarse los coordinadores de cada grupo y los diversos comentaristas invitados– es sintomático de un fenómeno más profundo que la mera expansión cuantitativa. Ante todo, el aumento en el número de asistentes da cuenta de la consolidación definitiva de un espacio que pretendió ofrecer a los investigadores e investigadoras que transitan sus primeros pasos en el oficio la posibilidad del intercambio y la discusión con sus pares en la profesión. En este sentido, y sin temor a exagerar, puede afirmarse que las Jornadas del IDAES llegaron para quedarse.

Además de una respuesta a esta necesidad concreta de investigadores e investigadoras, las Jornadas constituyen la materialización de una política institucional específica. Desde sus inicios, el IDAES –que cumplió en 2018 su vigésimo aniversario– se planteó profundizar el camino esbozado por una universidad que otorga idéntica prioridad a la intervención en el territorio circundante que al objetivo tradicional de la formación intelectual y la

producción de conocimiento académico. Este rasgo identitario del IDAES se vio reflejado de manera clara en el contenido de las Jornadas, tanto en las propuestas de los diversos grupos de trabajo como en las ponencias, donde la preocupación por el vínculo entre universidad y sociedad constituyó un tópico central. Así, esta compilación surgió como un anhelo por cristalizar el devenir de esa reflexión colectiva que comenzó allá por el año 2013.

En línea con esta meta, durante la selección de los trabajos que integrarían el libro –12 del total de 166 presentados en las Jornadas– se dio prioridad a aquellos que compartían la preocupación por construir un conocimiento situado, inmerso en los territorios, las prácticas, las representaciones y los discursos que atraviesan y condicionan la existencia de los sujetos de carne y hueso. Se trataba, entonces, de una apuesta a la vez epistemológica y política que encontró en el estudio de caso una herramienta privilegiada, sin que esto significase perder de vista las preguntas generales que habitan el horizonte de las ciencias sociales. En efecto, la reflexión conceptual de las voces autorales convocadas se desplegó en estrecho diálogo con entornos, relaciones y sujetos concretos, lo que dio pie a un proceso de interpelación mutua entre saber académico y realidad social que constituye, posiblemente, el aporte fundamental de la obra.

## PRÓLOGO

Ariel Wilkis

Tengo el enorme honor de prologar este libro que reúne un conjunto de artículos escritos por jóvenes investigadores e investigadoras del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Esta obra colectiva es uno de los resultados del ímpetu de una nueva generación de académicos y académicas por darle organización y contenido a la investigación en ciencias sociales en nuestra institución. En 2017 las “Jornadas de Investigación de Jóvenes Investigadores del IDAES” convocaron a cientos de becarios y becarias, tesistas y estudiantes de grado y posgrado. Con el compromiso de organizar un texto colectivo, recuperé múltiples estilos de trabajo disciplinar, diversas tradiciones teóricas y heterogéneos objetos empíricos.

Este libro nos permite explorar un *modo* de habitar las ciencias sociales. En la colección de artículos conviven autores y autoras que provienen de la sociología, la antropología, las ciencias de la comunicación, las ciencias políticas, la educación y la historia. En este aspecto reconozco en esta obra los rasgos profundos de una institución como el IDAES, que las nuevas generaciones van resignificando. Nuestra institución lejos está de organizarse a partir de territorios estancos del saber, es parte de su identidad perseguir una vocación de ser parte de lo que podríamos llamar una ciencia social total, una búsqueda del saber que no se escuda en las fronteras de las disciplinas, sino que las explora, las cruza y huye cuando asoma la gendarmería moral del conocimiento.

Este libro es un fiel representante de este estilo de relación con el saber. Sus autores se apoyan en la categoría de *experiencia* para viajar por la sociología, la antropología y la historia. Desde esta propuesta la lectura de los capítulos reunidos por esta colección aprendemos tres cosas fundamentales. En primer lugar, sin la categoría de *experiencia* no podríamos comprender



gran parte de la historia de estas disciplinas desde mediados de la segunda mitad del siglo XX. En segundo lugar, a través suyo encontramos la evidencia conceptual de una “zona franca” para todas estas disciplinas donde autores como Norbert Elías, E.P. Thompson, Raymond Williams o Pierre Bourdieu son leídos y usados para ensanchar la convergencia entre sociología, antropología e historia. Esta convergencia es también metodológica. Al momento de preguntarse sobre los significados que se sedimentan en las *experiencias* de las personas individuales y colectivas, los autores y las autoras moldean sus archivos, entrevistas o etnografías.

Las cuatro partes que organizan el libro son entradas privilegiadas para conocer a la sociedad argentina, en su devenir histórico y su presente. La memoria, el espacio, el cuerpo y el saber son las apuestas analíticas que el lector es invitado a transitar para conocer nuestra sociedad y su historicidad. El peso que tienen estas categorías en la teoría social y la tradición de las ciencias sociales y humanas no es suficiente para acudir a ellas. Los y las autores nos brindan textos vívidos de por qué sin ellas podríamos perder mucho de la comprensión de los conflictos, los dilemas y los dramas que anudan nuestra sociedad.

Dejo ahora al lector y la lectora que emprendan su propia *experiencia* de interpretación del contenido de esta obra que representa el trabajo de una nueva generación de cientistas sociales apasionada por su oficio y comprometida con el tiempo que les toca vivir.

## INTRODUCCIÓN

María Florencia Blanco, Esmoris Hernán Confino, Lucía De Abrantes,  
Rodrigo González Tizón, Anaclara Raffaele y Juliana Verdenelli

¿Cómo producir una obra coherente a partir de un conglomerado de investigaciones heterogéneas? Al comenzar el proyecto de este libro, lo primero que se hizo evidente fue que los trabajos seleccionados, más allá de su preocupación común por vincular la reflexión teórica con la realidad empírica, se caracterizaban por una profunda diversidad: de enfoques, temáticas, disciplinas, metodologías e, incluso, en el grado de formación de sus autores. Buena parte del éxito de la empresa compiladora, en consecuencia, dependía de la posibilidad de otorgarle unidad a esa multiplicidad inicial.

Esta preocupación fue la que condujo hacia la noción de “experiencia” y la que definió su constitución como clave analítica de la obra: bajo su luz, las piezas heterogéneas cobraron la forma de un mosaico diverso pero coherente dentro del cual actores, prácticas, espacios y temporalidades diferentes entraban en diálogo. El libro, en este sentido, se planteó como un aporte a la reflexión sobre los caminos disímiles por los que los sujetos transitan la aventura de vivir en un mundo habitado también por otros. Recorridos particulares pero que, por su carácter situado y compartido, configuran un mosaico de experiencias en contexto.

Como toda noción proveniente del campo de las ciencias sociales, la experiencia no posee un significado transparente ni, tampoco, unívoco. Su empleo como categoría de análisis, por otra parte, trascendió los cambios propios de las disciplinas sociales y se vinculó también con procesos políticos e históricos desarrollados a escala mundial desde la segunda mitad del siglo pasado. Procesos que, en lo fundamental, orbitaron en torno al fin de los llamados “grandes relatos” y a la visibilización creciente de los derechos y las luchas de las minorías. La rehabilitación de la acción de los sujetos en la historia, núcleo duro de la noción de experiencia, se gestó en paralelo a la crisis de las utopías revolucionarias y maximalistas propias de la modernidad.

Lejos del esfuerzo –desde ya, imposible– por alcanzar una definición cerrada del término, la apuesta de esta obra consiste en resaltar su potencial como herramienta mediadora entre las posiciones binarias o de sesgo polarizante que caracterizaron durante décadas el horizonte de las ciencias sociales: individuo/sociedad, particular/general, agencia/estructura, acción/discurso, entre otras. Contra este tipo de miradas, la experiencia funciona como un prisma que permite observar la realidad social desde distintos ángulos y disciplinas.

Quizás el mayor legado de los diversos esfuerzos por introducir el uso del concepto de experiencia en el estudio de lo social radicó en su capacidad de replantear la forma en que, por mucho tiempo, se había entendido la relación entre lo individual y lo colectivo. La noción jugó un papel central en la restitución del protagonismo de los actores –con sus prácticas y modos de subjetivación– en la producción de lo social, sin abandonar por ello su inscripción en procesos que los desbordan y condicionan (pero no determinan) su accionar. De lo que se trataba era de sustraer la agencia de los sujetos tanto de supuestos recorridos teleológicos de la historia portadores de una promesa redentora como de su contrario, el determinismo absoluto de las estructuras sociales establecidas.

Otro de los aportes fundamentales del concepto que rige esta compilación se vinculó con los modos entender la convivencia entre el presente, el pasado y el futuro. El debate sobre la experiencia estimuló una reflexión sobre las temporalidades en que los seres humanos piensan su paso por el mundo y, en particular, sobre la imbricación que existe entre un pasado que es aprehendido e incorporado como parte de una determinada configuración presente y proyectado bajo la forma de una expectativa a futuro.

El recorrido que propone esta introducción –una entre tantas derivas posibles– resalta la centralidad de la noción de experiencia para erosionar las lecturas deterministas de lo social en un momento del siglo XX en el que se producían transformaciones sociopolíticas significativas. Se trató de un fenómeno que atravesó las distintas disciplinas sociales y cuyo epicentro fueron las décadas de 1960 y 1970 pero que, bajo la forma de nuevas preguntas, se mantiene vigente en el presente. Las páginas siguientes ofrecen una descripción de las principales acepciones que asumió el concepto de experiencia en el marco de su redescubrimiento por los cientistas sociales y, luego, avanzan sobre las formas específicas en las que fue articulado en cada uno de los ejes y trabajos de esta compilación.

## Una genealogía de la experiencia

La experiencia desempeñó un rol protagónico en la renovación de los estudios sociales a mitad del siglo pasado. Si bien diversas tradiciones filosóficas ya habían puntualizado su importancia –en particular, como dimensión constitutiva del individuo– fue recién durante este período que logró adquirir un lugar preponderante en el abordaje de lo social. En un contexto intelectual en el que las corrientes estructuralistas comenzaban a ser foco de numerosas críticas, la experiencia se posicionó como uno de los conceptos capaces de poner en cuestión la naturaleza determinada de los lazos sociales. Se trató, en última instancia, de un movimiento interdisciplinar que pretendía rehabilitar la agencia de los sujetos en la producción y reproducción del mundo social.

Esta renovada mirada –que recibió múltiples etiquetas en alusión a la radicalidad de su viraje: giro hermenéutico, giro lingüístico, giro interpretativo– se oponía a pensar a la sociedad en términos de un sistema que se autorregula y reproduce a sí mismo con prescindencia del accionar creativo de los individuos que la componen. Las estructuras, por sí solas, ya no alcanzaban para explicar ni tampoco permitían comprender la complejidad del mundo social. Como consecuencia, los sujetos, y con ellos sus prácticas, representaciones, procesos interpretativos, vivencias y conocimientos, fueron colocados en el centro de la escena intelectual.

Estas transformaciones, además, daban cuenta de otras que se estaban produciendo al nivel de la política global. El descrédito de la utopía comunista a escala mundial, provocado por la revelación de los crímenes del estalinismo soviético, removió las certezas de la dialéctica marxista como movimiento histórico y como destino inexorable de la humanidad. En ese marco, las grandes estructuras tambalearon tanto en su carácter de promesa futura como en su condición de fundamento gnoseológico.

No obstante, la recuperación de los actores no implicó concebir a la sociedad como una mera sumatoria de individuos ni, tampoco, como extensión de las intenciones –conscientes o no– involucradas en las acciones de los sujetos. Por el contrario, este giro interdisciplinar que abrazó a las ciencias sociales en los albores de los años sesenta no buscaba designar qué dimensión –subjética o estructural– era capaz de determinar a la otra, sino desplegar perspectivas de análisis relacional. En definitiva, el objetivo era quebrar las dicotomías que habían caracterizado el arsenal teórico y analítico de las

ciencias sociales (acción/estructura, subjetivismo/objetivismo, micro/macro, material/ideal) para recuperar así la multidimensionalidad de lo social.

En el marco de estos debates, la categoría de experiencia se erigió como una de las herramientas capaces de disputar los sentidos establecidos por las perspectivas estructuralistas y sus derivas marxistas y funcionalistas y, a la vez, revitalizar algunas de las líneas indagatorias desarrolladas por las propuestas de corte subjetivista. Tal como se lo presentaba, dicho concepto –entendido como un componente central de la acción de los sujetos en el terreno de lo social– constituía un intersticio, una suerte de pliegue donde era posible observar el diálogo entre las dimensiones de lo individual y lo colectivo. Del mismo modo, permitía dudar de los trazados objetivos en los que supuestamente se inscribía la acción humana. Esto era así porque la noción no remitía ni al producto de un ejercicio solitario del sujeto en su aprehensión primaria y sensorial del mundo circundante ni tampoco a un simple “reflejo” –cristalino o distorsionado– de la estructura (Hall, 2010). La experiencia era, al contrario, siempre social y relacional.

El interés que despertó esta noción planteó una serie de desafíos e interrogantes que trascendieron las fronteras disciplinares: ¿cómo desentrañar el contenido y la naturaleza de esa experiencia a la que se apelaba con la esperanza de que ofreciera la llave de acceso al mundo social? ¿De qué manera era posible dar cuenta de las modalidades y el devenir histórico de su emergencia? ¿Mediante qué instrumentos teóricos y metodológicos abordar su estudio en el marco de una indagación de lo social? ¿Qué lugar ocupaba, en estos trazados, la contingencia histórica o la voluntad humana? Estas preguntas, de fuerte contenido epistemológico y también portadoras de una visible dimensión política, se configuraron como los ejes en torno a los cuales se estructuró la reflexión de los diversos investigadores e investigadoras que se sumaron al esfuerzo intelectual de pensar la experiencia.

Como era de esperarse, el concepto fue objeto de interpretaciones disímiles según el contexto histórico y los intereses de cada campo disciplinar en particular, lo que dio como resultado numerosas polémicas que lo tuvieron como protagonista. Sin embargo, en esa heterogeneidad de enfoques y aproximaciones es posible identificar un sustrato compartido, que habilita a pensar a los distintos abordajes de manera conjunta. La experiencia es, en todos ellos, una herramienta para acceder al componente básico de la realidad social, por décadas oculto detrás de capas de determinantes estructurales: los sujetos.

Como parte del cuestionamiento al “consenso ortodoxo” establecido por la teoría sistémica de Talcott Parsons durante la década de los cincuenta del siglo pasado (Giddens, 1997 [1984]), la experiencia se colocó tempranamente dentro de los debates sociológicos. Su empleo, por un lado, respondió a un intento de dotar de historicidad al pensamiento sociológico, atrapado en un reduccionismo categorial, sistémico y, fundamentalmente, estático durante la primera parte del siglo XX. Pero, por otro lado, la apelación a la experiencia se insertó en el esfuerzo de problematización del vínculo entre las fuerzas estructurales y la agencia de los sujetos.

Fue Norbert Elias quien en 1939 utilizó por primera vez la noción de experiencia dentro del campo sociológico e inauguró el debate, a la vez que estableció nuevos desafíos analíticos para la disciplina. En su propuesta, la sociología debía invertir la carga de su abordaje, es decir, abandonar la vocación teorizante para partir de la observación de las experiencias efectivas de los sujetos en sus interacciones sociales. Solo así sería posible reconstruir los procesos de transformación de las estructuras sociales y las estructuras de personalidad a largo plazo, lo que para el autor constituía el objeto primordial de la disciplina. Su apuesta, entonces, era que los cambios observados en la experiencia de los seres humanos –una experiencia que se moldea “[...] por medio de coerciones internas o externas” (2009 [1939]: 7)– constituirían el material empírico que le permitiría al investigador social reponer la complejidad de estos procesos de transformación.

Algunas décadas después, Pierre Bourdieu (2007 [1980]) y Anthony Giddens (1997 [1984]) incluirían a la noción de experiencia como uno de los elementos fundantes de las llamadas “teorías sintéticas”, aquellas que explicaban la reproducción y el cambio social bajo el delicado equilibrio existente entre los constreñimientos estructurales y los márgenes de acción de los sujetos. En el marco de esta búsqueda, la experiencia aparecía, en términos amplios, como un elemento constitutivo de los marcos de significación –disposiciones o esquemas para obrar, pensar y sentir– mediante los cuales los sujetos interpretan, otorgan sentido y orientan su acción en el mundo. No obstante, esas experiencias que se acumulaban en un acervo de conocimiento práctico –sentido común– que los actores despliegan cotidianamente se encontraban asociadas a una posición objetiva y estructural. Por tanto, la utilización de la categoría de experiencia implicaba, dentro de estas perspectivas, un retorno reflexivo a la vivencia subjetiva del mundo social y, al mismo tiempo, un análisis de las condiciones

objetivas que habilitaban el desarrollo de esa experiencia (Bourdieu, 2007 [1980]).

La experiencia se colocaba, entonces, en un punto de intersección entre los márgenes de autonomía involucrados en la agencia y la dependencia establecida por la estructura. En este esquema, las experiencias acumuladas y heredadas, compartidas y subjetivas, garantizaban la reproducción de la sociedad al establecer repertorios de acción dentro de los horizontes de expectativas comunes. Pero, en consonancia con la propuesta de Giddens, “[...] toda reproducción es necesariamente producción: la simiente del cambio existe en cada acto que contribuye a la reproducción de cualquier forma “ordenada” de vida social” (1997 [1984]: 127). De este modo, las experiencias constituían, por un lado, la conciencia práctica de los sujetos y, en ese punto, desempeñaban un rol privilegiado en la actualización de las estructuras sociales y los posicionamientos estructurales. Pero, al mismo tiempo, al nutrir el carácter dinámico de las acciones se establecían como herramientas transformadoras de la realidad social.

En suma, desde estas perspectivas, las estructuras sociales se expresan en una serie de reglas y recursos que los sujetos ponen en práctica en los contextos de interacción. Si bien las experiencias acumuladas tienden a reproducir esas estructuras, los sujetos negocian en cada situación social la adecuación de las reglas y recursos, lo que acaba generando nuevas experiencias y produciendo numerosos cambios.

La llamada “historia social” fue otro de los ámbitos disciplinarios donde la categoría de experiencia fue convocada para zanjar la dicotomía agencia-estructura. En este caso, su recuperación se produjo en el marco de una discusión que tuvo a los historiadores marxistas británicos como protagonistas excluyentes. El puntapié inicial lo dio Edward P. Thompson con su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1963. Utilizada para el examen del proceso de constitución del proletariado británico, la noción de experiencia ofició para Thompson como ariete contra los enfoques estructuralistas de raíz económica, hegemónicos entonces en el seno de la tradición marxista. Según el autor, la conciencia de clase del proletariado no podía derivarse automáticamente de los condicionamientos materiales: esta surgía como producto de la articulación cultural de la experiencia histórica de los sujetos bajo la forma de una identidad compartida y opuesta a la de otro conjunto de sujetos.

Contra cualquier determinismo económico, las acciones concretas de las mujeres y los hombres en la historia, sus costumbres y tradiciones y los

modos de vivenciar e interpretar su realidad cotidiana se convirtieron en los pilares de la constitución de la conciencia de clase. En el que constituye posiblemente el fragmento más recuperado de su obra, Thompson llevó este postulado al extremo al afirmar que solo era posible hablar en términos de clase “cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos (y habitualmente opuestos a los suyos)” (Thompson, 2012 [1963]: 27). De este modo, el autor planteaba una superación de la dicotomía clásica del marxismo entre la clase “en sí” y la “clase para sí” —o la clase como posición objetiva en el proceso productivo y como identidad colectiva— y, con ella, de la concepción vanguardista de una conciencia de clase “verdadera” y una “falsa”, identificada la segunda con la ideología.

Esta concepción vanguardista aludía, en los primeros años sesenta, al estalinismo soviético y, también, al trabajo de los estructuralistas marxistas, considerados por Thompson como sus repetidores culturales. En términos más generales, el historiador británico discutía la canonización del materialismo histórico como el despliegue más o menos inexorable de un programa de desarrollo ontogenético con sucesión de diversos modos de producción entendidos, a la vez, como sistemas estructuro-funcionalmente integrados, con sus correspondientes clases sociales y su base económica y una superestructura ideológica y político-jurídica funcional adaptada automáticamente a la base. En este esquema, los actores quedaban desligados de su propio destino, interpretado por designios históricos y políticos que los trascendían por completo.

La propuesta de Thompson despertó en la misma medida adhesiones y críticas, estas últimas procedentes de un amplio espectro teórico-político que abarcó desde los defensores de un marxismo economicista a ultranza —quienes criticaban su enfoque como “culturalista” o “empirista”— hasta los simpatizantes de los postulados del denominado “giro lingüístico”, corriente que ganaba espacio velozmente en el mapa intelectual de comienzos de los años ochenta. Sin embargo, más allá de los cuestionamientos que recibió la por momentos ambigua noción de experiencia provista por Thompson, su aporte principal radicó en la incorporación de los modos en que los sujetos vivencian sus propias condiciones de existencia como una variable de peso en la configuración identitaria de un sujeto colectivo. Entre otras cosas, este enfoque le permitió divorciar la génesis del proletariado británico del humo



de las fábricas de Manchester y relacionarla, en cambio, con las tradiciones jacobinas y plebeyas que se habían generalizado entre los artesanos y jornaleros durante el siglo XVIII.

Además de postularse como una categoría capaz de disputar la hegemonía de los determinismos, la experiencia supo posicionarse en otro debate crucial para las ciencias sociales: ¿cómo se configura el objeto de estudio de estos abordajes? ¿Se trata de individuos o de sociedades? Y fundamentalmente, ¿es posible escindir unos de otros a los fines de la investigación? Atender a las experiencias de los actores, bajo estos interrogantes, se constituyó en una vía eficaz para constatar que toda reflexión sobre lo social debía partir de la interacción de los individuos entre sí y de estos con el mundo circundante. Es decir, la experiencia se presentó como un material en el que individuo y sociedad no podían concebirse como sustancias pasivas y separadas. La experiencia, en definitiva, no remitía a la vivencia del actor individual ni a la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino a un conjunto de relaciones, representaciones y prácticas sociales ordenadas en un espacio-tiempo (Giddens, 1997: [1984]).

Estas transformaciones en el campo intelectual corrían en paralelo al despliegue de un conjunto de movimientos que, desde fines de la década de 1950, mostraban una capacidad creciente para instalar demandas políticas novedosas en el espacio público mundial. El “Mayo Francés”, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, el despertar del feminismo y los movimientos antibélicos, sumados a la constitución del Tercer Mundo como un nuevo actor geopolítico y a los procesos descolonizadores en Asia y África, fueron algunos de dichos movimientos. Más allá de las divergencias evidentes, subyacían a todos ellos el rechazo a la noción de progreso y a la confianza en su despliegue indefinido y la mirada crítica de los proyectos esgrimidos a ambos lados de la “Cortina de Hierro”. Por otra parte, su irrupción dejó al desnudo un conflicto social que trascendía la tradicional matriz de clase y sus determinaciones y que se complejizaba a partir de la incorporación de identidades de base etaria, étnica o de género, entre las más notables.

El impacto de estas transformaciones en el terreno intelectual supuso, para la historia y para el estudio de lo social en general, el abandono de los relatos predeterminados y los destinos manifiestos, que se desgranaron en una multiplicidad de narrativas diversas articuladas en torno a la centralidad de los actores. En este marco, la experiencia fue la categoría encargada de destacar la relevancia del accionar de los sujetos a expensas de los diferentes

“ismos” que los habían contenido: estructuralismo, marxismo y funcionalismo. Así, las explicaciones globales sobre el funcionamiento de la sociedad perdieron envergadura ante formas de análisis que colocaban a los sujetos en su centro y que volvían materia de investigación sus maneras de construir sentido sobre el mundo.

De este modo, y mediada por las críticas a los “grandes relatos”, la pretensión universalista de los cientistas sociales comenzó a ser revisada. Por ejemplo, con la caída de los grandes postulados del positivismo –tan caros a las ciencias sociales– se puso en cuestión la capacidad explicativa de las leyes generales y los modos de construirlas. No obstante, si bien este movimiento supuso el reposicionamiento del conocimiento situado, no implicó abandonar las problemáticas de alcance social. La categoría de experiencia también realizó sus aportes sobre las diversas formas de recuperar las vías de acceso a la problematización de los fenómenos sociales. Incluso, logró hacer estallar los posicionamientos rígidos en torno a las técnicas de recolección de datos y al alcance de los resultados, al presentarse como una de las categorías capaces de conectar los microprocesos con las grandes estructuras o, dicho en otras palabras, de acoplar el estudio sistémico con los mundos de la vida.

A través del análisis de las experiencias, arraigadas en sus contextos espaciales y temporales, una serie de trabajos innovadores –principalmente producidos por los interaccionistas simbólicos, los sociólogos de Chicago y los antropólogos de Manchester– logró vincular, de forma consistente, las transformaciones estructurales con un modo situado de experimentarlas. En el marco de estas propuestas indagatorias, los datos circunscriptos a contextos particulares se mostraron, quizás por primera vez, lo suficientemente idóneos para brindar claves interpretativas de las distintas dimensiones constitutivas de los universos sociales generales. Así, al permitir el diálogo entre distintos niveles de análisis y posibilitar cruces de escalas entre lo global y lo local, las vivencias de los actores se postularon como un material sumamente significativo para la tarea del investigador social.

Estas vivencias recogidas por la noción de experiencia iluminaron también la relación nosotros/otros, ofreciendo claves novedosas para problematizar los procesos de construcción identitaria, la vivencia de la otredad y las múltiples expresiones de la alteridad. Experimentar a los otros, experimentar un nosotros y atender a los diversos modos en que los grupos sociales transitan un fenómeno social fueron algunos de los tópicos que se abrieron

espacio dentro de un debate que encontró su ámbito de despliegue principal en los marcos de la disciplina antropológica.

Como ha señalado Esteban Krotz (1994), la pregunta antropológica por excelencia es y ha sido la pregunta por la alteridad, por lo “extraño” al ojo de un investigador que, casi sin excepción, portaba los valores hegemónicos de la civilización occidental. Desde sus orígenes, esta disciplina otorgó a la experiencia un lugar estratégico. Una vez desmantelada la llamada “antropología de baranda”, que aludía a las terrazas donde los funcionarios coloniales bebían infusiones y contemplaban el exotismo del mundo dominado, los antropólogos salieron a etnografiar aldeas, culturas extrañas y sociedades lejanas con la intención de recuperar el denominado “punto de vista nativo”, esto es, las interpretaciones, representaciones, vivencias y formas de significar el mundo de los actores bajo análisis. Así, la experiencia de los otros se posicionó como la dimensión central del conocimiento antropológico y como una de las marcas distintivas de este abordaje disciplinar. Esto trajo aparejado, a su vez, un ejercicio reflexivo que problematizó la vocación universalista y etnocéntrica de los grupos humanos e hizo énfasis en la necesidad del relativismo cultural como herramienta de conocimiento.

Los años sesenta trajeron consigo nuevos sentidos para la noción de experiencia en el terreno antropológico. El giro hacia el interpretativismo puso en cuestión los modos en que los investigadores podían acceder a las representaciones y sentidos propios de los grupos humanos examinados, bajo qué sistemas de significados podían leer ese material y qué relaciones de poder se desplegaban en el marco del encuentro cultural con el otro extraño. Desde perspectivas muchas veces encontradas, antropólogos como Clifford Geertz (2003 [1973]) o Víctor Turner (1985) hicieron hincapié en la necesidad de reconstruir las disputas de sentidos que atraviesan los modos de experimentar el mundo y, en especial, las formas de organizar la exteriorización de esas experiencias: relatos, expresiones, dramas sociales y producciones culturales de diversa índole constituyeron los moldes a través de los cuales las experiencias cristalizaron y se constituyeron en objetos de una puja simbólica permanente.

Esta problematización de la experiencia como instrumento de acceso al universo identitario y de las construcciones de sentido de los otros alcanzó un nuevo umbral con la difusión de los postulados del posestructuralismo en los albores de los años ochenta. En un marco que había desafiado tanto las utopías revolucionarias como también la forma de acceder al conocimiento

de lo social (Foucault, 2008 [1966] y Lyotard, 1994 [1979]), e inspirándose en los desarrollos de Saussure en torno a la materialidad del discurso –cuyo traslado a las ciencias sociales fue bautizado como el “giro lingüístico”–, Joan Scott señaló los límites de los trabajos que se habían propuesto visibilizar la experiencia de grupos hasta entonces marginados por la lente académica. Mujeres, homosexuales y negros fueron recuperados como objeto de estudio por estas aproximaciones, que ampliaron así el campo de las experiencias “merecedoras” de interés. No obstante, tal como la historiadora norteamericana señaló en su ensayo “Experiencia” (2001[1992]), en ningún caso se ponía en cuestión el contenido de esa experiencia misma, considerada como un fundamento incontrovertible del conocimiento.

La “evidencia de la experiencia”, según la denominación de Scott (2001[1992]: 47), tomaba una concepción referencial de esta noción, considerándola un reflejo directo de lo real. Su planteo, parte integrante de un movimiento más amplio que atravesó a las diversas disciplinas sociales, apelaba a la reflexión sobre el proceso histórico de conformación de la experiencia. Si para Giddens la clave de la experiencia se encontraba en su papel productor y reproductor, para Scott “la experiencia es, a la vez, siempre una interpretación y requiere una interpretación” (2001[1992]: 72).

La apariencia objetiva con la que se presentaban las identidades o clases sociales ocultaba, para la autora, las tramas discursivas contenciosas que delineaban las experiencias de los sujetos. Por tanto, es a través del estudio de los sistemas de significación en los cuales se organizan las prácticas y modos de entender el mundo que los investigadores pueden dar cuenta de las experiencias de los sujetos. No son las identidades o adscripciones las que estructuran las experiencias, sino las experiencias –en clave de discurso– las que permiten determinado tipo de experiencia subjetiva. Esta última, a pesar de presentarse con cierta fijeza y estabilidad en el tiempo, es contingente y siempre resultado de disputas de sentido.

En un contexto en el que el politólogo norteamericano Francis Fukuyama vaticinaba el “fin de la historia” (1992), intervenciones como las de Scott –que privilegiaban los vínculos entre la experiencia y el lenguaje– abrían la puerta a la interrogación por otros grupos sociales y, también, al análisis de las posiciones de sujeto y las “nuevas” identidades que el discurso habilitaba y producía. Si el sujeto cartesiano se encontraba en vías de extinción, sus experiencias podían, en cambio, dar cuenta de sus relaciones sociales. En este sentido, la inquietud que vertebraba las exigencias de la hora se articulaba en

torno a si la experiencia era transmitida a través del lenguaje o, a la inversa, era el lenguaje el que estructuraba y organizaba la experiencia como tal. En el caso de Scott, esta problemática encontró expresión, principalmente, en su estudio sobre el género como categoría histórica y analítica (1986, 1991).

El giro lingüístico, presumiblemente acompañado por la *Perestroika* que desde mitad de la década de los ochenta anunciaba las hondas transformaciones que atravesaría la Unión Soviética, evidenció que ya no era suficiente apelar a “estructuras objetivas” para dar cuenta del devenir de la sociedad y sus transformaciones. Las certezas del devenir histórico habían sido conculcadas y, por tanto, no quedaba resquicio alguno de confianza en la estabilidad y la permanencia. Desde distintas disciplinas y con diverso grado de radicalidad, se repositonó al lenguaje como un elemento explicativo y estructurante de la acción, a partir del cual los sujetos aprehendían el mundo. De esta manera, las experiencias vividas, el significado atribuido a ellas, los valores asignados, los afectos provocados y las expresiones con las que se organizan (siempre cambiantes y en disputa), comenzaron a pensarse como un todo dinámico. Ni estable ni inmediata, la experiencia era capaz de transformar paulatinamente al lenguaje, a la par que era moldeada y estructurada por este.

Ahora bien, no todas las reflexiones sobre experiencia y discurso se focalizaron en los condicionamientos que el lenguaje imponía a la vivencia del mundo de los sujetos analizados. Otras aproximaciones se dedicaron, en cambio, a problematizar el rol del investigador: ¿cómo se articula el discurso nativo, propio de los actores estudiados, con el discurso analítico, utilizado por el cientista social? ¿Qué sucede con las experiencias de los investigadores? ¿Cómo dialogan las experiencias del sujeto cognoscente y el sujeto cognoscible? Esta preocupación no era, ciertamente, novedosa. Ya tenía sus antecedentes en la disciplina antropológica. En efecto, había sido la corriente etnometodológica la que introdujo durante las décadas de 1950 y 1960 el concepto de reflexividad al análisis de las situaciones sociales cotidianas. Uno de sus iniciadores, Harold Garfinkel (1967), había advertido cómo los procesos mediante los cuales los científicos sociales construyen, ordenan y clasifican el conocimiento sobre el mundo dialogan con los modos en que los sujetos viven y significan. En este marco, el interés se ancló en comprender “el carácter reflexivo de las actividades prácticas” (2000 [1979]: 133) tanto de quienes llevaban a cabo la investigación como de aquellos que formaban parte de su objeto.

A tono con estas mismas problematizaciones, años más tarde Clifford Geertz reflexionó acerca de las relaciones que se tejen entre las categorías y las experiencias de los investigadores y aquellas propias de los sujetos estudiados. La inquietud principal giraba en torno a la modalidad en que los científicos sociales podían acceder a los pensamientos y sentimientos de los sujetos que conforman su materia de investigación (Geertz, 1994 [1983]). Para resolver esta dicotomía, Geertz estructuró la cuestión a partir de una distinción nacida en el campo del psicoanálisis y en la que, como había sucedido ya en otros campos, ocupaba un lugar prioritario el concepto de experiencia.

La “experiencia próxima”, sostuvo, formaba parte de las categorías propias de los actores. Es decir, configuraba el discurso “nativo”. La “experiencia distante”, en cambio, era empleada con fines analíticos y reservada, aunque no solamente, a los investigadores. Esta distinción no implicaba la necesidad recluirse en ninguna de las dos experiencias –parciales de por sí– sino, por el contrario, de articularlas de modo tal de poder producir conocimiento sobre un determinado objeto de estudio “que no sea prisionero de sus horizontes mentales” (Geertz, 1994 [1983]: 75). Para ello, había que relacionar la comprensión de la experiencia de los actores nativos en un vínculo significativo con aquella propia del investigador. De este modo, la tarea del científico social debía orientarse a comprender cómo los sujetos estudiados se definían a sí mismos y qué procesos sociales iluminaban dichas concepciones. Para lograrlo, más que comunidad de espíritu con los actores, el investigador debía develar qué creían los actores sobre su propia realidad.

Una actitud análoga de parte del investigador fue demandada desde la sociología por Bourdieu y Wacquant (2005) cuando postularon la importancia de la “reflexividad epistémica” como herramienta necesaria para la intervención en las ciencias sociales. Plantearon, de este modo, que toda investigación implicaba una producción de conocimiento situada, atravesada por las relaciones de poder que horadan esas condiciones de producción. Con la certeza de la trascendencia de las relaciones sociales a su estructuración lingüística, Bourdieu y Wacquant sostuvieron que tanto el investigador como su producto se insertaban polifónicamente en una trama de relaciones preexistente a la que contribuían a modificar con su intervención. La reflexividad se alzaba, entonces, como un instrumento nodal para la comprensión de las escenas de las que los científicos sociales forzosamente formaban parte. Este compromiso analítico del investigador, por tanto, se constituía en un

lugar de enunciación a todas luces diferente de aquel que había pretendido y estereotipado un científico aséptico cuya intervención se limitara a dar cuenta de las determinaciones que atravesaban la totalidad social.

Ese lugar de enunciación comprometido es el que se despliega, con la experiencia como centro, a través de los cuatro ejes que vertebran la presente compilación: memoria, espacio, cuerpo y saberes prácticos. La decisión de organizar los trabajos bajo estas cuatro dimensiones respondió, en primera instancia, a las problemáticas que los propios autores de este libro abordaron en sus producciones. Pero también, este modo de estructuración de la obra se desprendió del hecho de que los cuatro ejes configuran cuatro núcleos significativos de los debates actuales de las disciplinas sociales. Finalmente, fueron su capacidad para exponer el carácter inacabado y polisémico de la categoría de experiencia y su potencial para cuenta de la condición de puente entre disciplinas de la noción los que terminaron de inclinar la balanza a favor de la memoria, el espacio, el cuerpo y los saberes prácticos. Uno entre muchos posibles, este es el recorrido que se propone en el presente libro.

## Experiencia y memoria

La memoria se consagró como una preocupación central de las sociedades occidentales durante las décadas finales del siglo XX. Este “giro hacia el pasado” (Huyssen, 2000) constituyó, en parte, una respuesta a las ansiedades finiseculares y a la percepción de una temporalidad más fugaz como producto del avance tecnológico constante. Sin embargo, esta ansiedad por el recuerdo reconocía un impulso anterior, y quizás más fuerte, en las diversas masacres que atravesaron de un extremo a otro la centuria pasada y que tuvieron en el genocidio del pueblo judío su episodio más atroz. Con el Holocausto como referencia ineludible, cobró forma una verdadera “cultura de la memoria” (Huyssen, 2000) que situó al recuerdo de los crímenes en el centro de las preocupaciones de la hora y que se tradujo en la difusión de múltiples escritos testimoniales sobre la experiencia concentracionaria nazi. Primo Levi, Elie Wiesel o Jorge Semprún son tan solo algunos de los nombres que narraron en primera persona el horror de los campos de concentración.

Este creciente interés social por la memoria tuvo su eco entre los investigadores sociales. Fue entonces que la obra de Maurice Halbwachs, desarrollada fundamentalmente entre las décadas de 1920 y 1940, alcanzó

su consagración definitiva; especialmente, su noción de memoria colectiva (2004 [1925]), que supuso una revolución en los modos de pensar el recuerdo humano y desterró definitivamente las aproximaciones que lo caracterizaban como un procedimiento de carácter individual. La obra de Halbwachs fue la piedra fundante de un campo de estudios de amplia difusión mundial, especialmente en el ámbito europeo, que reconoce entre sus principales referentes a figuras como Michel Pollack, Tzvetan Todorov y Pierre Nora, entre otros.

En Argentina, el impulso memorial tuvo como trasfondo la represión ejercida por la última dictadura (1976-1983) y el activismo humanitario forjado como respuesta a ella. Incorporada a mediados de la década de 1990, la exigencia de “memoria” se sumó de manera tardía a las demandas de un movimiento de derechos humanos que reclamó con insistencia, desde los años finales del régimen militar, la obtención de “verdad” y “justicia” por los crímenes de la represión dictatorial (Jelin, 1995; Vezzetti, 2002; Tahir, 2011). Esta inclusión no fue automática, sino que debió sortear la resistencia de un sector del movimiento de derechos humanos que veía en el esfuerzo conmemorativo una claudicación en la lucha por la verdad y la justicia (Guglielmucci, 2013). Fueron la reivindicación del recuerdo del pasado reciente que hicieron los nuevos organismos surgidos en el espacio político argentino durante la última década del siglo XX y las acciones emprendidas por el propio Estado nacional a comienzos de la centuria siguiente las que permitieron superar ese resquemor inicial y consagrar la legitimidad social de la memoria.

Este “boom de la memoria” (Lvovich y Bisquert, 2008) desplegado en la coyuntura del cambio de siglo argentino se tradujo, de forma análoga a lo que había sucedido a escala mundial, en la difusión de múltiples escritos testimoniales sobre la experiencia dictatorial y en el inicio de una reflexión sistemática sobre los modos de recordación desde el campo académico. Entre los primeros, destacaron los relatos producidos por sobrevivientes de los centros clandestinos de detención (CCD). En el terreno académico, fueron Elizabeth Jelin, Hugo Vezzetti y Emilio Crenzel quienes en los albores del siglo XXI aportaron las obras de referencia para un campo que hasta el día de hoy continúa en franco crecimiento.

La relación entre experiencia y memoria, tópico que organiza el primero de los ejes de la compilación, está lejos de ser unívoca. Entre las diversas aproximaciones que habilita este vínculo, dos se encuentran especialmente



a tono con las problemáticas centrales de la compilación. La primera parte de pensar a la experiencia –en tanto vivencia de acontecimientos pretéritos– como insumo de la memoria. Entendida de este modo, la rememoración constituye un ejercicio de recuperación de una “materia prima experiencial” pasada desde un presente cargado con sus propias urgencias y anhelos y de cara a un futuro que se considera deseable. La operación de memoria emerge, así, como un puente entre temporalidades, una suerte de garante de la transmisión intergeneracional del pasado ante la posibilidad de su olvido (Todorov, 2008).

Otro abordaje posible consiste en considerar a la memoria como una experiencia en sí misma: la “experiencia del recordar”. En este caso, el foco ya no está puesto en el material de recordación en sí mismo, sino en los procedimientos que se ponen en juego al momento de definir qué es lo que efectivamente “merece ser recordado” (Da Silva Catela, 2014). Desde esta perspectiva, que parte de la premisa de que no se puede recordar todo, la memoria se configura como un esfuerzo activo –un “trabajo” (Jelin, 2002)– que se realiza en conjunto con otros según determinados marcos sociales compartidos (Halbwachs, 2004 [1925]) que definen qué fragmentos y sentidos del pasado se rescatan y qué otros se relegan al olvido.

Más que figuras excluyentes del vínculo entre experiencia y memoria, estos modos de pensar la relación entre una y otra constituyen las dos caras de un mismo fenómeno. En efecto, el ejercicio rememorativo toma siempre como base un material pasado –una materia prima experiencial– que atraviesa un procedimiento de selección, recorte o exclusión –una experiencia del recordar– hasta alcanzar su forma definitiva en determinada formación de memoria más o menos estable. Ambas perspectivas, por consiguiente, son complementarias y deben por eso ser consideradas conjuntamente para comprender el lazo que une a la experiencia con la memoria.

La relación entre ambas nociones está, además, atravesada por una dimensión política insoslayable. Qué se recuerda, cómo e, incluso, mediante qué soportes específicos, no son cuestiones dadas de antemano: su perfil se delinea a partir de los posicionamientos –éticos, políticos, profesionales e, incluso, estéticos– de cada comunidad de recuerdo específica. Como consecuencia, existen múltiples interpretaciones posibles sobre un mismo pasado, las cuales entran en colisión entre sí por su vocación de establecerse como las únicas legítimas u “oficiales”. La resultante es, como sugiere Jelin (2002), un escenario de memorias en conflicto permanente que define, según la

correlación de fuerzas de cada coyuntura específica, jerarquías entre esas narraciones del pasado dentro del espacio público (Da Silva Catela, 2014).

Enmarcados en esta preocupación por el vínculo entre experiencia y memoria, los trabajos recopilados en este eje proponen perspectivas innovadoras para pensar dicho lazo. Jazmín Ohanian examina los mecanismos de construcción identitaria y los conflictos que atraviesan el ejercicio de memoria realizado por los integrantes de una asociación de exalumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), cuya representación de la experiencia vivida en dicha institución –recuperada en clave honorífica– se encuentra en las antípodas del relato impulsado desde el movimiento de derechos humanos. Con el foco puesto en la experiencia laboral de arqueólogos y conservadores en los ex centros clandestinos de detención de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires devenidos en sitios de memoria, el trabajo de Adriana D’Ottavio echa luz sobre los múltiples desafíos que plantea la articulación entre saber experto y compromiso político en dichos espacios. Finalmente, la investigación de Rocío Arisnabarreta, Celina Lanza y Agustina Zaffaroni bucea en las tensiones y dilemas que surgen entre los miembros de una compañía de teatro de la ciudad de Saladillo durante su esfuerzo por recuperar los vestigios de la experiencia represiva de una comunidad donde la narrativa de memoria hegemónica sostiene que allí “no sucedió nada” durante la dictadura militar.

## Experiencia y espacio

Las categorías de tiempo y espacio constituyen nodos centrales del abordaje de los científicos sociales: cuándo y dónde son dos interrogantes insoslayables al momento de situar el estudio de la realidad social. Esta relevancia no es azarosa, sino que se explica en gran medida por el lugar que esas nociones desempeñan en la experiencia vital de los sujetos. En otras palabras, tiempo y espacio son coordenadas fundamentales que orientan tanto los procesos interpretativos de los investigadores sociales como, también, los de los propios sujetos en su producción y reproducción de la vida cotidiana.

Así como resulta imposible concebir al tiempo como una noción unívoca –que estructura de una única forma la evocación del pasado y las figuraciones del porvenir–, el espacio se postula como una categoría conflictiva, ambigua y multifacética. Como sostiene Harvey, “El espacio no es

en sí mismo ni absoluto, ni relativo, ni relacional, pero puede llegar a ser una de estas cosas o todas a la vez según las circunstancias” (1977: 5). La espacialidad, entonces, aparece delimitada bajo distintas escalas, surcada por diversas fronteras y anclada en superficies territoriales disímiles, porque es producida, transformada, materializada, representada, practicada y, fundamentalmente, habitada por actores sociales que, como parte de ese “habitar” el espacio, construyen un diálogo de interpelación mutua con el entorno.

En Argentina, la pregunta por el espacio adquirió preponderancia en el marco de un proceso de urbanización acelerado que trastocó profundamente el asentamiento de la población sobre el territorio nacional. En los años treinta del siglo pasado, la pujante ciudad de Buenos Aires se expandía a expensas de un interior deprimido. El desmantelamiento del modelo agroexportador que había apuntalado la formación del Estado-nación argentino, el incipiente proceso de industrialización por sustituciones y el consecuente éxodo rural comenzaron a delinear la figura de un sistema urbano macrocefálico caracterizado por una concentración excesiva de los recursos estratégicos en su centro porteño.

La radicalidad de estos cambios despertó una serie de interrogantes en la intelectualidad argentina: ¿hasta dónde podía crecer la ciudad de Buenos Aires y cuáles serían los corolarios de esa expansión? Los intentos por dar respuesta a estas preguntas dieron lugar a los más oscuros presagios sobre el futuro nacional, como los que enarboló Ezequiel Martínez Estrada en *La cabeza de Goliat* (2017 [1947]). Mediante el recurso de la metáfora biologicista, el autor advertía –recuperando algunos de los supuestos ya establecidos en *Radiografía de la pampa* (2017 [1933])– sobre el fracaso irrevocable hacia el que la “cabeza” urbana conduciría al “cuerpo”, encarnado por los territorios del “Interior”. Convencido de que Buenos Aires condensaba algunos de los “males más terribles” del experimento nacional, Martínez Estrada no dudó en proclamar que los argentinos “hemos hecho una gran ciudad porque no supimos hacer una gran nación” (2017 [1947]: 103).

Adelantándose a científicos sociales como Gino Germani, Hugo Ratier, Silvia Sigal, Pedro Pérez, Guillermo Neiman y Oscar Oszlak, *La cabeza de Goliat* inauguró la pregunta por la transformación del territorio nacional resultante de los cambios operados en la estructura económica de la Argentina, recuperando las causas y efectos de los movimientos migratorios y analizando la genealogía de las desigualdades sobre las

que se montan –y que, a su vez, estimulan– estos complejos procesos territoriales. Con su pluma incómoda, alejada del canon académico de su época, Martínez Estrada sentó las bases de la discusión en la que, pocos años después, se verían enfrascados sociólogos, antropólogos, politólogos e historiadores, y cuyo eje giraría en torno a la problematización del espacio que habitamos.

En su etapa inicial, a finales de la década de 1960, el debate académico se estructuró en torno a una dicotomía fundamental: la oposición entre el espacio rural y el urbano, que fue entonces examinada en sus múltiples contrastes. Junto a su cariz dicotómico, estos abordajes evidenciaron una marcada prescindencia de las perspectivas de los actores sociales y de las complejas tramas relacionales y estructurales que organizan el habitar. Este modo de aproximación a la pregunta por la dimensión espacial de la vida social, con sus tópicos y abordajes particulares, marcó la agenda de este campo de indagaciones durante la década de 1980 y, en algunos casos, continuó hasta el presente.

El vínculo entre experiencia y espacio, enlace que organiza el segundo eje de este libro, irrumpe tanto como parte de la necesidad de cuestionar el enfoque dual como para visibilizar a los sujetos y las disputas que atraviesan sus modos de habitar el territorio argentino. Con asidero en diversas propuestas analíticas contemporáneas, este enfoque pretendió renovar las preguntas y los modos de reflexionar sobre las modalidades, tensiones y efectos que caracterizan a la acción de los sujetos en el espacio.

La experiencia de los actores –una experiencia que se expresa y articula en identidades colectivas, documentos, disposiciones burocráticas, rituales, mapas, recorridos, simbologías, morfologías– posibilita, en primer lugar, el desarrollo de una comprensión genuina de una categoría que parece manifestarse bajo toda la incertidumbre del vacío (Giddens, 1999). Recuperar la experiencia de la espacialidad, entonces, supone generar un recorte, situar espacialmente una pregunta, pero también establecer puentes con problemas sociales más amplios. La experiencia, en este sentido, echa luz sobre los pliegues que se constituyen entre un adentro y un afuera, lo local y lo global, lo privado y lo público (Mongin, 2006).

A su vez, la pregunta por el vínculo entre experiencia y espacio invita a explorar la dimensión material y simbólica de los escenarios en que los que viven los seres humanos. Desde esta óptica, ya no se trata de un ejercicio indagatorio “de” o “en” los espacios, sino de explorar las formas específicas

en que se anudan las materialidades con las intersubjetividades. Es decir, de asumir una perspectiva relacional entre las expresiones morfológicas y los quehaceres cotidianos de los actores, sin escindir los entornos físicos de los modos intrínsecos de vivenciarlos.

Otra potencialidad del enfoque que articula experiencia y espacio radica en su capacidad de problematizar la presunta homogeneidad de los entornos y de los grupos sociales que los habitan. El campo y la ciudad, el barrio y el pueblo, dejan de ser entidades evidentes para ser interrogados en sus múltiples dimensiones constitutivas. La definición de estos escenarios dependerá, así, de los diversos modos de experimentarlos y de las formas en que esas experiencias se traducen en prácticas y representaciones concretas. De este modo, se ponen en cuestión los límites formales e informales de los anclajes territoriales. A su vez, al recuperar las experiencias del habitar, los sectores sociales dejan de presentarse como entidades monolíticas para exponerse al ojo del científico social en toda su complejidad: conflictos dentro de un grupo o con otros grupos, procesos identitarios y trayectorias particulares y disímiles, entre otros factores, componen el nuevo fresco de análisis.

Motivados por algunas de las derivas del enlace, los artículos de este eje encuentran en la experiencia una forma de hacer asequible la pregunta por el espacio habitado. El texto de Lucas Barreto repone las experiencias de un grupo de vecinos en torno a los papeles –como tecnologías de producción de lenguajes y conocimientos para la clasificación y regulación de poblaciones– que asignan la propiedad sobre los terrenos de un barrio popular en el partido de La Matanza, en la provincia de Buenos Aires. Por su parte, el trabajo de Paula Soledad Posada Campoy se sitúa en un conjunto de barrios periféricos de la ciudad de La Plata para analizar las identificaciones y clasificaciones sociales que construyen un grupo de migrantes bolivianos sobre su barrio, analizando la manera en que estas construcciones se materializan en recorridos, circuitos y prácticas que, a su vez, habilitan alternativamente relaciones de confianza y solidaridad o miedo y disputa. Finalmente, el texto de Yanina Faccio se detiene en los procesos de despoblamiento, ausencias y decrecimiento de tres pueblos de la Provincia de Buenos Aires para analizar cómo los vestigios del apogeo pretérito de esas aglomeraciones –los “escombros” de un pasado esplendoroso– dan pie a nuevas experiencias de urbanidad para sus habitantes en el presente.

## Experiencia y cuerpo

Largamente arraigadas en el pensamiento occidental, las concepciones dualistas en ciencias sociales se han constituido en uno de los principales obstáculos epistemológicos que han tenido que sortear los estudios sobre el cuerpo. Del mismo modo que enfrentó lo material con lo cultural y contrapuso la acción con la estructura, la mirada moderna del ser humano ha sido la imagen cartesiana que separó al cuerpo de la mente. Como consecuencia, la recuperación de la dimensión material y corporal de la experiencia humana se convirtió, desde los ensayos pioneros de Robert Hertz (1990 [1907]), en uno de los desafíos centrales de los estudios que tomaron como eje la temática.

Entre los trabajos precursores que se trazaron esta meta, pueden mencionarse el programa de investigación propuesto por Marcel Mauss (1979 [1936]) para el estudio de las técnicas corporales, el trabajo de Norbert Elias (1993 [1936]) sobre el tratamiento del cuerpo y las emociones como aspectos específicos del devenir de las estructuras sociales, los planteos de Maurice Leenhardt (1961 [1947]) acerca de la noción de cuerpo entre los kanakos y las investigaciones sobre las correlaciones entre los esquemas clasificatorios del cuerpo y la sociedad realizadas por Mary Douglas (1988 [1970]). Si bien todos estos estudios constituyeron un primer acercamiento a la temática de la corporalidad, lo hicieron de forma subsidiaria y dentro de campos académicos divergentes.

Fue recién entre las décadas de 1970 y 1980 que los estudios socioantropológicos sobre el cuerpo se consolidaron como un área delimitada y desplegaron distintas líneas de investigación para el abordaje de lo corporal dentro de marcos socioculturales. Con sus diferentes intereses temáticos, enfoques teóricos y perspectivas metodológicas, los estudios en ciencias sociales sobre la dimensión corporal pueden clasificarse en tres grandes grupos (Mora, 2011, 2017): en primer lugar, aquellos centrados en las prácticas corporales con énfasis en el cuerpo como *locus* de las prácticas sociales y también con consideración de lo discursivo como práctica, es decir, como dimensión constituyente de los cuerpos individuales y de la población como cuerpo social. En segundo lugar, los que hicieron foco en el cuerpo como símbolo, en las representaciones acerca de la corporalidad y en las relaciones de concordancia entre los esquemas simbólicos de percepción del cuerpo y de la sociedad. Por último, los que abordaron las experiencias corporales,

siendo la más saliente la perspectiva del *embodiment*, inspirada en parte en la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty.

Dentro de la agenda académica de la Argentina, son sumamente recientes los trabajos que constituyeron al cuerpo en objeto de análisis. Más allá de las diferencias en los enfoques y perspectiva de estos estudios, la dimensión corporal comenzó a recuperarse en tanto y en cuanto elemento constitutivo de la experiencia de los sujetos. Con estas iniciativas, aparece la aceptación de la flexividad en todos los niveles y el replanteamiento de qué es y qué papel juega nuestro cuerpo en la vida cotidiana, con su renovado énfasis en los movimientos corporales, las prácticas, las performances y las significaciones.

El vínculo entre cuerpo y experiencia puede analizarse desde múltiples marcos metodológicos y conceptuales. Entre otras formas posibles de abordaje, el cuerpo puede ser pensando como soporte material y *locus* de la experiencia vivida, como potencia creativa para la acción, como condición básica de posibilidad de la representación, como materialidad en donde suceden y se inscriben los procesos y mecanismos cognitivos o como agente de los procesos de subjetivación, individuación y trabajo sobre “sí mismo”. Se entiende que lo que nos pasa en el cuerpo incide en la construcción de nuestra subjetividad, a la par que se considera que esas vivencias subjetivas pueden ser confrontadas por esos mismos cuerpos que conocen y que, en ocasiones, pueden movilizarse, resistirse o disputarla (Mora, 2017).

Enmarcados en esta preocupación, los trabajos reunidos en este eje se preguntan por los diferentes modos en que los cuerpos se relacionan entre sí y con el espacio que habitan. Si bien el cuerpo no aparece necesariamente como objeto de indagación y, en ocasiones, se diluye en la práctica y la teoría, todas las propuestas aquí presentadas reflexionan sobre cómo la experiencia resuena en los cuerpos, los construye y los condiciona (social, cultural e históricamente), a la vez que indagan sobre aquello que desborda los condicionamientos para pensar al cuerpo en tanto productor de sentidos y significados (López Betancourt *et al.*, 2015).

Alejandra Rodríguez se interroga por las formas en que la violencia y la crueldad se inscriben sobre los cuerpos de las mujeres privadas de su libertad a partir del análisis de una serie de testimonios y textos escritos por integrantes del colectivo *YoNoFui* –organización de derechos humanos que desde el año 2002 trabaja en las Unidades Penales de Mujeres de Ezeiza–. Tomando el concepto de “pedagogía de la crueldad” (Segato, 2013), da

cuenta de cómo la violencia circula y atraviesa la vida de estas mujeres adentro y afuera de la cárcel. Por su parte, Nemesia Hijós analiza las representaciones que se construyen a partir de la experiencia del *running*, entendido como una práctica deportiva fuertemente atravesada por lógicas económicas y normativas de género, que son expandidas globalmente a través del marketing experiencial y apropiadas singular y localmente por sus protagonistas. A partir de sus notas de campo, de sus vivencias como corredora y del análisis de una serie de videos, publicidades e imágenes que circulan en las redes sociales, Hijós se pregunta por los modos en los que esta actividad es representada o autorrepresentada como modelo/ejemplo del nuevo ideal de mujer moderna, entendiendo al cuerpo como un elemento central en la construcción de la identidad individual y de la estética *runner*. Por último, el artículo de Florencia Paz Landeira explora las experiencias de maternidad de mujeres lesbianas usuarias de tecnologías de reproducción asistida. A partir de un estudio etnográfico que se remonta a los primeros reclamos de declaración de inconstitucionalidad de los artículos del Código Civil que impedían el ejercicio del derecho al matrimonio a las parejas formadas por personas del mismo sexo, la autora analiza los modos en los que las experiencias de comaternidad son vivenciadas, nombradas y problematizadas por las mujeres lesbianas.

## Experiencia y saber

Las personas a lo largo de sus vidas producen y despliegan saberes basados en diversas interacciones sociales y experiencias cotidianas. A menudo, la existencia de dichos saberes no es advertida dado su carácter rutinario y, con frecuencia, presumido como irreflexivo. Incluso suelen ser desdeñados por aquellas personas que los portan y por las instituciones que los validan y legitiman. Mientras el saber concebido, entendido como conocimiento, se asienta sobre la cientificidad que le otorga su “naturaleza” erudita, reflexiva y formal, el saber “práctico” –también llamado “experiencial”– obtiene validación en prácticas que se asumen como informales, artesanales e improvisadas. Esto ha devenido en una distinción que con frecuencia posicionó y jerarquizó el saber científico frente a otros y, en términos cognoscitivos, ponderó la producción individual por sobre la colectiva.



Los supuestos kantianos establecidos con la modernidad –basados en el carácter absoluto de la racionalidad y las leyes morales– contribuyeron a la escisión entre el saber científico y el saber práctico como modos específicos de acceder y nombrar la realidad social (Nardacchione, 2011). En el marco de esta escisión, el primero fue establecido como hegemónico, verificable y estandarizable y se consagró como el saber legítimo y universal. En consecuencia, se configuraron agendas de conocimiento que entronizaron visiones monolíticas sobre los procesos sociales y su legitimación, cuyo riesgo consistió en homogenizar y atomizar a las personas, sus acciones y la textura de su vida cotidiana. Esto último expuso algunos problemas en torno a la construcción del conocimiento y sus condiciones de posibilidad, así como también respecto del lugar que asumen los intelectuales al analizar y caracterizar a los actores y sus prácticas.

Desde 1980, la sociología pragmática francesa problematizó el sentido de los cursos de acción de los actores para dar cuenta de las competencias críticas que despliegan estos en el marco de las gramáticas sociales. Esto implicó considerar a la agencia de los actores como experiencial, situada y pública y, junto con ello, como una categoría analítica y práctica. La filosofía pragmática norteamericana, nutrida por el interaccionismo simbólico, ya había trazado en las primeras décadas del siglo XX cierto recorrido en esta línea. Especialmente, desde el aporte de John Dewey (2010 [1927]; 2014 [1934]), quien pensaba en el carácter situado de la experiencia desde el concepto de “arenas públicas”. Dewey no solo resaltó la dimensión pública de la acción, sino que precisó la noción de “ajuste recíproco” en referencia al ordenamiento de las prácticas que los actores realizan en situaciones concretas (Nardacchione y Acevedo, 2013). Ajustar, bajo este paraguas, implicaría acciones no previstas estructuralmente, ponderar experiencias anteriores y delimitar usos a partir de una situación específica.

En la Argentina, estas discusiones se desplegaron de manera reticular en las últimas décadas en torno a tres líneas de investigación principales. La primera implicó la problematización del vínculo entre conocimiento científico y saber práctico a partir de las lecturas de la sociología pragmática (Nardacchione, 2009). Las propuestas de la sociología de la crítica (Luc Boltanski y Laurent Thévenot) y la teoría del actor en red (Bruno Latour) –atravesadas por renovadas lecturas de la filosofía y la sociología pragmática norteamericana– habilitaron otros modos de abordar la realidad sociopolítica argentina evitando precipitar ciertos razonamientos o apriorismos

para explicar las acciones sociales. De esta manera, muchos trabajos se abocaron a reconstruir eventos colectivos a partir de “observar lo que allí se está produciendo” (Nardacchione, 2011: 175), es decir, cómo los actores producen y reproducen diversos conocimientos sociales. Esta agenda fue alentada por aquellos trabajos que atendieron a la movilización social y a la emergencia de nuevas identidades políticas (Pereyra, 2008 y 2010; Svampa, 2006 y 2010).

La segunda línea abordó la tensión entre intelectuales y expertos (Neiburg y Plotkin, 2004) con relación a la producción de saberes sociales en nuestro país y sus limitaciones para la legitimación tanto frente al Estado como a la sociedad. Estos aportes contribuyeron a comprender la relación entre el actor estatal y la producción del conocimiento social, la pregnancia de las agendas internacionales en las temáticas locales y las representaciones sobre quienes realizan investigación social. De manera reciente, han vuelto críticamente sobre el binomio conceptual sentido común-conocimiento experto planteando el interrogante sobre las fronteras entre estos dos campos (Caravaca y Plotkin, 2018). Frente a esta pregunta, han postulado la necesidad de pensar más bien en los procesos de circulación de saberes más que en su transferencia, analizando diversas formas de recepción y producción del conocimiento.

Una tercera línea –inspirada en estudios sobre el trabajo durante el desarrollo industrial y posindustrial y en la sociología pragmática francesa– desdibuja la distinción saber y experiencia al entender a la acción social desde entornos concretos de aprendizaje y desde el desarrollo de competencias colectivamente producidas (Rojas, 2017). Mientras la anterior propuesta supondría que para que existiera una hibridación sería necesario que previamente se hubieran reconocido como diferentes y separadas, en esta propuesta es ontológicamente imposible separar un saber de tipo práctico de uno intelectual. Esta mirada surge del análisis de entornos vinculados al trabajo, la economía y la educación, dado que en estos han emergido, tradicionalmente, pares dicotómicos como los siguientes: individual/colectivo, formal/informal, intelectual/manual, saber/experiencia, que han obturado el análisis. La experiencia tendría, bajo esta clave analítica, una cualidad como saber fundante que implicaría una actitud reflexiva y colectiva, no homologable con aproximaciones enmarcadas en epistemologías deductivas o inductivas.

Actualmente, el grupo de trabajo interdisciplinario “Sociedad, Economía y Política. Teoría Social Aplicada (SEP-TeSA)” de la UNSAM elabora

colectivamente herramientas teóricas y metodológicas para indagar el saber en el trabajo, al analizar la trama relacional que implica la construcción de ese saber situado, su codificación y su transferencia (Rojas *et al.*, 2018). Esto es, comprender que las personas (obreros/as, trabajadores/as) cuando hacen producen e intervienen críticamente. Los procesos de transferencia y aprendizaje implican en este sentido organizar y desorganizar acciones, técnicas y tecnologías, lo que termina por situar la producción y el aprendizaje en un marco –un “territorio”– específico.

Desde un enfoque etnográfico, María Laura Ochoa da cuenta de la significación y los argumentos expuestos por integrantes de sectores populares al momento de elegir diversos sistemas de financiarización como forma de pago en la localidad de Grand Bourg, provincia de Buenos Aires. Para ello, repone una la multiplicidad de saberes basados en experiencias vinculadas al dinero y al pago. Estos saberes se enmarcan en lógicas de la vida cotidiana que se argumentan a partir del uso, el intercambio, la noción de la deuda y, también, la *expertise*. Por su parte, Alioscia Castronovo reflexiona en torno a los desafíos de la autoformación y de la producción colaborativa de conocimiento entre investigadores y protagonistas de experiencias en la autogestión del trabajo a partir de una etnografía realizada en una cooperativa textil ubicada en Ciudadela y en una fábrica recuperada de José León Suárez, ambas en el ámbito de la provincia de Buenos Aires. Bajo la propuesta de una “etnografía militante”, Castronovo analiza los modos en que saberes, experiencias y estrategias político-productivas se entretajan con prácticas de autogestión. Por último, el artículo de Anais Roig, a partir de relatos de trabajadores de “empresas recuperadas”, tensiona tanto la distinción saber-práctica como lo problemático de la persistencia en ponderar la “desaparición” del saber artesanal frente al saber técnico. La autora, cuyo trabajo se nutre de elaboraciones realizadas en el marco del grupo interdisciplinario SEP-TeSA, plantea que en contextos de productividad se da un diálogo entre saberes (experiencia común y saber ilustrado, saberes de la dirección organizacional y saber experiencial “obrero”). Este escrito constituye una apuesta epistemológica y analítica para comprender la relación entre experiencia y técnica, difuminando las fronteras entre una y otra. Su análisis inaugura y habilita otros recorridos investigativos posibles para el examen del vínculo entre el saber y la experiencia y su dimensión político-organizante.

La rutina, la costumbre y el hábito pueden tanto como el error, lo marginal y lo excepcional ser indicio y objeto de análisis para reconstruir marcos

de sentido, saberes y experiencias, así como también relaciones en tiempo y espacio. Estas herramientas, aplicadas a la indagación de lo social, permiten al investigador acceder a los modos efectivos en los que las personas aprenden, comparten y recuperan aprendizajes desde “el hacer” con otros, teniendo su máxima expresión en la figura de “investigador experiencial”.

Finalizado este recorrido por la historia del concepto y por la descripción de las distintas secciones que integran esta compilación, es tiempo de cruzar el umbral e iniciar la travesía por estas múltiples experiencias en contexto.

### Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (1980) 2007: *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. 2005: *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caravaca, J. Daniel, C. y Ben Plotkin, M. (comps.). 2018: *Saberes desbordados: historias de diálogos entre conocimientos científicos y sentido común, Argentina, siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Crenzel, E. 2008: *La historia política del Nunca más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Silva Catela, L. 2014: “Lo que merece ser recordado...”. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”. *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de estudios sobre memoria*, vol. 1, n.º 2.
- Elias, N. (1939) 2009: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fukuyama, F. 1992: *El fin de la historia y el último hombre*. Buenos Aires: Planeta.
- Foucault, M. (1966) 2008: *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Garfinkel, H. (1967) 2006: *Estudios en etnometodología*. Bogotá: Anthropos Editorial.
- Geertz, C. (1973) 2003: *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Geertz, C. (1983) 1994: *Conocimiento Local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.

- Giddens, A. (1984) 1997: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Madrid: Amorrortu.
- Giddens, A. 1999: *Consecuencias de la modernidad*. España: Alianza.
- Guglielmucci, A. 2013: *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Halbwachs, M. (1925) 2004: *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Hall, S. 2010: “Sobre los estudios culturales”. En Restrepo, E., Walsh, C. y Vich, V. (eds.): *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Stuart Hall. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Harvey, D. 1977: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Huyssen, A. 2002: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, E. 1995: “La política de la memoria. El Movimiento de Derechos Humanos y la construcción de la democracia en Argentina”. En Acuña, C. et al.: *Juicio, castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jelin, E. 2002: *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Krotz, E. 1994: “Alteridad y pregunta antropológica”. *Alteridades*, vol. 4, n.º 8, pp. 5-11.
- Lvovich, D. y Bisquert, J. 2008: *La cambiante memoria de la dictadura. Discursos sociales y legitimidad democrática*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional/UNGS.
- Martínez Estrada, E. (1933) 2017: *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Interzona.
- Martínez Estrada, E. (1947) 2017: *La cabeza de Goliat. Microscopía de Buenos Aires*. Buenos Aires: Interzona.
- Mongin, O. 2006. *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.
- Nardacchione, G. 2009: *Les arrêts et réouvertures des disputes politiques. Analyse du conflit enseignant en Argentine (1984-1999)*. Tesis de Doctorado en Sociología, Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París.
- Nardacchione, G. 2011: “El conocimiento científico y el saber práctico en la sociología pragmática francesa. Reflexiones sobre la sociología de la ciencia de B.Latour y la sociología política de L.Boltanski”. *Apuntes de*

- investigación del CECYP*, n.º 19, pp. 171-182.
- Nardacchione, G. Hemilse Acevedo, M. 2013: “Las sociologías pragmático-pragmatistas puestas a prueba en América Latina”. *Revista Argentina de Sociología*, vols. 9-10, n.ºs 17-18, pp. 87-118.
- Neiburg, F. y Plotkin, M. (comps.). 2004: *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Pereyra, S. 2008: *¿La lucha es una sola? La movilización social entre la democratización y el neoliberalismo*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-UNGS.
- Pereyra, S. 2010: “Los problemas públicos y el orden público”. En: *Critique de la politique, expertise et transparence. La corruptions en tant que problème public en Argentine (1989-2001)*. Tesis doctoral, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- Rojas, E. 2017: *El saber teórico y la experiencia popular: la igualdad práctica. Connotaciones y anotaciones chileno-argentinas en el siglo XXI*. Tesis doctoral en elaboración, inédita, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Rojas, E.; Cavallo, C.; Cubilla, W.; Cruz, M.; Del Campo Castellano, J. y Roig, A. 2018: “El *saber experiencia*. I + D en prácticas populares de trabajo y tecnología”. Documento de trabajo inédito disponible en SEP-TESA (IDAES/UNSAM).
- Scott, J. 1896: “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”. *American Historical Review*, vol. 91, n.º 5, pp. 1053-1075.
- Scott, J. 1991. “Women’s History”. En Burke, P (ed.): *New Perspectives on Historical Writing*. Londres: Polity Press.
- Scott, J. (1992) 2001: “Experiencia”. Traducido por Silva, M. *La ventana*, n.º 13, pp. 42-73.
- Svampa, M. 2006: “La Argentina: movimientos sociales e izquierdas”. En: *Entre voces. Revista del grupo Democracia y Desarrollo Local*, n.º 5, Quito, pp. 1-15.
- Svampa, M. 2010: “Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina”. En: *One World Perspectives*. Kassel: Universidad de Kassel.
- Tahir, N. 2011: *Les associations des victimes de la dictature: politiques de droits de l’homme et devoir de mémoire en Argentine (1976-2007)*. Tesis de doctorado, Université Paris-Sorbonne.
- Thompson, E. (1963) 2012: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

Madrid: Capitán Swing.

Todorov, T. 2008: *Los abusos de la memoria*. Madrid: Paidós.

Turner, V. 1985: "Processual Analysis" y "Performance and Experience".

En Turner, E. (ed.): *On the edge of the bush anthropology as experience*.

Arizona: The University of Arizona Press.

Vezzetti, H. 2002: *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Wolf, M. (1979) 2000: *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

# Experiencia y memoria



# Experiencias honorables

## Memorias de exalumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada

María Jazmín Ohanian

Por ESMA está prohibido hablar de los alumnos. Yo no puedo caminar por las calles diciendo que soy exalumno. No se puede.

(Gabriel, integrante de la asociación de exalumnos de la Escuela de Mecánica de la Armada).<sup>1</sup>

### Introducción

En el período 2010-2014 accedí como experta a un trabajo de intervención con la coparticipación del Instituto Espacio para la Memoria<sup>2</sup> orientado a la construcción de un dispositivo 3D interactivo enfocado en la reconstrucción edilicia de los espacios de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) utilizados como centro clandestino de detención durante la última dictadura militar argentina (1976-1983).<sup>3</sup> Coordinar una etapa de esa investigación me permitió acercarme a una gran cantidad de sobrevivientes de la detención y a las distintas formas de recordar la experiencia allí vivida. En algún momento de la labor y a la luz de la lectura de los análisis académicos sobre la ESMA, entendí que las disputas por la memoria del pasado reciente involucraban siempre a actores vinculados con las batallas judiciales, sociales y

---

1. Los nombres de todos los exalumnos que conocí durante el trabajo de campo son ficticios para conservar el anonimato de quienes me confiaron su palabra.

2. En diciembre del 2004, la Legislatura de la Ciudad aprobó la ley 961 que crea el Instituto Espacio para la Memoria como ente autárquico destinado “al resguardo y la transmisión de la memoria e historia de los hechos ocurridos durante el terrorismo de Estado de los años setenta e inicios de los ochenta hasta la recuperación del estado de derecho, así como los antecedentes, etapas posteriores y consecuencias”.

3. Se recomienda la lectura del informe Nunca Más (Conadep, 1985) y las discusiones teóricas de Calveiro (1998) y Vezzetti (2002) para pensar la categoría de “centros clandestinos de detención”.

políticas bajo la consigna “Memoria, Verdad y Justicia”.<sup>4</sup> Percibí que había muchos otros contendientes de la memoria que no aparecían en la escena pública o en nuestras agendas de investigación y me permití dudar de la exclusividad del patrimonio histórico analítico que junto a otros colegas venía desarrollando.

Fue en octubre del 2013 cuando algunos de esos otros aparecieron en mi radar a través de una invitación a la celebración del 116.º aniversario de la creación de la ESMA organizada por una asociación civil de exalumnos en el Círculo de Oficiales de Mar. La ESMA, aparte de haber sido utilizada como espacio donde funcionó un centro clandestino de tortura y exterminio durante la última dictadura militar, fue una institución educativa ligada a la etapa inicial de capacitación y aprendizaje técnico-militar en la carrera profesional naval destinada a formar suboficiales de una de las tres Fuerzas Armadas (FF. AA.) de la República Argentina: la Armada (ARA). La ESMA, antes de ser “ex-ESMA”, había sido una escuela.

Llegada la fecha del acto, decidí ir y le pedí a mi marido que me acompañara porque no podía racionalizar todos los miedos y prejuicios que sentía en ese momento. Arribamos al lugar donde se celebraba el aniversario y al ingresar al salón comenzó a sonar el Himno Nacional Argentino. Vimos a todos los presentes ponerse de pie y a los hombres llevarse su mano al pecho mientras inclinaban levemente sus hombros hacia atrás haciendo que el torso se vea más amplio y rígido. Al terminar el himno, todos volvieron a tomar asiento, se bajaron las luces y comenzó la proyección de un video en una pantalla al costado del salón: era un editado de imágenes de la historia de la ESMA. El compilado incluía fotos del predio, de la cocina, del comedor y de las habitaciones; de planos estructurales muy antiguos y un poco más modernos; de aspirantes trabajando, en formación y en desfiles; de buques en alta mar y atracados en puertos argentinos; y del último acto oficial que se realizó en la ESMA antes de la cesión del predio en el que funcionó hasta el año 2004.<sup>5</sup> El video duró 14 minutos y al finalizar prendieron las luces y pude ver mejor el salón. En total, pude contar unas 72 personas y, aun cuando la mitad eran mujeres, era evidente que estaban ahí para acompañar

---

4. Para mayor información, recomiendo la lectura de Carnovale (2006), Da Silva Catela y Jelin (2002), Guglielmucci (2007 y 2013), Jelin (2002), Longoni (2007), Sarlo (2012), Vecchioli (2013) y Vezzetti (2004).

5. La Legislatura aprobó las leyes 392/00 y 961/02, por medio de las cuales se revocaba la cesión de los terrenos a la Armada y el predio se establecía como sede del Instituto Espacio para la Memoria. Fuente: Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

a sus maridos, los verdaderos exalumnos de la escuela. No obstante, no eran los únicos, había por lo menos unas quince personas de menos de 30 años. También se veía un atril y en él, un micrófono.

A los pocos minutos de haberse encendido las luces, uno de los directivos de la asociación civil se acercó al atril y comenzó a hablar. Sin tener declaraciones escritas, esto fue lo que dijo:

La Escuela de Suboficiales está ahora ubicada en la Base Naval de Puerto Belgrano. Por ello, los exalumnos que pasamos por sus aulas, plazas de armas e inmensos pabellones en los que soñamos ser hombres de bien para enaltecer a nuestras familias, que nos dio la educación primaria, debemos agradecer a sus instructores y profesores el habernos enseñado y guiado hacia el camino del saber, la amistad y el honor de ser marinos de bien para poder servir a la Patria y a su comunidad. Vayan nuestros recuerdos a través del tiempo y las distancias a quienes fueron nuestros camaradas de ingreso. Siempre los tendremos presentes, porque son y serán parte de nuestro juvenil pasado. Ellos se encuentran distribuidos por nuestro suelo argentino y en el mundo desde el oriente al occidente. A nuestros compañeros becados de nuestros países de América, a los marinos del mundo que mandaban a su tripulación a conocer la escuela tecnológica y más prestigiosa de América del sur, donde se formaban y perfeccionaban jóvenes que se convertirían en hombres. Por esta razón, en nuestro corto tiempo de vida, es nuestro deber moral recordar y difundir año tras año, el bien recibido de nuestra Armada y su instituto modelo de enseñanza, la gloriosa y jamás olvidada, Escuela de Mecánica de la Armada. (Registro de cuaderno de campo. Buenos Aires, 26 de octubre del 2013).

Este acto fue el inicio de un trabajo de campo que se continuó hasta el día de hoy con los exalumnos de la ESMA. Elijo la etnografía como método, campo y escritura (Guber, 2014) por ser un acto de creación analítica privilegiada que me permite aprender a pensar los sentidos sociales de otros desde la experiencia compartida con esos otros. Ese privilegio de “estar ahí” hace único al momento de investigación, donde la dinámica constante de ir, volver, dialogar, pensar, estar, escuchar, interpretar y escribir permite alejarnos (con mucho esfuerzo mediante) de los valores que algunos seres humanos compartimos para ordenar nuestras experiencias en el mundo social. El

objetivo de nuestra indagación lo logramos cuando conseguimos hacer de ese distanciamiento un ejercicio analítico lo suficientemente profundo como para comprender cómo otros ordenan sus mundos.

Mi propuesta con este trabajo es pensar en clave situacional ese momento en el cual los exalumnos despliegan emociones repletas de experiencias pasadas para poder así ampliar el abanico de motivos por el que un grupo de personas pone en escena el recuerdo de eso que fue, que hizo o que le hicieron. Al desplazar el olvido del binomio analítico exclusivo en el cual recordamos para no olvidar, me fue posible apreciar otras formas de construir memoria. En este trabajo sostengo que una de las estrategias que los exalumnos generan para recordar su pasado es a través de la construcción y la defensa de la honorabilidad de sus experiencias como valor fundamental de su comunidad moral.

El honor, en dicho proceso, es un valor moral por el que compiten los exalumnos de la ESMA ante una valoración negativa de su pasado, por parte de la sociedad en general, que los convierte en sujetos deshonorados. La recuperación de la honorabilidad es el proceso de memoria que los exalumnos construyen y habitan. El objetivo de este trabajo es sumar al campo de estudios de memoria y de FF. AA. nuevos datos empíricos, preguntas e indagaciones sobre los sentidos que aspirantes e integrantes de la ARA formados en la ESMA le dan a su pasado, a sus conmemoraciones, a su vida social y a su propia experiencia. ¿Qué recuerdan de su pasado en la institución? ¿Qué experiencias eligen jerarquizar para compartir con el resto de su comunidad moral? ¿Ante quiénes comparten esa memoria? ¿Cómo construyen su honorabilidad en el presente?

### **Ser suboficial de la Armada Argentina**

Diversos autores le han prestado atención analítica a las Fuerzas Armadas (FF. AA.) en el marco de la última dictadura militar argentina. Para el caso del Ejército, la socióloga Valentina Salvi (2012) ha investigado los ciclos de deconstrucción y reconstrucción de la memoria institucional. Su trabajo analiza los cambios, negociaciones, transformaciones, continuidades y repeticiones de las memorias que los integrantes del Ejército construyeron sobre los años de la última dictadura militar. A diferencia de lo que ocurre con los exalumnos que convoca mi investigación –quienes se alejan de la

narrativa institucional—, la autora sostiene que las formas de recordar de los miembros del Ejército “responden a una matriz narrativa que refuerza la autovaloración de la institución como una comunidad moral diferenciada del mundo civil” (2012: 21). A su vez, Máximo Badaró (2008, 2012) realizó una investigación etnográfica sobre la memoria de los integrantes más jóvenes del Ejército a través del análisis de políticas institucionales y de experiencias individuales para entender cómo los actores viven esos procesos de memoria sobre la última dictadura militar en el marco democrático actual.

Ahora bien, el estudio de las FF. AA. por fuera del último período dictatorial todavía no se ha consolidado dentro del campo de investigación sobre la memoria en la Argentina. La antropóloga Rosana Guber (2004, 2016) ha inaugurado en la década de 1980 el campo de estudios sobre los puntos de vista de los integrantes de las FF. AA., en particular de quienes han combatido en Malvinas. A su vez, la antropóloga Sabina Frederic (2013) se concentró en el punto de vista de los integrantes de la ARA. En su trabajo titulado *Las trampas del pasado* analizó el proceso de integración de los militares al Estado argentino democrático a partir de 1983, proceso que ella denomina la “democratización de las Fuerzas Armadas”. La autora exploró, en numerosas publicaciones, la experiencia argentina de la profesionalización militar e hizo un fuerte hincapié en las reformas educativas que las FF. AA. han llevado adelante en las últimas dos décadas. En sus análisis demuestra el problema que surge ante la ausencia de reflexión sobre los militares en el presente como consecuencia del pasado dictatorial. Esta ausencia de análisis deja en las sombras a distintos grupos humanos, a la vez que desarticula posibles puentes analíticos para desde las ciencias ampliar nuestros campos de comparación, comprensión y pensamiento. En relación con los estudios sobre suboficiales de la ARA, los trabajos realizados por el antropólogo Germán Soprano (2010, 2016) han planteado una primera aproximación al entenderlos como “burocracias subalternas del Estado nacional” y explicar algunas características formales referidas a las particularidades de su profesión militar.

Durante mi trabajo de campo también he evidenciado la importancia que la formación técnica tiene para los actuales y futuros suboficiales de la Armada. Dentro de la educación militar existen dos opciones con sus respectivos trayectos formativos: la carrera de oficial y la de suboficial. Son dos caminos educativos que no se unen, ya que tienen instituciones formativas diferenciadas. No se pasa de ser suboficial a oficial; no es un modo de

promoción ni de etapas, sino que son carreras diferentes.<sup>6</sup> Esto significa que el que elige instruirse para ser oficial se forma en una institución distinta al que se prepara para ser suboficial. En la actualidad, la Escuela de Suboficiales de la Armada Argentina (ESSA) forma al personal técnico y mecánico que integra los cuadros de graduados subalternos, esto es, a los suboficiales. La ESSA se diferencia de la Escuela Naval Militar (ESNM), dependiente de la Escuela de Oficiales de la Armada (ESOA), institución donde se forman los oficiales de la ARA.

El proceso de educación del suboficial comienza como aspirante y, por ser constante y escalonado, supone una carrera que requiere formación continua por más de treinta años para llegar al cargo superior.<sup>7</sup> La información institucional indica que el cometido fundamental del suboficial es aprender a mover y reparar buques, aviones y submarinos. A su vez, la tarea de la institución es “formar a los futuros Suboficiales de la Armada Argentina en los aspectos ético morales, militar, académico y psicofísico, a fin de lograr su aptitud como marinos, técnicos, combatientes y por sobre todo como Hombres y Mujeres de Honor al servicio de la Patria”.<sup>8</sup> Aunque los planes de estudio y los requisitos de ingreso se han modificado, la publicación del entonces Ministerio de Marina (1947) por el quincuagésimo aniversario de la escuela afirma que siempre se mantuvo la distinción fundamental de la búsqueda de la excelencia en la formación. Según la publicación (1947), los primeros graduados, que se recibieron de mecánicos de segunda y luego de cabos principales, lograron “tonificar el tecnicismo de las diferentes regiones de la República Argentina y en el exterior”, destacando la formación novedosa y prestigiosa en América Latina de la ESMA:

No hacen excepciones a tan eficaz y correcto desempeño las comisiones cumplidas por los suboficiales en el extranjero, como ayudantes de los oficiales especialmente en las fábricas y astilleros, mientras se construían nuestros materiales y buques de guerra. En esas circunstancias supieron despertar la admiración de los extraños, aun en países en donde impera

---

6. En la actualidad existe el curso CASO que permite, luego de aprobar materias y rendir exámenes, pasar de ser suboficial a ser oficial de la Armada Argentina.

7. Para mayor información, ver Soprano (2016).

8. Web de la ESSA <http://www.essa.ara.mil.ar/Mision.html> Visitado el 23/08/2016.

el más depurado tecnicismo, no solo por sus condiciones profesionales, sino también por su iniciativa, cooperación y disciplina. (1947: 8)

Los conocimientos técnicos y profesionales adquiridos en la formación están vinculados con los valores de la institución donde se anuncia que lo que se encontrará en la carrera de suboficial son “códigos de vida asociados al Honor, la Lealtad, el Espíritu de Cuerpo y de Sacrificio”.<sup>9</sup> En la información sobre “por qué ingresar” a la carrera del suboficial descrita en la página web institucional, el honor aparece asociado al espíritu de cuerpo. Así lo expresa también el coronel del Ejército Julio Costa Paz y Roca (1999) en su manual “Mando y obediencia”, editado por el Círculo Militar, donde afirma que el “honor es el principio fundamental que alimenta al espíritu de cuerpo necesario para integrar las Fuerzas Armadas”. En su publicación, Costa Paz y Roca también remite a la importancia de la disciplina militar en relación con el honor:

La disciplina militar –llamada con propiedad el alma de los ejércitos– es obediencia a la ley, a los reglamentos, a las órdenes del mando, pero por sobre todas las cosas es un sentimiento, un estado de conciencia que obliga a cumplir espontáneamente todos los deberes que la profesión impone, sin otro estímulo que el del propio honor (1999: 30).

La “carrera de honor” que, según la institución, abrazan los aspirantes una vez ingresados al mundo naval es requisito para convertirse en “hombres y mujeres de Honor” al servicio de la Patria. Según esta afirmación, el honor es un valor moral adquirible con la formación naval, ya que allí se transforma a hombres y a mujeres en sujetos honorables. Es la experiencia vivida en la Escuela de Suboficiales lo que hace de esas personas, en el presente, personas honorables.

### **El honor en construcción**

Con el honor existe, como sucede con muchas de las categorías que ordenan el mundo social, algún tipo de interpretación colectiva que habilita a los grupos a manejar límites compartidos sobre cuáles son las acciones positivas

---

9. Web de la ESSA <http://www.essa.ara.mil.ar/PorqueIngresar.html> Visitado el 14/08/2016.

(honrosas) y cuáles no lo son (deshonrosas). ¿Es una cualidad moral adquirible o un valor moral constitutivo del sujeto? Para dar cuenta de los laberintos que presenta esta categoría analítica, trabajo con la propuesta teórica del antropólogo británico Julian Pitt-Rivers (1968, 1971),<sup>10</sup> quien logró dar cuenta de las contradicciones y complejidades del concepto en varias ocasiones. En 1968, Pitt-Rivers publicó un artículo sobre el honor en *The International Encyclopedia of the Social Sciences* donde explicó las diversas facetas o ambigüedades que la noción conlleva: es un sentimiento, una manifestación del sentimiento en forma de conducta, una conducta, una imagen que cada uno tiene de sí mismo y una evaluación de esta conducta por otros, o sea, la reputación. Se trata de una noción que hace referencia, a la vez, a un condicionamiento interno y externo al individuo, en la medida en que su comportamiento y cómo este será tratado por el resto del grupo dependen de la percepción del honor. Pitt-Rivers (1968) aclara que algunos autores han priorizado una percepción sobre la otra, pero es fundamental considerar ambas facetas del concepto en simultáneo dado que su función, tanto psicológica como social, es mediadora entre las aspiraciones individuales y el juicio de valor de la sociedad. Es por eso que el autor explica que el honor y el deshonor no pueden entenderse por fuera de la comunidad moral que los define, juzga y evalúa, ya que “tarde o temprano [el sujeto] será juzgado por otros” (Pitt-Rivers, 1968). Su primer trabajo de campo, realizado en Andalucía entre los años 1949 y 1953, resultó en un análisis etnográfico que privilegia metodológicamente a la antropología ya que, aunque no permite examinar “las motivaciones de la conciencia”, habilita a pensar las decisiones individuales, porque el “código ético al que la vergüenza está referida es aquel que incurre en la estructura moral de la comunidad” (Pitt-Rivers, 1971: 139), y este puede ser analizado socialmente. John Peristiany (1968), colega griego de Pitt-Rivers, afirma que todas las sociedades tienen reglas de conducta, por lo que sancionan y castigan la desobediencia y recompensan a quienes las cumplen. De eso se tratan las evaluaciones sociales del honor y la vergüenza: ambos son valores sociales que, según el autor, dividen a los “miembros de la sociedad en dos categorías fundamentales, las de los dotados del honor y la de los privados de él” (Peristiany, 1968: 12).

---

10. Antropólogo nacido en Londres en 1919, que luego de combatir en la Segunda Guerra Mundial se doctoró en Oxford de la mano de Evans Pritchard, otro antropólogo británico dedicado a comprender las formas de organización política y social de grupos africanos.



Ambos autores sostienen que el honor debe resguardarse y evidenciarse con acciones en el presente y, también, en el pasado. Aunque la memoria no es una copia fiel de eso que experimentamos cuando el pasado fue nuestro presente, esa valoración de la experiencia es una de las tantas piezas que hacen a nuestro ser social. Somos algo de lo que fuimos con otros en el pasado. Pero no todos los pasados se recuerdan de la misma manera, ya que no todos compartimos los valores morales que hacen que una acción en el pasado tenga un lugar en el presente. Una pregunta pionera sobre la cualidad individual o social de la memoria fue ideada por Maurice Halbwachs,<sup>11</sup> quien desarrolló una propuesta teórica en la cual explicó la existencia de marcos sociales compartidos que moldean las experiencias y les dan un sentido colectivo porque no recordamos aislados, sino que lo hacemos con otros. La memoria, según el autor, no es una “cosa inmutable” que heredamos de generaciones anteriores ya que, como toda construcción social, esta es dinámica, política, social y cultural. Su análisis suma la clave plural y temporal que permite pensar a “las memorias” como producción colectiva en un determinado tiempo y lugar. Actualmente, la “memoria” se ha transformado en la Argentina en una categoría polisémica (Guglielmucci, 2013) utilizada casi como sinónimo en políticas públicas, textos académicos, consignas de manifestaciones sociales, libros testimoniales, causas judiciales y formas de nombrar espacios basados en el binomio memoria/olvido. Luego de varios años de trabajo de campo con los exalumnos de la ESMA, comienzo a pensar que no todo lo que no se recuerda se olvida y no todo lo que recordamos está en disputa. Analizar la significación que los exalumnos le dan a su pasado desde la categoría de experiencia puede proveerme del aire reflexivo que no encontré en la categoría de memoria.

La experiencia, aun cuando también une al pasado con el presente, no solo supone una versión actual de un recuerdo, sino que proyecta hacia el futuro por su cualidad de aprendizaje subjetivo y particular. Tal como lo explica Guber, esa es una diferencia con la memoria, la “experiencia se esgrime como un saber que le pertenece a quien lo ha desarrollado o ha sabido generarlo y guardarlo” (2016: 37). Ya sean saberes o situaciones vividas, en ambos casos el pasado se convierte en un soporte o respaldo del presente

---

11. Filósofo nacido en Francia con doctorados en letras y en ciencias políticas y económicas. Antes de ser detenido, deportado y asesinado por tropas alemanas en el campo de concentración de Buchenwald en 1945, Halbwachs (1968).

que puede (o no) estar vinculado con una acción intelectual de “recordar”. Es la acumulación de situaciones vividas en el pasado cargadas con los valores morales del presente de quien “hizo experiencia”.

En el caso de la ESMA, institucionalmente ya no existe. El espacio, la institución, los relatos y las formas estatales de nombrar el actual predio remiten a la ex-ESMA. El prefijo no es un simple detalle: nuestro imaginario puede viajar a otros ejemplos del uso del prefijo en situaciones amorosas (ex-marido), cargos laborales/funciones (exdirector) o en organizaciones territoriales estatales (ex-Yugoslavia). Todos tienen en común que “eso” que alguna vez fue ya no es. Para los hombres que estudiaron en sus aulas, el “ex” de la ESMA funciona sobre el honor individual y colectivo del que allí se formó: la ESMA se “deshonró” por su uso como centro clandestino durante la última dictadura militar y se llevó la dignidad del nombre para siempre, junto a la de los hombres que se constituyeron allí como honorables antes o después del período dictatorial.

Durante el desarrollo de mis cinco años de trabajo de campo con exalumnos de la ESMA, noté que parte del ejercicio de memoria que realizaban estaba en diálogo con recuerdos y posicionamientos políticos vinculados a la última dictadura militar, aun cuando la mayor parte de la elaboración sobre el pasado no se concentraba exclusivamente en esa etapa histórica, sino que se basaba en sus propias experiencias y en diversos momentos políticos del país de los que nunca me había percatado como el regreso de Juan Domingo Perón a la Argentina en 1973 y el golpe de Estado de 1955, donde la ARA también fue protagonista. Ese descubrimiento me permitió pensar las FF. AA. por fuera del marco temporal 1976-1983 y ampliar los límites de interpretación con los cuales yo percibía a los integrantes de dicha fuerza, a la vez que pude tomar nota del dilema que ellos estaban atravesando: ¿cómo viven el “ex” de la ESMA?

### **“Para nosotros fue la mejor época de nuestra vida”. El honor deshonrado**

El recuerdo de sus experiencias honorables fue lo más nostálgico que vi recordar durante todo mi trabajo de campo con los exalumnos de la ESMA. Retomando la descripción del acto aniversario, luego de las palabras iniciales con las que agradeció a sus profesores por haberle inspirado un camino de bien, de honor y de servicio a la Patria, el directivo de la asociación pidió

un aplauso para los veteranos de la Guerra de Malvinas (1982) y recibió a un extripulante del Crucero ARA General Belgrano rescatado del hundimiento.<sup>12</sup> Todos aplaudimos mientras él se acomodaba la corbata antes de empezar a hablar:

Hola, buenas tardes, yo quería hacer mención en semejante acto de cumpleaños de nuestra querida escuela, pero quería hacer especial énfasis en recordar a todos aquellos que pasaron por nuestra escuela y tuvieron gran protagonismo en el año 1982. Gracias a muchos de nuestros compañeros, que algunos están presentes, nosotros estamos vivos. Pero seguramente el gran recuerdo de la Guerra de Malvinas como navales en distintos barcos nos llenó de orgullo, pero, por sobre todas las cosas, sabíamos de dónde veníamos, sabíamos por qué estábamos ahí e hicimos todo lo que nos enseñó el superior, todo lo que aprendimos en la Escuela de Mecánica nos ayudó a que hoy estemos acá, vivos. Y desgraciadamente a aquellos a los que les tocó custodiar los mares y entregaron su vida también estaban orgullosos de haber pasado por nuestra querida escuela. Y sin duda, todos estos actos, yo siempre discrepo con sobresaltar a la entidad o hacer resaltar a los hombres, yo siempre elijo a los hombres que les dan vida a las entidades navales, a las instituciones. Yo estoy orgulloso de haber pertenecido al cuadro de suboficiales de la Armada. Un gran reconocimiento a los familiares de aquellos que cayeron en combate, que son nuestros hermanos, y que hoy no están, y un fuerte “viva la patria” por todos aquellos que nos salvaron y compartieron momentos difíciles de nuestras vidas allá en la guerra de Malvinas. Muchas gracias (Buenos Aires, 26 de octubre del 2013).

El recuerdo sentido y querido por la escuela se vincula con la expresión de orgullo de pertenecer. En esta ocasión, el tono emotivo casi al borde de las lágrimas también se relaciona con la experiencia de haber vivido el hecho traumático más presente de la historia de la institución, como es la guerra de Malvinas y el recuerdo de los que allí fallecieron. A su vez, la gratitud con el superior y los conocimientos aprehendidos en la escuela aparecen

---

12. El 2 de mayo de 1982, el submarino nuclear británico HMS Conqueror atacó al crucero ARA General Manuel Belgrano generando el hundimiento del buque y la muerte de 323 tripulantes argentinos. De esas bajas, 188 fueron hombres con jerarquía de suboficiales y cabos.

como signo de distinción entre la vida y la muerte. Estas formas que algunos exalumnos eligen para referirse a su pasado, resaltando el orgullo en su formación, fueron las más frecuentes durante todo el trabajo de campo a la hora de contar anécdotas, comentar videos en distintas redes sociales o describir alguna fotografía. En ambos discursos (el del directivo y el del sobreviviente del hundimiento), se pueden apreciar el orgullo y el honor que los oradores sienten y expresan por pertenecer a la institución y que comparten con el resto del grupo.

Al no ser una cualidad que se establece de por vida, el honor busca constantemente la validación. Por tanto, son las declaraciones ante otros las que ponen el “sello del reconocimiento público en reputaciones que, de otra forma, quedarían en la duda” (Pitt-Rivers, 1968). Lo que hace que una acción o su recuerdo se conviertan en honorables no es la acción en sí misma, sino el reconocimiento y la validación necesaria por parte de otros de la existencia de una cualidad honrosa en dicha acción o persona. Para expresar esa valoración, se debe construir y compartir un conjunto de creencias que la aprecie como tal. El problema para catalogar una acción como honorable surge cuando se espera que el reconocimiento sea homogéneo y compartido por toda la sociedad. Pitt-Rivers (1968) explica esta dificultad como una cualidad intrínseca del valor subjetivo del honor que, en algún momento, deberá ser juzgado por otros. Se entiende así que, para ser merecedor de una reputación positiva, el honor de una conducta debe manifestarse y reconocerse públicamente. ¿Ante quién se valida esa conducta? ¿Ante amigos, ciudadanos, camaradas, jueces o personas con autoridad? Los dos oradores estaban haciendo uso del reconocimiento social necesario para poder referirse a su pasado con el honor adquirido por ser exalumnos de la ESMA. Distinto habría sido si hubiesen contado en la audiencia con un público que considerara a esa misma cualidad como deshonrosa.

Aproveché el movimiento de gente luego de las palabras del veterano de Malvinas para recorrer el salón. En ese momento, él se acercó a saludarme. Dijo que su nombre era Gabriel y que los objetos de la escuela exhibidos en uno de los tableros eran de él: así comenzó nuestra relación. Yo todavía no estaba del todo segura de si quería que alguien me prestara atención o si prefería pasar desapercibida en ese acto. Por suerte, el tener 30 años, una cámara de fotos, aparentar un desconocimiento total del acto patriótico y no ser, según el estereotipo, personal de las FF. AA., me simplificó la elección. Definitivamente, yo no iba a pasar desapercibida. Cuando se acercó vi que

era un hombre de unos 45 años, que cargaba una cámara para filmar y otra para fotografiar. No era más alto que yo y su traje no estaba tan pulcro como el de los otros hombres en la sala, motivo por el cual noté que había estado trabajando durante el acto. En la solapa izquierda de su saco azul oscuro tenía dos pines: uno de ellos era el escudo de su curso de armas de la ESMA y el otro representaba el logo del “centro de exalumnos” con su insignia de lealtad y eficiencia.

Cuando se acercó a hablarme, lo primero que me preguntó fue si me gustaban las cosas que había arriba de la mesa y yo respondí con honestidad que estaba asombrada por la cantidad de objetos que daban cuenta de las experiencias educativas vividas en la ESMA. Me dijo que esos objetos eran casi todos de su colección privada, que los había traído para compartir y que ahí iba a poder encontrar de todo sobre la ESMA, sobre todo “esas cosas que nos hacen recordar a la escuela” (Gabriel, integrante de la asociación de exalumnos de la ESMA).

Luego de varios minutos de conversación, noté que Gabriel tenía ganas de hablar y de presentarme gente. Sin que yo le preguntase nada, me dijo que no hablaba de “política” y que solo hablaba de su escuela porque ellos “no tenían nada que ver con la dictadura, que fue una mancha terrible en 116 años de historia, pero que no era parte de los alumnos”. Dijo también que sabía “lo que había pasado”, que eso no se podía negar, pero que también habían pasado muchas otras cosas en la historia de la institución. Él había ingresado a la escuela a fines de la década de 1980 y abandonó la carrera militar inmediatamente después de egresar de la ESMA. Durante unos 10 minutos no hice ninguna pregunta, él habló hasta que apareció un hombre que saludó a Gabriel con una palmada en el hombro para luego saludarme a mí cordialmente. Dijo que se llamaba Miguel y me dio su tarjeta personal mientras pasamos al otro salón donde empezaban a servir bebidas. Gabriel seguía hablando. Miguel había ingresado a la escuela con 15 años durante la década de 1970 y tenía los mismos pines que Gabriel en la solapa de su saco. Tanto él como yo prestábamos mucha atención a lo que Gabriel decía:

Todo lo bueno de la Marina no se habla. Esta es la primera mesa personal que hacemos nosotros. Para nosotros fue la mejor época de nuestra vida, la mejor vida, el mejor estudio, los mejores profesores. Una persona pasa cuatro meses en la escuela y te marca para toda la vida: cuando estás un año compartiendo todo, hasta el sudor de otros, la familia, todo. La

ESMA es ahora un monumento histórico a la represión, ¿y los otros años? (Registro de cuaderno de campo. Buenos Aires, 26 de octubre del 2013).

Estas formas de remitir al pasado y de señalar las palabras u expresiones con las que muchas veces ese pasado es capturado por otros me remiten a la investigación realizada por Badaró (2012) sobre las memorias del Ejército, donde un oficial le dice que “está podrido” de que lo “miren mal” o lo insulten cuando transita por la calle vestido de uniforme. Existe, tanto en el relato que Gabriel compartía conmigo como en la expresión de ese joven oficial del Ejército, una demanda de reconocimiento público por fuera de la participación militar en la dictadura de 1976.

Gabriel nos contó muy enojado que desde la Armada sacaron las referencias a la ESMA en todas las presentaciones o declaraciones que hace el Ministerio de Defensa. Es así como las instituciones militares también comenzaron a discriminar qué tipo de relato construir sobre el pasado. Esa forma de recordar a la ESMA institucionalmente es con la que Gabriel dialogó en casi toda la charla que sostuvo conmigo. Lo que en los inicios del acto era un pasado honroso del cual se estaba orgulloso y se relataba nostálgicamente, Gabriel lo presentó como una preocupación. Sentía que su experiencia en la escuela se había convertido en un pasado con prestigio negativo del que no se debe hablar. Tanto para la institución como para la población civil, se presentaba como deshonoroso:

Yo tengo muchas entrevistas con oficiales y con suboficiales, con los buzos, los pilotos. Todos fuimos Malvinas, no es algo de la Armada nada más. La propia Armada no cuenta nada. Por ESMA está prohibido hablar de los alumnos. Yo no puedo caminar por las calles diciendo que soy exalumno. No se puede. Aparte, la ESMA no se cerró, cambió su nombre y se mudó, pero nosotros le tenemos cariño a ese lugar, a esos ladrillos. ¿No viste las caras que tenían cuando pasé el video? (Registro de cuaderno de campo. Buenos Aires, 26 de octubre del 2013).

Aun con todas las dudas sobre quiénes éramos nosotros, Gabriel y Miguel no dejaron de hablarnos ni un minuto. Parecían relajados y muy interesados en dejar en claro que ellos eran estudiantes haciendo “honor a una escuela”. Gabriel sostuvo que si va con el pin de exalumno por la calle la gente lo mira mal, y afirmó con pasión y enojo que “en wikipedia se dicen boludeces” sobre

la ESMA. Comentó que pensaba que con el tiempo las “cosas iban a cambiar” y que en algún momento se iban a poder escuchar relatos de los exalumnos porque “ellos se pueden quedar con el ladrillo, pero mientras quede un alumno vivo, la ESMA va a seguir siendo una escuela”. Para Gabriel, y para el resto de los exalumnos que conocí durante mi trabajo de campo, la ESMA no es únicamente un excentro clandestino de detención, sino que es, fundamentalmente, una experiencia honorable de su formación educativa.

El orgullo expresado está en tensión con la deshonra percibida en el espacio público donde, según los exalumnos, nadie conoce su verdadera historia. En un momento de la conversación, uno de los hombres que se sumó a la charla que estábamos manteniendo me dijo que había exalumnos de la escuela trabajando en casi todos los países del mundo. En Argentina, para los que no estaban interesados en continuar la carrera militar, había sido muy difícil conseguir trabajo en el mundo civil con ese dato en el *curriculum vitae*. Incluso, me contó que tenía compañeros que habían elegido sacar ese antecedente antes de solicitar una entrevista laboral. Su comentario no estaba enfocado en una preocupación sobre sus saberes, sino en la percepción negativa con la que él entiende que el mundo civil lo mira. Ocultar su pasado como estrategia muestra hasta qué punto los exalumnos entienden o perciben que, para el mundo civil, tener experiencia en la ESMA es una deshonra.

## Reflexiones finales

La pérdida del predio donde funcionó la escuela aparece para los exalumnos como el momento en el cual una “visión civil e institucional” sobre la ESMA (deshonrosa) se impone sobre su propia visión (honrosa). Lo que está en juego aquí parece ser justamente el valor honorable que sus experiencias pasadas adquieren en el presente. Este es un tipo de honor colectivo (Pitt-Rivers, 1968) que es afectado por el comportamiento de los miembros, y estos, a su vez, son afectados por la honra que el grupo tiene o de la que carece, en la medida en que el honor y el deshonor son reconocidos y validados por todos. El presente conflictivo aparece otra vez: cuando se pierde el honor, ¿qué se hace?

La etnografía, desde su metodología hasta su producción, invita a realizar un ejercicio de reflexividad e interpretación a partir de la interacción con otros. El campo no es un espacio donde los antropólogos cosechamos información, sean vestigios de memorias o disputas. Por el contrario, es el lugar

donde nos vinculamos con otros que nos permiten (en el mejor de los casos) compartir las experiencias que le dan sentido a su vida social. La memoria no es accesible para el investigador, sino que son las experiencias que los sujetos comparten durante el trabajo de campo las que habilitan una explicación sobre el pasado que luego será analizada en nuestras investigaciones. Es así como la memoria –entendida como acción, como lucha, como ejercicio o como campo de disputa por fuera de la relación con el investigador– corre el riesgo de perder el valor que situacionalmente adquiere: tal como lo explicó Halbwachs, recordamos con otros en un momento y un lugar determinados.

La clave plural, además de contemplar a los integrantes de la sociedad, debe incluirnos como investigadores. Sobre todo, cuando el pasado aparece presente en nuestros análisis por la cualidad (a veces poco problematizada) de ser ciudadanos del mismo Estado y compartir políticas públicas en relación con el pasado reciente. El riesgo radica en la dificultad de no poder distinguir, por momentos, entre el deber moral de recordar como ciudadanos y el objetivo analítico como investigadores, a veces inoportuno, de indagar qué sentidos están en juego en eso que los humanos recordamos. Entender el punto de vista de un “otro” no es solamente registrar lo que dice y cómo lo dice, sino intentar entender qué hace y cómo, analizando las fuerzas que lo movilizan a hacer eso que hace y a decir eso que dice, pero con nosotros en escena.

A lo largo de este trabajo, me enfoqué en el análisis de algunas prácticas que los exalumnos sostienen sobre el pasado de la ESMA para pensar otros rasgos de la institución y nuevas formas de darle sentido. Este es un aporte al estudio de las FF. AA. que contrarresta la persistencia de enfoques que estudian a los militares exclusivamente a través de las intervenciones dictatoriales, los cuales invisibilizan problemas, hipótesis y dimensiones analíticas sustantivas para explorar el pasado y el presente de los hombres y mujeres que eligen formarse como “marinos”. El objetivo de este escrito fue comprender cómo los exalumnos de la ESMA generan sus ejercicios de memoria que validan su propia experiencia como honorable hasta constituirse, ellos mismos, en guardianes de su propio honor.



## Referencias bibliográficas

- Badaró, Máximo. 2008: "Nuevos cadetes, nuevos ciudadanos. Análisis de un ritual de investidura en el Ejército Argentino". *Papeles de trabajo*, revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de General San Martín, n.º 4.
- Badaró, Máximo. 2012: "Memorias en el Ejército Argentino: fragmentos de un relato abierto". *Nuevo Mundos Mundos nuevos. Cuestiones del tiempo presente*, puesto en línea el 11 julio de 2012.
- Calveiro, Pilar. 1998: *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- Carnovale, Vera. 2006: "Memorias, espacio público y Estado: la construcción del Museo de la memoria". *Estudios AHILA de Historia Latinoamericana*, n.º 2.
- Costa, Paz y Roca, J. 1999: *Mando y Obediencia*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth. 2002: *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Madrid: Siglo XXI.
- Frederic, Sabrina. 2013: *Las trampas del pasado: Las Fuerzas Armadas y su integración al Estado democrático en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Guber, Rosana. 2004: *De "chicos" a "veteranos"*. Buenos Aires: Antropofagia/ IDES.
- Guber, Rosana. 2013: *La articulación etnográfica. Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Guber, Rosana. 2014: *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, Rosana. 2016: *Experiencia Halcón. Ni héroes ni kamikazes: Pilotos del A4B*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Guglielmucci, Ana. 2007: "La objetivación de las memorias públicas sobre la última dictadura militar argentina (1976-1983): el 24 de marzo en el excentro clandestino de detención ESMA". *Antípoda*, n.º 4, enero-junio, pp. 243-265.
- Guglielmucci, Ana. 2013: *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Halbwachs, Maurice. (1995) 1968: "La memoria colectiva". Traducción de Amparo Lasén Díaz. *REIS*, n.º 69, enero-marzo.

- Jelin, Elizabeth. 2002: *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Longoni, Ana. 2007: *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.
- Péristiany, John G. (ed.). 1968: *El Concepto del Honor en la Sociedad Mediterránea*. Barcelona: Edición Labora.
- Pitt-Rivers, Julian. 1968: "Honor". En *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 6. [s. l.]: Free Press.
- Pitt-Rivers, Julian. 1971: *Un pueblo de la Sierra: Grazalema*. Madrid: Alianza.
- Pitt-Rivers, Julian y Péristiany, John G. (eds.). 1992: *Honor y gracia*. Madrid: Alianza.
- Salvi, Valentina. 2012: *De vencedores a víctimas. Memorias militares sobre el pasado reciente en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Sarlo, Beatriz. 2012: *Tiempo pasado, cultura de la memoria y giro subjetivo, una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Soprano, Germán. 2010: "Los militares como grupo social y su inscripción en el Estado y la sociedad argentina". *Revista Digital Universitaria del Colegio Militar de la Nación*, año 8, n.º 22.
- Soprano, Germán. 2016: *¿Qué hacer con las Fuerzas Armadas? Educación y profesión de los militares argentinos en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.
- Vezzetti, Hugo. 2002: *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, Hugo. 2004: "Políticas de la memoria: el museo de la 'ESMA'". *Punto de Vista*, n.º 79.
- Vecchioli, Virginia. 2013: "Las Víctimas del Terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina". *Revista Papeles del CEIC*, vol. 1, n.º 90.

## Fuentes consultadas

CONADEP. 1985: *Nunca más*. Buenos Aires: Eudeba.

Ministerio de Marina. 1947: *Escuela de Mecánica de la Armada*.

*Cincuentario 1897-1947*. Buenos Aires: Estado Mayor general.

[www.ara.mil.ar](http://www.ara.mil.ar)

[www.ciudadyderechos.org.ar](http://www.ciudadyderechos.org.ar)

[www.essa.ara.mil.ar](http://www.essa.ara.mil.ar)

[www.exalumnosceaema.com](http://www.exalumnosceaema.com)

[www.infoleg.gov.ar](http://www.infoleg.gov.ar)

[www.jus.gob.ar](http://www.jus.gob.ar)

# **Entre la práctica experta y el compromiso político**

## **Intervenciones profesionales**

### **en la implementación de políticas de memoria**

### **en ex Centros Clandestinos de Detención,**

### **Tortura y Exterminio**

Adriana Leticia D'Ottavio

#### **Introducción**

Al llegar a la entrada del ex Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio (CCDTyE) Virrey Cevallos, uno de los lugares que funcionaron como centros clandestinos durante la última dictadura militar (1976-1983) y hoy se encuentran protegidos como patrimonio cultural y abiertos al público como sitios de memoria, el visitante se encuentra con un garaje, una pared vidriada y un escritorio con folletos informativos, por lo general, acompañados de una persona que invita a ingresar en el sitio. Una vez atravesada la entrada, el paisaje cambia completamente: llegamos a un patio interno vacío y en estado ruinoso, con paredes manchadas por la humedad y diferentes tipos de pintura descascarada, pisos de mosaico percutidos por el uso, todo en claro deterioro. Se observa rápidamente que el tratamiento que se le da a la materialidad de este espacio es diferente de un lado y otro de la puerta de entrada: mientras que las paredes del garaje se encuentran restauradas, las del patio interior están conservadas sin restaurar. Esta diferenciación es una de las decisiones que toman los profesionales en conservación y arqueología que trabajan en estos sitios de memoria. Ahora bien, ¿cuáles son los criterios y razones que guían estas decisiones? ¿Cuáles sus implicancias en la experiencia que configuran los sitios de memoria? ¿Cuál es el papel de los saberes y prácticas de estas disciplinas en la configuración de políticas de memoria?

En este artículo voy a indagar en la intervención experta de arqueólogos y conservadores sobre las materialidades de los ex-CCDTyE de la ciudad de Buenos Aires que, como Virrey Cevallos, han sido transformados en sitios de memoria. Estos cinco sitios (ex-ESMA, ex Club Atlético, ex-Olimpo, ex Automotores Orletti y ex Virrey Cevallos) se encontraban, hasta 2014, bajo la órbita del Instituto Espacio para la Memoria (IEM).<sup>1</sup> En el marco de esa pertenencia institucional, los grupos de arqueólogos y conservadores de los diferentes sitios realizaron reuniones y encuentros con el fin de coordinar criterios comunes para el desarrollo de sus tareas. Por esta razón, sin desconocer que constituyen proyectos complejos, diferentes entre sí, con distintos actores, historias y demandas, aquí avanzo una hipótesis para el análisis de los cinco sitios en conjunto. La metodología de análisis se basa en una combinación de observaciones realizadas en todos los sitios de memoria entre 2012 y 2017, examen de documentación y fuentes secundarias y entrevistas realizadas a arqueólogas, conservadoras y otros trabajadores de los sitios.<sup>2</sup>

Estos edificios y predios fueron utilizados durante la última dictadura militar como sedes de la represión ilegal. Desde principios de la década de los 2000, en el marco de un proceso de “institucionalización de la memoria” (Da Silva Catela, 2014), estos espacios comenzaron a ser señalizados como ex-CCDTyE. Mientras que en algunos casos la señalización no implicó un cambio en su funcionamiento, otros lugares fueron desafectados de su uso policial, militar o privado y abiertos al público como sitios de memoria.<sup>3</sup>

---

1. El IEM era un ente con autonomía funcional y autarquía económica creado en 2002 y perteneciente a la administración del gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Estaba conformado por organismos de derechos humanos, personalidades reconocidas por su compromiso con el movimiento de derechos humanos, un representante del Poder Ejecutivo y otros de los distintos bloques partidarios de la Legislatura de la Ciudad. Entre sus atribuciones se encontraban las de recuperar los predios o lugares en la Ciudad donde hubieran funcionado CCDTyE; recopilar y conservar material documental y testimonial; y realizar exhibiciones y muestras con el fin de resguardar y transmitir las memorias sobre lo ocurrido durante el Terrorismo de Estado (Ley de la Legislatura porteña 961). En 2014 fue disuelto y su personal y funciones traspasadas a la Administración Nacional (ley nacional 26.935).

2. En este artículo voy a citar las entrevistas realizadas a las conservadoras del ex-CCDTyE Virrey Cevallos, Marta Carreras (20/10/2014) y del ex-CCDTyE Club Atlético, Valeria Contissa (14/11/2014); a las arqueólogas del ex-CCDTyE Club Atlético, Laura Duguine y Silvina Durán (14/11/2014); y a un entonces miembro del equipo de trabajo del ex-CCDTyE Olimpo, Joan Portos (19/07/2012, realizada junto con Guillermina Fressoli).

3. Las leyes de la Legislatura porteña 1.197/2003, 1.505/2004 y 1.794/2005 declaran “Sitio Histórico” a los ex-CCDTyE Olimpo, Virrey Cevallos y a los restos arqueológicos del ex-CCDTyE Club Atlético respectivamente; y las leyes de la Legislatura porteña 1.454/2004 y 2.112/2006 declaran “de Utilidad Pública y

Los espacios analizados constituyen lugares complejos que articulan diferentes valores, funciones, públicos, usos, demandas. Son, a la vez, mójones de la memoria colectiva, sitios de experiencia, lugares de recuerdo y elaboración personal para los sobrevivientes y para los familiares de desaparecidos que no cuentan con cuerpos, tumbas u otras materialidades a las que aferrarse en la elaboración de sus duelos, y documentos que pueden aportar información a la justicia y a la historia. En tanto tales, constituyen elementos que permiten gestionar o lidiar con el pasado, simbolizarlo, representarlo, transmitirlo, además de valorizar determinados aspectos considerados particularmente significativos o importantes. En suma, consisten en lugares que configuran determinadas “políticas de memoria” (Groppo, 2002; Rabotnikof, 2007; Besse, 2012).

Las premisas clásicas propuestas por Jelin (2002) para el análisis de las memorias pueden aplicarse también al de las políticas de memoria: se trata de procesos históricos llevados adelante por diferentes actores entre los cuales se establecen disputas o conflictos. Las formas de gestionar el pasado están en estrecha relación con las preocupaciones del presente y con los proyectos de futuro. Implican, además, un cierto olvido, ya que toda selección deja ciertos aspectos del pasado en la sombra, y toda representación se establece desde un determinado punto de vista, entre muchos otros posibles.

Teniendo en cuenta lo anterior, en este artículo voy a estudiar particularmente las prácticas de los profesionales en conservación y arqueología que intervienen en los sitios de memoria y moldean sus materialidades para configurar lugares de experiencia.<sup>4</sup> Con esto, voy a dar cuenta de su apari-

---

sujeito a expropiación” los ex-CCDTyE Virrey Cevallos y Automotores Orletti, respectivamente. El decreto presidencial 1.333/2008 declara “Monumento Histórico Nacional” al edificio del Casino de Oficiales de la ex-ESMA. Las tres figuras (“Monumento Histórico”, “Sitio Histórico” o “de Utilidad Pública”) imponen el deber de conservar los sitios. En 2011 el Congreso de la Nación sancionó la ley 26.691 que declara “Sitios de Memoria del Terrorismo de Estado a los lugares que funcionaron como centros clandestinos de represión ilegal” y establece que “el Poder Ejecutivo Nacional garantizará la preservación de todos los Sitios”.

4. Es necesario destacar en este punto que el sentido de un objeto como los sitios de memoria no está dado por el objeto mismo o por las intenciones y proyectos de quienes los producen y gestionan, sino que se produce en el encuentro entre el sentido que este propone y los sentidos que los diversos actores leen en él. Es decir, más allá de las formas de apropiación que el objeto y sus productores prevean, las recepciones que se dan efectivamente en la práctica son producto de una negociación que los diferentes receptores establecen con esos sentidos propuestos. Así, en una exposición, en un museo o en un sitio de memoria, las diversas intenciones, intereses, expectativas y experiencias previas de los visitantes, así como los demás discursos culturales con los que tengan contacto, determinarán también la forma en que se relacionan con los sentidos propuestos (Verón y Levasseur, 1983).

ción como actores intervinientes en las experiencias de estos espacios; una experiencia que se constituye al mismo tiempo como técnica y políticamente comprometida, en la medida en que legitima su participación en el establecimiento de políticas de memoria.

### **Prácticas expertas en la configuración de políticas de memoria**

Si observamos el estado actual de los sitios de memoria de la ciudad de Buenos Aires, puede parecer que estos se conservan tal como estaban cuando fueron transformados en espacios de memoria. La decisión de no hacer reconstrucciones porque estas serían versiones subjetivas que podrían afectar la credibilidad de estos lugares, que harían que perdieran su autenticidad, provoca la impresión de que al visitar estos espacios se entra en contacto directo con los CCDTyE.<sup>5</sup> El estado de deterioro puede parecer solo efecto del paso del tiempo sobre una materialidad que, en última instancia, se presenta como auténtica, como si habilitara la experiencia de entrar en vínculo directo con el pasado.

Sin embargo, estas materialidades están fuertemente intervenidas por saberes y prácticas expertos que producen este “efecto de autenticidad” (Bach, 2016). Lejos de relativizar su valor como sitios de memoria ni poner en cuestión el hecho de que hayan funcionado allí CCDTyE durante la última dictadura militar, solo se busca dar cuenta de las mediaciones y los criterios que configuran los sitios de memoria en su estado actual.

El vínculo entre restos materiales y memoria no es autoevidente, la experiencia y asociación es fruto de una serie de intervenciones, que son marcadas, señalizadas, registradas, clasificadas, preservadas, intervenidas con distintas técnicas más o menos invasivas, investigadas, interpretadas,

---

5. Junto con los proyectos de transformación de algunos ex-CCDTyE en sitios de memoria, comenzaron largos debates al interior de los organismos de derechos humanos, la academia y la sociedad en general sobre qué hacer con estos espacios. La postura que prevaleció en lo que respecta a la materialidad fue la de considerar a la totalidad de los predios como parte de los CCDTyE, pero distinguir aquellos sectores por donde los testimonios indicaban que habían pasado detenidos de aquellos que, aun siendo funcionales a los centros, no habrían formado parte del “núcleo duro”. Los primeros serían conservados en el estado en que se encontraron (es decir, sin realizar reconstrucciones, restauraciones, acondicionamientos, demoliciones, etc.) y los segundos serían acondicionados para el desarrollo de actividades administrativas y culturales. Sobre estos debates se pueden consultar Brodsky, 2005; Andermann, 2012; Guglielmucci, 2013; Feld, 2015, entre otros.

utilizadas de distintas formas. La selección de qué elementos son considerados significativos y cuáles no, qué vale la pena recordar y de qué manera es parte de un trabajo activo que llevan adelante, entre otros actores, los profesionales en conservación y arqueología. Desde esta perspectiva, los sitios pueden entenderse como productos de tecnologías particulares (Haraway, 1989), compuestas por una multiplicidad de saberes, prácticas, discursos, técnicas, herramientas, actores y valoraciones que los vuelven dispositivos memoriales y establecen regímenes de visibilidad, de inteligibilidad y efectos de autenticidad que configuran sus políticas de memoria.

Profesionales en arqueología y conservación fueron convocados para trabajar en estos sitios el objetivo de, por un lado, preservar los “núcleos duros” de los ex-CCDTyE y, por el otro, investigar estas materialidades para aportar información.<sup>6</sup> Sin embargo, la práctica de estos expertos funciona como una mediación que no es neutral ni trivial, sino que tiene un peso específico, es decir, que incide en la conformación de las políticas de memoria que se dan en los sitios. Sus saberes, prácticas y métodos disciplinares, sus modos de intervención y estrategias de interpretación; las leyes y marcos normativos que las regulan; las relaciones sociales que traman en los sitios (donde los expertos entran en relación con sobrevivientes, familiares, organismos, visitantes); las valoraciones, afectos y compromisos que ponen en juego; las condiciones de su trabajo (disponibilidad de recursos, cotidianidad de convivencia con historias traumáticas, etcétera); las legitimidades, autoridades y autonomías que entran en tensión; y, finalmente, las resistencias, opacidades y potencialidades de las materialidades mismas con las que trabajan son algunas de las mediaciones que inciden en la configuración de estos espacios. En este sentido, puede afirmarse que los sitios de memoria no son solo producto de las decisiones tomadas en el marco de los debates públicos y consensuadas entre los organismos de derechos humanos y las distintas dependencias estatales involucradas.

---

6. Hay que destacar que, si bien esta fue la postura que generó más adhesiones y que terminó imponiéndose, esto no saldó las discusiones, que siguieron realizándose, ya que algunos actores mantuvieron su desacuerdo. El hecho de que se repartieran los edificios de la ex-ESMA entre los distintos organismos y que el Museo de la Memoria no pudiera concretarse sino hasta más de diez años después puede ser entendido como una muestra de la falta de acuerdo entre los distintos organismos.



## Restaurar o conservar: criterios en disputa

El caso de la entrada del ex-CCDTyE Virrey Cevallos y los distintos criterios de conservación adoptados de un lado y otro de la puerta de vidrio que funciona como ingreso a este sitio de memoria puede aportar claridad sobre las formas en que este tipo de decisiones profesionales puede configurar las políticas de memoria. Existen, como ya señalé, fuertes consensos que indican evitar la restauración siempre que sea posible. Para empezar, las cartas y protocolos internacionales de la disciplina de la conservación la desaconsejan porque una reconstrucción implica siempre un grado de conjetura y la incorporación de materiales nuevos que atentan contra la idea de autenticidad (Stanley-Price, 2009; Smith y Waterton, 2009).

En el caso de los ex-CCDTyE, a estas razones que pueden entenderse como técnicas (si bien se encuentran atravesadas también por valoraciones y supuestos políticos)<sup>7</sup> se suman razones particulares. El acuerdo en torno a no reconstruir ni restaurar estos espacios se vincula con dos tipos de motivaciones. En primer lugar, por consideraciones judiciales: un argumento que cuenta con un gran nivel de aceptación es el que sostiene que las restauraciones afectarían el valor de prueba de los sitios. En segundo lugar, porque reconstruir partes de los CCDTyE implicaría reponer y, en un sentido, encarnar, acciones propias de los represores. Uno de los trabajadores del ex-CCDTyE Olimpo que entrevisté sostuvo esto muy claramente: “Reconstruir no, eso es un consenso de base [...] nosotros no construimos celdas” (Joan Portos, trabajador del ex-CCDTyE Olimpo). Teniendo en cuenta estas consideraciones técnicas y políticas, la reconstrucción o restauración solo se recomienda cuando es necesaria para preservar las estructuras del edificio. Por ejemplo, si un techo se derrumba se lo puede reemplazar con estructuras nuevas (es decir, restaurarlo), pero siempre dejando en claro visualmente cuál es la parte “original” o “auténtica” y cuál el agregado posterior.

A pesar de la relevancia de estos criterios, en el ex-CCDTyE Virrey Cevallos se decidió restaurar la pintura de las paredes del garaje de entrada al

---

7. Algunos de estos supuestos son heredados de concepciones románticas que permean parte del discurso patrimonial más tradicional y que privilegian la antigüedad y los valores estéticos en la conservación de las ruinas. Estas nociones dan un rol preponderante a los profesionales en conservación y arqueología sobre los destinos del patrimonio (en detrimento de otros actores, como los grupos de la sociedad civil con intereses en esos mismos patrimonios). Smith y Waterton (2009) analizan esta cuestión en profundidad.

edificio. El trabajo consistió en hacer cateos para determinar cuál era el tipo de pintura y el color que esas paredes tenían en la época en que funcionaba allí el CCDTyE y volver a pintarlas de esa forma. Resulta interesante observar cuáles son las razones que da la conservadora del sitio para sustentar esta decisión, ya que esta no concuerda con los criterios más comúnmente seguidos en estos casos. En primer lugar, establece que como la casa donde se alojaba el centro clandestino había funcionado posteriormente como inquilinato y luego como casa “ocupada”, esas paredes en particular estaban muy deterioradas y no daban cuenta ni de cómo era el CCDTyE ni de su ocultamiento posterior. Pero, fundamentalmente, señala que

... mantener eso era como muy incomprensible y es la entrada. Y encima ahí tenemos otro problema que es lo expulsiva que es esta entrada. [...] Mucha gente llega hasta la puerta y no se atreve a entrar. Entonces [había que] poner en condiciones esa entrada. Lo que se decidió es: “mantengamos como fue en la etapa del centro clandestino, pero no lo dejemos así como está porque en realidad parece más destruido y no sumaba” (Marta Carreras, conservadora ex-CCDTyE Virrey Cevallos).

Lo que aparece en la entrada del ex-CCDTyE Virrey Cevallos, entonces, es una pared gris en la que, si se observa muy detenidamente, se puede ver que se recorta un pequeño rectángulo de pintura del mismo color pero más deteriorado, con sectores despintados: el fragmento que se conserva de la pintura original de la época del CCDTyE. En este sector en particular del edificio entraron en contradicción dos de las funciones que se les asignan a los sitios de memoria, y el trabajo de conservación debió negociar entre los distintos valores y criterios que estaban en juego en ese caso. Por un lado, el valor social del sitio como espacio público, como lugar de memoria abierto a la comunidad, su función de transmisión; por otro, las consideraciones sobre su conservación patrimonial y su valor testimonial. Estos diferentes valores entraron en tensión y, en esta intervención puntual, primó como criterio la transmisión.<sup>8</sup>

---

8. Aquí analizo este caso de forma paradigmática para dar cuenta del funcionamiento de las prácticas expertas en conservación de sitios de memoria y cómo en ellas se traman compromisos políticos y se vinculan criterios y valores específicos. En otras intervenciones son otros los valores que entran en tensión y se toman decisiones específicas privilegiando diferentes criterios. Por ejemplo, en el ex-CCDTyE ESMA, una de las decisiones de conservación que se tomaron fue la de hacer cateos en las paredes

Como se observa, los criterios establecidos por los saberes y prácticas de la disciplina y aquellos consensuados en los debates públicos para el tratamiento de las materialidades de los ex-CCDTyE no funcionan como máximas inapelables o como reglas a aplicar en todos los casos, sino como pautas que se tienen en cuenta pero que se ponen a funcionar de distintas formas en la negociación y articulación de los distintos valores, funciones y objetivos de los sitios. “Hay pautas que rigen”, dice la conservadora del ex-CCDTyE Virrey Cevallos, “lo que pasa es que después el lugar, el momento [condicionan la práctica]” (Marta Carreras, conservadora ex-CCDTyE Virrey Cevallos).

Una máxima no escrita pero muy repetida en conservación proclama que “cada caso debe juzgarse por sus propios méritos”<sup>9</sup> (Ashley-Smith, 2009: 15), es decir, los protocolos nunca funcionan como reglas estrictas, sino que cada caso se resuelve de forma particular a partir de la experiencia y la sensibilidad del conservador.<sup>10</sup> El trabajo sobre sitios de memoria se presenta para estos profesionales como un tipo novedoso de conservación donde lo que se tiene en cuenta en la decisión de cada intervención puntual no son solo cuestiones relativas al patrimonio y a la experiencia profesional de los especialistas, sino también los demás valores del sitio (judicial, social o de transmisión, político, subjetivo o de elaboración, testimonial o documental) y la participación de los diferentes grupos de la sociedad civil (organismos de derechos humanos, sobrevivientes, familiares de desaparecidos, entre otros).

Para conservadores y arqueólogos, la intervención de los ex-CCDTyE tiene implicancias experiencias que estos puedan producir: una entrada ruinoso puede evitar que algunas personas decidan ingresar al sitio, mientras que una pintada y acondicionada a partir de un trabajo de restauración puede,

---

para encontrar marcas que podrían haber sido realizadas por detenidos desaparecidos. Para esto fue necesario remover parte de la pintura que recubría las paredes del sitio. En este caso las convenciones de la conservación, que indicarían preservar la pintura de las paredes, entran en tensión con el valor testimonial del sitio y es este último el que prima como criterio. No me extendiendo aquí por cuestiones de espacio, pero para un análisis más detallado de estas y otras intervenciones realizadas en los ex-CCDTyE de la Ciudad de Buenos Aires remito a mi tesis de maestría (D’Ottavio, 2017).

9. La traducción es mía, del original: “Every case must be judged on its own merits”.

10. Estas disciplinas pueden entenderse como parte de lo que Carlo Ginzburg llama el “paradigma indiciario”. Una de las características de este tipo de conocimiento, que se basa en lo individual y concreto, es que no se limita a seguir reglas preexistentes ni a establecer leyes abstractas, sino que en él “entran en juego (se suele decir a menudo) elementos imponderables: olfato, simple vista, intuición” (2013: 220).

por el contrario, invitar a quienes se acercan al sitio a atravesar la puerta de entrada y recorrerlo. Es de suma importancia entender las políticas de memoria como productos no solo de las decisiones tomadas en los ámbitos de discusión pública, sino también de otra multiplicidad de factores y actores que se ponen en juego.

Como señala Laurajane Smith (2004), el discurso y el conocimiento arqueológico y de conservación, en la medida en que se involucran en la gestión del patrimonio cultural, no son algo meramente técnico o neutral, sino que participan de la arena política. La forma en que un objeto o sitio patrimonial es gestionado, interpretado y comprendido por estos saberes y prácticas expertos tiene un impacto directo en los conflictos sobre los sentidos que se le da al pasado y puede participar en la legitimación o deslegitimación de intereses en las disputas de memorias. Esto es un efecto del mecanismo por el cual estos saberes y prácticas expertos participan de la gestión del patrimonio, más allá de cuáles sean las intenciones o valoraciones políticas de los profesionales.

### **Arqueología y conservación del pasado reciente**

Ahora bien, la intervención de estos saberes y prácticas expertos sobre las materialidades de los ex-CCDTyE presenta algunas particularidades vinculadas, principalmente, con el hecho de que el pasado de la última dictadura militar forma parte de una historia reciente que aún conforma agendas públicas y genera debates en la sociedad.<sup>11</sup> Como sostuvo una de las entrevistadas, que antes de ser convocada para trabajar en un ex-CCDTyE se había dedicado a la preservación de otro tipo de edificios patrimoniales como iglesias, teatros y edificios públicos, “si bien la conservación no es nueva, la conservación de los sitios de memoria sí lo es” (Marta Carreras, conservadora ex-CCDTyE Club Atlético).

---

11. Esta característica no es exclusiva de los ex-CCDTyE, sino que se observa también en la preservación de otros registros materiales del pasado cercano, especialmente algunos lugares que fueron significativos para la militancia de los años setenta: casas operativas como la casa Mariani-Teruggi o la casa Berardi-Gau, en La Plata; o antiguas Unidades Básicas como la casa del “Nono” Lizaso en la localidad de Munro. Estos espacios presentan, sin embargo, características diferentes, en especial porque no funcionan como prueba judicial ni son gestionados como sitios de memoria por parte del Estado. Para un análisis de algunas de estas experiencias, que exceden los límites de este artículo, se puede consultar Algañaraz, 2013; Ottavianelli y Gandolfi, 2013; Iocco y Ottavianelli, 2013.

Una de las razones que explican la particularidad del trabajo en los ex-CCDTyE es que estos edificios pueden funcionar como pruebas en los juicios a los represores. Esto implica no solo un trabajo conjunto con peritos y una atención a protocolos de intervención establecidos por los juzgados correspondientes a las causas en curso, sino también un cuidado especial por no borrar ni modificar ninguna huella que potencialmente pueda ser utilizada en algún juicio futuro. Este potencial se encuentra todavía abierto, además, porque hay muchos sobrevivientes que aún no testimoniaron y pueden decidir hacerlo, o que no se acercaron a los lugares donde estuvieron detenidos por cuestiones personales o por faltarles datos para identificarlos. En este sentido, por ser parte de la historia reciente y, especialmente, de una historia traumática y de difícil reconstrucción, la materialidad de estos espacios y la historia que esta permite reconstruir se presenta como incompleta, fragmentaria, en proceso.

En segundo lugar, las entrevistadas señalaron que estos sitios constituyen una novedad para sus disciplinas por lo que llaman su “carga” (Marta Carreras, conservadora ex-CCDTyE Virrey Cevallos; Silvina Durán, arqueóloga ex-CCDTyE Club Atlético) o su “implicancia” (Laura Duguine, arqueóloga ex-CCDTyE Club Atlético). Esta carga, que diferencia a los ex-CCDTyE de otros edificios o monumentos históricos, es a la vez afectiva –especialmente para los sobrevivientes y familiares de desaparecidos– y política: al tratarse de historias que aún generan conflictos en el espacio público, sus restos constituyen objetos de disputas políticas por la simbolización del pasado.

En un artículo conjunto, arqueólogas y conservadoras de distintos ex-CCDTyE de la ciudad de Buenos Aires señalan:

El estudio y conservación en los sitios de memoria, si bien es regido por las pautas y normativas emanadas de cartas y congresos internacionales tanto en referencia a lo edilicio como a los objetos, al igual que en otros casos, agrega la necesidad de nuevos debates por la particularidad de su aspecto testimonial. Ya no habla solo de materiales y técnicas constructivas y de etapas histórico-culturales, habla de contemporaneidad, de búsquedas, habla de personas que pudieron dejar su marca, de personas que necesitan encontrarlas, las propias o las de otros, hablan de reconstruir un espacio de tiempo sustraído, hablan de una sociedad reconstruyendo su historia (Duguine, Durán, Contissa y Carreras, 2013: 733).

Los ex-CCDTyE están atravesados por una compleja y particular superposición de valoraciones que hace de ellos patrimonios especiales, novedosos. Su específica polisemia patrimonial implica la yuxtaposición de un valor judicial (en tanto pueden funcionar como prueba en las causas judiciales en curso o futuras), un valor social o de transmisión de memoria (vinculado a la dimensión pedagógica de los sitios de memoria), un valor político (en tanto pueden participar de disputas vigentes en el espacio público sobre los sentidos del pasado), un valor subjetivo de elaboración (para sobrevivientes y familiares de víctimas) y un valor testimonial o documental (como fuentes de información que permiten reconstruir los acontecimientos que tuvieron lugar allí).

En estos sitios, los criterios más consensuados de la disciplina de la conservación como los de mínima intervención, reversibilidad o autenticidad cobran otro matiz y las decisiones no pueden basarse solo en criterios profesionales o en consideraciones teórico-filosóficas. Por el contrario, deben tomarse en cuenta también factores como la participación de grupos con intereses y valoraciones sobre los sitios por conservar<sup>12</sup> (especialmente, organismos de derechos humanos, de familiares y sobrevivientes, a veces también de vecinos), las coyunturas y debates políticos, las disputas memoriales, el desarrollo de causas judiciales, entre otros. En palabras de una de las conservadoras entrevistadas, “es un caso muy particular, nosotros lo vamos aprendiendo en el día a día, porque quizás la formación que tenemos en general nosotras no nos preparó para encontrarnos con esto” (Valeria Contissa, conservadora ex-CCDTyE Club Atlético).

Si bien la práctica de la conservación siempre involucra una dimensión política y, cada vez más, toma en consideración las valoraciones de actores sociales concernidos con los destinos de los objetos que conserva, el trabajo en ex-CCDTyE es percibido como un ejercicio novedoso por los distintos regímenes de valor que en ellos se superponen. En estos casos la *expertise* profesional se suma, en la práctica, a una *expertise* situada en un campo particular, el de los sitios de memoria, que adquiere características singulares.

En cuanto a la arqueología, el trabajo en los sitios de memoria también implicó novedades y diferencias respecto de la tradición establecida en la disciplina. Esto tiene que ver con lo que subrayan Melisa Salerno, Andrés

---

12. Se ha observado, de todas formas, que esto constituye una tendencia creciente en la conservación (Richmond y Bracker, 2009).

Zarankin y María Celeste Perosino cuando sostienen que “las posibilidades de trabajo abiertas para los arqueólogos en los excentros de detención también dependieron de las formas en que la disciplina definió su área de incumbencia” (2012: 59). Para estos autores, la arqueología se comprendía tradicionalmente como el estudio de las sociedades del pasado a partir de sus restos materiales, pero recientemente fue redefinida para dar cuenta del mundo social en general a través del abordaje de su materialidad. En este contexto, el compromiso con distintos valores sociales y con las coyunturas políticas de la época comenzó a ser visto como un factor productivo para guiar los objetivos y la metodología de trabajo de la disciplina.<sup>13</sup> Marcos Gastaldi, quien participó como arqueólogo en diversos proyectos relacionados a ex-CCDTyE en la provincia de Córdoba, señaló en este mismo sentido lo siguiente:

El involucramiento de la arqueología en los conflictos sociales del pasado reciente o del presente coincidió con cierta mudanza epistémica de la disciplina. En primer lugar, empieza a reconocer que las narrativas creadas por la arqueología, lejos de ser historias neutrales, se hallan en un diálogo tenso con los intereses y conflictos políticos y sociales del presente. En segundo lugar, pensar la práctica arqueológica inserta en el presente promovió el involucramiento de muchos arqueólogos con las comunidades donde trabajaban (2014: 170-171).

Estas cuestiones se presentan como desafíos no solo para la arqueología sino para todas las ciencias sociales que estudian el pasado reciente y que “han debido aprender a convivir y dialogar con discursos extraacadémicos, asociados a prácticas sociales y políticas que movilizan y son movilizadas por diversos actores y grupos sociales, para quienes a su vez el pasado cercano implica emociones, convicciones y experiencias” (Franco y Levín, 2007: 16). En estos campos de estudio, vinculados con historias en proceso, la participación del investigador en la misma sociedad en la que esa historia genera todavía disputas políticas pone de manifiesto claramente que sus intervenciones no son neutrales. Además, el diálogo que necesariamente se entabla con los demás actores –que tienen sus propias emociones,

---

13. Esto no refiere solo a la arqueología argentina, sino que el fenómeno ha sido subrayado también por autores anglosajones como Smith, 2004; Smith y Waterton, 2009.

convicciones y experiencias respecto de ese pasado cercano— descentra al investigador como productor de verdad.

En el análisis arqueológico, particularmente, esto implica una relación diferente entre palabra y materialidad. La arqueología tradicional, dedicada a estudiar el pasado lejano, al carecer de evidencias discursivas o textuales tuvo que desarrollar técnicas para comprender el comportamiento humano a partir del análisis de sus restos materiales. La arqueología del pasado contemporáneo o del tiempo presente se vale de estas técnicas para abordar las cuestiones que caen fuera del campo de lo discursivo en la experiencia moderna (Buchli y Lucas, 2001: 16), para complementar o desafiar los discursos sociales a partir del estudio de lo material. Sin embargo, al analizar un pasado cercano la presencia de testimonios hace que la arqueología:

[...] no pueda reducirse a una empresa unívoca, en la que solo participan especialistas en el análisis de los restos materiales del pasado, es decir, los arqueólogos o científicos comúnmente asociados a esos restos. Por la propia naturaleza de los materiales con los que trata, la arqueología del pasado reciente solo puede ser un emprendimiento “de varias voces”, uno que involucre a diferentes profesiones y grupos políticos, junto con las diversas comunidades sociales o culturales que tienen intereses en el destino de esos restos y en el sentido dado a la historia que testimonian (Olivier, 2001: 187).<sup>14</sup>

Así, el trabajo arqueológico sobre el pasado reciente debe tomar en consideración y darle autoridad a la memoria colectiva y a los testimonios individuales. En los casos de los sitios de memoria, esto implica que, metodológicamente, el análisis se moldea a partir de esta relación entre palabra y materialidad. En la práctica, supone una interacción fluida y constante no solo con organismos de derechos humanos, de sobrevivientes y de familiares

---

14. La traducción del original es mía: “Cannot be reduced to a univocal enterprise, confined just to specialists in the analysis of the material remains of the past, the archaeologists or scientists usually associated with those remains. By the very nature of the materials to be dealt with, the archaeology of the near past can only be an undertaking realised ‘by several voices’, one in which different professional or political groups are involved, along with the diverse social or cultural communities who have an interest in what these remains become, and in the meaning given to the history that they bear witness to” (Olivier, 2001: 187).



de detenidos desaparecidos,<sup>15</sup> sino también un trabajo con sobrevivientes y familiares que se acercan al sitio para rememorar y conocer partes de su historia o la de sus seres queridos. Así, la práctica arqueológica en estos espacios asume a la vez una dimensión política y otra emocional o afectiva que en gran medida la redefinen. Puede decirse que, como sostiene Alejandro Haber (2009), la arqueología del pasado reciente no es solo la misma disciplina aplicada a un nuevo objeto, sino que implica una transformación y una novedad para la disciplina misma. Incluye intereses extradisciplinarios y se desarrolla en una compleja negociación entre diferentes perspectivas, a la vez que toma en cuenta las voces y memorias de diversos actores sociales.

### Entre la práctica experta y el compromiso político

Como señala Elizabeth Jelin, en nuestro país “en el período post-dictatorial, la ‘verdad’ fue identificándose con la posición del ‘afectado/a directo’ [...] y la legitimidad de la palabra (o, si queremos ser más extremos, la ‘propiedad’ del tema) llegaron a estar encarnadas en la experiencia personal y en los vínculos genéticos” (2007: 39). Este “familismo” permeó tanto a los organismos de derechos humanos, muchos de ellos definidos públicamente a partir de una relación de consanguinidad con los desaparecidos (Madres, Abuelas, HIJOS, Herman@s, Familiares), como a las leyes de reparación sancionadas por el Estado, que reconocen la categoría de “familiar de desaparecido” y suponen “una forma de narrar la historia política reciente como una *historia familiar*” (Vecchioli, 2005: 265). Teniendo esto en cuenta, Jelin se pregunta: “¿Pueden quienes no vivieron en carne propia una experiencia personal de represión participar en el proceso histórico de construcción de una memoria compartida?” (2007: 57-58).

Esta pregunta apunta a un cuestionamiento que parece surgir en el campo del activismo de derechos humanos sobre la legitimidad que pueden tener actores que no se vinculan con el terrorismo de Estado por haberlo sufrido en primera persona como los sobrevivientes de CCDTyE o familiares de desaparecidos. Sin embargo, existen diversos actores profesionales que intervienen en este ámbito y que también definen formas de narrar y comprender

---

15. Estas agrupaciones se encuentran representadas formalmente en las Mesas o Comisiones de Trabajo y Consenso que rigen los distintos sitios.

la historia política reciente y de operar en el presente en relación con esta. Virginia Vecchioli, analizando el rol de los abogados de derechos humanos en la Argentina, sostiene que “la intervención de estos profesionales incide en la manera en que se procesan e interpretan ciertos conflictos políticos, proveyendo un repertorio de prácticas y valores y haciendo de este activismo un asunto de competencia experta” (2009: 44).<sup>16</sup>

Ya señalé que la *expertise* arqueológica y de conservación adquiere en los sitios de memoria características particulares, que se trata entonces de una *expertise* situada que dialoga con las prácticas y saberes tradicionales de las disciplinas. Ahora bien, a su vez, estas prácticas profesionales intervienen en el campo de las políticas de memoria proveyendo, como en el caso de los abogados, repertorios de prácticas y valores particulares. A partir de las intervenciones de estos expertos, los sitios de memoria pasan a ser no solo lugares de duelo, de conmemoración o pruebas para la justicia, sino también lugares donde se construyen certezas y verdades a partir de las herramientas y métodos disciplinares. Cualquier intervención en estos espacios pasa a ser parte de un debate que tiene en cuenta no solo las propuestas de los distintos actores que participan en la implementación de las políticas de memoria en estos sitios, sino también las consideraciones profesionales de estos expertos.

En los largos años que llevan sus luchas y militancias, y más allá de las múltiples diferencias que existen entre ellos, los familiares, sobrevivientes y organismos de derechos humanos ya adquirieron legitimidad y autoridad para intervenir en las políticas de memoria y participar en el proceso histórico de construcción compartida. Estos otros actores profesionales, que con sus prácticas también construyen sentidos del pasado, disputan en sus espacios de intervención la posibilidad de ser escuchados como actores legítimos para construir sentidos e intervenir en la implementación de políticas de memoria.

Se ha señalado que, con el nuevo milenio, cuando el Estado nacional comenzó a tomar a su cargo algunas de las demandas y reivindicaciones de los organismos de derechos humanos, emergió un nuevo escenario. La memoria de lo ocurrido durante la última dictadura militar fue adoptada

---

16. Vecchioli también analizó, en este sentido, la participación de agentes estatales y expertos en la creación del Parque de la Memoria. Para esta autora, “este universo de agentes –y sus representaciones y lógicas de actuación– también van a incidir en la manera en que estos espacios de memoria son concebidos, gestados e implementados” (2014: 34).

como una demanda oficial. A partir de este período, muchos militantes de derechos humanos accedieron a cargos públicos dentro de las agencias estatales (Messina, 2016). El discurso oficial sobre el pasado reciente pasó a disputarse la normatividad biológica que había prevalecido en la transición democrática y la memoria empezó a ser tema de toda la sociedad y no solo de los afectados directos (Sosa, 2013). La institucionalización de sitios de memoria forma parte de esta ampliación de sentidos; los debates y las diversas actividades permitieron transmitir la memoria a nuevas audiencias.

Para Sosa, son principalmente las actividades culturales que tienen lugar en los sitios (especialmente en la ex-ESMA) las que permiten la emergencia de un espacio de experiencia y negociación de disputas para nuevos públicos. Ahora bien, el análisis del trabajo de los profesionales de conservación y arqueología que participan en los ex-CCDTyE de la ciudad de Buenos Aires permite dar cuenta de que la preservación de los restos materiales del pasado no es meramente conservadora, sino que también permite “generar lazos expandidos entre aquellos que no han sido afectados directamente por la violencia [...], formas no normativas de conexión con el dolor”<sup>17</sup> (Sosa, 2013: 17) que, al incorporar nuevos actores, disputan las legitimidades dadas.

Al considerar los restos materiales de los CCDTyE y su vínculo con la historia reciente, los actores profesionales crean nuevos foros de discusión memorial (Keenan y Weizman, 2015) para decidir qué debe preservarse, qué puede transformarse y qué usos pueden darse a estos restos materiales, entre otras cuestiones. La arqueología y conservación “puede ser entonces entendida como arqueología del pasado muy reciente pero también como una práctica proyectiva involucrada en la invención y la construcción de nuevos foros por venir” (Keenan y Weizman, 2015: 39-40). Estos campos ampliados de disputas memoriales constituyen nuevas formas de reunión en el dominio político, jurídico y profesional alrededor de estos temas de interés.

Es en este sentido que los equipos resaltan la responsabilidad y el compromiso que sienten por su trabajo. Por sus implicancias políticas, que exceden con creces el orden técnico, se asume una responsabilidad no solo profesional sino también social. La legitimidad o autoridad de estos actores para “participar en el proceso histórico de construcción de una memoria compartida” (Jelin, 2007: 57-58), particularmente a partir de su intervención sobre

---

17. La traducción es mía, del original: “generate expanded links among those that have not been directly affected by violence [...], non normative forms of connection, submission and getting undone by grief”.

las materialidades de los ex-CCDTyE, no está dada por haber experimentado en carne propia la represión, sino por su práctica y saber profesional. Estos actores forman parte de las agencias estatales en carácter de expertos, pero esto no implica una oposición a la militancia política. Su idoneidad para los cargos que ocupan, si bien se sostiene en sus saberes profesionales, se ancla también en sus compromisos políticos y sus valores vinculados a la defensa de la consigna “Memoria, Verdad y Justicia”.

Se ha señalado que algo similar sucede en el resto de los trabajadores de los sitios de memoria, sean expertos o no, lo cual permite preguntarse, tal como lo hace Messina (2016), si es posible hablar de militantes por un lado y agentes estatales (profesionales o no) por el otro; o si esta forma de hacer referencia a las diferentes posiciones de enunciación y trayectorias de los actores no es una simplificación de un fenómeno más complejo. Esta autora propone pensar a estos actores como “actores híbridos”, donde posiciones sociales diferenciadas (posiciones de las que se esperan ciertos comportamientos, actitudes, valores, etc.) convergen en un mismo individuo” (2016: 120-121).

Si bien en los casos de los arqueólogos y conservadores aquí analizados la superposición entre distintas posiciones de enunciación es quizás menos marcada que en otros, como los de los funcionarios que llegan a sus cargos por su militancia, ellos también realizan su trabajo tanto a partir de sus saberes expertos como de su compromiso político. Messina hace énfasis en que no se puede suponer que existen posiciones puras (militante, experto, funcionario) que se verían contaminadas por la superposición que se da en el campo de la aplicación de políticas de memoria, sino que la tensión entre diferentes lugares de enunciación y de acción, es decir, entre lo particular (ligado a la militancia por causas específicas) y lo universal (ligado al Estado), es constitutiva de toda política pública. El análisis de la *expertise* situada de los profesionales de arqueología y conservación permite pensar que en estos casos tampoco se trata de saberes, prácticas y valoraciones neutrales, científicas o técnicas, que se verían contaminadas por el compromiso político, sino todo lo contrario.

## Reflexiones finales

En este artículo me propuse reflexionar sobre cómo la intervención de saberes y prácticas expertos, particularmente de las disciplinas arqueológica y de conservación, moldean la experiencia que ofrecen los ex-CCDTyE. Estos

actores pasan a formar parte del campo de disputas de memoria. Al intervenir objetos de litigio, restos materiales de los CCDTyE, se vuelven actores clave en la configuración de políticas en torno al pasado reciente.

La participación de estos expertos implica la emergencia de nuevos actores con legitimidad y autoridad para incidir en las políticas de memoria, al lado de otros que pueden considerarse “afectados directos” como los sobrevivientes o los diferentes organismos de derechos humanos.

En síntesis, la práctica de estos profesionales pone de relieve que mientras algunos actores participan de las disputas por las formas de gestionar y representar el pasado reciente a partir de la experiencia de haber sufrido en carne propia la represión, otros lo hacen a partir de la experiencia del trabajo experto en los ex-CCDTyE. En este sentido, los sitios de memoria aparecen también como escenarios que permiten redefinir o disputar los términos de la construcción de una memoria compartida sobre el pasado de la última dictadura militar.

## Referencias bibliográficas

- Andermann, Jens. 2012: “Returning to the Site of Horror. On the Reclaiming of Clandestine Concentration Camps in Argentina”. *Theory, Culture & Society*, vol. 29, n.º 1, pp. 76-98.
- Algañaraz, Marta. 2013: “Salvo el lugar”. Ponencia presentada en el III Congreso Iberoamericano, XI Jornada “Técnicas de restauración y conservación del patrimonio”. La Plata: Laboratorio de Entrenamiento Multidisciplinario para la Investigación Tecnológica (LEMIT).
- Ashley-Smith, Jonathan. 2009: “The Basis of Conservation Ethics”. En Richmond, Alison y Bracker, Alison (eds.): *Conservation. Principles, Dilemmas and Uncomfortable Truths*. Londres: Elsevier.
- Bach, Jonathan. 2016: “The Berlin Wall after the Berlin Wall: Site into sight”. *Memory Studies*, vol. 9, n.º 1, pp. 48-62.
- Besse, Juan. 2012: “Entre dos muertes. Escansiones y silencios en las primeras narraciones historiográficas acerca del 16 de junio de 1955”. *Revista Memória em Rede, Pelotas*, vol. 2, n.º 7.
- Brodsky, Marcelo. 2005: *Memoria en construcción. El debate sobre la ESMA*. Buenos Aires: La Marca Editora.
- Buchli, Victor y Lucas, Gavin. 2001: “The Absent Present. Archaeologies

- of the Contemporary Past”. En Buchli, Victor y Lucas, Gavin (eds.): *Archaeologies of the Contemporary Past*. Londres: Routledge.
- Da Silva Catela, Ludmila. 2014: “‘Lo que merece ser recordado...’. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria Social*, vol. 1, n.º 2, pp. 28-47.
- D’Ottavio, Adriana. 2017: *Si algo es capaz de decir, de sí mismo o de algo, algo: intervenciones expertas sobre las materialidades de los excentros clandestinos de detención, tortura y exterminio de la Ciudad de Buenos Aires*. Tesis de maestría, IDAES-UNSAM, Buenos Aires.
- Duguine, Laura; Durán, Silvina; Contissa, Valeria y Carreras, Marta. 2013: “Experiencias desde la arqueología y la conservación para la recuperación material de los ex Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio”. En Adad, Ludmila y Villafañe, Alicia (coords.): *IV Jornadas de Antropología Social del Centro. La antropología social hoy: a 10 años del nuevo siglo*. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Feld, Claudia. 2015: “Preservar, recuperar, ocupar: debates en torno a la ex-ESMA (1998-2013)”. Ponencia presentada en las V Jornadas “Espacios, lugares y marcas territoriales de la violencia política y la represión estatal”, Buenos Aires, CIS-CONICET/IDES.
- Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.). 2007: *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- Gastaldi, Marcos. 2014: “Materialidades que importan: visibilización y apropiación de centros clandestinos de detención en Argentina. El caso del ex-CCD Puesto Caminero de Pilar (Córdoba, Argentina)”. En Biasatti, Soledad y Compañy, Gonzalo (comps.): *Memorias sujetadas. Hacia una lectura crítica y situada de los procesos de memorialización*. Madrid: JAS Arqueología.
- Ginzburg, Carlo. 2013: *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grosso, Bruno. 2002: “Las políticas de la memoria”. *Sociohistórica*, n.ºs 11-12, pp. 187-198.
- Guglielmucci, Ana. 2013: *La consagración de la memoria. Una etnografía acerca de la institucionalización del recuerdo sobre los crímenes del terrorismo de Estado en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.

- Haber, Alejandro. 2009: "Torture, truth, repression and archaeology". En Funari, Pedro; Zarankin, Andrés y Salerno, Melisa (eds.): *Memories from Darkness. Archaeology of Repression and Resistance in Latin America*. Nueva York: Springer.
- Haraway, Donna. 1989: *Primate Visions. Gender, Race and Nature in the World of Modern Science*. New York: Routledge.
- Iocco, Vanina y Ottavianelli, Ana. 2013: "Huellas impresas. Arte y memoria en una casa operativa de la ciudad de La Plata". Ponencia presentada en las IX Jornadas Nacionales de Investigación en Arte en Argentina, La Plata, Facultad de Bellas Artes, UNLP.
- Jelin, Elizabeth. 2002: *Los trabajos de la memoria*. Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth. 2007: "Víctimas, familiares y ciudadanos/as: las luchas por la legitimidad de la palabra". *Cadernos pagu*, Campinas, n.º 29, pp. 37-60.
- Keenan, Thomas y Weizman, Eyal. 2015: *La calavera de Mengele. El advenimiento de una estética forense*. Buenos Aires: Sans Soleil.
- Messina, Luciana. 2016: "Reflexiones sobre la articulación estado-sociedad civil en las políticas de la memoria en Argentina". *Memória em Rede*, vol. 8, n.º 15, pp. 109-136.
- Olivier, Laurent. 2001: "The archaeology of the contemporary past". En Buchli, Victor y Lucas, Gavin (eds.): *Archaeologies of the Contemporary Past*. Londres: Routledge.
- Ottavianelli, Ana y Gandolfi, Fernando. 2013: "Volver a ser. Restauración material y simbólica de la casa Mariani-Teruggi". *Revista ph*, n.º 84, pp. 154-173.
- Rabotnikof, Nora. 2007: "Memoria y política a treinta años del golpe". En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comps.): *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México D. F.: El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- Richmond, Alison y Bracker, Alison (eds.). 2009: *Conservation. Principles, Dilemmas and Uncomfortable Truths*. Londres: Elsevier.
- Salerno, Melisa; Zarankin, Andrés y Perosino, María Celeste. 2012: "Arqueologías de la clandestinidad. Una revisión de los trabajos efectuados en los centros de detención clandestinos de la última dictadura militar en Argentina". *Revista Universitaria de Historia Militar*, España, vol. 1, n.º 2, pp. 49-84.
- Smith, Laurajane. 2004: *Archaeological Theory and the Politics of Cultural*

- Heritage*. Nueva York: Routledge.
- Smith, Laurajane y Waterton, Emma. 2009: *Heritage, Communities and Archaeology*. Londres y Nueva York: Bloomsbury Academic.
- Sosa, Cecilia. 2013: "The digestion of mourning. The *asado* scandal and the transmission of trauma in Argentina's landscapes of loss". Ponencia presentada en las IV Jornadas "Espacios, lugares y marcas territoriales de la violencia política y la represión estatal", Buenos Aires, IDES.
- Stanley-Price, Nicholas. 2009: "The Reconstruction of Ruins: Principles and Practice". En Richmond, Alison y Bracker, Alison (eds.): *Conservation. Principles, Dilemmas and Uncomfortable Truths*. Londres: Elsevier.
- Vecchioli, Virginia. 2005: "La nación como familia. Metáforas políticas en el movimiento argentino por los derechos humanos". En Frederic, Sabina y Soprano, Germán (comps.): *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Buenos Aires: Editorial UNQ/Prometeo.
- Vecchioli, Virginia. 2009: "Expertise jurídica y capital militante: reconversiones de recursos escolares, morales y políticos entre los abogados de derechos humanos en la Argentina". *Pro-Posições*, vol. 20, n.º 2, pp. 41-57.
- Vecchioli, Virginia. 2014: "La monumentalización de la ciudad: los sitios de memoria como espacios de intervención experta de los hacedores de ciudad". *Revista Estudios Sociales Contemporáneos*, Mendoza, n.º 10, pp. 33-44.
- Verón, Eliseo y Levasseur, Martine. 1983: *Ethnographie de l'exposition: l'espace, le corps et le sens*. París: Centre Georges Pompidou.



# Práctica teatral y construcción de memoria

## La última dictadura militar a través de la obra *Palabras de Resistencia*

Rocío Arisnabarreta, Celina Lanza y Agustina Zaffaroni

### Introducción

Sentados alrededor de una mesa, con café y torta de manzana de por medio, algunos miembros del grupo de teatro Sin Rueditas –Rocío Arisnabarreta (actriz e investigadora), Sol Arisnabarreta (actriz), Juan Furci (actor), Iñaki Martí (actor), Santiago Almada (actor) y Matías Gaddi (actor)– se encuentran reunidos en la casa de Claudia Calcedo, la directora del grupo.<sup>1</sup> El objetivo de la reunión es discutir acerca del guion de una obra de teatro que están escribiendo que gira en torno a cómo se vivió la última dictadura militar en Saladillo. El objetivo es presentar el trabajo en el encuentro del Programa Jóvenes y Memoria en la ciudad de Chapadmalal, provincia de Buenos Aires.<sup>2</sup> La directora del grupo da inicio a la charla leyendo en voz alta fragmentos del diario local *El Argentino* que retrataban la situación no solo del país sino también de Saladillo, a la vez que invitaban al pueblo a tomar conciencia y actuar. A continuación, uno de los actores llama la atención del grupo y comenta algo que había leído en uno de los periódicos: el columnista Javier Quinterno había sido secuestrado en el Centro de Estudiantes Universitario de Saladillo en La Plata, luego de haberse encontrado un libro de poemas suyo durante la requisita de la casa de Fernando Volonté, director del periódico. Después de dedicar un tiempo considerable a la puesta en común de lo

---

1. En este trabajo se dan a conocer los nombres reales de todos los entrevistados, que han manifestado su intención de no conservar ningún tipo de anonimato.

2. El encuentro, dirigido a escuelas y organizaciones sociales, políticas y culturales de la provincia de Buenos Aires, corresponde al Programa Jóvenes y Memoria. Iniciado en 2002 por la Comisión Provincial por la Memoria, convoca a los equipos de trabajo a mostrar el producto de sus investigaciones y construir un relato propio sobre las historias locales de su comunidad. La Comisión Provincial por la Memoria fue creada por resolución legislativa de la Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires en 1999.

recabado en los ejemplares, los integrantes del grupo de teatro abren paso a la reflexión sobre este tema:

R.— ¿Sabés qué me da más bronca? Que si nosotros no hubiésemos empezado a investigar esto, nunca nos íbamos a enterar de nada.

I.— Y sí, vos le preguntás a los adultos que estuvieron acá y no te dicen nada...

M.— Capaz que no dicen nada porque no lo saben, por ahí todo eso estuvo muy oculto en ese momento.

J.— Pero no me cierra. ¿Qué? ¿La gente no leía el diario del pueblo?

I.— Si ahora nos conocemos todos... imaginate hace 30 años.

S.— ¿Cómo hacemos para contar algo tan turbio?

I.— ¿Cómo vamos a transformar todo esto en una obra?

J.— ¿Y qué hacemos si a la obra la va a ver la gente que está de acuerdo con la dictadura?

S.— Yo siento que hay que decirlo igual, pero no sé cómo lo pueden llegar a recibir las personas.

Sa.— Yo con hacer teatro todo bien, y me sumé al proyecto porque me copa la idea de ir con una obra de teatro a Chapadmalal y ver qué onda con Jóvenes y Memoria, pero todo esto es como muy fuerte, porque nosotros somos pibes y ni siquiera estuvimos en ese momento ¿Qué? ¿Le vamos a decir a toda la gente que es re garca por haberse quedado callada? ¿Con qué derecho si nosotros no sabemos lo que es y lo que se sintió?

La escena etnográfica precedente fue reconstruida a partir de diálogos con los integrantes del grupo de teatro Sin Rueditas durante nuestro trabajo de campo. El grupo estuvo formado en sus inicios por jóvenes de catorce a diecisiete años de edad de la localidad de Saladillo, ubicada al centro de la provincia de Buenos Aires. La escena refleja algunos de los debates iniciales que surgieron en 2012 entre los miembros del grupo al momento de plantearse la posibilidad de realizar una obra sobre la última dictadura militar.

A partir de estas primeras discusiones, se desprendieron una serie de interrogantes, que serían el puntapié inicial para poner en marcha el proceso de creación de la obra. Entre ellos, pueden mencionarse: ¿Cómo hacer para representar la represión, el miedo, la ausencia? ¿Cómo producir una puesta en escena sobre estos temas que no sea solo recuerdo del dolor? ¿Cómo ser poético sobre el terrorismo de Estado? ¿Cómo se concilia la evocación de

experiencias traumáticas con el placer estético o la emoción? ¿Cuáles son los límites de lo visible y decible para una comunidad que aún cuenta con sobrevivientes y con los propios victimarios y sus familias? ¿Qué pueden aportar los jóvenes al debate local sobre la dictadura? Y sobre todo, ¿qué aporte puede realizar la puesta del cuerpo para generar memorias críticas y activas? A continuación, analizaremos la experiencia de la creación y ejecución de la obra *Palabras de Resistencia*, enfatizando su vínculo con los procesos de construcción de memoria. Las reflexiones desarrolladas en el trabajo giran en torno a un interrogante central: ¿cómo influye la experiencia de creación y ejecución de obras teatrales en los procesos de construcción de memoria?

En la actualidad, dos de los autores de este trabajo participamos del grupo Sin Rueditas, pero solo una de nosotras ha vivenciado la experiencia que abordaremos en esta investigación. A su vez, todas somos o fuimos participantes activas de otros colectivos de teatro de la ciudad de La Plata, por lo que nos encontramos inmersas, desde distintos lugares, en la práctica teatral. Nos situamos en un posicionamiento teórico-metodológico que propone no detenerse en el estudio del cuerpo, sino avanzar hacia abordajes desde el cuerpo; es decir, que el cuerpo no solo sea sujeto objeto de investigación, sino herramienta y sujeto de conocimiento (Crossley, 1995; Wacquant, 2006). Nuestra estrategia de abordaje del campo se construye a partir de un diálogo entre instancias etnográficas más clásicas e instancias de reflexión y análisis de –y desde– nuestra experiencia, que denominaremos autoetnográficas (Feliu, 2007; del Mármol, 2008; Mora, 2012). El trabajo de campo realizado en la ciudad de Saladillo durante 2017 consistió en entrevistas grupales e individuales con el grupo Sin Rueditas.

Como escriben Robert Faulkner y Howard Becker (2008), el hecho de ser parte de las prácticas que estudiamos supone ventajas y desventajas para la investigación. En nuestro caso, una de las principales dificultades fue la problematización de categorías obvias para quienes estamos familiarizados con la práctica teatral. Para ello, logramos cierto extrañamiento al compartir nuestro trabajo con personas ajenas a la práctica. Por otro lado, con el distanciamiento de ciertas nociones (por ejemplo, la categoría nativa de “poner el cuerpo”), encontramos en nuestra propia experiencia innumerables ejemplos, así como nuevos interrogantes, que contribuían a profundizar las reflexiones teóricas.

Seguimos las consideraciones de Elizabeth Jelin (2002) para pensar a la memoria como un “trabajo”, esto es, un esfuerzo por rescatar porciones del

pasado de la región del olvido histórico. Así, la producción de una narrativa sobre los acontecimientos pretéritos es considerada en sí misma una experiencia en la que los protagonistas son los sujetos que llevan a cabo el ejercicio de memoria, en este caso los practicantes de teatro. Como parte de esta experiencia de recordar, dichos sujetos deben tomar decisiones que implican una respuesta, provisoria, a interrogantes sobre qué fragmentos del pasado en cuestión “merecen ser recordados” (Da Silva Catela, 2014).

En esta toma de decisiones se ven involucrados no solo las subjetividades, sino también los cuerpos de quienes recuerdan. La dimensión corporal del acto de recordar resulta evidente cuando tomamos como objeto de estudio procesos de construcción de memoria vinculados al teatro. Encontramos en nuestro trabajo de campo constantes referencias por parte de los actores, pero también de la directora del grupo, respecto de la práctica teatral y la acción de “poner el cuerpo”. Esta expresión aludía a la capacidad de los practicantes para desarrollar modos de pensar, sentir y decir anclados en el cuerpo. Estos modos se diferenciaban, según nuestros interlocutores (y nuestra propia experiencia), de otras formas de decir, pensar y sentir situadas “fuera del cuerpo”. En consonancia con las reflexiones de Mariana del Mármol (2016), consideramos que la práctica teatral pretende lograr modos de comprensión (de aquello que se busca interpretar) que no provengan de una intelectualidad desarticulada de la materialidad producida en la interacción de los cuerpos, sino que se encuentre anclada en ella.

Teniendo en cuenta estas reflexiones, enfatizamos que toda obra teatral debe lidiar con su propia capacidad de “poner en cuerpo” aquello que pretende representar. Cuando lo que se busca interpretar son relatos de acontecimientos pretéritos, la práctica teatral se transforma entonces en un modo de corporalizar el pasado. Planteamos la posibilidad de que a través de este acto se construye una narrativa diferente a los relatos tanto oficiales como subalternos. De este modo, consideramos a la obra *Palabras de Resistencia* como una forma de corporalizar el pasado, que aun cuando construye un relato sobre la última dictadura militar que disputa sentidos con la memoria oficial local, no representa de manera literal los testimonios vinculados a la memoria subterránea. Los testimonios del pasado son transformados en el proceso de creación teatral, lo que se escenifica no es una actuación literal de lo ocurrido, sino una interpretación de los actores en relación con su propio presente.

Por otro lado, la experiencia de recordar no solo involucra decisiones respecto del qué, sino también del cómo se comunican esos relatos, en la

medida que ello implica una reflexión sobre soportes y modos de representación adecuados para llevar a buen puerto la práctica evocada. La manera a través de la cual se iba a contar lo investigado era una cuestión de reflexión para el grupo de teatro. Así, en este trabajo también indagamos sobre los recursos poéticos utilizados en la obra de teatro entendiendo que estos configuran un modo particular de narrar el pasado.

### **La práctica teatral como territorio de la resistencia**

En este apartado reflexionaremos sobre el lugar de la obra *Palabras de Resistencia* en el proceso de construcción de memoria colectiva en relación con la última dictadura militar en la comunidad de Saladillo.

Retomando las reflexiones de Maurice Halbwachs (1925), consideramos que la memoria es esencialmente colectiva en tanto y en cuanto solo se recuerda en comunidad. Las memorias individuales están siempre enmarcadas socialmente. Estos “marcos sociales” son portadores de la representación general de la sociedad, de sus necesidades y valores. Sin embargo, como desarrolla Jelin (2002), la propia noción de memoria colectiva es problemática en la medida en que se la entienda, desde una interpretación durkheimiana extrema, como una entidad propia que existe por encima y separada de los individuos.

No obstante, se la puede interpretar también en el sentido de memorias compartidas, superpuestas, producto de interacciones múltiples, encuadradas en marcos sociales y en relaciones de poder. Lo colectivo de las memorias es el entretrejo de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, donde algunas voces son más potentes que otras porque cuentan con mayor acceso a recursos y escenarios. Esta perspectiva permite centrar la atención sobre los procesos de su construcción e implica dar lugar a las disputas y negociaciones de sentidos del pasado entre memorias “oficiales” o “dominantes” y “memorias subterráneas o dominadas” (Pollak, 2006). Lo oficial no sería otra cosa que los discursos sobre el pasado que se producen desde el Estado con el ánimo de definir y reforzar sentimientos de pertenencia que ayuden a la cohesión social y a la defensa de las fronteras simbólicas. Al mismo tiempo, proporcionan los puntos de referencia para “encuadrar” las memorias de grupos y sectores dentro de cada contexto, lo cual implica subsumir o someter otras posibles narrativas

del pasado contenidas en lógicas diferentes a la del Estado. Así, la frontera entre lo decible de lo indecible, entre lo confesable y lo inconfesable, separa una memoria oficial de una memoria subterránea (Pollak, 1989; Jelin, 2002).

Como cuentan los teatristas, la obra es producto de un trabajo de investigación que los llevó a desarmar el discurso oficial y ver las tensiones ocultas detrás del relato de “acá no pasó nada”. En este sentido, remarcamos que el proceso reflexivo que conduce a los miembros del grupo Sin Rueditas a deconstruir ese discurso oficial local estuvo habilitado por la existencia de otro discurso oficial, de carácter provincial, que disputaba sentidos con el primero. Aunque a nivel local el discurso oficial reproducía el relato “acá no pasó nada”, a nivel provincial se estaban desarrollando “políticas de memoria” (Raggio, 2017), como el Programa provincial Jóvenes y Memoria, que invitaba a los jóvenes a cuestionar estos relatos y construir narrativas propias sobre lo acontecido. Estas cuestiones nos llevan a pensar en la existencia de ciertas coyunturas en donde el relato oficial no se presenta de manera unitaria dentro del mismo Estado, sino que allí también pueden existir lecturas múltiples en pugna, que se articulan con la multiplicidad de sentidos del pasado presentes en el escenario social.

En torno al programa mencionado, en el año 2012 el grupo de teatro comienza a investigar sobre la última dictadura militar en la comunidad de Saladillo. Según lo expresado por los actores en las entrevistas, aunque el 24 de marzo se realizaba un acto escolar a nivel municipal, el “relato oficial” parecía negar cualquier tipo de represión en el ámbito de la ciudad de Saladillo en ese momento. La narrativa que circulaba dentro de la comunidad corroboraba la idea de una vida de pueblo tranquila, no conectada con lo que sucedía en las grandes ciudades y poco afectada por los sucesos represivos ocurridos en la última dictadura militar. Si bien se conocían algunos casos de personas que habían sido torturadas en centros clandestinos, no existía una información concluyente al respecto ni mucho menos aparecía su evocación en actos escolares, donde sí estaba presente el recuerdo de La Noche de los Lápices, ocurrida en la ciudad bonaerense de La Plata.<sup>3</sup>

---

3. Según Scatizza (2014) los centros clandestinos de detención pueden definirse como lugares de reclusión clandestina utilizados e ideados para torturar, interrogar, aterrorizar y finalmente asesinar, en la mayoría de los casos, a las víctimas del poder dictatorial.

Lo que hoy se conoce como La Noche de los Lápices fue parte del plan represivo puesto en marcha durante la última dictadura militar en Argentina. El 16 de septiembre de 1976, grupos de tareas conducidos por el general Ramón Camps secuestraron en La Plata a María Clara Ciochini (18 años) –ex alumna de la Escuela Normal Superior de Bahía Blanca–, Horacio Ungaro (17 años), Daniel Racero (18 años)– ambos

A través de la realización de entrevistas y la lectura de periódicos, los miembros del grupo de teatro comenzaron a deconstruir el discurso cotidiano sobre la dictadura y conocieron la historia de Fernando Volonté y Javier Quintero.<sup>4</sup> El nombre de Fernando Volonté no era reconocido en Saladillo como un nombre que denotara la resistencia en el plano local, nadie hablaba de la posición de denuncia que había mantenido durante la dictadura, posición que le había costado amenazas, allanamientos de su hogar y la cesación de su cargo en Dirección Provincial de Vialidad sin mediar demasiadas explicaciones por parte de los representantes locales del gobierno militar. Tampoco se hablaba de Javier Quintero, quien fue secuestrado en el Centro de Estudiantes Universitario de Saladillo que funcionaba en La Plata, tras haber encontrado un libro de poemas de su autoría durante la requisita de la casa de Volonté. En una encuesta realizada en el 2003 en el marco del proyecto Jóvenes y Memoria, el 50 % de la gente entrevistada leía el diario *El Argentino*, donde se daban a conocer los hechos que ocurrían en la ciudad durante la dictadura (se relataban situaciones como detenciones tanto a militantes como a trabajadores locales, amenazas y allanamientos de casas de militantes, intelectuales y artistas de la ciudad y la propia denuncia de la desaparición de Javier Quintero). Sin embargo, el 86 % aclaraba no recordar nada digno de mención durante el periodo militar (Cavalli *et al.*, 2008).<sup>5</sup>

De alguna manera, es posible pensar que, al destacar las figuras de Javier Quintero y Fernando Volonté, la obra de teatro pasa a ser activa en la disputa por la construcción de memoria colectiva de Saladillo, trayendo al presente personalidades que no son reconocidas por la memoria oficial local. Como destaca Javier Quintero al hablar sobre la obra:

---

de la Escuela Normal N° 3-, Claudia Falcone (16 años), Francisco López Montaner (16 años) –ambos alumnos del Colegio de Bellas Artes-, y Claudio de Acha (18 años) –alumno del Colegio Nacional de la UNLP-. Gustavo Calotti, del Colegio Nacional (UNLP), fue llevado el 8 de septiembre y Víctor Triviño, alumno de la 4 Escuela Media N°2 (“La legión”), el 10 de ese mes. El 17 de septiembre fueron víctimas de la represión Emilce Moler y Patricia Miranda, ambas de Bellas Artes (UNLP). Lo mismo sucedió con Pablo Díaz –otro estudiante de “La legión”– el 21 de septiembre. Esta larga lista está conformada por alrededor de 340 adolescentes de todo el país. Ellos continúan desaparecidos (Raggio, 2017).

4. La colección de ediciones del diario local *El Argentino* desde 1974 hasta 1982 fue incorporada por el grupo Sin Rueditas como fuente de información en el contexto de su investigación.

5. Encuesta realizada en el casco urbano de Saladillo en el marco del proyecto Jóvenes y Memoria a fines del año 2003 a un total de 510 personas, de las cuales 304 eran mujeres y 206 hombres, entre 45 y 85 años. Se realizaron cinco preguntas basadas en la dictadura, enfatizando en la memoria de las personas, lo ocurrido en el ámbito local y la relación entre *El Argentino* y sus lectores.

Para Saladillo la obra *Palabras de resistencia* es relevante porque tiende a pensarse que los pueblos que no tienen mucha cantidad de habitantes no pueden tener historias para rescatar. Creo que los chicos han podido contar esta historia y además destacar para el pueblo en general que mientras ocurría la peor dictadura, la noche más negra de la historia argentina, en Saladillo pasaban cosas muy importantes, y que todos nos sintamos orgullosos de esa historia, han logrado captar la esencia de nuestra historia y se han involucrado lo suficiente como para poder transformarla en arte. (Javier Quintero, 60 años, columnista del diario *El Argentino*, desaparecido durante 36 días en 1977 en el centro clandestino La Cacha).<sup>6</sup>

La práctica del teatro era vivenciada por los actores como “algo más que teatro”, es decir, un espacio de resistencia social, un lugar desde el cual era posible llenar los vacíos y disputar los sentidos dominantes respecto de la última dictadura militar. En la obra realizada, los cuerpos en escena narran una historia diferente, la resistencia se revive con fuerza. Como escribe Lola Proaño Gómez (2016), el teatro tiene la capacidad no simplemente de representar el pasado, sino de actuarlo otra vez mostrando aspectos ocultos o no registrados del relato oficial (en este caso, del relato oficial a nivel local). Al mismo tiempo, la obra de teatro analizada no representa de manera literal los testimonios de Javier Quintero y Fernando Volonté, sino que los resignifica en relación con los sentidos del presente de los jóvenes teatristas:

I.— Algo que nos pasaba al principio era que faltaban nuestras voces en la obra, estábamos muy cerrados al relato de Volonté y Quintero, y nos costaba a veces interpretarlos, como que quedaba medio artificial.

J.— Entonces era un poco tratar de buscarnos a nosotros en ese relato, buscar qué queríamos decir, qué sentido tenía para nosotros recordar eso en el presente.

C.— Ahí inventamos personajes que era jóvenes que estaban investigando, ellos iban y volvían en el tiempo.

J.— Desde ese lugar convocábamos a los personajes de Javier y Volonté, desde el lugar de búsqueda de jóvenes del presente.

---

6. La Cacha fue un Centro clandestino de detención que funcionó en la ciudad de La Plata desde fines 1976.



I.— La idea no era reflejar lo que pasó en su totalidad, no repetir exactamente todo lo que nos contaban en las entrevistas, sino trabajar con aquello que tenía sentido para nosotros.

(Iñaki Martí, 21 años, actor; Juan Furci, 22 años, actor y Claudia Calcedo, 54 años, directora del grupo Sin Rueditas).

Siguiendo a Tzvetan Todorov (2002), existen diversos “usos del pasado”: un acontecimiento pretérito puede ser leído de manera “literal” o de manera “ejemplar”. En el primer caso, los sucesos son preservados en su literalidad, se los interpreta como únicos y cualquier comparación con otras situaciones es considerada una “profanación” de sí. En cambio, en el segundo caso, sin negar la propia singularidad de los sucesos, se decide utilizarlos como modelo para comprender situaciones nuevas de modo que el pasado se convierte en un principio de acción para el presente. El uso literal convierte el viejo acontecimiento en algo insuperable; a fin de cuentas, no es más que el sometimiento del presente al pasado. Por el contrario, el uso ejemplar permite utilizar el pasado con vistas al presente y aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy en día. Los practicantes de teatro usaron el pasado de una manera ejemplar, y los acontecimientos pretéritos se reconfiguraron en escena, pero no solo para traerlos a la memoria en un mero acto de repetición, sino para revivirlos con un sentido agregado, por lo que podríamos hablar de una repetición productiva.

La intención de no reiterar exactamente aquello que se narraba en las entrevistas o en el diario *El Argentino* se relaciona directamente con la forma de trabajo impulsada por la directora del grupo durante el proceso creativo de la obra:

Esos materiales que nosotros habíamos juntado (entrevistas a Volonté y a personas del pueblo, recortes del diario, etc.) eran una base, un marco en el cual empezar a improvisar. La idea era ver qué despertaban en los actores, qué les movilizaba de eso. No se trata de someter a los actores a ningún relato, sino de que se busquen en los mismos y se los apropien, ver cómo le poníamos cuerpo a ese material, cómo lo hacíamos jugar en la escena. Entonces por ahí improvisando aparecían personajes en situaciones de las que nunca nos había hablado nadie, los diálogos y situaciones que nos gustaban las seguíamos trabajando y las que no las dejábamos. (Claudia Calcedo, 54 años, directora del grupo Sin Rueditas).

Aquello que se relata en la obra *Palabras de Resistencia* no proviene de un trabajo de escritorio, sino que es el producto del juego escénico de los cuerpos de los actores durante el proceso creativo. En esa exploración de los cuerpos en escena se abre la posibilidad de que los textos originales (vinculados a las entrevistas y los recortes del diario) se resignifiquen.

Esta cuestión nos remite a la manera en que se relacionan el texto (o las palabras) y el cuerpo en la práctica analizada. Al respecto, cabe destacar que se trabaja a partir de improvisaciones, la palabra surge durante una improvisación, y parte de este material se va reteniendo para improvisaciones siguientes. Así, suele hablarse de situaciones que “empiezan a aparecer” a partir del proceso de juntarse a improvisar y crear una obra desde ahí. Por otro lado, el hecho de que los textos que se toman como “base” no posean una estructura dramática permite que la narración o la historia sean construidas a partir de los ensayos, y no que la preexistan. Como escribe Santiago Battezzati (2013), en la práctica teatral los textos son un punto de partida, pero no necesariamente quedará algo de ellos hacia el final del proceso, justamente porque se trabaja sobre esos textos “desacralizándolos”, así se impide la repetición conservadora y se los modifica de varias maneras.

Por otro lado, lo comentado por la directora invita a pensar que “poner el cuerpo” equivale a la capacidad de los actores para apropiarse de aquello que se busca interpretar. En este punto resulta interesante analizar la dificultad inicial que tuvieron los practicantes para “encarnar” a los personajes al no poder apropiarse de los relatos recolectados:

Cuando tuvimos que actuar me di cuenta de que no me hallaba y “me iba”, no podía conectar. A todes nos pasaba, había algo que nos trababa, no podíamos lograr “estar ahí”, en esa historia, en esos personajes. Entendíamos la historia, pero esa historia seguía estando afuera de nosotres. Nuestra comprensión era intelectual, no nos atravesaba el cuerpo, no la teníamos incorporada como para empezar a trabajar desde ahí. (Nota de campo de Rocío Arisnabarreta, 24 años, actriz del grupo Sin Rueditas e investigadora).

Apropiarse de las narraciones del pasado o “poner el cuerpo en la historia” no significa para los practicantes llegar a sentir, pensar y hablar del mismo modo que las personas que han vivido los acontecimientos pretéritos sino la capacidad de que aquello que se relata los “movilice”, es decir, les

genere preguntas, reflexiones, palabras, acciones y sentires que se constituyan en el motor del proceso creativo. Así, se comprende que la imposibilidad de los teatristas de verse como parte de una historia, de reconocerse en los personajes o de “encontrarse” en los relatos, generaba directamente la imposibilidad de actuar. Por ende, la superación de este momento a través de ejercicios destinados a la actuación, significó no solo “poder actuar”, sino también inscribirse en la historia: “El teatro nos cuestionó ese lugar de externo o ‘intelectual’ que teníamos con la historia, y nos obligó a meternos ahí” (Iñaki Martí, 21 años, actor del grupo Sin Rueditas).

De este modo, a través de la práctica teatral los actores transformaron su relación con la historia y con ellos mismos. No se trata de comprender desde un lugar intelectual que existen luchas de poder que hacen a la historia, sino de sentirse parte de ellas. Reconocer la resistencia es solo una parte, ser uno mismo y poner el cuerpo en escena es otra cuestión. La historia deja de ser entendida como algo ajeno para que lo personal, e incluso el propio cuerpo, experimenten con lugares históricamente constituidos y sean capaces de transformar el sentido de la historia. Uno de los miembros del grupo de teatro que representaba a Fernando Volonté en la obra cuenta lo que sintió después de la función cuando el exdirector del diario *El Argentino* lo abraza y le dice:

“Gracias, Volonté”, y como que era muy loco porque vos decías “qué flashero” y sentir como la responsabilidad en algún sentido [...] era como haber encontrado una botella en el mar, que tenía un mensaje adentro, y como que con ese mensaje acarrea una responsabilidad interesante y sentir que habíamos tomado la decisión “correcta” de qué hacer con esa responsabilidad, entonces eso se cerraba de alguna manera, y habíamos tenido que ver con el cierre de ese círculo, que habían abierto como con mucha valentía y mucha esperanza en un momento, y nosotros lo habíamos cerrado, o lo habíamos podido decodificar mucho tiempo después, había habido un salto en el tiempo muy interesante y como un reconocimiento ahí, y eso fue muy gratificante. (Juan Furci, 22 años, actor del grupo Sin Rueditas).

El fragmento anterior ilustra lo que Walter Benjamin (2009 [1942]) desarrolla con el concepto de “tiempo-ahora”. Siguiendo una premisa experiencial de la temporalidad, el autor propone que la historia debería verse como

una posibilidad de comunicación entre la experiencia actual y la experiencia pasada que puede ser, de ese modo, actualizada o redimida. Esta posibilidad de comunicación entre lo que ha sido y el ahora significa nada menos que la recuperación, en la actualidad, de “horizontes de expectativa” que han sido proyectados a partir de experiencias pasadas (Koselleck, 1993 [1979]).<sup>7</sup> En su diálogo con “lo que ha sido”, la actualidad proyecta y abre horizontes de expectativa que están comprometidos con aquellos que habían sido abiertos en el pasado y que, sin embargo, han sido olvidados bajo el peso de la historia lineal e impenetrable de los vencedores. En este sentido, podemos notar cómo el actor se vio reconocido por el propio Volonté, como si fueran una misma persona, como si la historia los hubiera encontrado muchos años después y, trascendiendo las edades, experimentarían la sensación de ser parte de un mismo relato.

Consideramos que la práctica teatral analizada se constituyó para los actores en una experiencia que les permitió inscribirse en la historia, no solo dialogar con el pasado sino quebrar la distancia encontrando nexos con la propia vida. Esta inscripción en la historia estaría posibilitada por un aspecto muy característico de la práctica teatral: “poner el cuerpo”. En el contexto de la formación en la práctica teatral, existen formas de decir, de pensar y de sentir que solo pueden surgir cuando se logra “poner el cuerpo”. Estas formas de sentir, pensar y hablar situadas en la interacción de los cuerpos se diferenciarían de otros modos de sentir, pensar y hablar que, estando “fuera del cuerpo”, generan la “traba” en el proceso creativo.

Para comprender este modo de concebir la corporalidad es necesario que nos alejemos de la extendida mirada dualista que hace del cuerpo un reduccionismo orgánico que excluye dimensiones afectivas, reflexivas y discursivas. En palabras de del Marmol:

Aun siendo la actuación una experiencia eminentemente corporal, la corporalidad que en ella se pone en juego involucra la palabra y el pensamiento de un modo sustancial. La actuación “es cuerpo” pero no a costa de dejar por fuera cualquier dimensión de lo humano que desde una mirada dualista pueda ser entendida como ajena u opuesta al mismo,

---

7. Según Koselleck, un horizonte de expectativa integra “todas aquellas proyecciones que se hacen en determinado presente sobre lo que podría ocurrir, bien sea que se desee o se tema, que se lleve a cabo o se padezca” (1993: 117).

sino más bien incluyendo los vínculos con estas otras dimensiones como parte de la corporalidad e invitándonos así a repensar nuestra noción de cuerpo (2016: 42).

El cuerpo puesto en escena no es solamente el de los actores, ya que, antes que eso, son jóvenes de la ciudad que se suben al escenario. Jóvenes que han vivido de modo secundario la historia que relatan a través de los recuerdos de otros vecinos que cuentan los hechos pasados. No son actores representando una ficción, son jóvenes que reviven la historia guardada en viejos documentos y hecha presente a través de relatos orales.

### **La poética en el ejercicio de la memoria**

Creemos que es importante analizar qué rol juegan los recursos poéticos utilizados en el teatro cuando se trata de la creación de una obra que habla sobre cuestiones de memoria: ¿cómo ser poético sobre el terrorismo de Estado? ¿Qué efectos tiene esto sobre la construcción de memoria? O en palabras de Daniel Brauer, “¿cómo podemos hablar de un fenómeno estético allí donde la evocación del horror nos obliga a abandonar toda noción de belleza? ¿En qué sentido es posible que estas obras nos generen placer?” (2007: 47).

La manera a través de la cual se iba a contar lo investigado era objeto de reflexión para el grupo de teatro Sin Rueditas:

Después de toda la recopilación de datos empezamos a preguntarnos: ¿de qué manera queremos contar las cosas? Porque a veces las cosas eran contadas como una cosa muy literal, sobre todo cosas tan dramáticas [...], entonces teníamos que encontrar una manera de contarlos que fuera metafórica pero que a la vez tuviera el sentido de lo que queríamos decir, y a su vez que dejara un mensaje, porque ¿qué era? ¿Te cuento esta historia terrible y te quedas ahí en el dolor? (Claudia Calcedo, 54 años, directora del grupo Sin Rueditas).

El resultado de esa intención de hablar metafóricamente sobre la dictadura en Saladillo fue lo que podríamos entender, siguiendo a Maximiliano De La Puente (2016), como una obra que construye relatos

polifónicos. Se trata de obras que no cuentan una única historia sino muchas simultáneamente. Se escenifican temporalidades distintas que interactúan en un mismo espacio y espacialidades diversas que intervienen en un tiempo idéntico. Muchas obras de este tipo están estructuradas a partir de un exhaustivo proceso de investigación y cruzan diversos géneros narrativos: la crónica periodística, los relatos históricos, las narraciones orales, los testimonios, las historias de vida, las reelaboraciones y la inserción de procedimientos teatrales a partir de temáticas que aparecen en reportajes, diarios personales, blogs, etcétera. En este sentido, *Palabras de Resistencia* podría ser un ejemplo de obra polifónica, en la medida en que hace un importante uso de la metáfora, juega con el tiempo en escena representando el presente y el pasado en un mismo espacio ficcional y pone en diálogo diferentes relatos sobre la dictadura no solo de Fernando Volonté y Javier Quinterno, sino también de otras personas entrevistadas informalmente o que opinaban a través del diario *El Argentino*. Además, la propia experiencia de los actores durante el proceso de creación de la obra es parte de esta: así, existen personajes que transmiten reflexiones que fueron escritas por el grupo durante la investigación. A su vez, esta polifonía resulta del proceso investigativo previo que combina diferentes fuentes (entrevistas, revisión de material bibliográfico, testimonios, recortes periodísticos, etcétera).

Este entrelazamiento entre relatos del presente y del pasado, junto con reflexiones del grupo, genera lo que De La Puente (2016) llama “imágenes pensativas”. Son imágenes que no intentan ser una copia fiel de la realidad, no se limitan a reproducirla, sino que buscan ser “presencias que interpelan”. En este sentido, la directora del grupo destaca lo siguiente en relación con el proceso creativo de la obra: “Me acuerdo de muchos momentos de pensar esas cosas [...] pensar las sensaciones que teníamos y transformarlas, materializarlas en imágenes visuales” (Claudia Calcedo, 54 años, directora del grupo Sin Rueditas).

De esta forma, es posible visualizar cómo el proceso creativo implicó la transformación de palabras en imágenes. También se realizó el proceso inverso, esto es, el pasaje de imágenes a palabras:

[...] hubo una clase que fue recontra fuerte donde veníamos con cosas así medio complicadas, y dijeron: “Clau estamos pensando si hacer la obra está o no” empezamos a hablar de eso, y entonces cada uno empezó a

decir que por ahí era muy fuerte el tema y entonces podríamos parar un poco... y yo tengo idea de que fue después de eso que Rocío empezó a escribir las cosas que ella sentía, entonces dijimos “esto hay que ponerlo en la obra porque esto es súper”... entonces imaginamos un personaje que fuera uno de ellos que estaba haciendo el proceso [...] a veces todo era muy fuerte y no sabíamos que decir entonces ahí a mí se me aparecían imágenes que me ayudaban a comunicar eso que era tan difícil de decir con palabras. (Claudia Calcedo, 54 años, directora del grupo Sin Rueditas).

A través de estos fragmentos podemos advertir la relación que se establece entre imágenes y palabras, así como también la importancia del ejercicio de imaginar, en el acto de construir un relato sobre el pasado. La imagen surge allí donde el pensamiento, la reflexión, parece imposible, o al menos se detiene: estupefacto, pasmado. Ahí, sin embargo, es donde es necesaria una memoria: para recordar resulta imperioso imaginar.<sup>8</sup> Esta idea puede verse reflejada en la cita anterior, cuando la directora habla de momentos de tensión; en la confusión, una imagen llegaba para esclarecer aquello que no podía ser expresado con palabras. Como escribe Georges Didi-Huberman (2004), el lenguaje y la imagen son absolutamente solidarios en el acto de construir un relato sobre el pasado y no dejan de intercambiar sus carencias recíprocas: una imagen acude allí donde parece fallar la palabra, a menudo una palabra acude allí en donde parece fallar la imaginación.

De esta manera, el proceso de creación de una obra polifónica se relaciona con la manipulación de imágenes y palabras:

Imágenes que se convierten en experiencias de escritura escénica, potentes operaciones de traducción de lo visual a lo verbal y viceversa, a partir de las cuales las palabras –y la potencia de las imágenes convocadas por ellas– construyen mundos (sensibles, inteligibles, narrativos, conceptuales). Lo cual presupone un camino de doble vía en estas obras: violentar la palabra hasta volverla imagen; verbalizar la imagen para lograr que se

---

8. Benjamin expresó esta idea con exactitud: “Supongamos que de repente el movimiento del pensamiento se bloquea, entonces, es una constelación sobrecargada de tensiones, se producirá una especie de choque, de rechazo, una sacudida que le servirá a la imagen para organizarse de repente, para constituirse en mónada” (Benjamin, 2009: 87).

encarne en sustantivos, verbos, adjetivos, agenciados en cuerpos escénicos (De La Puente, 2016: 80).

Por otro lado, el relato de la directora no solo refleja la relación entre imágenes y palabras, sino también entre las palabras y el cuerpo. Así, la puesta del cuerpo también se ve acompañada y habilitada por una “puesta en palabras”. Esta búsqueda de modos de decir nos remite a la concepción amplia del cuerpo con la que concluimos el apartado anterior. De esta forma, “poner el cuerpo” implica el desarrollo de modos particulares de usar la palabra, no se trata de anular la palabra sino de corporizarla, encarnarla, anclarla en el cuerpo (Del Mármol, 2016).

En nuestra investigación advertimos que los practicantes de teatro diferenciaban entre lo que consideraban “palabras artificiales” y “palabras encarnadas”. Las primeras referían a aquellas que se decían “sin estar atravesadas por el cuerpo” desde un lugar “intelectual” situado “fuera del cuerpo”, mientras que las segundas eran aquellas que sí se anclaban en él. En el curso de una improvisación, el uso de las primeras generaba un “quiebre en la conexión del grupo”; en cambio, las segundas, al estar fuertemente atravesadas por los cuerpos en interacción, posibilitaban la creatividad durante una escena. Las “palabras artificiales” y “palabras encarnadas” pueden ser asociadas con otros sintagmas sustantivos: “palabras cotidianas” y “palabras poéticas”, respectivamente. Ahora bien, solo las últimas se encuentran unidas con la experiencia corporal y permitirían la apertura o multiplicación del sentido de lo que está sucediendo en escena (Battezzati, 2013). Los actores comentaban que durante el proceso creativo de la obra primeros diálogos improvisados eran “artificiales”, lo que daba la pauta de que no habían logrado “poner el cuerpo” y atravesarse por la historia. Todo cambió cuando una de las actrices escribió a partir de lo que sentía; entonces, se despertaron en los demás miembros del grupo ideas y sentimientos que les permitieron avanzar:

Estábamos buscando un tipo particular de palabra, una palabra viva, la palabra en esta mirada, en este movimiento, en este cuerpo. Un signo que es más que el signo literario, lo rebasa, lo hace sanguíneo, lo cruza de nervios. Es una palabra que palpita y nos conmueve, es la palabra de este instante en el que yo te miro y te digo mi palabra, una palabra con toda la potencia de lo vivo y lo presente (Rocío Arisnabarreta, 24 años, actriz de Sin Rueditas e investigadora).



Las obras que construyen relatos polifónicos cuestionan el orden teatral preexistente, irrumpen frente a regímenes estético-políticos anteriores quebrando estructuras narrativas instituidas dentro de la historia del teatro político argentino respecto de cómo –a través de qué recursos, utilizando qué estéticas– debe ser representada la violencia del régimen dictatorial. La nueva dramaturgia, que surge en la década de 1990 en la Argentina, implica un cuestionamiento a las formas previas que el propio teatro había establecido para representar el horror de la dictadura, en particular, y del teatro político en general, en cuanto al predominio del realismo crítico reflexivo como estética preponderante, es decir, de un tipo de teatro que se postula como espejo de lo real, con el fin de tomar conciencia del estado de las cosas.

El tipo de espectador que suponen las obras polifónicas es un espectador activo, que no espere explicaciones didácticas sobre “la verdad de las relaciones sociales y los medios para luchar contra la dominación capitalista” (Ranciére, 2010: 35). Por el contrario, el espectador debe construir una posición emancipada que cuestione la falsa oposición que se establece entre mirar y actuar, entre pasividad y actividad, y construya así una “división de lo sensible, una distribución *a priori* de esas posiciones y de las capacidades e incapacidades ligadas a esas posiciones”, las cuales no constituyen más que “alegorías encarnadas de la desigualdad” (Ranciére, 2010: 36).

En un pasaje de la obra analizada en este trabajo, se le pidió a miembros del público que comenzaran a decir en voz alta la palabra “palabras”. Esta fue una de las formas con las cuales se buscaba involucrar al público en la puesta en escena. El resultado fue que otras personas a las cuales no se les había pedido que hablaran comenzaron a unirse al coro de “palabras”. Al respecto, una de las espectadoras relataba la experiencia de la siguiente forma: “Cuando uno como espectador siente la posibilidad de actuar, bah, de actuar no, porque no sos actor, no sos igual al actor, pero igual te sentís parte. Al decir ‘palabra’ yo sentía que pasaba de ser espectadora a ser actora, sentís que formas parte” (Tortorolo, 54 años, espectadora en la obra *Palabras de Resistencia*).

Este breve relato sirve para ilustrar lo que Ranciére (2010) llama el “espectador emancipado”: se trata de un espectador a la vez distante e intérprete activo. Se habla de “distante” en el sentido de que sigue siendo un espectador y no se convierte en un actor por el hecho de participar (esto se destaca en el informante cuando dice “actuar no, porque no sos actor”), pero por el otro lado su rol no es pasivo, sino que participa activamente del acontecer teatral (“yo sentía que formaba parte”).

El espectador emancipado es así, en momentos sucesivos, actor y espectador de su propia historia (“yo sentía que pasaba de ser espectadora a ser actora”). Traducir, narrar, apropiarse de la obra que se le ofrece a su percepción para hacerla propia es la actividad específica de un espectador que jamás se encuentra en un rol pasivo, que construye siempre otras posibilidades, otros caminos, distintas perspectivas. Así como el proceso creativo involucra a los actores de manera que se sienten parte de la historia narrada, se busca generar en el público un proceso análogo en donde los espectadores también se sientan partícipes. A través de las imágenes pensativas los espectadores se ven implicados en procesos asociativos complejos que los involucran sensible, afectiva, cognitiva y corporalmente. Es la inmersión cognitiva o afectiva del espectador a la que se apunta. El espectador liga aquello que ve a muchas otras cosas que ha visto en otros escenarios, en otros tipos de lugares, ve, siente y comprende algo “en la medida en que compone su propio poema” (Rancière, 2010).

## Reflexiones finales

Al principio del trabajo reflexionábamos sobre cómo influye la experiencia de creación y ejecución de obras teatrales en los procesos de construcción de memoria. Al respecto, remarcamos que en la experiencia analizada los practicantes se ven comprometidos en una serie de decisiones que implican un posicionamiento con relación a qué situaciones del pasado son dignas de evocarse y cuáles son los modos pertinentes para comunicar el relato construido. En este sentido, la experiencia de realización de la obra *Palabras de Resistencia* permitió a los teatristas crear un relato sobre el pasado que se opone a un relato hegemónico sobre la última dictadura militar, que lleva años reproduciéndose en el ámbito local y funciona como dispositivo ideológico que perpetúa el silencio y ocultamiento de los hechos represivos y violentos efectuados en dicho periodo histórico.

Nos parece importante subrayar que la experiencia de la práctica teatral brindó a los actores la posibilidad de inscribirse en una historia que hasta el momento había sido considerada ajena. A través de la práctica teatral no solo resignificaban los sentidos hegemónicos asignados al pasado, sino que también se sentían parte de esa historia acortando la distancia entre el presente y el pasado.

Retomando esta última idea, resulta interesante resaltar que a través del teatro se pueden crear símbolos o imágenes pensativas que interpelan al espectador invitándolo a resignificar aquellas “verdades” históricas que no habían sido cuestionadas previamente. La práctica teatral puede provocar que la memoria oficial entre en crisis y de lugar a la emergencia de memorias que habían permanecido invisibilizadas por los discursos dominantes. Por otro lado, nos parece importante valorizar el rol del cuerpo en los procesos de aprendizaje. Generalmente se pondera el pensamiento racional en los procesos de enseñanza, dándole menor importancia al cuerpo y a las emociones como herramientas creativas. Contra esta visión, la experiencia de la creación y análisis de la obra nos permite pensar que el cuerpo posibilita otro tipo de vivencias y preguntas que también aportan a la reflexión crítica. Dejamos abierto el debate sobre la incorporación del teatro (y otras prácticas que involucren un uso activo del cuerpo) como herramienta educativa para la construcción de un proceso de aprendizaje crítico, reflexivo, integral en donde cuerpo y pensamiento no sean vistos como opuestos sino como instancias relacionadas, haciendo posible que pensemos con el cuerpo y nos emocionemos con el pensamiento.

## Referencias bibliográficas

- Battezzati, Santiago. 2015: “¿La palabra o las palabras?: el logocentrismo como problema nativo entre los estudiantes de teatro under en Buenos Aires”. En: *Actas del XI Reunión de Antropología del Mercosur*. Montevideo: Universidad de la república, pp. 254-278.
- Benjamin, Walter. (1942) 2009: *On the concept of history*. Buenos Aires: Amazon.
- Brauer, Daniel. 2007: “El arte como memoria: reflexiones acerca de la dimensión histórica de la obra de arte”. En: *Políticas de la memoria: Tensiones en la palabra y la imagen*. [s. l.]: Universidad del Claustro de Sor Juana.
- Cavali, [s. n.] et al. 2008: *Los sueños de la Resistencia*. La Plata: Comisión Provincial por la Memoria.
- Cottet, Cristian. 2009: *Actualizaciones en la promoción y defensa de los derechos humanos en el período de reinstalación democrática (1990-2008)*. Tesis de grado, Escuela de Antropología, Universidad Alberto

- Hurtado, Santiago.
- Crossley, Nick. 1995: “Merleau-Ponty, the Elusive Body and Carnal Sociology”. *Body & Society*, vol. 1, n.º 43, pp. 2-23.
- Da Silva Catela, Ludmila. 2014: “Lo que merece ser recordado. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 1, n.º 2, pp. 28-47.
- De La Puente, Maximiliano Ignacio. 2016: “El teatro político, el espectador activo y la necesidad de una nueva crítica”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 3, n.º 5, pp. 70-82.
- Del Campo, Alicia. 2016: “Poéticas de la visibilidad/poéticas de la ausencia: cuerpo y teatralidad”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 3, n.º 5, pp. 12-32.
- Del Mármol, Mariana. 2016: *Una corporalidad expandida. Cuerpo y afectividad en la formación de los actores y actrices en el circuito teatral independiente de la ciudad de La Plata*. Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.
- Didi-Huberman, Georges. 2004: *Imágenes pese a todo: memoria visual del Holocausto*, vol. 27. [s. l.]: Grupo Planeta (GBS).
- Faulkner, Robert y Becker, Howard. 2008: “Studying something you are part of: the view from the bandstand”. *Ethnologie française*, vol. 38, n.º 1, pp. 15-21.
- Feliú i Samuel-Lajeunesse, Joel. 2007: “Nuevas formas literarias para las ciencias sociales: el caso de la autoetnografía”. *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, año 4, n.º 12, pp. 262-271.
- Halbwachs, Maurice. 1925: *La memoria Colectiva*. [s. l.]: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Jelin, Elizabeth. 2002: *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Koselleck, Reinhart. (1979) 1993: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Buenos Aires: Paidós.
- Proaño Gómez, Lola. 2016: “Materialización de la memoria en el cuerpo comunitario: des-haciendo el trauma”. *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 3, n.º 5, pp. 34-48.
- Pollak, Michael. 2006: *Memoria, olvido y silencio*. La Plata: Al Margen.
- Raggio, Sandra. 2017: “Transmisión de la memoria: la experiencia en el encuentro con Otros”. *Aletheia*, vol. 7, n.º 14, pp. 1-12.
- Raggio, Sandra. 2017: *Memorias de la Noche de los Lápices. Tensiones,*

*variaciones y conflictos en los modos de narrar el pasado reciente*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Rancière, Jacques. 2010: *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.

Scatizza, Pablo. 2014: “Centros clandestinos de detención en el Comahue. Una reflexión conceptual”. *Contenciosa*, año 1, n.º 2, pp. 1-15.

Todorov, Tzvetan. 2000: *Los abusos de la memoria*. Buenos Aires: Paidós.

Wacquant, Loic. 2006: *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Avellaneda: Siglo XXI.

# Experiencia y espacio

# El poder del papel

## Documentos y experiencias en la trama vecinal de un asentamiento planificado de La Matanza

Lucas Barreto

### Introducción

Comencé el acercamiento al barrio Nicolás,<sup>1</sup> un asentamiento planificado<sup>2</sup> de La Matanza, en 2013. Mi objetivo era realizar el informe inicial de investigación requerido para Metodología y Técnicas de la Investigación de Campo, materia de la carrera de Antropología sociocultural de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Aquel informe implicaba un breve trabajo de campo y entonces, dado que había leído notas periodísticas al respecto, me pareció una buena oportunidad para conocer e intentar comprender lo que ocurría a poco más de diez kilómetros de donde vivía.

Durante algunos meses recorrí sus manzanas y entrevisté a los principales referentes barriales,<sup>3</sup> siempre tratando de comprender cómo la política

---

1. Los nombres del barrio y de sus pobladores han sido modificados con el objetivo de mantener el anonimato.

2. El Gobierno de la Provincia de Buenos Aires creó el Plan de Regularización Dominial y Urbana en diciembre de 1996. Mediante decreto 4686/96, la gobernación –junto al Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires, el Banco de la Provincia de Buenos Aires, la Unidad Ejecutora de Reconstrucción del Gran Buenos Aires y la Secretaría de Tierras y Urbanismo de la Provincia de Buenos Aires– promovía “en todo su territorio, la regularización urbana y dominial en apoyo de sectores jurídica y económicamente desfavorecidos”. Para ello desplegaría una serie de programas, entre ellos el de “Asentamientos Planificados”. Significó el traslado de distintas poblaciones a predios de grandes dimensiones, con lotes bien delimitados, los cuales serían pagados en cuotas accesibles y donde progresivamente se instalarían servicios urbanos básicos.

3. Personas asociadas a “la política” que trazan estrategias, medidas y vinculaciones con agentes y agencias de gobierno (gracias al manejo de lenguajes específicos de ámbitos gubernamentales), gestionan relaciones afectivas o de interés y forjan un carácter para sostener situaciones sumamente complejas, persuadir a familias y pobladores de participar colectivamente, además de articular prácticas y discursos de legitimidad en torno a ciertas demandas sociales (Barreto, 2018).

estructuraba la vida cotidiana de pobladores e instituciones locales. En 2015 retomé las visitas a Nicolás con objeto de profundizar algunos de los puntos que habían quedado inconclusos. Me contacté con Cristian, un vecino del barrio y finalmente consensuamos una visita a su casa para conversar sobre los orígenes del barrio.

Al iniciar aquella entrevista, y tras algunas preguntas sobre su llegada a Nicolás, Cristian –50 años, albañil y vendedor de copias ilegales de películas– sostenía discursiva y materialmente un proceder legal en los términos que imponían los entes gubernamentales para el acceso y adjudicación del plan de tierras al que se inscribieron junto a su esposa en 1999:

Lucas: ¿Y ustedes en qué año vinieron?

Cristian: Ah, no me acuerdo, ahí tiene que tener los papeles Laura. En los papeles dice, fijate dónde están, gorda [envía a su mujer a buscar el boleto de compraventa. Laura tarda, al parecer no los encuentra] ¿En la carpeta azul no están, gordi?

Laura: No... [Cristian se dirige hacia su habitación y empieza a discutir con Laura por la pérdida de esos papeles. Luego de un silencio algo incómodo, regresa al comedor y prosigue con su relato].

Cristian: [...] Yo trabajaba en una fábrica en ese tiempo, por eso me lo adjudicaron al lote. Yo presenté los recibos de la fábrica en La Candela [lugar donde inscribían a los interesados por el Programa de Asentamientos Planificados]. Fui, hice todos los trámites, y me dijeron: “Si están bien todos los documentos que presenté, si el banco acepta cederle el préstamo, se lo va a llamar para que firme el boleto de compraventa”; y me llamaron una vuelta a Lomas [de Zamora], me parece que fue, y firmamos el boleto de compraventa. Y ahí vinimos para acá. Ya vinimos a ver el terreno y después ya empezamos a edificar [...]. Me dieron el boleto de compraventa, un planito así del barrio y la ubicación del lote mío. Yo vine acá, busqué a un tal Galíndez [referente barrial], que lo tenía que buscar al fondo, y vino, me trajo hasta acá. El chabón me dijo: “Este es tu lote”, listo.

En este diálogo se observa cómo Cristian ordena a su esposa buscar una serie de *papeles*, en este caso el boleto de compraventa, que afirmaban la posesión del lote y un “correcto” proceder con el propósito de demostrar que “Nicolás no era un asentamiento” o, cómo se verá, que él y su familia no formaban parte de aquellos sectores del barrio que eran considerados



asentamiento. En otras palabras, trataba de *probar* un acceso formal al terreno no solo a partir de relatos y vivencias experimentadas durante los años de producción barrial, sino a través de evidencias concretas, construidas en ámbitos estatales (Dumans Guedes, 2013). Esta búsqueda por probar discursiva y materialmente experiencias y procesos vividos sostiene a la vez una serie de prácticas y categorías de diferenciación y pertenencia dentro del barrio.

Desde una perspectiva etnográfica centrada en la reconstrucción de tramas colectivas asociadas a demandas por tierra, vivienda e infraestructura urbana, este trabajo presenta un análisis de las prácticas, discursos y procesos condensados en distintos documentos que circulan en un barrio popular de La Matanza que se inició como asentamiento planificado durante 1997. Así, se pretende reflexionar sobre las formas en que los documentos, en tanto y en cuanto “tecnologías de poder”, producen lenguajes y conocimientos para la clasificación y regulación de poblaciones (Trouillot, 2001; Foucault, 2014) y, asimismo, son redefinidos cotidianamente por individuos y grupos sociales al producir su espacio barrial, en este caso, al “armar” y “levantar” el Nicolás.

El foco será colocado en los papeles que asignan propiedad o más bien titularidad –y con ello una legitimidad para vivir allí y ser reconocidos como vecinos– sobre terrenos al interior de un barrio con características particulares, producto de su compleja configuración socioespacial y las experiencias organizativas de sus pobladores. En este sentido, a lo largo del trabajo se postula lo siguiente:

- 1) La posesión y desposesión de documentos habilita una serie de estrategias discursivas y prácticas relacionadas con modos de representar espacial y diferencialmente su lugar dentro de la trama vecinal.

- 2) Los modos de enunciar pertenencias, diferencias y expectativas a partir de estos instrumentos persisten fuertemente en términos de procesos de construcción colectiva.

- 3) Estos modos están anclados tanto en elaboraciones hegemónicas sobre el Estado y sus circuitos válidos como en las opciones creativas que proponen los sectores subalternos, los cuales difuminan muchas veces los bordes fijados sobre lo legal o ilegal.

Para sostener estas hipótesis, en este trabajo se despliegan una serie de estrategias y metodologías propias de la antropología social –trabajo de campo y entrevistas en profundidad–. Estas opciones son adoptadas como instancias necesarias para la reconstrucción de historias de vida y la

conexión de experiencias y trayectorias tanto individuales como colectivas (Guber, 2004).

El Estado es un proyecto político siempre incompleto, dinámico y tensionado (Das y Poole, 2008). No necesariamente limitada a alguna institución, la materialidad del Estado residiría más bien en el desenvolvimiento de prácticas, procesos y relaciones de poder, las cuales constituyen determinados “efectos de Estado” (Trouillot, 2001). En este sentido, esta investigación aborda estos efectos de Estado en relación con los documentos que se insertan en la trama barrial del Nicolás al (des)poseerse, circular y ser elementos de la vida cotidiana.

Los documentos son aquí parte de la propia “ficción” del Estado como entidad fetichizada: los productos de instancias gubernamentales también son reificados y sentidos como poseedores de un poder y valor propios, separados de las relaciones sociales y procesos que llevaron a su configuración (Gordillo, 2006). El “poder del papel” es tal que los sujetos son atrapados por la materialidad del objeto en sí: los pobladores se relacionan cotidianamente, identificándose o segregándose, a partir de ciertos documentos que funcionan de manera productiva según quién los tenga o quién no. Como hipótesis complementaria, se puede afirmar que la naturalización de estos instrumentos como ajenos a las condiciones de producción y las relaciones contradictorias que les dan sentido obtura en muchas ocasiones una visión total de las instancias de precarización y desigualdad de las que forman parte las personas que los poseen, además de trastocar las representaciones al interior de un determinado grupo social mediante categorías de pertenencia y exclusión.

De todos modos, la “fetichización de los documentos” (Gordillo, 2006) es complementada con el reconocimiento por parte de los pobladores sobre la situación de precariedad urbana en la que transitan y la búsqueda por ejercer presión para obtener derechos postergados se hace palpable. El poder del papel es reconfigurado estratégicamente y desbordado por maneras de acción colectiva que desafían la legitimidad de lo legal. Así, los documentos –oficiales, fotocopiados, resultados de operaciones formales e informales– son manipulados por quienes los poseen para desarticular una situación desventajosa u obtener cierto rédito. Los papeles inscriben (no solo “escriben”) y esas inscripciones, además de perpetuarse y durar temporalmente, están entrelazadas a narrativas y experiencias de sus poseedores, nutriéndose así de múltiples significados que trastocan la mera materialidad de su formato (Dumans Guedes, 2013).

La práctica de clasificar, incluir o excluir de programas, políticas y recursos está fuertemente delimitada por la posesión o ausencia de determinados documentos. Sin embargo, los propios sujetos afectados llevan a cabo creativas –y contradictorias– maneras de confrontar con lo que es entendido como “injusticia”, un “derecho no contemplado” o un “mal manejo” gubernamental. Esta dinámica expresa a las claras cómo en los propios márgenes se reconfiguran los límites del vigoroso Estado: allí, en complejos y ambivalentes procesos, los límites conceptuales del Estado son extendidos y re-establecidos, además de cuestionados y desafiados (Das y Poole, 2008).

Por otra parte, se profundiza en un tipo de experiencia vinculada a la producción del espacio social y urbano, la experiencia urbana, la cual remite a los modos diferenciales de “ver, hacer y sentir la ciudad y la vida en la ciudad por parte de actores situados social y espacialmente” (Segura, 2015: 26). En este sentido, las experiencias que los actores sociales viven y comparten al posicionarse espacialmente en distintos contextos urbanos contribuyen a que sus expectativas y tensiones se formulen en lenguajes, acciones y argumentos definidos. En los vínculos de interdependencia entre actores sociales y entornos urbanos, los primeros ponen en juego cotidianamente trayectorias y vivencias personales o colectivas como medio para la configuración de condiciones de existencia adecuadas.

### **La experiencia común de habitar la periferia: configuración socioespacial del barrio Nicolás**

La Matanza, junto a municipios como Quilmes y Lomas de Zamora, se posicionó como uno de los escenarios pioneros en la formación de asentamientos urbanos,<sup>4</sup> producto de procesos colectivos de ocupación de tierras

---

4. Cravino (2001) explica algunos aspectos característicos de los asentamientos como modelos de hábitat popular: a) sus trazados urbanos tienden a ser regulares y planificados, en forma de cuadrícula; b) por parte de los pobladores se los percibe no como una solución habitacional transitoria, sino como una mejora a corto y mediano plazo; c) por lo general son decididas y organizadas colectivamente, con una estrategia previa (obtención de datos catastrales, conformación de un grupo que iniciará la toma, búsqueda de apoyo de organizaciones cercanas, etc.); d) en su mayoría están ubicados sobre tierra privada. Se trata de terrenos que por lo general eran basurales, pajonales, o inundables, por lo que los dueños no tenían un interés o posibilidad en explotarlo económicamente; e) inmediatamente a la invasión del terreno se busca mediar ante el Estado su “legitimación”, reivindicando la oportunidad de pagarlo y ser propietarios.

durante las décadas de 1980 y 1990. Según autores que registraron esas ocupaciones (Izaguirre y Aristizábal, 1988; Merklen, 1991), tras un contexto de inestabilidad política que culminaría en el retorno del sistema democrático, una de las respuestas por parte de sectores “desfavorecidos”, ante la imposibilidad de acceder al mercado formal de suelo urbano y las modificaciones en las condiciones materiales de vida, fue la producción de distintas tomas de tierra con un fuerte apoyo de diversos actores sociales y políticos.

El asentamiento planificado<sup>5</sup> se constituyó inicialmente con pobladores que llevaron a cabo tomas colectivas de terrenos durante la década de 1990. A partir de allí, establecieron una serie de demandas relacionadas con el acceso a la tierra y la vivienda. Finalmente, luego de arduas negociaciones con agentes del gobierno bonaerense y municipal fueron relocalizados entre 1997 y 1998 –transportados en camiones frigoríficos y colectivos– y reasentados en este descampado de grandes dimensiones.

En Nicolás, poblaciones y trayectorias heteróclitas conforman un entramado barrial de naturaleza escalonada (Barreto, 2018). Las múltiples corrientes poblacionales que se asentaron y que estructuran espacialmente la región fueron estableciéndose en momentos y modalidades diferenciales, hecho que condujo a una progresiva sectorización en el barrio. Allí confluyeron familias de distintas procedencias y configuraciones sociales en un marco coyuntural económico desfavorable: aumento del desempleo, disgregación de los circuitos productivos, descentralización del papel del Estado y pobreza urbana.

Al llegar al predio, las familias fueron distribuidas en lotes y manzanas correspondientes al “sector de adelante” y en parte del “sector del medio”, como ellos suelen definir a las demarcaciones espaciales, las cuales también operan como fronteras simbólicas. A partir de datos cualitativos recuperados del sostenido trabajo de campo y de entrevistas individuales y colectivas a los habitantes del barrio, en este primer proceso de traslado identificamos dos corrientes poblacionales.

En primer lugar, los habitantes de Nicolás ubicados en el “sector de adelante” provienen de distintos asentamientos de La Matanza. Por el hacinamiento en las zonas que habitaban anteriormente –resultado del factor generacional y el crecimiento del número de integrantes de cada familia–,

---

5. Sostenemos que todo asentamiento urbano en su proceso de desarrollo posee elementos de planificación. Por ello, y para evitar confusiones, colocamos en mayúsculas el término “Asentamiento Planificado” por ser la denominación gubernamental que adquirieron estos proyectos urbanísticos.

ocuparon tierras cercanas a zonas residenciales y de alta valorización inmobiliaria, lo que generó las condiciones para establecer negociaciones con funcionarios gubernamentales. El otro grupo poblacional con experiencias de organización y participación político-territorial que integró el Programa de Asentamientos Planificados provino de una ocupación en Villa Fiorito, Lomas de Zamora: habitaban cerca de un arroyo donde se vertían desechos industriales contaminantes. Al llegar a Nicolás, fueron distribuidos en el “sector del medio”.

En segundo lugar, entre 1999 y 2003 se establecieron otros grupos de vecinos en el “sector del medio” y en parte del “fondo”. Se trata de pobladores provenientes de distintas zonas del Gran Buenos Aires, en su mayoría sin experiencias de ocupaciones ni tradiciones asociativas previas, quienes accedieron a su lote por inscripción al programa de Asentamientos Planificados llevado adelante por la Secretaría de Tierras y Urbanismo provincial. Gran parte de estas familias se dirigió a un predio municipal para efectuar su inscripción; otras apelaron a gestiones realizadas en la Secretaría de Tierras y Urbanismo o en oficinas públicas de Monte Grande, San Martín y demás ciudades.

Entre estos pobladores arribados posteriormente, era visible una heterogeneidad de situaciones y trayectorias, aun cuando una búsqueda los vinculaba: les interesaba acceder a un terreno debido a complicaciones para pagar alquileres, conflictos familiares o necesidad de cambiar su lugar de residencia. A cada aspirante se le concedió una parcela en el barrio Nicolás y, al igual que a los primeros pobladores, documentos que aseveraban la posesión del lote (boleto de compraventa), documentos informativos (planos del lugar con la ubicación de la parcela) y papeles que definían la deuda hipotecaria asumida con el Banco Provincia y con los cuales debían pagar una cuota mensual por la propiedad (“la chequera”).

En tercer lugar, desde finales de 2004 en adelante habitantes del barrio se establecieron de manera informal al tomar o comprar lotes sin regulación a intermediarios no gubernamentales, quienes cumplían el rol de referentes barriales. La región donde se instaló este último grupo delimita con un arroyo y su suelo se compone de terreno rellenado que tiende a inundarse. Por eso, el “sector del fondo” no fue contemplado en el programa de Asentamientos Planificados, ya que fue catalogado como “zona inhabitable”. Al iniciarse esa ocupación irregular las autoridades municipales llevaron a cabo medidas de desalojo, reubicando a las personas en distintos lotes no ocupados de

los otros sectores. Pero en los siguientes años esos terrenos “inhabitables” volvieron a poblarse, esta vez para dar lugar a un establecimiento definitivo.

La vulnerabilidad socioambiental del “sector del fondo” se agrava por diversos aspectos. Primero, las pérdidas materiales y simbólicas, dificultades de acceso y complicaciones en la salud debido a las inundaciones por el aumento del caudal del arroyo Morales durante épocas de lluvia. Segundo, la proximidad con “las montañas”,<sup>6</sup> las cuales producen no solo complicaciones de salud (según los pobladores entrevistados, se han registrado casos de erupciones en la piel, problemas respiratorios, plomo y metales en sangre, entre otras anomalías), sino también alteraciones en el desenvolvimiento cotidiano de las personas por el “mal olor” –sobre todo en verano y según la dirección del viento–, además de la prohibición de consumir agua de las napas subterráneas.

En cuarto lugar, se observan ocupaciones o compras de lotes privados en distintas ubicaciones al interior de Nicolás consideradas “pulmones verdes” (espacios de recreación y canchas deportivas). Allí, entre 2007 y 2015, se asentaron familias del mismo barrio –sobre todo, la generación de jóvenes nacidos o criados allí, quienes siguiendo con modalidades populares de residencia y motivados por la reproducción y extensión de la unidad doméstica, reclamaban terrenos para “armarse sus casillas”–, pobladores provenientes de otras villas, asentamientos y barrios de La Matanza y migrantes de países limítrofes. Según los relatos nativos, muchas de estas ocupaciones fueron desarticuladas por la intervención de las fuerzas policiales, mientras que en otros casos se arribó a un acuerdo para adquirir esos espacios y repartir los lotes (gráfico 1).

Por último, desde el año 2016 se desarrollaron nuevos procesos de ocupación, esta vez en hectáreas linderas al Nicolás. A partir de lo documentado, unas pocas familias del “sector del fondo” llevaron a cabo una toma de tierras en el predio anexo al barrio; ocupación que se volvería masiva con el paso del tiempo –hoy alberga a alrededor de 150 familias–. En este asentamiento de gran extensión, llamado por sus pobladores como “Barrio Canay”, se ha iniciado un proceso de limpieza, construcción de casillas, apertura de calles e instalación informal de servicios de electricidad y agua. Los vecinos

---

6. Nos referimos al relleno sanitario perteneciente a la firma CEAMSE (Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado), empresa creada durante la Dictadura Militar por los gobiernos de la Provincia de Buenos Aires y la Ciudad de Buenos Aires para realizar la gestión integral de los residuos sólidos urbanos del área metropolitana.

de Canay se encuentran direccionando sus demandas para acceder a una negociación y acuerdo con el gobierno municipal: asesorados por movimientos sociales con aprendizajes y conocimientos de autourbanización, buscan la regularización del asentamiento y el pago comunitario de cuotas para la titularidad de sus parcelas.



Gráfico 1. Mapa del Asentamiento Planificado. 1) Sector de adelante; 2) Sector del medio; 3) Sector del fondo; 4) Relleno sanitario CEAMSE; 5) Nuevas ocupaciones, entre ellas el Barrio Canay. Fuente: Google Maps.

Más allá de acentuar esta caracterización de experiencias diversas se puede sostener, siguiendo a Segura (2015), que los habitantes de Nicolás en sus diferencias temporales, espaciales y materiales al momento de poblar y formar el barrio, habitan la periferia “como una experiencia común, aunque no necesariamente una experiencia compartida” (Segura, 2015: 72). Tras un proceso de formación barrial desarrollado a partir de momentos y en condiciones disímiles, los pobladores en su conjunto atravesaron y atraviesan una serie de problemáticas relacionadas con bienes y servicios ausentes en una región segregada con respecto a los entornos urbanos. Ante situaciones de sufrimiento y precariedad propias de la “experiencia común” de habitar la periferia, desplegaron un conjunto de prácticas comunes en un escenario de negociaciones

y conflicto, lo que muchos de ellos definen como “luchar por un barrio digno”. Estas prácticas se vincularon con acciones de acampe y movilización a dependencias gubernamentales, escraches a políticos, cortes de rutas y calles, asambleas con diversos actores sociales y reuniones junto a funcionarios, todo ello con el objetivo de lograr acuerdos en términos del acceso a recursos y bienes imprescindibles para la vida cotidiana, puestos de empleo y compromisos de inversión pública en infraestructura barrial y urbanización.

A la vez, como se pudo documentar, las experiencias no fueron necesariamente compartidas entre los pobladores, sino que muchas veces se trató de acciones y resoluciones diferenciadas de acuerdo con los sectores que habitaban y a las problemáticas que buscaban resolver, a las agrupaciones político-territoriales de las que participaron o participan (si lo hacen), a la capacidad de movilización y poder que detentaron los referentes barriales con los que interactuaban, a las trayectorias personales y colectivas, entre otros factores. Si en ciertos momentos los procesos de lucha y organización fueron unificados y aglomeraron a los tres sectores, en otras coyunturas las diferencias entre referentes barriales y pobladores definieron contextos de tensión, conflictos internos y asimetrías entre las regiones.

Formar un barrio en aquel espacio “ganado” requirió por parte de vecinos y vecinas poner en juego aprendizajes previos, utilizar conocimientos de organización y activar relaciones con políticos y funcionarios de distintos ámbitos gubernamentales. Se trataba de ir definiendo en el transcurso del habitar una región de la periferia urbana “alejada de todo” y de experimentar la transformación del entorno, un proceso de demanda y articulación con el Estado y entre sí. Y ello a partir de la elaboración de formas de acción colectiva contundentes –dentro de cada sector poblacional pero no necesariamente compartidas con los demás agrupamientos–, para visibilizar y concretar sus reclamos frente al gobierno provincial y municipal con el propósito de mejorar las condiciones urbanas.

Continuando con el análisis de los papeles en la trama barrial de Nicolás, los siguientes apartados muestran cómo los pobladores manejan y han manejado diversas estrategias de acuerdo con las modalidades diferenciales de asentamiento: desde la obtención de documentos oficiales hasta la producción de imitaciones, fotocopias o trozos de papel que funcionan como registros nativos para identificarse como vecinos o crear categorías moralizantes entre pobladores.



## **Probar circuitos legítimos y crear pertenencias/diferencias a través de los papeles**

La presentación y obtención de certificados, recibos y todo un conjunto de documentos en distintas dependencias estatales o en oficinas de servicios del sector privado forma parte del proceso que sustenta el acceso a la tierra y vivienda a través de “circuitos legítimos”. De alguna manera, la posesión de un documento avalado y obtenido en las oficinas públicas, mediante la interacción con personal gubernamental, actualiza el sentido de formar parte del circuito de lo legal y de la comunidad política nacional, como ciudadano y vecino (Wanderley, 2009).

Al probar circuitos legítimos de su llegada al barrio, Cristian buscaba distanciarse de ciertas imágenes o categorizaciones al interior del Nicolás. Se puede decir que la posesión del boleto de compraventa y la chequera, además del plano del asentamiento planificado con la ubicación de cada lote, envisten a aquel que los posee de percepciones fetichizantes: posiblemente, funcionan como instrumentos que llevan a la invisibilización de ciertas desigualdades urbanas y aspectos sociales precarios en los que se encuentran como pobladores segregados. Muchos de los habitantes que poseen papeles resaltan la titularidad del lote como categoría de ciudadanía por sobre otras dimensiones y apelan a una situación de legitimidad frente al Estado y frente a otros vecinos del barrio. Ello produce efectos de inclusión o exclusión dentro del espacio barrial que desestructuran una vinculación local, la cual debe ser siempre negociada y reconstruida por las sectorizaciones y divisiones persistentes: tener el papel es pertenecer y, si alguien no lo tiene, no atravesó los mismos recorridos entre oficinas gubernamentales.

Ser incluidos en una categoría nativa –la de vecinos del barrio o “ser del barrio”– opuesta al de otras familias del Nicolás –que ocuparon el “sector del fondo”, los espacios verdes y el reciente Barrio Canay– se vincula con otra oposición que la estructura: barrio, no asentamiento. Esta oposición se enmarca en las percepciones establecidas sobre experiencias y posesiones distintas. Cristian comentaba algo ofuscado:

[...] acá no es como que vinimos nosotros, marcamos y agarramos este pedazo y chau. No. Acá ya estaban los mojones y hubo agrimensor, todo [...] No es que nos metimos. ¿Asentamiento qué es? Cuando vos vas y usurpás

un lugar. Eso es asentamiento, ¿me entendés? Todo lo que vos vas a pagar no es asentamiento. Asentamiento es cuando vos vas y tomás la tierra. Acá no se tomaron las tierras. Acá nos mandaron. Con esto [el boleto de compraventa]. Y con una chequera. Para pagar en el banco (Cristian, 50 años, poblador del “sector del medio”).

Uno de los efectos producidos por la posesión de papeles oficiales –los cuales prueban el acceso a circuitos burocráticos gubernamentales– es el generar prácticas y discursos de diferenciación o pertenencia en torno a la percepción del estatus urbano dado a Nicolás. El acceso “legítimo” a un terreno previamente demarcado y asignado gracias a las instancias legales adecuadas lleva a muchos de los vecinos que realizaron gestiones por vías institucionales a desprejarse de la caracterización de asentamiento, villa o cualquiera de las catalogaciones que sienten como impuestas de modo negativo o estigmatizante, con objeto de remarcar la denominación como barrio.<sup>7</sup>

En este sentido, observamos cómo se abre una diferenciación entre aquellos que realizaron procedimientos en circuitos establecidos desde ámbitos estatales y los que llegaron al Nicolás posteriormente, provenientes de tomas de tierra o anteriores experiencias en villas y asentamientos: los papeles terminan operando como productores de legitimidad para el que los posee y de otredad para los que carecen de estos, lo que acaba en una exclusión de ciertos habitantes (y sectores) del barrio a partir de la construcción de categorías diferenciales.

Los vecinos que pertenecen al “sector del medio” y de “adelante” se referían a los pobladores del “fondo” de distintas maneras, pero siempre bordeando atributos sociales ligados a la carencia y a valoraciones morales negativas. En esta percepción moral del espacio (Bachiller, 2014), por lo general, las familias que habitan los tramos precarizados son caracterizados como

---

7. Se trata de una representación social común en entornos urbanos donde el patrón centro-periferia delimita las distancias físicas y morales, incluso a escala local. En este sentido, aquellas lógicas habitacionales que se expanden por fuera de los desarrollos iniciales y planificados son demarcados por carencias y precariedades en términos de infraestructura urbana, ingresos socioeconómicos y déficits diversos. Al respecto, Santiago Bachiller realiza un análisis sobre moralidades y representaciones sociales y territoriales en asentamientos informales de la región patagónica de Comodoro Rivadavia. Allí, el autor se sumerge en las “cargas morales” vertidas sobre nociones como villa o asentamiento en el imaginario nacional, las cuales son manipuladas por los lugareños para representar o no los territorios relegados y sus prácticas espaciales, resaltando las distancias sociales, físicas y simbólicas que poseen con respecto a los procesos ocurridos en el Conurbano bonaerense y Capital Federal (Bachiller, 2014).

individuos extranjeros o marginales. Con ello, se asocian distintos atributos sociales e incluso morales: hacia allí se concentran discursos referidos a la inseguridad, la violencia, la venta y consumo de drogas; las miradas están puestas en los pobladores del “fondo” como causantes de la catalogación del barrio como “peligroso”; se excluyen a los habitantes del “fondo” de programas y recursos que los referentes con mayor prestigio y poder gestionan, así como de las decisiones colectivas de otros sectores; se infunden argumentos relacionados con su no pertenencia al espacio local (“no son del barrio”, “ellos son asentamiento”); esta “no pertenencia” por el acceso irregular a los terrenos se fortalece desde las políticas públicas ya que, por lo general, las obras de infraestructura para urbanizar y brindar distintos servicios al barrio —ómnibus de transporte de pasajeros, sistema de electricidad, pavimentación y agua potable— no tienen alcance en las manzanas que corresponden a la “zona inhabitable” cercana al arroyo; a su vez, se expresa cierta preocupación por la saturación de los servicios públicos urbanos de luz y agua, así como la gestión de los residuos domésticos. Esto de algún modo demuestra la segregación discursiva y práctica a la que someten los pobladores ya asentados a los nuevos, asociando tal saturación a una supuesta sobrepoblación de ocupaciones recientes, quienes realizan conexiones clandestinas.

Incluso, en términos visuales o, si se quiere, estéticos, no todos los sectores barriales cuentan con una inversión y atención por parte del Estado y de actores privados que donen recursos. El Centro Popular, construido en el “sector de adelante”, está coordinado por la principal organización política del Nicolás. Allí se realizan reuniones, se inscriben programas sociales y comunican políticas públicas. Funciona como intermediario entre la municipalidad y organismos de gobierno y el barrio. Es un edificio sencillo, intervenido artísticamente por colectivos de pintores mediante dibujos con motivos indígenas (la bandera wiphala o la palabra pachamama), temáticas de niñez y campesinado o figuras políticas (retratos de Evita y el Che sobresalen sobre la fachada principal). Asimismo, el nombre del barrio fue pintado a gran escala sobre un paredón del “sector del medio”, frente a una pequeña plazoleta cuyos asientos también se muestran coloridos.

La parte del “fondo”, en cambio, no es objeto de atención por parte de agencias estatales, lo que marca un quiebre en términos visuales. Calles de barro, zanjas tapadas, instalaciones precarias, falta de inversión en infraestructura, ausencia de espacios comunitarios (salvo algún que otro descampado donde se instalaron arcos de fútbol y algunas banquetas por iniciativa

de los propios vecinos). Se trata de un espacio barrial y social que no es intervenido mediante políticas públicas y que en general no es frecuentado por poblaciones de otros sectores, salvo en situaciones específicas (visitas entre familiares y amigos/as), como sí lo son los otros espacios (donde están las instituciones educativas, sociopolíticas y de salud).

Esto da cuenta de que, en términos simbólicos y materiales, la estética o visual del espacio y su representación –más allá de los objetos que analizamos en este trabajo como los documentos– se condicen con la oposición entre barrio y asentamiento, esto es, las poblaciones más relegadas. Mientras algunos espacios son tratados estética e infraestructuralmente con mayor intervención, apoyados por políticas públicas (o programas y acciones de oenegés), otras regiones –por estar en pleno proceso de construcción o al no participar de instancias de formalidad en el acceso al suelo– carecen de inversión por parte del Estado y son representados (de modo caótico, insulso, opaco) como otro barrio, por fuera del Nicolás.<sup>8</sup>

Norbert Elias (2003) demostró las agudas divisiones que se establecen entre grupos sociales asentados en un mismo espacio urbano. Los primeros –“establecidos”– se consideraban en términos de poder, prestigio, lazos afectivos y experiencias, mejor posicionados y, por ende, dominantes sobre los nuevos grupos, al punto de adscribir a los nuevos –“forasteros”– una carencia moral, social y cultural. Expresaban su superioridad en prácticas de exclusión y otros recursos que reforzaban la cohesión grupal y la identificación con ese sector colectivo a través de normas de autoadcripción. En esta figuración social uno de los aspectos principales era que no existían diferencias étnicas ni de clase social. En el asentamiento, este último punto es reconfigurado por la presencia de pobladores provenientes de países limítrofes.

Otro caso documentado en el que es posible percibir una diferenciación construida por pobladores más antiguos corresponde a las sucesivas ocupaciones de tierra que han acontecido durante los últimos años. Muchos de estos lugares, considerados de gran valor simbólico y comunitario –espacios verdes y lotes vacíos privados–, son fuertemente custodiados y valorizados

---

8. De todas formas, esta matriz caótica en algún momento fue (y es) constitutivo de los sectores iniciales, ya que, lejos de la armonía y la uniformidad, en la transformación del territorio y la producción de ciudad lo que prima es la heterogeneidad y discontinuidad, los contrastes, tensiones y la reconfiguración ininterrumpida (Corboz, 2015). Justamente, André Corboz explicita esta lógica contemporánea de ciudad en analogía con los palimpsestos (manuscritos antiguos que conservan restos de escritos anteriores) o el hipertexto (acuñando la noción de hiper-ciudad) (Corboz, 2015: 215 y 266-267).

por los habitantes de distintos sectores, al considerarlos claves para la conformación de nuevas instituciones, plazas y centros de recreación destinados a los más jóvenes. Según lo recabado, hubo diferentes intentos de ocupación de estos terrenos, en general desarrollados por habitantes del barrio que reclaman la posibilidad de tener una vivienda propia. Algunos de estos intentos prosperaron y las familias se fueron acomodando en la compleja trama barrial. Otros fueron desalojados y reprimidos por las fuerzas de seguridad, además de ser rechazados por los propios vecinos –esta vez de los tres sectores–, toda una manifestación del poder diferencial de ciertos grupos dentro del barrio.

Este poder ejercido por pobladores antiguos ha sido direccionado en la actualidad hacia un nuevo asentamiento informal: el llamado Barrio Canay. Incluso los habitantes que fueron durante años acusados de saturar los servicios urbanos reformulan señalamientos similares a aquellos pobladores que acaban de tomar tierra en terrenos lindantes al Nicolás y no pagaron los lotes.

Al legitimar una serie de acciones discursivas y prácticas que alimentan las tensiones dentro del barrio, los habitantes de alguna manera terminan reproduciendo las desigualdades persistentes en aquella región. Más allá de las operaciones de diferenciación basadas en experiencias espaciales, modos de apropiación, representación y uso, y en la posesión de documentación oficial –cuya implementación sirve en ciertos contextos para acusar a determinadas personas asentadas allí y que en otras situaciones los coloca en el papel de afectados al ser apuntados como problema–, los pobladores en conjunto eran y siguen siendo actores sociales segregados de la ciudad por habitar la periferia bonaerense.

### **Hacer quilombo, papeles fotocopiados y trozos de hojas: el desborde de los documentos**

Ahora bien, si algunos pobladores construyen categorías diferenciales a través de los papeles obtenidos en circuitos legítimos, también están aquellos que se desplazan por fuera de lo legal mediante prácticas cuyas lógicas, por precarias y contradictorias que parezcan, producen nuevos sentidos sobre la legibilidad e identificación del Estado.

Los papeles –sean documentos de compraventa originales, fotocopiados o imitados que asignan la titularidad del lote, sean registros producidos en

las dinámicas que llevan a cabo los referentes barriales en términos de negociaciones con funcionarios o junta de firmas dentro del barrio– se inscriben en estrategias de acción colectiva y funcionan como pruebas materiales de vecinos o propietarios “legítimos” de las tierras. Por ejemplo, los compromisos de funcionarios quedan registrados en documentos que los referentes barriales poseen y sacan a relucir cuando necesitan ejercer algún tipo de presión. Junto con otras modalidades de mayor beligerancia –movilizaciones o cortes de ruta–, operan en calidad de pruebas potentes para actuar frente a casos de “injusticia” que minan la “dignidad” del barrio, como el incumplimiento frente a los recursos y programas estatales o el retraso en la concreción de obras de infraestructura.

Ahora bien, tener un documento que avale la titularidad del terreno no habilita automáticamente el acceso a los “derechos” en Nicolás. En muchos casos, esa posesión debe articularse con otros documentos, que permitan el ingreso a nuevos circuitos burocráticos públicos o privados para, por ejemplo, obtener un crédito o reclamar en dependencias el acceso a servicios públicos y privados. Ahora bien, la precariedad de Nicolás es notoria, y la documentación oficial se ve desbordada ante la presión que ejercen los habitantes en pos de infraestructura urbana y mejoras barriales.

Si esos documentos oficiales son inaccesibles o no determinan la concreción de algunas de sus demandas para mejorar el barrio, de todos modos, existen otras modalidades de acción colectiva. Estas modalidades se ajustan a lo que los pobladores definen como “hacer quilombo en la calle”, “cortar la ruta”, “ir al municipio” o “hablar con x funcionario”, es decir, aquello que Virginia Manzano categorizó como “forma piquete”: lenguaje simbólico y forma social con el que sectores populares se vinculan de manera tensiionada o negociada con agencias y agentes de gobierno para lograr acuerdos y compromisos (Manzano, 2013). Entonces, ciertos lenguajes de demanda colectiva se imponen cuando no hay respuestas gubernamentales y permiten que se produzcan soluciones temporarias o definitivas para las familias de los diversos sectores.

Los procesos llevados a cabo en el “sector del fondo” grafican este desborde de los documentos oficiales. Celia, una vecina de aquel sector, comentaba en tono risueño que cuando llegó a Nicolás en 2006 se veía “una montaña y todo verde, relindo”. Compró el terreno a un referente del barrio e instaló una carpa mientras hacía su casa de a poco. Frente a la consulta sobre si la transacción fue “no legal”, contestó tajante: “Si vos comprás algo, es legal.

Es legal. Yo pagué por mi terreno” (Celia, 30 años, pobladora del “sector del fondo”). Al recibir una suma de dinero de parte de Celia, el referente barrial del sector, durante aquel período, le entregó el boleto de compraventa –en realidad una fotocopia o comprobante que imita el documento–, por lo que no había ningún elemento que habilitara la desconfianza. La transacción, que podría desde un lente externo verse como irregular, ilegal o no acorde, es fundamentada y defendida por esta vecina.

La eficacia y legitimidad del papel están dadas no solo por su contenido sustantivo o su valor legal, sino por las narrativas que Celia es capaz de entramar y probar. En este caso, por un acuerdo de compra y venta que se inició “de palabra” con un referente de peso –hoy alejado del lugar como resultado de sus “manejos irregulares” al comercializar terrenos “inhabitables”– y que, luego, fue concretado. En una operación inversa a la realizada por Cristian –quien no conforme con sus relatos, demuestra materialmente y mediante documentos oficiales su acceso a Nicolás–, Celia prueba que es dueña de ese pedazo de tierra no solo con el papel fotocopiado, sino valiéndose de su palabra y sosteniendo como razón válida el haber pagado una suma de dinero por el lote.

Según las clasificaciones nativas, Celia formaría parte de aquellos grupos que son considerados “asentamiento” y por lo tanto “no pertenecen” al barrio. Esta designación es construida por muchos de los pobladores que habitan los sectores “de adelante” y “del medio”, quienes llegaron inicialmente y a través de trámites oficiales. Pero, más allá de un estatus urbano diferencial y moral con respecto a Cristian y otros vecinos, no deja de resultar interesante cómo los instrumentos institucionales dados por las agencias de gobierno provincial son reconfigurados por medio de prácticas de imitación o falsificación para sostener una espacialidad que no llega a ser reconocida. Con ello se abren nuevos sentidos sobre los vínculos entre la informalidad, lo legal y el Estado, además de consolidarse experiencias de hábitat y organización populares que redefinen las estrategias formales al momento de planificar lo urbano.

Profundizando en esta cuestión, se observa cómo los pobladores del “fondo”, quienes han sido catalogados en diversas ocasiones como no pertenecientes al barrio, actualmente han resignificado su posición con respecto a las nuevas ocupaciones en la región, señalando demarcaciones entre ellos y los recién llegados. Los habitantes del sector más relegado de Nicolás diferencian tanto su mayor tiempo de establecimiento como la posesión

irregular de papeles fotocopiados, que, aunque no válidos por instancias gubernamentales, imitan los boletos de compraventa originales. Estas fotocopias operan comparativamente con la ausencia de registros de titularidad de los lotes en el Barrio Canay.

En cuanto a las recientes ocupaciones, el sistema de asignación de terrenos es particular: seleccionan entre una lista de familias interesadas en adquirir un lote a “los que más necesitan”, según comentó el referente encargado del armado barrial.<sup>9</sup> El criterio de *necesidad* es ponderado de acuerdo con la situación económica (si las personas se encuentran desempleadas), la constitución de la unidad familiar (grupos uniparentales o familias numerosas) y el género (priorizan la situación de mujeres).

Durante las asambleas y censos periódicos realizados para revisar la situación del poblamiento, los adjudicatarios firman en un papel utilizado como acta –un cuaderno o incluso un pedazo de hoja en blanco donde se coloca la ubicación del lote y el nombre o apellido del “titular”– y “señan” simbólicamente el terreno, comprometiéndose a construir una casilla y a establecerse definitivamente en el término de una semana o diez días. La garantía que brinda este registro escrito en posesión de –y manejado por– aquellos que lideran el barrio, junto con la palabra empeñada, se vence ante el incumplimiento en términos temporales como materiales. El problema es que muchos de los dueños provisorios retornan en 15 o 20 días y se encuentran con nuevos ocupantes, produciéndose conflictos incesantes por los terrenos. Esta es una cuestión contradictoria, ya que debido a problemas económicos y complejidades familiares los nuevos pobladores muchas veces se ven impedidos para acelerar la construcción de sus casillas y el mejoramiento de sus lotes, aspectos que presionan y condicionan la permanencia allí.

Se observa que la supuesta discrepancia entre la legalidad del tener papeles y sentirse parte de recorridos legitimados por instancias gubernamentales, por un lado, y las alternativas desbordantes que diversos pobladores del Nicolás y el Canay apropian y resignifican ante situaciones de indeterminación e informalidad, por otro, conviven en el mismo entramado barrial. Así como las instituciones de Estado se construyen a través de sus prácticas escritas –las cuales buscan controlar sujetos, poblaciones y territorios–, en los márgenes se conforman espacios, formas y prácticas que posibilitan

---

9. Un análisis más detallado sobre la producción de referentes barriales dentro de Nicolás se encuentra explicitado en otro trabajo (Barreto, 2018).



experimentar estas tecnologías de poder y a la vez desmontarlas (Das y Poole, 2008). En ciertos contextos, los documentos y palabras oficiales se tornan ilegibles –por las dificultades para adaptar estos registros a dinámicas sociales complejas– y, por ende, no son aplicados o lo son de un modo resignificado.

## Reflexiones finales

El texto revela de qué manera distintos actores sociales con experiencias, intereses y posiciones diferenciales configuran formas de expresar sus subjetividades en los complejos vínculos con el Estado y en la producción de espacios sobre los que se desenvuelven cotidianamente.

Se ha podido observar que el poder del papel es tal que enviste de legitimidad a aquel que lo posee, por haber incursionado en circuitos apropiados. Vecinos y vecinas como Cristian *prueban* un acceso formal al terreno no solo a partir de relatos y vivencias experimentadas durante los inicios del asentamiento planificado, sino a través de evidencias concretas como el boleto de compraventa, registro producido en ámbitos estatales. La posesión y desposesión de documentos “oficiales”, entonces, funciona en calidad de herramienta de legitimación de la ocupación del espacio y como medio de demarcación de fronteras entre grupos dentro de aquel entorno barrial escalonado y complejo. En este sentido, consolida aspectos fetichizantes, pues la mera materialidad del papel que determina la titularidad de una porción de tierra y por ende legitima su uso (y el distanciamiento respecto de otras modalidades de acceso), en ciertas situaciones invisibiliza las condiciones estructurales que llevan a los grupos poblaciones a reforzar un patrón de segregación urbana en tanto periferia empobrecida.

Las diferenciaciones al interior del Nicolás se despliegan, principalmente, bajo las categorías de oposición entre barrio y asentamiento, así como entre ser vecino o no. En esas oposiciones, los pobladores construyen fronteras simbólicas a las que se cargan valoraciones morales: aquellos que ingresaron en circuitos legítimos y adquirieron el boleto de compraventa gracias a negociaciones con funcionarios gubernamentales expresan categorías negativas hacia quienes se asentaron de manera diferencial y posteriormente –en su mayoría a través de instancias de informalidad–. Los “marginados” u *outsiders*, en términos de Elias (2003), son agrupados y muchas veces

distanciados moralmente bajo expresiones como “ellos no son del barrio” o “son asentamiento”.

Desde otro punto de análisis, se han descrito ciertas acciones y discursos que desbordan (o no) lo legal a través de dinámicas propias del hábitat popular. “Salir a cortar la ruta” o “hacer quilombo en la municipalidad”, activar los vínculos construidos por fuera de las vías institucionales con actores sociales relevantes dentro de los ámbitos gubernamentales, “arrancar” compromisos que quedan registrados en notas informales durante las reuniones por el barrio, fotocopiar o imitar documentos que determinan legitimidad sobre terrenos para realizar transacciones irregulares, ocupar territorios ociosos durante momentos estratégicos y volver a activar “los contactos” para entablar negociaciones y adquirir así lotes y documentos que reconozcan titularidad, son algunas de las situaciones y prácticas donde se redefinen o tensan los límites del Estado. Se trata de lógicas sociales que desafían y trastocan los bordes de lo definido institucionalmente como legal o ilegal, muchas veces desarrolladas por fuera del Estado, pero asimismo sirviéndose de sus herramientas y condiciones con el fin de legitimarse en aquella trama barrial.

Justamente, en esa continua producción del espacio que implica “formar” el barrio fueron y son movilizadas (y articuladas) una multiplicidad de experiencias individuales y colectivas. Experiencias que, como señala Ramiro Segura, son comunes al habitar la periferia, pero a la vez no necesariamente compartidas por la heterogeneidad de recorridos y las dinámicas de los procesos sociales.

La diversidad de experiencias y espacialidades dentro de un entorno común se sostiene sobre la base de estrategias de legitimación variadas que oscilan tanto en lógicas de formalidad como de informalidad. En aquella producción del espacio, donde las modalidades de asentamiento diferenciales también imprimieron ciertas complejidades a la trama cotidiana, los papeles oficiales y fotocopiados circulan, legitiman, crean membresía y también diferencian o excluyen.

A determinados sectores dentro del barrio y a ciertos referentes barriales se asocian diferentes estrategias de acción colectiva. Por lo general esa asociación es resultado de variadas trayectorias y vivencias de organización política, múltiples prácticas de informalidad que desbordan lo legal y toda una serie de presentaciones dentro de circuitos formales del Estado. Resulta interesante que, de todos modos, los habitantes que poseen documentos oficiales también participan de prácticas que desbordan lo legal y desafían

los límites del Estado, prácticas que son muchas veces asociadas a aquellos que “no pertenecen al Nicolás”. Por ejemplo, varios piquetes y demandas fueron llevados a cabo por pobladores y referentes del “sector de adelante”, quienes a pesar de haber negociado en incontables oportunidades a través de “circuitos legítimos” acumulan un capital político importante gracias a la “lucha por un barrio digno”. Otro caso refiere a algunos lotes del Canay, los cuales fueron ocupados por hijos e hijas de quienes anteriormente han sido admitidos en circuitos burocráticos formales al momento de gestionar la inscripción al asentamiento planificado y por tanto poseen el boleto de compraventa original.

Esto último reafirma que en esos juegos locales se activan modalidades que tensan, torsionan y desbordan las condiciones institucionalizadas, lo que abre todo un abanico de opciones creativas que los sectores populares aprovechan. Desde las estrategias donde los documentos tienen preponderancia, hasta el ingreso o manipulación de los circuitos y rutinas de Estado, así como el tensionamiento de las relaciones de fuerza mediante la acción directa y el despliegue de todo un cúmulo de herramientas y recursos. En ese marco, el caso de Celia es preponderante: al defender su legitimidad como propietaria, más allá de la compra irregular del terreno, demuestra que en la gestión del suelo –y en la gestión de su vida– los papeles fotocopiados constituyen uno de los instrumentos posibles para habitar en aquellos entornos urbanos y aspirar al logro de condiciones de vida dignas.

## Referencias bibliográficas

- Bachiller, Santiago. 2014: “Moralidad, periferias y villas miseria. Indagando etnográficamente las representaciones sociales sobre los espacios urbanos relegados en Comodoro Rivadavia”. *Revista Estudios Sociales Contemporáneos*, vol. 10, pp. 79-89.
- Barreto, Lucas. 2018: *Entre el barro y las montañas. Etnografía sobre la producción del espacio y la política colectiva en un Asentamiento Planificado de La Matanza*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Corboz, André. 2015: *Orden disperso. Ensayos sobre arte, método, ciudad y territorio*. Bernal: Editorial UNQ.

- Cravino, María Cristina. 2001: "La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires". En [s. n.]: *Land tenure issues in Latin America. SLAS conference*. [s. l.]: Birmingham.
- Das, Veena y Poole, Deborah. 2008: "El Estado y sus márgenes. Etnografías comparadas". *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 27, pp. 19-52.
- Dumans Guedes, André. 2013: *O trecho, as mães e os papéis. Etnografia de movimentos e durações no norte de Goiás*. Río de Janeiro: Editora Garamond.
- Elias, Norbert. 2003: "Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros. Reis". *Revista Española de Investigación Social*, n.º 104, pp. 219-251.
- Foucault, Michel. 2014: *Las redes del poder*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gordillo, Gastón. 2006: "Fetichismos de la ciudadanía". En: *En el Gran Chaco. Antropologías e historias*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 169-193.
- Guber, Rosana. 2004: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Izaguirre, Inés y Aristizábal, Zulema. 1988: "Las tomas de tierra en la zona sur del Gran Buenos Aires: un ejercicio de formación de poder en el campo popular". En [s. n.]: *Conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea*, tomo 10. [s. l.]: Centro Editor de América Latina.
- Manzano, Virginia. 2013: *La política en movimiento. Movilizaciones Colectivas y Políticas Estatales en la Vida del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria.
- Merklen, Denis. 1991: *Asentamientos de La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos Editora.
- Segura, Ramiro. 2015: *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM Edita.
- Trouillot, Michel-Rolph. 2001: "The Anthropology of the State in the Age of Globalization". *Current Anthropology*, vol. 1, n.º 42, pp. 125-138.
- Wanderley, Fernanda. 2009: "Prácticas estatales y el ejercicio de la ciudadanía: encuentros de la población con la burocracia en Bolivia". *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 34, Quito, FLACSO, pp. 67-79.

# Las múltiples formas de habitar la periferia urbana

## Experiencias de migrantes bolivianos/as radicados/as en La Plata

Paula Posada Campoy

### Introducción

La camioneta de Deysi y Rodolfo circula con cuidado por la angosta calle asfaltada del barrio San Carlos, en las afueras de ciudad de La Plata. Cruzan algunos autos y unas pocas motos, pero no saludan a casi nadie. A los costados, se ven algunos/as jóvenes pasando la tarde sentados/as en el cordón, escuchando música y tomando unas cervezas. Otros/as se dedican al lavado de sus vehículos mientras observan a las personas que pasan por allí. El coche se detiene frente a un descampado que se extiende de esquina a esquina y permite ver las casas ubicadas más allá de la cuadra. Bajan del vehículo y Shirley, su hija, enseguida abre la inmensa puerta metálica. Ingresamos por un garaje, el hogar está en planta alta.

Deysi, quien en 1992 llegó de Cochabamba a la ciudad platense, señala que la casa carecía de puertas y ventanas cuando en 1996 empezaron a vivir allí con Rodolfo, su marido. Su instalación en el lugar fue algo anticipada ya que, menciona, “decidimos venirnos porque cada vez que comprábamos los materiales nos los robaban: comprábamos 1000 ladrillos y al otro día teníamos 500” (Deysi, 40 años, habitante del barrio San Carlos). Dos meses tardaron en levantar el inmueble gracias a la colaboración de sus hermanos y su padre, quien se encontraba en Bolivia y vino especialmente a ayudarlos. Sin embargo, nos cuenta –y cuando recuerda parece revivirlo– que en esos meses, estando ella de visita en Bolivia y dado que Rodolfo por su trabajo dejaba la casa vacía, no pudieron evitar que entraran “los chorros” a su casa y robaran plata, objetos de valor y el boleto de compraventa de la vivienda que tanto les había costado obtener.

Deysi reprocha su inocencia de entonces y señala que ellos mismos fueron a la inmobiliaria a contar lo ocurrido y pedir un nuevo boleto. Sin embargo, se encontraron con que el dueño de la inmobiliaria había fallecido y una hija ocupaba su lugar. Al carecer de dicho comprobante, la mujer los obligó a pagar las cuotas de la casa otra vez, teniendo que vender las máquinas que tenían para trabajar. Desde ese entonces, se radicó en la Argentina definitivamente. No obstante, admite que pese a los 22 años que lleva viviendo en el barrio, no se siente segura y anda con miedo. Este sentimiento se traduce para Deysi y su familia en formas de habitar el barrio: no circular al anochecer, relacionarse con muy pocos/as vecinos/as (extendiendo así sus relaciones sociales a otros sitios), evitar pasar por algunas calles o asegurar el portón de su casa con un inmenso candado. Así como también elige pasar su tiempo de ocio o descanso fuera de su casa, en la quinta que tienen con su familia en la zona semirrural de La Granja, ubicada también en San Carlos.

La escena descrita nos muestra cómo la experiencia de los diversos actores sociales está atravesada por las particularidades de sus trayectorias vitales y condicionada por la interacción con el espacio. A su vez, que esa interacción produce nuevas formas de concebir, recorrer y reinventar el territorio.

En el presente trabajo,<sup>1</sup> entonces, nos preguntamos por las diferentes experiencias de un grupo de migrantes bolivianos/as en sus contextos barriales, los cuales constituyen parte de la periferia urbana de la ciudad de La Plata.<sup>2</sup> Por un lado, este artículo analiza cómo, a partir de los vínculos e identificaciones que construyen los/as migrantes, el barrio es percibido como un ámbito de solidaridad y confianza entre los vecinos/as y, al mismo tiempo, de conflictividad y disputa por el espacio, estableciendo límites y fronteras sociales. Por otro lado, aborda cómo estas representaciones del barrio entran en juego y visibilizan identificaciones relacionadas a cuestiones regionales, nacionales, intergeneracionales, de género y de clase que condicionan o posibilitan las maneras de moverse, vincularse y habitar el espacio.

---

1. El trabajo surge de un capítulo de tesis de grado de Licenciatura en Comunicación Social titulada "Quedaremos como sea. Crónicas sobre migrantes bolivianos en La Plata" (Dagorret y Posada Campoy, 2016) que se propuso comprender y describir la cotidianidad laboral, familiar y barrial de un grupo de migrantes provenientes de la zona andina y sur de Bolivia, radicados en La Plata que ejercen su oficio como costureros en una cooperativa textil.

2. La ciudad de La Plata es una ciudad que se encuentra ubicada a 56 kilómetros al sureste de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA). Es "capital de la provincia de Buenos Aires y sede de la tercera universidad nacional y se articula al este con las localidades portuarias de Berisso y Ensenada, que en conjunto conforman el Gran La Plata" rondando "el millón de habitantes" (Segura, 2018: 159).

## Breve comentario sobre aspectos metodológicos

El trabajo de campo sobre el cual se sustenta esta investigación –que toma por objeto de estudio a las experiencias de los y las migrantes bolivianos/as– fue realizado entre mediados de 2015 y 2016 en los barrios de Tolosa, Gonnet, San Carlos y La Cantera (José Hernández), ubicados en La Plata. Constituyen parte de la periferia urbana de la ciudad, caracterizada centralmente por encontrarse separada del casco urbano, por la llamada avenida Circunvalación, y diferir en cantidad de habitantes y condiciones de vida (Segura, 2006).

Los/as entrevistados/as con quienes mantuvimos los encuentros son migrantes provenientes de las zonas andina y sur de Bolivia (específicamente de Tarija, La Paz, Cochabamba y Sucre) y trabajan en la misma fábrica textil, la Cooperativa de Trabajo Textil La Patria Grande Ltda., ubicada en el caso urbano platense,<sup>3</sup> donde trabajan cerca de treinta personas como costureros/as textiles. Para el presente artículo nos enfocamos en las experiencias de seis de los/as entrevistados/as –y las historias de sus respectivas familias y entornos vecinales– por considerar que fueron quienes aportaron en los sucesivos diálogos datos más relevantes para la investigación, fueron mayormente accesibles (Hernández Carrera, 2014) y, además, porque se trataron de casos significativos cuyas trayectorias permitían dar cuenta de la heterogeneidad de sentidos en torno a la vida cotidiana en la periferia urbana. En este sentido, se realizaron entrevistas personales y grupales de las cuales participaron algunos familiares o vecinos/as.

Durante el trabajo de campo, decidimos que las técnicas más acordes para lograr responder a los objetivos que nos planteamos (conocer los sentidos que adquiere el barrio para los/as migrantes) serían de tipo cualitativo: la entrevista en profundidad, la observación y las notas de campo. La observación participante consiste en “presenciar de manera directa el fenómeno

---

3. La Cooperativa de Trabajo La Patria Grande Ltda. se constituyó hace 9 años y desde su nacimiento se dedicó a realizar el corte, confección y terminación de indumentaria para el Estado nacional, sindicatos, clubes, hospitales y pequeñas empresas. No obstante, en los últimos 3 años, se encuentra atravesando importantes dificultades para sostenerse por la creciente crisis en el sector textil, debido al derrumbe del mercado interno y a la apertura de importaciones. Según el informe de la Federación Económica de la Provincia de Buenos Aires (FEBA) y la Asociación de Industriales de la Provincia de Buenos Aires (ADIBA), uno de los sectores más afectados por la crisis económica es el textil, cuyas ventas en mayo de 2018 registraron una disminución interanual del 8,6 %, mientras que la utilización de la capacidad instalada se ubicó en 60 %, 13 puntos por debajo del 2015.

estudiado en su ‘ambiente natural’, sin manipularlo [...] y por un período de tiempo prolongado” (Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 195). La entrevista en profundidad, por su parte, es un proceso comunicativo que se enfoca en obtener información sobre las representaciones del entrevistado acerca de sus vivencias y su historia (Marradi, Archenti y Piovani, 2007). Sobre esta última técnica cabe destacar que, si bien fuimos con algunos interrogantes ya planteados, los datos más interesantes y productivos –fundamentales para comprender los sentidos alrededor de la vida cotidiana en la ciudad– surgieron en conversaciones informales con los/as migrantes mientras compartíamos una merienda o caminábamos por las calles del barrio. Por último, el enfoque biográfico –que aborda la intersección entre lo social y lo personal– ha sido de gran utilidad para esta investigación ya que permitió desplegar una reflexión sobre una problemática social extensiva a partir del relato de vida de seis migrantes en sus contextos familiares y vecinales.

El uso de estas técnicas cualitativas responde a la necesidad de entender cómo los actores sienten y piensan los significados de sus prácticas. Una vez concluida la etapa de recolección de datos, se analizaron los relatos de los/as migrantes y se destacaron aquellas dimensiones que podían dar cuenta de los sentidos que construían en torno a cada barrio (como tiempo de residencia, interacción con vecinos/as, formas de transitarlo, recorridos habituales, etcétera). Luego, y como parte de todo ejercicio etnográfico, se buscó articular esas dimensiones en “estructuras del relato comunes” o representaciones estables y compartidas por los miembros del grupo bajo análisis (Kornblit, 2007: 12).

Acordamos con los/as entrevistados/as que lo mejor sería realizar los encuentros en sus casas para poder conocer el contexto hogareño/familiar. En las primeras entrevistas se plantearon preguntas generales en torno a las historias de vida, con el fin de tener un mayor conocimiento de las trayectorias de los individuos y poder reconstruir el proceso migratorio que atravesaron. Así, algunos de esos primeros interrogantes giraron alrededor de las siguientes preguntas: ¿de qué región de Bolivia vinieron? ¿Cómo tomaron la decisión de migrar? ¿Qué recuerdos tienen del cruce de frontera y de la llegada a La Plata? ¿Cuáles fueron sus primeras impresiones de la ciudad? ¿En dónde se instalaron? ¿Cómo fueron llegando a los distintos trabajos? Estos primeros reconocimientos fueron importantes para los siguientes encuentros, los cuales se centraron en explorar en la contemporaneidad de los actores y su vida cotidiana en los diferentes contextos laborales, barriales y recreativos, así como también, conocer sus expectativas y proyectos a futuro.



## Habitar más allá del cuadrado

Los primeros hallazgos etnográficos revelaron que los/as entrevistados/as fueron llegando a los barrios de La Plata –donde consiguieron diferentes empleos, entablaron nuevas relaciones y desplegaron diversos recorridos urbanos– a partir de distintas conexiones y redes migratorias. Al respecto, Roberto Benencia y Gabriela Karasik señalan que los vínculos que mantienen los y las migrantes, como el “parentesco”, el “paisanaje” y la “vecindad”, son aspectos claves para los recién llegados tanto en lo laboral como en lo social y recreativo (1994: 278). Las redes, en este sentido, no solo crean lazos solidarios entre los migrantes, sino que también representan verdaderos sistemas de ayuda y guías para moverse en la ciudad.

Sin embargo, estas redes migratorias no han desencadenado en la ciudad de la Plata procesos de guetificación que diversos investigadores han podido corroborar en otras latitudes del mundo. Como ha planteado Loïc Wacquant (2007), el *ghetto* constituye una forma socioespacial específica caracterizada, entre otras cosas, por tratarse de un universo racial y culturalmente homogéneo que presenta límites definidos entre un adentro y un afuera.

Nuestro caso de estudio marca la imposibilidad de circunscribir a los/as migrantes bolivianos/as en un solo espacio bajo la figura de un *ghetto*. En primer lugar, existen un conjunto de investigaciones que dan cuenta de la presencia de migrantes bolivianos/as establecidos en diferentes zonas de la ciudad: San Lorenzo y Puente de Fierro (Rodrigo 2014; Segura, 2018), Barrio Futuro (Colanzi y Del Manzo, 2016) y el cinturón frutihortícola platense<sup>4</sup> (Ringuelet y Archenti 1997; Aparicio y Benencia 2016; Caggiano, 2017). En segundo, los/as migrantes que hemos entrevistado se han asentado en distintos barrios de La Plata dentro de los cuales conviven con argentinos/as y personas provenientes de otros países limítrofes. Finalmente, el tiempo laboral y de ocio movilizan cotidianamente a los/as entrevistados/as hacia el casco urbano platense y hacia puntos específicos de sociabilidad en la ciudad (casas de familiares, clubes, iglesias, institutos educativos y movilizaciones de cooperativistas, entre otros); es decir, cruzan a menudo los límites de sus barrios y extienden sus círculos de sociabilidad más allá de ellos.

---

4. En el cinturón frutihortícola del Gran La Plata se emplazan el 60 % de los invernáculos nacionales y se estima que hay unos cuatro mil productores: “la mayoría de las hortalizas está en manos de la agricultura familiar, principalmente familias bolivianas” (Caggiano, 2017).

Partimos de entender a la ciudad como un territorio que es experimentado, representado, recorrido y disputado de múltiples formas por los actores sociales (Segura, 2006). En este sentido, si bien las relaciones sociales se expresan espacialmente, a su vez, transforman el espacio a través de las prácticas sociales, los usos y apropiaciones. Siguiendo esta línea, Sergio Caggiano y Ramiro Segura señalan que la ciudad es “escenario resultante de la sedimentación de constricciones, fronteras y prescripciones que condiciona a los actores” y, “a la vez, el producto inacabado de prácticas que no se reducen a esos condicionamientos y que desafían esas constricciones” (2014: 30). Asimismo, reconocemos que el espacio urbano es heterogéneo en la distribución de infraestructura, en las posibilidades de acceso a bienes, servicios públicos y mejores condiciones habitacionales, por lo que genera formas de desigualdad social y distintos niveles de ciudadanía (Caggiano y Segura, 2014).

La presencia de bolivianos/as en La Plata no es una novedad. Diferentes estudios (Grimson, 1999; Archenti, 2008) señalan que desde mediados del siglo XX los/as migrantes se dirigieron hacia la provincia de Buenos Aires –siendo la ciudad de La Plata uno de los sitios paradigmáticos de este asentamiento– para trabajar en la horticultura y la industria textil. La investigadora Adriana Archenti sostiene que el crecimiento de la migración limítrofe en el conjunto de los/as extranjeros/as se mantuvo constante y para 1991 representaba más de la mitad de los migrantes (2008: 10). Y, según el informe del Censo 2010, en la Argentina entre el 2 y el 3,5 % de los/as habitantes eran extranjeros/as, mientras que en Buenos Aires eran el 6 % y, de ese porcentaje, 15 % eran de nacionalidad boliviana.

Con el desplazamiento de migrantes latinoamericanos/as a las grandes ciudades, “en los noventa comenzó a esbozarse un cambio en el régimen de visibilidad de la etnicidad en la Argentina, de una situación de invisibilidad de la diversidad a una creciente hipervisibilización de las diferencias” (Grimson, 2006: 2). Como sostiene Caggiano, seguramente sea esto lo que “ha promovido los discursos políticos, institucionales y mediáticos que advierten al respecto” (2005: 52). En este contexto –y pese a los avances que se habían logrado en materia de integración regional entre varios de los países de Nuestra América y a partir de la ley de migraciones<sup>5</sup> aprobada en 2004–,

---

5. En la Argentina, desde el año 1981 estuvo vigente la ley 22.439, conocida como “Ley Videla”, que tendió a considerar a los/as migrantes como sujetos expulsables. Dicha legislación fue reemplazada en

los discursos y representaciones de la *otredad* construidos históricamente permearon la cotidianidad de los/as migrantes limítrofes, quienes más de una vez vieron restringida su ciudadanía.<sup>6</sup>

Frente a ello, nos preguntamos de qué manera las identificaciones y clasificaciones sociales que los/as migrantes bolivianos/as construyen y reconstruyen a partir de su experiencia (mediada por las intersecciones de categorías como clase, raza,<sup>7</sup> género, nacionalidad, edad) se materializan en recorridos, circuitos y prácticas, y habilitan relaciones de confianza y solidaridad, así como también de miedo y disputa. A su vez, nos interrogamos sobre cómo y en qué medida esas relaciones se traducen en fronteras sociales, incluso dentro de los propios barrios que habitan.

Entendemos a las “identificaciones sociales” como un proceso donde se establecen relaciones y posiciones que son siempre precarias y provisionales (Caggiano, 2005). En la misma línea, Rogers Cooper y Frederick Brubaker proponen hablar de identificaciones en vez de “identidades”, ya que refiere a un proceso más que a un resultado. Al respecto, Alejandro Grimson señala que todas las configuraciones culturales integran articulaciones hegemónicas: “Esto es, la producción de sentidos comunes y subalternizaciones naturalizadas. Una hegemonía no es la articulación del conflicto, sino el establecimiento de un lenguaje y un campo de posibilidades para el conflicto” (Grimson, 2011: 46).

A partir de estos aportes, empezamos a indagar de forma etnográfica sobre qué cuestiones entran en juego para los/as migrantes en la elección de un lugar para vivir; en la decisión de quedarse en la ciudad o irse; en las posibilidades de adquirir un terreno o vivienda propios, de sentirse seguros/

---

2004 por la Ley de Migraciones 25.871, que entiende a la migración como un derecho inherente al ser humano. En el artículo 5 establece que “el Estado asegurará las condiciones que garanticen una efectiva igualdad de trato a fin de que los extranjeros puedan gozar de sus derechos y cumplir con sus obligaciones, siempre que satisfagan las condiciones establecidas para su ingreso y permanencia, de acuerdo a las leyes vigentes”. Esta ley se volvió aún más importante por contener el debate y los aportes de las propias organizaciones de migrantes, quienes empezaron a ser contemplados por la legislación argentina.

6. Entendemos a “la restricción de la ciudadanía” como un mecanismo de regulación social que configura un régimen de ilegalismos y genera sujetos que no están adentro ni afuera y “sirve para confirmar la legitimidad del lugar social de otros; la figura de los incluidos como excluidos reafirma la pertenencia de los incluidos” (Caggiano, S/D: 42).

7. Comprendemos el concepto de *raza* como fenómeno social y no físico/biológico. Así, al hablar de raza “no quiere decir, entonces que persistan las razas en tanto fundamento del racismo sino que persiste el racismo como fenómeno social que postula la existencia de razas” (Caggiano, 2012: 60).

as y protegidos/as en su barrio (o lo contrario); en los tiempos y espacios para desarrollar actividades de ocio; y en las representaciones que delimitan quiénes son considerados vecinos/as y quiénes “de afuera”. El objetivo de este trabajo, en última instancia, es comprender la complejidad y heterogeneidad de la periferia urbana y las alteridades sociales que se constituyen también en su interior. En este sentido, esta investigación propone abordar el entorno urbano, y en particular los barrios, no solo a partir de su dimensión física sino de las experiencias situadas (prácticas y representaciones) de quienes lo habitan.

### **Los múltiples rostros del barrio**

#### *Miedos, redes y tácticas*

Tanto Julia y su hijo como Rosa y su familia viven en el barrio San Carlos, ubicado a 4 kilómetros del casco urbano de la ciudad de La Plata y con una población de alrededor de 40.000 personas. Julia llegó de Tarija en 1985, se instaló en el barrio en 2009 después de muchas idas y vueltas entre Bolivia y la Argentina, y una serie ininterrumpida de distintos trabajos informales, mayormente en el rubro textil. Buscaba un lugar económico donde pudiera vivir. Por otro lado, Rosa y su familia –provenientes de un pueblito cercano a La Paz– llegaron al mismo barrio en 2005 cuando decidieron dejar la casilla que les alquilaba un familiar a unas cuadras y encontrar un lugar propio donde asentarse.

Durante nuestro trabajo de campo, pudimos observar que el barrio va cambiando su fisonomía a medida que aumenta la distancia con respecto a la avenida Circunvalación, donde adquiere un aspecto semirural. Las viviendas de Julia y Rosa están instaladas en una zona precaria, sin asfaltar, rodeada por algunos descampados a lo largo de la avenida 520, por donde pasa un único colectivo que conecta con el centro de la ciudad. Al carecer de obras, el terreno suele inundarse. Como consecuencia de ello, Julia perdió a su hermano, fallecido en la inundación del día 2 de abril de 2013.<sup>8</sup>

Para Julia, la imagen del barrio fue cambiando. En este sentido, relata que al principio sentía miedo porque se trataba mayormente de casillas y

---

8. La inundación del 2 y 3 de abril de 2013 en La Plata fue la peor catástrofe que atravesó la ciudad. En estos episodios, según cifras oficiales, murieron 89 personas y otras miles fueron evacuadas. Las ciudades más afectadas fueron Berisso y Ensenada, así como también, los barrios platenses de Los Hornos, Villa Elvira, Tolosa y Ringuélet.

descampado y que rechazó ofertas de casas muy económicas porque algunos/as paisanos/as le advirtieron que en esas cuadras andaban “los chorros”. Las redes que fue estableciendo con paisanos/as conocidos/as de los talleres textiles no solo le permitieron averiguar dónde podía conseguir una vivienda económica en terrenos fiscales, sino que le sirvieron para establecer nuevos vínculos y saber en qué sitio no instalarse.

Siguiendo a Rossana Reguillo, “el miedo es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida” (2000: 189). Condiciona la vida diaria, las maneras de moverse, las formas de percibir el peligro y construye cartografías que segmentan las zonas peligrosas y crean “manuales de supervivencia urbana” (Reguillo, 2000). El miedo limitó a Julia en sus posibilidades de elegir un lugar para vivir, ya que consideró las advertencias de sus vecinos y prefirió buscar otro sitio, aunque tuviera que pagar más. “Los chorros”, “los vagos”, “los drogadictos” aparecen como figuras recurrentes en los diálogos con nuestros/as entrevistados/as. Como también los/as vecinos/as que se advierten, avisan y generan estrategias de “autodefensa” en territorios que van quedando en los límites (Rodríguez Alzueta, 2016).

El miedo produce y reproduce representaciones sociales y, con ello, formas de interactuar y habitar el barrio, esquinas por donde no pasar, actores a quienes evitar. A una distancia de pocas cuadras y con condiciones económicas similares, las clasificaciones sociales que circulan son atravesadas por lo cultural y étnico más que por lo socioeconómico y dividen el barrio entre nosotros y ellos; entre quienes son vecinos y quiénes no, entre migrantes limítrofes y argentinos “chorros”: “es por eso que los migrantes pueden toparse con fronteras en los mismos barrios que habitan, fronteras que pueden pasar inadvertidas para muchos, pero que resultan palpables y con efectos para aquellos a quienes parecen estar destinadas” (Caggiano y Segura, 2014: 39). Caggiano y Segura señalan que estas fronteras no son solo espaciales, sino socioeconómicas, nacionales, étnicas y raciales; es decir, generan divisiones y reagrupamientos en la misma periferia.

A su vez, notamos que esas fronteras sociales se deconstruyen y reconstruyen a partir de la experiencia particular y situada de cada actor, por lo que logran a veces derribar estigmas. La mayoría de las personas que viven en el barrio de Julia son de nacionalidad paraguaya y, contrariamente a lo que pensaba cuando se mudó, son personas con las que puede charlar, en quienes confía para que le cuiden la casa cuando sale, ya sea a bailar, ya sea

a visitar parientes en “Buenos Aires”. Por eso, Julia sostiene: “Los paraguayos son unidos, basta que grite uno y enseguida salen todos y a los chorros hacer escapar. Porque los paraguayos son armados, no están así nomás” (Julia, 46 años, habitante del barrio San Carlos).

Rosa coincide con Julia respecto de sus vecinos/as. Ella y Ángel, su marido, viven a pocos metros de su casa. Como dijimos, en esas calles los lazos vecinales sirven, entre otras cosas, para cuidarse y resguardarse de posibles robos; entre los vecinos se *miran* las casas cuando alguno está ausente y se avisan ante posibles sospechosos: “Cuidado, están caminando los chorros”. Así, afirma: “Nos llevamos bien con esos paraguayos, buena gente. No sé, algunos deben ser malos, dicen, pero para mí no parece” (Rosa, 37 años, habitante del barrio San Carlos).

Para ambas familias el vínculo barrial con los/as vecinos/as es decisivo, a tal punto que supera los discursos que –según las palabras de las dos entrevistadas– circulan socialmente y refuerzan un sentido común que estigmatiza a los/as migrantes provenientes de Paraguay. Por lo tanto, además de ser un lazo solidario y de integración, el vínculo barrial ampara y protege de “los otros”. Como vimos, esos “otros” suelen no venir de muy lejos. Son los que las entrevistadas señalan “dos cuadras más allá” o los que están “a partir de aquella esquina”. Así, entre exclusiones y reconocimientos se van construyendo las relaciones, las redes, los límites, los tiempos y los modos de circular en la periferia. Como señala Esteban Rodríguez (2016), el miedo al delito que desencuentra a los vecinos también es lo que los une.

### Solidaridad y organización vecinales

En otros casos, los lazos vecinales que establecen los/as migrantes no solo sirven para resguardarse del miedo al delito, sino también para organizarse y garantizar su derecho a la vivienda, como en el caso del barrio La Cantera, en José Hernández.<sup>9</sup> Allí vive Yoselin hace 9 años con sus padres y hermanos, quienes llegaron a finales de 2004 desde Yamparaéz, un pueblo de Sucre. Tenía 14 años cuando arribó a la estación de Retiro, Capital Federal, y relata que no bien llegó, al ver la ciudad, pensó que viviría en un “gran edificio”. Sin embargo, se llevó una gran decepción: “Vine y era la cantera, la casilla...

---

9. José Hernández se encuentra al noroeste del partido, a 5 kilómetros del centro de la ciudad de La Plata y cuenta con una población aproximada de 6000 habitantes.

nunca había visto en mi vida una casita de madera y dije: ‘Papi, ¿aquí vamos a vivir?’” (Yoselin 23 años, habitante del barrio La Cantera).

El barrio La Cantera se estableció hace más de 7 años en lo que había sido una laguna. Con el esfuerzo de los/as vecinos/as, fueron rellenando el sitio. Hoy es el hogar de cochabambinos, sucrenses, paceños y cruceños, así como de familias provenientes de Paraguay y otras argentinas. Tras un juicio por desalojo que llevaron adelante los propietarios del barrio privado<sup>10</sup> Don Luis, los/as vecinos/as organizados lograron la expropiación de tierras donde cincuenta familias tenían construidas sus casillas. Sobre el hecho, Yoselin recuerda: “Había un montón de gente que venía y quería sacarnos, incluso vinieron con policía. En 2009, cuando ya estábamos casi instalados, nos decían que esto era privado y nos querían sacar. Vinieron con palos, súper agresivos” (Yoselin 23 años, habitante del barrio La Cantera).

El barrio cerrado –cuyo eslogan manifiesta que se trata de “un lugar único para 19 familias exclusivas”– linda con La Cantera y genera un contraste notable entre la precariedad de las calles de tierra, las casillas y los terrenos baldíos (utilizados ilegalmente como basurales). Sin embargo, como mencionamos al comienzo de este artículo, este contraste no resulta ser la principal preocupación para Yoselin y los miembros de su familia: las diferencias cotidianas surgen dentro de los límites mismos de La Cantera. Diferencias que son producto de los distintos circuitos y recorridos, de acuerdo con las categorizaciones que hacen los/as vecino/as sobre el territorio. Así, el espacio no es un mero escenario de las relaciones sociales, sino que las constituye (Segura, 2014).

En este sentido, para Yoselin y su familia los conflictos no se establecen con los habitantes del barrio privado porque con ellos no se cruzan. Como dice Yoselin, “salen para la calle 25 directamente”, ya que consideran a La Cantera como una “villita”, definición que incomoda a nuestra entrevistada y su familia ya que aclaran: “Pero no es villa, es un barrio esto”. Al respecto, Rosana Guber señala que la identidad villera se funda en dos características principales: la pobreza y la inmoralidad-ilegalidad (Cravino, 2002: 35). De esta manera, las identificaciones que se ponen en juego desde la

---

10. Los barrios cerrados o privados son áreas residenciales cuyas características principales son que están cerradas por muros o barreras y cuentan con vigilancia privada las 24 horas del día (Roitman, 2003). Al respecto, Segura afirma: “La expansión de los barrios cerrados en localidades como City Bell y Villa Elisa, ubicadas a 20 kilómetros del centro de la ciudad, en el eje que comunica La Plata con la ciudad de Buenos Aires, constituye uno de los procesos más llamativos de la movilidad residencial intraurbana de clases medias y altas de las últimas décadas” (2018, 164).

autocomprensión de los/as habitantes de La Cantera difieren de las representaciones “externas”, elaboradas por los vecinos del barrio privado.

Esta distinción entre “barrio” y “villa” está relacionada con la necesidad de desvincularse de la valoración negativa y hegemónica que suele asociar a las villas con la delincuencia: “Entre ser villero y ser del barrio se extiende una frontera no territorial sino social y simbólica” (Raiter en Segura ,2014: 97). En cambio, los conflictos suceden con las personas que viven “de la 512 para arriba”, que están en una situación social similar. La diferenciación, en este caso, obedece a motivos étnico-nacionales: concretamente, se sustenta en su condición de argentinos/as. En relación con ello, la familia de Yoselin percibe que existe “mucho xenofobia” por parte de estos grupos que los insultan diciéndoles “bolitas”.

No obstante, dicho contexto hostil impacta de manera diferencial en los integrantes de la familia. Puntualmente lo advertimos en las experiencias de Yoselin y su madre, Sabina, donde es posible observar la fuerza de las diferencias intergeneracionales. Caggiano y Segura señalan que la edad aparece como un criterio relevante de la experiencia ciudadana de los/as migrantes y que muchas veces esta cuestión está relacionada con la cantidad de años de socialización en el lugar de origen en relación con los transcurridos en el lugar de destino (2014). Así, Sabina, a diferencia de sus hijos, sufre el desarraigo y promulga la idea de volver a Bolivia al comparar las condiciones residenciales del pasado con las actuales:

¡Uhh! Dejar mi casita de allá, viviendo bien ahí. No sabes cómo me sentía al principio...una casita buena, no como la casilla. Ahí tenía mi patio grande, hacía mi pasillito para caminar. Tenía lechuga, perejil, cebolla, brócoli, coliflor, flores. Tenía olor dulce [...] Yo solo sacaba de ahí y tenía verdura fresca (Sabina, 45 años, habitante de barrio La Cantera).

Durante nuestros encuentros, Yoselin nos contó que “se cansó” de proponerle a su madre que hiciera una huerta como la que tenía en Yamparaéz; ella siempre respondía: “Pero si ya me voy a ir, para qué voy a plantar”. En este sentido, observamos cómo esas diferencias intergeneracionales de los/as entrevistados/as y sus hijos/as inciden en el grado de apropiación del espacio y en los sentidos y expectativas de los/as migrantes con respecto a la ciudad. A diferencia de su madre, a lo largo de las entrevistas, pudimos reconocer que Yoselin tiene muchos proyectos que implican la extensión de su estadía en



La Plata (recibirse, estudiar música en la Facultad de Bellas Artes, dar clases de canto, realizar su propia marca de ropa).

Como sostienen Caggiano y Segura (2014), las formas de circular por la ciudad no están determinadas por el lugar de residencia, sino que se encuentran condicionadas de múltiples maneras. En el caso de Yoselin, aspectos como edad, etnia y la adscripción religiosa condicionan su modo de circular y generan nuevos recorridos urbanos. Observamos que su adscripción identitaria vinculada a la iglesia evangélica, en algunos casos, tiene mayor preminencia que su inscripción socioresidencial. En este sentido, Yoselin relata que no anda mucho por su barrio y conoce poca gente. Como es evangelista, al igual que su familia, no participa de las fiestas que hacen en las calles aledañas sus “paisanos” porque “toman mucho y ponen música hasta la madrugada”, algo que advierte como un exceso.

Los ámbitos de sociabilidad de Yoselín se trasladan al centro de la ciudad cuando va a trabajar, cuando se dirige a cursar las últimas materias de la carrera de Diseño de Indumentaria en un instituto privado o, centralmente, cuando va al barrio La Granja en San Carlos, donde se ubica la congregación evangélica-boliviana “Nueva Vida”. Allí asiste todos los fines de semana con su familia, aunque sus actividades están vinculadas con el “grupo de jóvenes” de la iglesia. Dicha congregación tuvo su origen en el deseo de tres familias de migrantes bolivianos/as provenientes del departamento Chuquisaca que buscaban un sitio en La Plata donde profesar su religión. En este sentido, entendemos que la institución constituye una red migratoria transnacional<sup>11</sup> que funciona como ámbito de sociabilidad y participación religiosa y notamos que, si bien condiciona las relaciones de Yoselin con los/as paisanos/as de su barrio, al mismo tiempo, posibilita nuevos vínculos. Gracias a las redes que Yoselin fue estableciendo con jóvenes bolivianos/as que participan del culto, sale de campamento, pasea, planea viajes y recorre la ciudad desplazando sus límites.

---

11. Al respecto, Schiller y Levitt sostienen que el campo de estudios de las migraciones debe ser abordado desde una óptica transnacional, que piense en la simultaneidad de las conexiones tejidas por los/as migrantes tanto en el país de recepción como en el de origen: “la incorporación de migrantes a la sociedad receptora y las conexiones transnacionales con un terruño o con redes dispersas de familiares, compatriotas o personas con las que se comparta una identidad religiosa o étnica pueden darse al mismo tiempo y reforzarse entre sí” (2004: 66).

## Desconfianza y fragmentación

Por otro lado, encontramos otros sectores de la periferia urbana platense donde la fragmentación social que sufren sus habitantes genera representaciones negativas en torno al espacio, minando el sentido de pertenencia y haciendo prosperar los estigmas y el miedo. Gonnet, a unos 6 km al noroeste del centro de la ciudad, es uno de los tantos barrios platenses que nació gracias a la instalación del ferrocarril. Octavio y su cuñada Elisa tienen domicilio en las afueras del barrio, casi en el límite con Tolosa, donde disminuye la urbanización y las casas se vuelven más precarias.

Elisa, oriunda de Cochabamba, y su esposo –hermano de Octavio– fueron quienes llegaron primero no solo a la Argentina, sino al barrio, lo que de algún modo parece materializarse en una mejor posición económica. Durante nuestras entrevistas, coincidieron en sentir un profundo malestar por los permanentes conflictos que vivían cotidianamente. Según ellos, producto de la envidia. Que ellos tuviesen una casa confortable y una camioneta representaban cierto ascenso social, y a los ojos de otros habitantes argentinos del barrio significaba una injusticia. En este sentido, la interpretación de lo justo o injusto, legítimo o ilegítimo se encuentra relacionada a estigmas raciales que implican efectos concretos como definir quiénes pueden tener acceso a recursos y quiénes no. De esta manera, se lleva a cabo un doble proceso de “racialización de las relaciones de clase” y de “enclasmiento de las relaciones raciales” (Margulis, 2011), que genera relaciones de desigualdad y vulnera derechos ciudadanos.

El trabajo de campo nos permitió entender el proceso que llevó a la familia de Elisa a irse y regresar a Bolivia; entre otros motivos, debido a las disputas con los que identifica como “vagos”: “Se juntaban, se drogaban, me rompieron los vidrios. Yo les decía: ‘Vayan a la plaza a juntarse’. No quería que estén en mi esquina y se la agarraron conmigo”. Cuando Elisa se dirigió a la comisaría para hacer la denuncia de los daños ocasionados, le dijeron que por ser menores de edad no podían intervenir y que si tanto le molestaban entonces que se mudara: “Somos extranjeros y ellos no nos hacen caso. Acá cuando te están insultando la gente pasa y no hace nada” (Elisa, 46 años, habitante de Gonnet). Al respecto, Esteban Rodríguez sostiene que existen “demasiadas broncas y frustraciones de expectativas ciudadanas en los barrios” (2006: 302) y que muchas veces el Estado deliberadamente no está presente, liberando zonas para que prosperen ciertas economías ilegales: “no estar en el barrio es una manera de estar” (2006: 302).

Octavio y su familia llegaron en 2004 a La Plata. Vinieron desde un pueblo rural ubicado a 200 kilómetros de La Paz llamado “Moco-Moco”, donde habitan aproximadamente 400 personas. Actualmente, viven a una cuadra de la casa de Elisa y Antonio, en un terreno en el que de a poco fueron construyendo varias casillas. Octavio nunca quiso edificar una casa de material debido a que en el proceso de compra-venta fue estafado por un familiar muy cercano, y quedó el terreno a nombre de otra persona. No obstante, sus expectativas se focalizan en la casa que está construyendo en Bolivia para el día que decidan regresar.

Durante una de las últimas entrevistas, nos comentó que él también sufrió “malos momentos”. Le robaron en el mismo año el televisor, el equipo de música, la computadora y plata que tenía ahorrada. Sostiene con cierta ironía que le resulta extraño que en el barrio nadie haya visto nada y dirige sus sospechas a los/as vecinos/as de al lado: “Sospecho directamente de ellos” (Octavio, 39 años, habitante de Gonnet). De este modo, las diferencias entre la experiencia de Rosa y Julia en San Carlos, donde los/as vecinos/as se avisan y se protegen, con respecto a la de Octavio –quien llega a sospechar del hombre que vive a su lado– se traduce en la necesidad de mudarse y en el hecho concreto de irse del barrio. Segura sostiene que, cuando la protección que debe brindar el Estado a la ciudadanía falla, aumenta la sensación de inseguridad y la reproducción de estigmas que generan prácticas tendientes a evitar la vulnerabilidad (2006). De esa forma, la cohesión social se resquebraja y se “territorializan” los miedos.

## Reflexiones finales

“La estigmatización demoniza, extranjeriza,  
vuelve lejano al próximo” (Rodríguez Alzueta, 2016)

El barrio y sus límites configuran posiciones sociales y, al mismo tiempo, son configurados por las relaciones entre los/as que lo comparten, lo que genera un enlace dinámico entre localización geográfica y circulación urbana. En virtud de ello, pudimos ver que las experiencias de los/as migrantes están marcadas por esta tensión entre estructura y uso del espacio, con particularidades en cada caso. Asimismo, comprendimos la importancia de las redes migratorias que resultan claves a la hora de encontrar un lugar para vivir y

que, a su vez, posibilitan y extienden el recorrido de los/as migrantes por la ciudad. Centralmente, a través de la llegada a los distintos trabajos y a partir de la participación en ámbitos de sociabilidad (como la incorporación de Yoselin a la organización religiosa).

Sin embargo, también observamos cómo la disputa por el espacio está presente todos los días: no está escrito en ningún lado, pero en el barrio de Octavio, los bolivianos viven “más allá”.<sup>12</sup> En el caso de Elisa y Antonio, esas disputas hicieron que a fines de 2015 se volvieran a Bolivia. En cambio, para Julia, Rosa y Yoselin los lazos vecinales son el resguardo que los ampara del “afuera” y de posibles delitos. También son formas de confianza e integración para reunirse y compartir y, otras veces, son los que cubren las ausencias estatales cuando, por ejemplo, los/as vecinos/as de La Cantera se organizan para luchar por su derecho a una vivienda.

Segura afirma que en los resultados de su trabajo de campo en un barrio periférico de La Plata, llamado Altos de San Lorenzo, se encontró con la paradoja de que si bien identificaba una experiencia común entre los diferentes habitantes de la periferia –como problemas, experiencias y prácticas compartidas– la percepción de los/as actores/as, en cambio, era que formaban parte de grupos distintos, distinguiéndose de acuerdo con categorías propias que respondían a distintos factores como, por ejemplo, el tiempo de permanencia en el barrio (Segura, 2011: 86).

Siguiendo esta línea, a lo largo del trabajo, notamos como en las experiencias Deysi, Rosa, Julia, Yoselin, Elisa y Octavio podemos encontrar un hilo común marcado por la migración hacia La Plata, el trabajo textil y la zona periférica de residencia que, sin embargo, adquiere particularidades distintas en la experiencia particular de cada entrevistado/a. Por lo tanto, la periferia, que ha sido configurada históricamente desde los relatos de sentido común como un conjunto homogéneo cuyos rasgos son la “precariedad”, “inseguridad” o “pobreza”, adquiere nuevos significados y matices a la luz de las representaciones e historias de vida que hemos analizado en este trabajo.

De este modo, las experiencias de nuestros/as entrevistados/as permiten complejizar las relaciones que se tejen en la periferia urbana que, como vimos, son heterogéneas y se encuentran atravesadas por diversas

---

12. Referencia que indicó un vecino cuando en nuestra primera entrevista buscábamos la casa de Octavio: “los bolivianos están esas casas de allá, más en esa cuadra”, señaló.

identificaciones. De acuerdo con las intersecciones que configuran las clasificaciones sociales, se generan diferentes condiciones de desigualdad social. En nuestro análisis, la mayoría de los conflictos estuvieron relacionados con el cruce de categorías como clase, raza y nacionalidad.

Al respecto, para muchos de los/as migrantes, la “otredad” es identificada en los argentinos/as pobres de los/as que sufren diversas formas de estigmatización y con los que, pese a (o a causa de) compartir una “experiencia común” –atravesada por el mismo espacio, las mismas condiciones habitacionales, ambientales y de servicios– disputan el territorio. Dichos conflictos, se materializan en prácticas: organizarse entre vecinos/as para “mirarse” las casas ante posibles robos o marcar las calles por las que no se debe circular (de acuerdo con quiénes son clasificados como “vagos” o “chorros”). En este sentido, es que decimos que las fronteras son simbólicas y están relacionadas a las identificaciones y representaciones sociales. Por ello, remarcamos que las fronteras que se construyen no son fijas ni estáticas, sino que se van “corriendo” de acuerdo con los diversos factores que atraviesan la experiencia migratoria. Como en el caso de Julia y Rosa, quienes admiten haberse sorprendido de que los/as paraguayos fueran “buena gente” y, así, derribado sus preconociones que asociaban a la migración paraguaya con la delincuencia. Estos nuevos lazos les proporcionan tranquilidad a la hora de dejar su vivienda para ir a trabajar al centro, visitar parientes o trasladarse a otros barrios para ver a sus hijos/as jugar al fútbol.

Asimismo, en los espacios donde observamos mayor fragmentación social, menor organización vecinal y donde las redes migratorias no son tan palpables entre sus habitantes, encontramos experiencias negativas para los/as migrantes que tuvieron consecuencias concretas. En el caso de Deysi, el costo fue pagar dos veces por una propiedad frente al reclamo de la inmobiliaria y no tejer relaciones con sus vecinos/as; en el de Octavio, tener que mudarse de barrio ante los robos (y no pensar en construir un hogar definitivo); y, en el de Elisa, tomar la decisión de volver a su país.

También logramos reconocer cómo difieren estas experiencias entre las generaciones, creando nuevas relaciones y posibilidades, por ejemplo, en el caso de Yoselin y su madre. Las incursiones por la ciudad que realiza la joven a partir de su oficio como costurera textil, sus estudios en el centro de la ciudad y su adscripción religiosa le permitieron generar nuevas relaciones y –a diferencia de Sabina– tener expectativas y proyectos que quizás extiendan su residencia en la ciudad.

Por último, queda para un posterior trabajo profundizar el análisis respecto de la experiencia migrante en la ciudad atravesada por las relaciones de género y qué particularidades adquiere cuando se cruzan con aspectos como clase/ocupación, tiempo de residencia o incorporación a redes migratorias. Del mismo modo, es preciso ahondar en las experiencias urbanas de los/as migrantes, a partir de las movilizaciones protagonizadas por el movimiento cooperativista como respuesta a la crisis del sector durante los últimos años, para conocer de qué manera las identificaciones políticas tejen nuevas posiciones, relaciones e itinerarios. Investigar los modos de participación en la congregación evangélica pentecostal “Nueva Vida” como vía de incorporación de jóvenes migrantes bolivianos/as en La Plata y de producir modos particulares de ser bolivianos/as. Así como también, analizar qué capitales culturales, sociales y económicos moviliza dicha participación y cómo son representados en las producciones identitarias de los/as jóvenes migrantes.

### Referencias bibliográficas

- Aparicio, Susana y Benencia, Roberto. 2016: *De migrantes y asentados. Trabajo estacional en el agro argentino*. Buenos Aires: Ciccus.
- Archenti, Adriana. 2008: “Visibilización, configuración identitaria y participación de migrantes”. Ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP, FHyCE, Departamento de Sociología, La Plata.
- Benencia, Roberto y Karasik, Gabriela. 1994: “Bolivianos en Buenos Aires. Aspectos de su integración laboral y cultural”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 9, n.º 27.
- Bertaux, Daniel. 2011: “El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades”. *Acta Sociológica*, n.º 56, pp. 61-93.
- Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick. 2001: “Más allá de identidad”. *Apuntes de Investigación del CECYP*, vol. 7, pp. 30-67.
- Caggiano, Sergio y Segura, Ramiro. 2014: “Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de la alteridad urbana en Buenos Aires”. *Revista de Estudios Sociales*, n.º 48, Bogotá, pp. 29-42.
- Caggiano, Sergio. 2005: *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios*. Buenos Aires: Prometeo.

- Caggiano, Sergio. 2013: *El sentido común visual. Disputas en torno a género, "raza" y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Caggiano, Sergio. 2017: *Plan de trabajo del Proyecto de Investigación Orientada "Tierra, trabajo y relaciones sociales. Desafíos del acceso al suelo y la comercialización para pequeños productores migrantes del Gran La Plata"*. [s. l.]: CONICET/UNLP.
- Canelo, Brenda. 2012: *Fronteras internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Cravino, María Cristina. 2002: "Las transformaciones en la identidad villera... la conflictiva construcción de sentidos". *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 15, pp. 29-47.
- Colanzi, Irma y Del Manzo, María Belén. 2016: "Modos de habitar el barrio: territorio de Disputa y agencia colectiva". *Temas en Psicología*, vol. 3.
- Dagorret, Ana y Posada Campoy, Paula. 2016: *Quedaremos como sea. Crónicas sobre migrantes bolivianos en La Plata*. Tesis de grado de la Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- Grimson, Alejandro. 2011: *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Harvey, David. 1977: *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Hernández Carrera, Rafael. 2014: "La investigación cualitativa a través de entrevistas: su análisis mediante la teoría fundamentada". *Cuestiones Pedagógicas*, vol. 23, Universidad Internacional de la Rioja (España), pp. 187-210.
- Levitt, Peggy y Glick Schiller, Nina. 2004: "Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad". En: *Migración y desarrollo*. [s. l.]: [s. e.], pp. 60-91.
- Margulis, Mario. 1999: "La 'racialización' de las relaciones de clase". En Margulis, Mario et al.: *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Marradi, Alberto; Archenti, Adriana y Piovanni, Juan Ignacio. 2007: *Metodologías de las Ciencias Sociales*. [s. l.]: Emecé Editores.
- Reguillo, Rossana. 2000: "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas". En Rotker, S. (ed.): *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Ringuelet, Roberto y Adriana, Archenti. 1997: "Mundo de trabajo y mundo

- de vida. Migraciones, ocupación e identidad en el ámbito rural”. *Papeles de Trabajo*, n.º 6.
- Rodrigo, Federico. 2014: “(Neo) nacionalismo y vida cotidiana. Migrantes bolivianos/as en la periferia de la ciudad de La Plata”. *Punto Cero*, año 19, n.º 28, Universidad Católica Boliviana.
- Rodrigo, Federico. 2015: “Mostrarse, bailar, pasear o luchar. Usos de la Plaza Moreno en la ciudad de La Plata”. *Prácticas de Oficio*, n.º 16. Disponible en: [ides.org.ar/publicaciones/prácticasdeoficio](http://ides.org.ar/publicaciones/prácticasdeoficio).
- Rodrigo, Federico. 2016: *La incorporación desde abajo. Migrantes bolivianas en un comedor comunitario de la ciudad de La Plata*. [s. d.].
- Rodríguez Alzueta, Esteban. 2016: *La máquina de la inseguridad*. [s. l.]: EME.
- Roitman, Sonia. 2003: “Barrios cerrados y segregación social urbana”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, vol. 7, n.º 146, Universidad de Barcelona. Disponible en: [http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146\(118\).htm](http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-146(118).htm).
- Segura, Ramiro. 2006: “Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de La Plata: efectos y ambivalencias”. *Question*, vol. 1, n.º 12.
- Segura, Ramiro. 2011: “La trama relacional de la periferia de la ciudad de La Plata. La figuración ‘establecido-outsiders’ revisitada”. *Publicar*, año 9, n.º 10.
- Segura, Ramiro. 2015: *Vivir afuera: Antropología de la experiencia urbana*. San Martín: UNSAM Edita.
- Segura, Ramiro. 2018: “La ciudad de los senderos que se bifurcan (y se entrelazan): centralidades conflictivas y circuitos segregados en una ciudad intermedia de la Argentina”. *Universitas Humanística*, n.º 85, enero-junio, Bogotá. Disponible en: <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/index>.
- Wacquant, Lóic. 2007: *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

## Fuentes consultadas

Censo Nacional de Población 2010.



# Escombros que se integran y se desintegran

## Experiencias urbanizadoras y estéticas en pequeñas aglomeraciones “despobladas” de la pampa bonaerense

Yanina Faccio

### Introducción

¿Ves, ahí a lo lejos, esos montecitos? Bueno, cada uno de esos montecitos antes era una familia.

Martín, 38 años, vendedor de insumos rurales de Balmaceda

Recabarren arranca con una población muy grande y así como empieza a crecer, empieza a decrecer. Desaparece. De buenas a primeras, la gente se va y no mantiene los edificios. Es una cosa realmente para estudiarla: vos tenías acá enfrente una concesionaria, el hotel, la herrería, farmacia... ¡Tres peluquerías! Carnicería, que era un lujo la carnicería. Estaciones de servicio, que yo no puedo creer... ¡Tres estaciones de servicio y no se puede creer que no haya una en pie!, ¡es increíble! ¿Viste, ahí al lado de la vía, ese mástil, que quedó solito? Bueno, ese era el mástil de la delegación municipal.

Verónica, 51 años, exdelegada municipal de Recabarren

Los fragmentos que abren este apartado son representativos de mis encuentros con las ausencias –de personas, pero también de infraestructuras y de servicios– evocadas por los habitantes del interior del partido de Balmaceda.<sup>1</sup> No ha habido, hasta ahora, una sola visita en que la experiencia del desplazamiento y de la desintegración de edificios no haya estado presente en alguna conversación, por casual que fuera; cualquier eventual “dedo” desde la ciudad cabecera hacia las aglomeraciones pequeñas “del campo” que suelo visitar es ocasión para que el conductor o la conductora,

---

1. Con el objetivo de resguardar la privacidad de mis interlocutores, utilizo pseudónimos para hacer referencia tanto a ellos como a las localidades en las que habitan.

mirando las plantaciones de cereales que se extienden a los lados, evoque las familias, los apellidos, las actividades y las infraestructuras que alguna vez hubo ahí y que hoy ya no están. Es sobre estas experiencias y sobre los modos en que algunos de mis interlocutores lidian con ellas desde la materialidad del espacio que trata este escrito.

El partido de Balmaceda, ubicado 220 kilómetros al oeste de la ciudad de Buenos Aires, se encuentra “en el corazón de la Pampa Húmeda”. En 2010 tenía 41.336 habitantes (INDEC, 2010) de los cuales apenas 8.114 residían fuera de la ciudad homónima, es decir, en pequeñas localidades del interior del partido o bajo la forma de población rural dispersa. Al menos desde la década de 1940, las aglomeraciones balmacedenses de este tipo sufrieron, en su mayoría, un agudo proceso de decrecimiento demográfico, generalizable, por otra parte, al de las localidades de la región pampeana. Esta situación ha sido señalada y explicada por distintos autores (Vapnarsky y Gorojovsky, 1990; Sili 1999 y 2007; Albadalejo, 2006; Ratier, 2009) a partir de los cambios que experimentó el sistema productivo argentino a lo largo del siglo XX. Ya en la década de 1940 el modelo de sustitución de importaciones y el requerimiento de trabajadores para la industria originaron una primera oleada emigratoria; este proceso se intensificó a partir de la década de 1960 con la tecnificación del sector agrícola, y aún más en la de 1990, con la “sojización” (Hernández, 2013; Chazarreta y Rosati, 2016) del agro argentino.

La Lucía, Recabarren y Severino Hernández son tres pequeñas aglomeraciones balmacedenses que –cada una con sus especificidades– formaron parte, desde lo micro, de los cambios macro mencionados. Se trata, además, de tres “pueblos al costado de las vías” del tren (Aldao, 2016) –y, más específicamente, de las vías del emblemático Ferrocarril Oeste–, en virtud del cual, entre fines del siglo XIX y principios del XX, fueron sede de incipientes loteos de tierras, de la implementación de actividades agropecuarias, de la llegada de inmigrantes europeos y de un acelerado crecimiento demográfico y urbano.

Acerca del ferrocarril, Fernando Williams afirma que “fue un agente urbanizador de primer orden” y que su adopción implicó, además, “la aceptación de una manera de concebir y estructurar los espacios” (Williams, 2004: 80-82). Esta “manera de concebir y estructurar los espacios” no refiere únicamente al ordenamiento territorial de la región –que quedó radializado, por ejemplo, en torno del puerto de Buenos Aires–, sino también a la estructuración edilicia y urbana de las propias localidades que surgían a su

vera. Las estaciones, en este trazado, se constituían como la “cara visible” del ferrocarril (Williams, 2004: 82) y eran el mojón en torno del cual crecía el pueblo; acompañándolas, existían además otras edificaciones ferroviarias (como depósitos de almacenamiento y edificios administrativos, entre otros) que contribuían a la conformación de un “sistema arquitectónico” en el que cada elemento, a través de su forma y tamaño, representaba su importancia y función. Dionisio Recabarren, La Limpia y Severino Hernández son ejemplos claros de este tipo de estructuración urbana, aunque, desde la década de 1990, en las casas de los jefes de estación ya no vive ningún jefe, en las estaciones no se expendían más boletos y sus galpones han dejado de albergar los centenares de lecheras y de bolsones de trigo y maíz que mis interlocutores recuerdan, admirados, hasta el día de hoy.

En los epígrafes que abren este escrito, se sugería que los actores objetivan esta experiencia de decrecimiento a través de un correlato material y espacial: los montecitos de árboles que señalan la ausencia de las familias que, alguna vez, vivieron a su amparo, el mástil en pie, único vestigio de una delegación municipal que en algún momento cerró por ser considerada innecesaria, las carnicerías de las que solo quedan los cimientos y que recuerdan un ritmo cotidiano distinto del presente. Estos fragmentos materiales que dan cuenta del despoblamiento y de un modelo productivo hoy ultrapasado —el que las estaciones, las vías y sus galpones formaban parte— serán pensados a lo largo de este trabajo como “escombros” (Gordillo, 2018). El antropólogo argentino Gastón Gordillo utiliza esta categoría para conceptualizar sus reiterados encuentros, en el Chaco Salteño, con “palimpsestos”<sup>2</sup> de ruinas que remiten a diferentes épocas y proyectos de sistemas productivos —desde antiguas misiones jesuíticas hasta trazados ferroviarios hoy desactivados—, sepultados todos ellos por el avance de la soja. A partir de estas experiencias espaciales, el autor establece una diferenciación conceptual entre las “ruinas” y los “escombros”.

Las primeras se configuran como “una invención conceptual de la modernidad” (Gordillo, 2018: 22) que tiende a presentarlas como vestigios de un pasado desconectado del presente; los contornos espaciales y temporales de las ruinas, que siempre aparecen como claramente delimitados y

---

2. La metáfora de “palimpsesto” ha sido utilizada también por autores como Gorelik (1999) y Capel (2002) para pensar a la ciudad como espacio en el que se sobreimprimen, con mayor o menor presencia visual, distintas “capas” de proyectos y retracciones, borramientos y disputas por el diseño y por la ocupación del espacio.

acabados, contribuyen a que quien las contemple se figure que las fuerzas destructivas que las han originado ya no son coetáneas a él. Las ruinas se vuelven, de ese modo, parte de un pasado inaccesible y remoto con el cual el observador establece una relación de alteridad y de reverencia. En este aspecto, son asimilables al patrimonio, pues suelen devenir elementos a ser resguardados en la mayor completitud posible, contemplados y estetizados en virtud de su carácter trascendente respecto “del orden social y de sus leyes” coetáneos (Prats, 1998: 64-65).

Los “escombros”, por su parte, se constituyen en el anverso negativo de las “ruinas”. A diferencia de ellas, no se presentan como un todo completo, heterogéneo, remoto y fetichizado, sino que evidencian, en su propia materialidad, su carácter fragmentario y en continuidad con el presente. Al interactuar con escombros, siempre existe un dejo de conciencia de “las fuerzas casi siempre violentas que [los] produjeron y de la manera en que [...] forman constelaciones definidas por su persistencia afectiva en el presente” (Gordillo, 2018: 19). Esos escombros, que llevan en sí una historia y una potencia destructivas, también pueden, no obstante, en las manos de ciertos actores, convertirse en fragmentos constructivos del presente.

La Lucía, Recabarren y Severino Hernández surgieron en torno de las vías del tren y de un sistema productivo y urbanizador que las necesitaba. Los procesos de tecnificación del campo las volvieron, luego, menos necesarias y, por ello, más incómodas en términos laborales e infraestructurales, razón por la cual muchos de sus pobladores emigraron. Esto acentuó aún más su estado de mengua, en tanto la menor representatividad demográfica implicó un retraimiento de los servicios y las infraestructuras. Otrora símbolo del avance civilizatorio sobre “las Pampas”, estos pequeños núcleos urbanos quedaron despoblados en lo humano y llenos de afloraciones de escombros en lo espacial.

Sobre el concepto de experiencia, Raymond Williams (2003) señala que, a lo largo de su historia, ha estado “reñido” entre dos significados: uno que la identifica con el pasado, es decir, con el plano de la experiencia ganada y, por lo tanto, articulada en el lenguaje, y otro que la concibe como una modalidad de vinculación con el mundo que excede al pensamiento y a lo verbal, es decir, a lo articulado. En relación con las inflexiones de este concepto, se verá que, en La Lucía, Recabarren y Severino Hernández, los escombros sirven para articular experiencias pasadas, pero que también son pasibles de devenir vehículo de experiencias presentes, de “experiencias vividas” (Segura,

2015: 26) y, tal vez por eso, menos articuladas a nivel discursivo. Si bien no quisiera sugerir aquí que existe una polaridad rígida entre estas dos modalidades de la experiencia –eso sería artificioso y no resistiría la confrontación con el relato o vivencia de cualquier actor situado–, de todos modos, es una distinción conceptual fructífera para pensar en ciertos usos de los restos materiales que van más allá de las nociones que ponen el acento en “experiencias pasadas”, tales como “patrimonio”, “memoria” o “identidad”.

El recorrido aquí propuesto se inicia, en cada apartado, en las estaciones de tren de las localidades para, luego, ingresar en otras zonas de sus trazados urbanos. Esta decisión se basa en que, aun sin cumplir sus funciones ferroviarias, las estaciones continúan siendo las “caras visibles” de estas localidades, los espacios a los que suelen llegar los visitantes –aun cuando no se movilicen en tren– y porque, desde su propia disposición material dan una pauta acerca de los procesos sociales que se desenvuelven en los espacios que las circundan y de los que forman parte.

### **“¡La Lucía es un pueblo, no un paraje!”**

Como no tenían dónde ir, Norma y Luis convirtieron la estación abandonada en su hogar, haciendo lo que los seres humanos han hecho con los escombros durante milenios: transformarlos en algo útil.

Gordillo, 2018: 216

¿En la estación de tren? Antes, atrás, no sé lo que había. Estaba el jefe. Sonaba la campana. Después una vez, vinieron a cortar el pasto. Ahora Sole, Sole [la dentista] viene siempre; siempre la voy a ver. Me arregló cinco muelas, ¿vivo?

Amanda, 60 años, residente en La Lucía

La Lucía, ubicada a 15 kilómetros de la ciudad de Balmaceda, fue, antes que pueblo, una estación del Ferrocarril Oeste. Si bien el tren empezó a pasar en 1898, la cronología oficial marca su fundación en 1901, año en que se hizo el primer remate de tierras para la colonización. Hasta la década de 1940, La Lucía creció “vertiginosamente” (Bordagaray, 2010: 31); llegó a tener 2.500 habitantes, comisaría, dos centros de reunión de trabajadores

ferroviarios, tiendas de servicios, varios boliches y también correo. En la década de 1950, no obstante, comenzó un proceso de emigración: si para comienzos de 1980 todavía había unas 200 personas, para el 2016, en su casco urbano, quedaban apenas unas 60.<sup>3</sup>

Desde fines de la década de 1970, en virtud del bajo peso demográfico, una gran cantidad de servicios públicos fueron retirados. Dejó de haber médicos y enfermeras, presencia policial y delegado municipal<sup>4</sup> permanentes. En relación con los servicios públicos, sin embargo, hay un año que, en la cronología nativa, se señala como un punto de inflexión. Se trata de 2008, cuando a la intendencia de Balmaceda llegó un candidato que, ya en los tempranos momentos de la campaña, se había propuesto, en sus palabras, “gobernar desde los pueblos y para los pueblos” (Verónica, 52 años, exdelegada municipal de Dionisio Recabarren). Una de las primeras acciones de este intendente fue recuperar el rol del “delegado municipal”, cargo que, en La Lucía,<sup>5</sup> pasó a estar ocupado por una residente, Eva, actualmente de 69 años, quien, nacida en Buenos Aires y de padres tucumanos, se había trasladado allí con su marido a fines de la década de 1970.

En un comienzo, Eva desempeñaba sus tareas de delegada desde su casa porque no había ya en su pueblo ningún edificio en pie destinado a tales fines. Poco tiempo después, tuvo la idea de refaccionar la estación de tren para albergar a las distintas instituciones estatales que tanto ella como el intendente querían “devolver” a la localidad. Si bien entonces el tren seguía pasando, desde la década de 1990 la estación no albergaba a ningún empleado y –con excepción de una de sus salas, que por dos años había dado espacio al jardín de infantes de la escuela del pueblo–, ya hacía tiempo que estaba en desuso.

---

3. Todos los índices demográficos de las localidades aquí mencionadas provienen de datos otorgados por personal municipal ya que, en aglomeraciones de estas escalas, los datos del INDEC suelen ser desacertados (por ejemplo, para el 2010, dicho instituto señalaba que en Severino Hernández había cuatro habitantes, cuando en verdad eran sesenta).

4. Los “delegados municipales” son funcionarios públicos que, elegidos por el intendente, ofician de articuladores entre la municipalidad, ubicada en la ciudad cabecera del partido, y la población de los cuarteles del “interior”. El partido de Balmaceda se subdivide en “cuarteles”, los cuales suelen constar de una localidad cabecera homónima, de “parajes rurales” y, finalmente, de “población rural dispersa”.

5. Es importante señalar que los itinerarios de la presencia y de la representación estatal en las aglomeraciones balmacedenses de este tipo es errático y sujeto a mudanzas en cada gobierno. En el caso de La Lucía, si bien entre el 2001 y el 2007 había habido una junta vecinal que administraba los espacios y servicios públicos, su margen de acción y los recursos que el municipio le asignaba eran mucho menores a los que, a partir del 2008, se le otorgaron a la nueva delegación municipal.

En 2011, se hizo la ceremonia de inauguración. Para ese entonces la antigua sala de espera se había transformado en delegación municipal y contaba, además, con muebles de oficina y una computadora; las habitaciones de la vivienda del jefe de estación habían devenido sala de atención primaria de la salud, consultorio odontológico –el primero en la historia de La Lucía– y destacamento policial; en dos edificios menores del “complejo ferroviario”, se armaron, además, viviendas para los policías –que pasaron a hacer guardias regularmente– y para los empleados de vialidad. Finalmente, las paredes de la estación se pintaron de blanco y los marcos de puertas y ventanas de verde inglés, y se convocó a un conocido muralista balmacedense para pintar una escena inspirada en una antigua foto de Don Muriel, uno de los primeros pobladores de La Lucía, en la que posa, junto a su hermano y un pilón de bolsas de maíz (recordatorio pictórico de las efectivas “cientos de bolsas de cereales” que, como dicen mis interlocutores, se acumulaban, a principios del siglo XX, en el andén) (imágenes 1 y 2).



Imagen 1. Consultorio odontológico. Fotografía de Eva.

Imagen 2. Andén de la estación de La Lucía. Fotografía de Yanina Faccio.

Si bien Eva fue la principal “emprendedora moral” (Noel, 2011)<sup>6</sup> de este proceso, los efectos de sus decisiones llegaron a sus vecinos, que, en la estación, pudieron experimentar algo distinto a la ausencia del tren. El epígrafe de este apartado, en el que aparece la voz de Doña Amanda, una mujer de sesenta años “nacida y criada”, es un ejemplo de esa situación. Cuando le

6. Noel (2011), que toma este concepto de Becker (2008), lo aplica a aquellos actores que, a través de distintos emprendimientos (que podrían ir desde la publicación de un libro de historia local hasta la re-inauguración, como en los casos aquí tratados, de edificios públicos), movilizan valores morales que, desde su perspectiva, son característicos de y deseables para toda la comunidad; los emprendedores morales suelen verse a sí mismos, según el caso, como “pioneros” o como “una nueva generación de pioneros” dispuesta a trabajar por el “bien de la comunidad”.

pregunté qué recordaba de la época del ferrocarril, me respondió, tratando de hacer memoria, “la campana sonando” y un “jefe de estación”. Su discurso, primero vacilante, se tornó, sin embargo, más entusiasta y seguro cuando me contó lo que ella hacía ahora en la estación de tren: verla a Mariana, la dentista, que le había arreglado muchas muelas que nunca, hasta ese momento, se había podido arreglar.

Este tipo de reutilización de infraestructuras del ferrocarril –es decir, una que no las transforma en museos sino en espacios prácticos para la vida cotidiana– es clasificada por Joaquín Aldao (2016) –quien hizo una extensa investigación acerca de pueblos ferroviarios– como una “práctica de memoria activa” en la que “el espacio se resignifica, su utilización, también, y es, sin dudas, un modo de saldar cuentas con el pasado” (Aldao, 2016: 105-106). Si bien la primera parte de esta afirmación dialoga con mi experiencia de campo, la segunda no lo hace. En ningún caso los usos de las estaciones de tren se configuran, entre mis interlocutores, como maneras de “saldar deudas” con el trauma de la pérdida de un pasado ferroviario. Ni siquiera aparecen las estaciones como espacios que valga la pena conservar por su valor arquitectónico o patrimonial, sino como alternativas espaciales funcionales para albergar nuevas instituciones del presente. El uso se acerca, más bien, a la idea de que con los escombros de una urbanización pasada es factible hacer algo útil, es decir, que redunde en un beneficio presente para la comunidad; la conservación del edificio no es sino una consecuencia de su conveniencia para albergar cierta actividad social.<sup>7</sup>

Hay un plano en el que este espacio sí conserva, no obstante, algo de sus funciones originales. Las estaciones ferroviarias constituían puntos de llegada y puntos de partida, y, a causa de eso, eran espacios de circulación y de contacto con “el exterior”. La estación de La Lucía, luego de su refuncionalización, se convirtió, nuevamente, en un espacio de circulación tanto de residentes como de personajes “de afuera” –la dentista, los profesionales biomédicos, la policía e, incluso, el intendente– o que, viviendo “adentro”

---

7. En relación con esto, Gordillo (2018) hace notar que la sensibilidad hacia las ruinas, conservacionista y reverencial, es situada: corresponde a una cierta posición social e intelectual de la que los investigadores solemos formar parte; esta sensibilidad, sin embargo, puede estar totalmente ausente en el modo en que nuestros interlocutores se vinculan con esos restos materiales. De este *insight* proviene, en efecto, la idea del autor de separar conceptualmente a las “ruinas” y los “escombros”, aun cuando puedan aludir al mismo objeto o espacio físico.



—como Eva—, representaban su relación con el Estado. Devino, así, punto de encuentro con instituciones y actores estatales que, hasta entonces, habían tenido una presencia intermitente en La Lucía. Trajo a los habitantes de la localidad la experiencia de una presencia estatal más constante —“sobre terreno”— y no teniendo que viajar a Balmaceda.

Estos cambios en la estación no fueron un hecho aislado, sino que acompañaron una gran gesta urbanística de la que Eva fue la agente principal, consistente en el intento de hacer que el pueblo de La Lucía volviera a tener forma “de pueblo”. La primera medida que esta delegada tomó tras asumir su cargo fue conseguir en La Plata los planos y catastro de la localidad que había quedado a su cargo. Una vez que los tuvo en sus manos, descubrió, para su sorpresa, que, debajo de lo que parecía soja y monte, había en verdad:

¡58 manzanas delimitadas! Y en una, había una inscripción que decía “plaza”. A esa manzana la había donado Esteban Figone, que fue el primer habitante de La Lucía. Lo que pasa es que ahí no había forma ni ninguna infraestructura de plaza: lo único que había era soja plantada. Entonces, me puse a investigar, a ver quién era el productor. Resulta que era un tipo que plantaba soja ahí y, a cambio, le donaba veinte pesos mensuales a la cooperadora de la escuela. (Eva, 69 años, exdelegada de La Lucía).

A partir de este descubrimiento, Eva tomó una serie de medidas. Ordenó que se hicieran desmontes hasta encontrar las calles sepultadas, las cuales fueron, después de un tiempo, rebautizadas en consulta popular y demarcadas con carteles de madera contruidos por los estudiantes de la secundaria local (actualmente, los carteles siguen en pie exhibiendo los nombres elegidos por los vecinos: Madre Teresa de Calcuta, Ernesto Che Guevara, Alfredo Palacios, Juan Domingo Perón, entre otros). Como segunda medida, recuperó la manzana de la plaza, mandó a desplantar la soja y la reinauguró, con pinos, juegos para niños, bancos, mástil, bandera y nombre: “Esteban Figone, primer poblador de La Lucía”. Años después, alrededor de la plaza se construyeron dos casas gracias a un plan de viviendas y, en 2014, se emplazó allí también una planta potabilizadora de agua (hasta entonces no había agua potable).

En la actualidad, Eva, “heroína cultural” de La Lucía, se enoja cuando

escucha que el intendente de la nueva gestión hace referencia a su “pueblo” y toma decisiones acerca de él considerándolo como un “paraje”: “¡La Lucía no es un paraje! ¡Un paraje son dos casas! La Lucía tiene habitantes, tiene plaza, manzanas, un destacamento, una delegación y una unidad sanitaria. ¡La Lucía no es un paraje!”.

### **Un malón urbanizador llega a Recabarren**

... se llenó de gente Recabarren, se enteró la gente de que Recabarren existía, y se encontró con un lugar paradisíaco. Miró lo que es esto: pajaritos, la naturaleza, dios y nosotros.

Don Severino, 89 años, referente mapuche de Dionisio Recabarren.

La cronología oficial señala como fecha fundacional de Dionisio Recabarren el día que, en 1883, bautizaron con ese nombre a su estación de tren; de acuerdo con esa versión de la historia, las vías trajeron aparejada la colonización de tierras, la llegada de inmigrantes y el inicio de las actividades tamberas con las que, hasta el día de hoy, se suele identificar a la localidad. Esa fundación, no obstante, implicó que otra aglomeración, Barranca Grande –para muchos de mis interlocutores la verdadera localidad fundacional del cuartel y del partido–, quedara, a causa de su alejamiento de las vías, en un *locus* periférico. En efecto, “la Barranca”, que había nacido en el siglo XIX como un puesto de frontera del ejército en el que convivían militares e “indios amigos” (De Jong, 2003; Bordagaray, 2010; Litteras, 2016), llegó a tener cientos de habitantes –e inmigrantes, clubes, canchas de fútbol y fiestas– que, a lo largo del siglo XX, como en todas las pequeñas aglomeraciones de la región, comenzaron a menguar (imágenes 3 y 4).

Actualmente, en la estación de Recabarren (en cuyo casco urbano residen 160 habitantes en contraste con los más de 2.500 que alguna vez llegaron a ser), los orígenes étnicos de los antiguos habitantes de “las tolderías”, otrora apartadas de las vías del tren, se hacen presentes (imágenes 5 y 6).



Imagen 3. Rancho abandonado en Barranca Grande. Fotografía de Fabián Dupetit.

Imagen 4. Vista desde el patio de uno de los últimos ranchos habitados de Barranca Grande. Fotografía de Yanina Faccio.



Imagen 5. Galpón ferroviario con inscripción de la comunidad mapuche local. Fotografía de Yanina Faccio.

Imagen 6. Boletería y sala de espera. Detrás: consultorio del *lonko* en sala de salud intercultural. Fotografía de Yanina Faccio.

Desde el retorno de la democracia, se viene gestando en esa localidad un proceso de visibilización mapuche emprendido no solo por pobladores, sino también por emigrados residentes en Balmaceda y Buenos Aires. Entre los primeros, se destaca, el *lonko*<sup>8</sup> don Severino (89 años), quien en la actualidad se desempeña como curandero en la estación de tren. Don Severino fue, a lo largo de su vida, tambero, militante indigenista, mecánico chapista, delegado municipal, promotor de la cultura mapuche en las escuelas y curandero “por *hobby*” hasta que, en 2007, el Ministerio de Salud provincial le ofreció el cargo de “agente sanitario indígena” en una prueba piloto de sala de salud intercultural que, de contar con su aceptación, se iba a emplazar en Recabarren. El *lonko* aceptó, a condición de que el centro se instalara en la estación de tren y no en la recién refaccionada sala de APS (Atención

8. La palabra *lonko* hace referencia a la “cabeza”, a la máxima autoridad, de un grupo mapuche.

Primaria de la Salud), que era lo que estaba previsto. Sobre esta decisión, don Severino contaba:

Como yo fui delegado municipal durante 9 años, en el año 93 los bienes del Estado pasaron a custodia de las municipalidades. Yo era delegado municipal y me apropié de la estación y de aquel galpón. Desde entonces lo tengo, evité que se depredara y que se rompiera, lo mantenemos un chiche. Y cuando el Centro Intercultural no resultó allá en la unidad sanitaria porque allá no hay infraestructura necesaria. Acá [en la estación de tren] hay baño, hay donde instalarse, hay sala de espera, hay plazoleta, hay iglesia... Infraestructura extraordinaria para ejercer estas prácticas. (Don Severino, 89 años, referente mapuche recabarrense).

El secretario de APS accedió al pedido y la estación se refaccionó para albergar, en la antigua oficina del guarda, el consultorio del agente sanitario y, en la sala de espera, la oficina de sus secretarías (espacio que, junto con el andén, funciona como espacio de espera para los pacientes). La refacción consistió en pintar las paredes y colocar mobiliario adecuado para el trabajo de don Severino y las secretarías de la sala; ellos, por su parte, incorporaron en sus oficinas imágenes alusivas a la historia de Recabarren y a la cultura mapuche así como las resoluciones del Ministerio de Salud y los diplomas que el *lonko* recibió a lo largo de su vida por sus estudios y presentaciones en jornadas acerca de cultura y salud indígenas.

Acerca de las etapas iniciales del centro, don Severino hablaba de la siguiente manera:

Y es así que se puso en marcha el día 9 de agosto del 2007 y desde entonces hasta la fecha, si bien se publicó en todos los medios, en *La Nación*, en *Canal 13*, en cuanto canal había, se llenó de gente Recabarren, se enteró la gente de que Recabarren existía, y se encontró con un lugar paradisíaco. Mirá lo que es esto: pajaritos, la naturaleza, dios y nosotros (Don Severino, 89 años, referente mapuche recabarrense).

En aquellos días, Recabarren recibió, como dijo una vez una de sus secretarías, un “aluvión de personas”, a punto tal que muchas de ellas se tenían que quedar acampando o durmiendo en los banquitos del andén a la espera de ser atendidas. Si bien en la actualidad la afluencia es menor y

se encuentra, además, controlada por un sistema de turnos, no deja de ser notable: son al menos 25 visitantes diarios –entre pacientes y acompañantes– que, en la mayoría de los casos, viajan a Recabarren (desde Balmaceda, Buenos Aires, Neuquén, Tucumán, Paraguay o incluso España) a tener un encuentro con un “ser excepcional” (Carozzi, 2003) capaz de devolverles la salud. El movimiento que genera el centro no solo es reconocido por el *lonko* –que se entusiasmaba porque, gracias a él, “la gente se enteró de que Recabarren existía”–, sino también por otros pobladores de la aglomeración, algunos de los cuales han llegado a decirme que “los días que cierra el centro, está todo muerto”.

La estación de tren fue elegida por don Severino por distintas razones. Su localización –relativamente aislada de la sala de APS, del puesto policial y de la delegación municipal– le aseguraban una mayor autonomía y una menor vigilancia sobre él y sus pacientes; los espacios verdes que la rodeaban la volvían, además, un lugar “eficazmente simbólico” para el ritual. Como en el caso de La Lucía, la reutilización de la estación obedeció a fines estratégicos; se basó en su idoneidad para cumplir una serie de nuevas funciones, y no con vistas a mantener vivo el pasado ferroviario. En la refuncionalización, la estación recuperó, como La Lucía, algo de su antiguo carácter de conexión con “el afuera” al convertirse en punto de llegada de decenas de pacientes diarios; además, siendo un *locus* urbanístico central pasó a exhibir, precisamente en la “cara visible” (Williams, 2004: 82) del pueblo, una identidad étnica por mucho tiempo invisibilizada y que en la actualidad ha devenido, al menos en Recabarren, fuente de prestigio.

En uno de los fragmentos citados, don Severino destacaba con orgullo que en la estación de tren había un conjunto de elementos propios de algo que podríamos llamar “urbanidad”: “hay sala de espera, hay *plazoleta*, hay *iglesia*”. En relación con estos espacios símbolo de la vida civil, la refuncionalización de la estación fue –al igual que en La Lucía– concomitante con un conjunto de cambios urbanísticos, muchos de los cuales adoptaron tintes indigenistas. Ya a fines de la década de 1990, un residente de Balmaceda que se reconocía como “de origen mapuche” había esculpido un “monumento al indio” que don Severino emplazó en la entrada del pueblo junto con un *pehuén*.<sup>9</sup> Los “hitos” urbanísticos posteriores al 2008 –año del cambio de

---

9. El *pehuén* (en lengua *mapuzungun* o mapuche) o “araucaria” (en español) es una conífera considerada, en la cosmología mapuche, como un árbol sagrado.

gestión municipal ya mencionado en el apartado anterior— no fueron, sin embargo, apenas monumentales, sino que consistieron, como en La Lucía, en darle “forma de pueblo” al pueblo.

Junto con don Severino, la principal emprendedora de estos cambios fue una delegada mujer, Verónica (51 años), que residía en Recabarren desde la década de 1980 y que se había desempeñado, entre otras cosas, en la cooperadora de la escuela local.<sup>10</sup> Durante su gestión, se construyó un edificio para servir de delegación municipal y un puesto policial en el que pasó a haber presencia permanente. La plaza fue, al igual en La Lucía, otro hito. Al momento de su asunción, dicho espacio era prácticamente un pastizal en el que, años antes, se había erguido un almacén de ramos generales que sus dueños, al irse, habían demolido; en ese terreno, había quedado un pozo —su antiguo sótano— tapado precariamente con maderas para que los niños no se accidentaran cuando jugaban. Verónica mandó, entonces, a rellenar ese agujero, a refaccionar juegos y banquitos, y la plaza fue reinaugurada y bautizada como “Ceferino Namuncurá” en honor al beato mapuche evangelizado; el nombre lo eligió don Severino y las mayólicas que, pegadas a la pared de la capilla, lo representan, las compró él.

Siguiendo con esta gesta urbanizadora, como las calles de Recabarren son de tierra y colapsan fácilmente, Verónica recuperó un camino alternativo para tránsito pesado; lo consolidó, en parte, con los ladrillos de una casa que estaba derrumbada en el casco urbano. En esta época, las calles principales de la localidad, como en La Lucía, también fueron re-bautizadas; don Severino fue quien eligió los nombres: de un lado de las vías, Horacio Echechiquía —el primer habitante del pueblo, de origen vasco— y, del otro, Don Pedro Melinao —el *lonko* del grupo mapuche que, en el siglo XIX, se instaló en Barranca Grande—. De ese mismo “aluvión urbanizador” data también la ocupación de un terreno fiscal lindero con el ferrocarril para servir de basurero; hasta ese espacio fue bautizado bajo denominación mapuche: *küpünwé* o, como me explicaba don Severino, “lugar para la basura” o “lugar donde se tira”.

Esta visibilización indígena en lo material tuvo un correlato, además, en lo inmaterial. En la actualidad, la “fiesta del pueblo” oficial de Recabarren es

---

10. A diferencia de en el caso de La Lucía, entre 2001 y 2007 en Recabarren ya había habido otro delegado municipal (después de que, durante casi toda la década de 1990, no lo hubiera habido); en la gestión de este último, sin embargo, las reformas edilicias y estructurales fueron menores que las que se emprendieron en la época de Verónica, lo cual obedeció a distintas causas, entre las cuales figuraba la menor cantidad de recursos asignados a las poblaciones rurales.

la “fiesta de la Ñuke Mapu” o “fiesta de la *Pachamama*”.<sup>11</sup> Ese día, acuden a la localidad –que consta de una pocas manzanas– más de 2.000 personas, entre residentes, exresidentes, visitantes de otros pueblos y ciudades; en ese marco, distintos grupos mapuche “aliados” a la comunidad local llegan desde Los Toldos, Rojas y Junín (entre otros) para reunirse e intercambiar ideas, para llevar adelante un ritual público y para visibilizar su identidad. El evento consta de dos partes: una gran *corpachada* por la mañana y una serie de conciertos por la tarde; durante todo el día, los participantes pasan el día debajo de un mangrullo construido en homenaje a los primeros *mapuches* de Barranca Grande y emplazado sobre un terreno lindero a las vías del tren que, aunque sea propiedad del ferrocarril, nadie reclama.

### Recapitulación: escombros que se integran y que se desintegran

En La Lucía y Recabarren, la emigración masiva y el despoblamiento, fenómenos de naturaleza social, tuvieron un correlato material y espacial: casas, tiendas, clubes, tambos e infraestructuras ferroviarias se fueron desintegrando, transformadas en escombros, ya sea enteros –como las estaciones–, o totalmente derrumbados. En este proceso, no solo los edificios perdieron sus formas sino también los trazados urbanos: las plazas se cubrieron de soja, las calles fueron devoradas por el monte, las delegaciones municipales derrumbadas y las estaciones de tren deshabitadas.

En relación con este proceso, son varios los autores que, a fines de la década de 1990 y principios de la siguiente, parecían detectar, en el contexto de una pampa tecnificada y “desertificada” (Sili, 2007), la emergencia de una “vida pública” (Albaladejo, 2006) vinculada ya fuera con proyectos productivos de pequeña escala (Albaladejo, 2006; Guibert y Sili, 2011), ya fuera con la afirmación de una identidad rural expresada en la creación de símbolos identitarios locales (Ratier, 2003; 2009) tales como fiestas típicas, monumentos y banderas. Los casos de La Lucía y Recabarren fueron claramente parte de

---

11. Esta ceremonia se realiza en Recabarren desde hace al menos veinte años; un compañero de militancia indigenista de la comunidad mapuche local –que se autoadscribía como coya– propuso hacer en Recabarren la Fiesta de la *Pachamama*, propia de la región andina. Dicho ritual consiste en, entre otras cosas, hacer una *corpachada*, es decir, abrir un pozo en la tierra para ofrecerle de comer, beber y fumar. En Recabarren, esta ceremonia –a la que también llaman “de la *Ñuke Mapu*” (en lengua *mapuzungun*)– incorpora también elementos de origen mapuche, tales como la realización de la “sahumada” con hojas de laurel.

este fenómeno y la prueba de ello es el surgimiento, a nivel urbanístico, de espacios que, simbolizando la vida pública, les devolvieron a ambas la “forma de pueblo”; así, emergieron plazas, se abrieron calles y caminos, se plantaron delegaciones y puestos policiales, y se refuncionalizaron estaciones de tren que quedaron a salvo, como decía don Severino, de la “depredación”. Estos nuevos espacios, no obstante, siguen estando hechos de escombros: el camino para camiones, de ladrillos viejos, la plaza, de un viejo almacén derrumbado y la casa de los policías, de un antiguo depósito del tren.

Los “emprendedores morales” (Noel, 2011) visibles de este proceso de urbanización coinciden al considerar como “civilizatorios” los efectos de sus administraciones. Eva, por ejemplo, decía que, hasta que ella llegó a delegada, “en La Lucía no había ley, cada uno vivía como vivía”; Verónica consideraba que Recabarren “era un pueblo bruto, un pueblo inculto” y que, gracias a su labor con la gente, “hoy, sobre todo entre los jóvenes, la cultura y la participación cambió”; don Severino, haciendo un balance de su vida, decía que “a Recabarren le dejé una buena imagen”. Resulta significativo que estas gestas civilizatorias hayan ido acompañadas de una “reforma urbana”, como si un “pueblo con forma de pueblo” fuera la contrapartida espacial de una mejora institucional, moral y cultural. Por su parte, a los pobladores “rasos”, estos cambios les han posibilitado la experiencia de un Estado presente en su propia localidad –como en el caso de Amanda, que pudo ver a un odontólogo casi por primera vez en su vida– o de saberse dignos del interés metropolitano gracias a su etnicidad, como en Recabarren, donde varios comerciantes venden sus productos a los pacientes de la Sala Intercultural y donde, tras ir a atenderse con el *lonko*, una pareja de pacientes decidió instalarse allí para siempre.

En los trabajos que se abocan a procesos de revitalización identitaria como los aquí tratados, se suele hacer énfasis en el carácter plural y comunitario de estos emprendimientos destinados a visibilizar la cara pública de los “pueblos despoblados”:

[Los pueblos] insisten en *ser ellos* y luchan por mantener o construir una identidad, pese a las fuerzas centrífugas que pugnan por expulsarlos de sus pagos (Ratier, 2009: 11).

La fuerte presencia de esta actividad [ferroviaria] en la zona [...] así como la importancia que las huelgas ferroviarias tuvieron para la consolidación de una fuerte solidaridad comunitaria, son todo elementos que



confluyeron para consolidar una presencia cotidiana de lo ferroviario en la comunidad, estableciéndose como símbolo al que se asocian distintos sentidos y valores (Aldao, 2016: 95-96).

El énfasis en la comunidad tiende a ocultar, en los análisis, dos aspectos omnipresentes en los procesos de urbanización y de visibilización identitaria en estas pequeñas aglomeraciones: en primer lugar, el hecho de que son agencias muy específicas las que los sostienen y, en segundo lugar, que las fuerzas que han generado los escombros persisten a pesar de todo. En relación con lo primero, no todas las personas participan, en el mismo grado, de las acciones urbanizadoras: a algunos, como Eva, Verónica o Severino “se les va la vida” en eso, mientras que otros se benefician de esos cambios y experimentan nuevas situaciones gracias a ellos, sin necesariamente tomar un rol activo en esa consecución. Para que en La Lucía y Recabarren los escombros pudieran unirse y permanecer integrados, fueron necesarios, más que una comunidad, un conjunto de actores diferenciados entre los que se cuentan: un grupo de emprendedores morales activos, una mínima aceptación de sus propuestas al interior de las poblaciones y, sobre todo, el establecimiento de vínculos “hacia afuera”, llámeselos “lazos con la intendencia municipal” y sus recursos, o, en Recabarren, también “lazos con otras comunidades mapuche de la provincia”. Estas son las fuerzas –en definitiva, lazos entre distintos actores– capaces de aglutinar los escombros materiales y transformarlos, urbanísticamente, en “pueblo con forma de pueblo”.

En estos contextos, sin embargo, dicha integración no es fácil de conseguir ni tampoco se mantiene por inercia, puesto que las “fuerzas violentas” (Gordillo, 2018: 19) que generaron los escombros siguen vigentes a pesar de todo (la sojización sigue, efectivamente, en pie). En La Lucía y Recabarren, la ansiedad por la disolución –al menos para quienes apostaron por tener un “pueblo con forma pueblo”– siempre está presente. En 2016, por ejemplo, hubo un cambio de partido en la gestión municipal de Balmaceda y las nuevas autoridades decidieron, en ese contexto, recortar la relevancia y el presupuesto asignado a los cuarteles rurales de baja densidad demográfica. Una de las consecuencias de ello fue que el nuevo delegado de La Lucía, por ejemplo, tuviera a su cargo la delegación de ese cuartel y de dos cuarteles más; se trata, además, de un no-residente, de modo que ya no es un vecino y, como me dicen los pobladores con los que conversé, “nunca está”.

Uno de los modos en los que se evidencia la insatisfacción ante este retraimiento es, nuevamente, señalando un ítem específico del paisaje, a saber, las hierbas y plantas que crecen a la vera de calles y vías, y que van borrando los trazados urbanos. “El monte se está comiendo las calles de atrás del pueblo; al delegado, como no vive acá, no le importa”, me dicen en La Lucía; “mirá, la vía está hecha un yuyeral, es un monte”, se quejan en Recabarren, donde el delegado municipal ya no tiene recursos para contratar a un empleado que lo ayude.

Evidentemente, ante el retraimiento de uno de los actores principales en el proceso de urbanización de los pueblos –los tomadores de decisiones estatales–, los escombros otrora aglutinados comienzan, otra vez, a desintegrarse; esta situación es expresada a través del señalamiento de ciertos ítems del paisaje, como el monte, percibido, con indignación, como “materia fuera de lugar” (Douglas, 2004), y nos recuerda que, en definitiva, los estados materiales son, también, estados sociales.

### **A la caza de escombros desintegrados en Severino Hernández (y en los talleres de Villa Quintana)**

Nos gustan los lugares en ruinas porque ahí se ven detalles,  
se ven cosas diferentes.

Mirtha, 56 años, y Laura, 57 años; fotografías de Villa Quintana.

Así como hay estaciones que han sido refuncionalizadas y transformadas en “espacios de urbanidad”, existen otras que no se han salvado ni de la “depredación” humana ni de la del tiempo y que, a pesar de ello, continúan siendo utilizadas y sirviendo de punto de partida y de llegada; uno de estos usos emergentes es el de servir de “objetos fotografiables”. En la red, proliferan, en efecto, *blogs*, sitios *web* y de *Facebook*<sup>12</sup> en los que fotógrafos aficionados o profesionales publican las fotografías que sacan en sus excursiones por pueblos bonaerenses; nunca falta, entre ellas, el retrato de la estación.

---

12. Hasta la fecha, he contabilizado casi treinta sitios en los que se relatan experiencias de viajes y, sobre todo, se exhiben fotografías; uno de los más conocidos en el sitio de Facebook “Pueblos Buenos Aires”, que cuenta con aproximadamente 225.000 seguidores ([https://www.facebook.com/JuanVielTemperley/?ref=br\\_rs](https://www.facebook.com/JuanVielTemperley/?ref=br_rs))

En mi trabajo de campo, tuve la oportunidad de conocer a fotógrafos y fotógrafas que – ya fueran residentes en distintos cuarteles balmacedense, ya visitantes asiduos por lazos de parentesco o de amistad– tienen la afición de, en los fines de semana, adentrarse por los caminos rurales “a la caza” de escenas para fotografiar. Entre sus puntos preferidos se encuentran “las ruinas de Severino Hernández” que, en los últimos años, se han vuelto sede de excursiones dominicales. Estas ruinas se encuentran en el cuartel de Mentaberry (53 habitantes en su casco urbano), cuya estación lleva el nombre de “Severino Hernández”. El recorrido de los visitantes comienza, precisamente, en dicha edificación ferroviaria, que se encuentra abandonada; desde ella, se ingresa en un complejo de ruinas del auge del modelo agroexportador que consiste en una capilla neogótica en ruinas, una antigua escuela y, para quienes logran acceder, el casco de la estancia que dio origen al pueblo y que, en la década de 1950, ya había dejado de funcionar como establecimiento agroindustrial (imágenes 7 y 8).



Imagen 7. Escuela abandonada de Severino Hernández. Fotografía de M. Rivero.

Imagen 8. Capilla abandonada de Severino Hernández. Fotografía de M. Rivero.

La nostalgia es un sentimiento muy evocado en los comentarios de *Facebook* a este tipo de fotos, a través de los cuales, a la distancia, la gente recuerda su infancia en algún pueblo o añora la vida que nunca tuvo en uno. También lo es la denuncia de las “fuerzas violentas” (Gordillo, 2018: 19) que redujeron estos lugares a escombros; es común, en efecto, encontrar comentarios en los que se transmiten quejas y expresiones de indignación contra “los políticos” que han desmantelado un pasado argentino de esplendor agrícola y ferroviario. “No hay nada más bello que esos viejos pueblos de campo, hoy abandonados por la corrupción política argentina”, comentaba, por ejemplo, una mujer llamada Beatriz en una foto de La Lucía en el sitio

*Pueblos Buenos Aires*.<sup>13</sup> Una cuestión llamativa, en todo caso, es que estas “estructuras de sentimiento” (Williams, 2011) suelen ser asociadas a los pueblos por personas que no residen en ellos y que no se dedican a la fotografía. Por su parte, desde el punto de vista de los fotógrafos con los que he interactuado, estos sentimientos pueden llegar a hacer aparición, aunque quedan opacados ante otro tipo de observaciones (imagen 9).



Imagen 9. Estación de Severino Hernández. El fotógrafo, al enviármela, escribió: “Acá le quise sacar al bosque rodeando la estación”. Fotografía de F. Dupetit.

Para Facundo, autor de esta fotografía y residente de una localidad cercana al partido de Balmaceda, el “bosque” –que creció allí porque nadie se ocupó de cortarlo– es el elemento gracias al cual la estación se vuelve digna de interés fotográfico. En relación con esta nueva aparición del monte, existe otra situación de interés. Hace un año, los herederos del casco de la estancia abandonada, que en un principio habían visto estas excursiones dominicales como una invasión a la propiedad privada, empezaron a aprovechar la afluencia de visitantes; ahora, una vez al mes, un cura da misa en la capilla a cambio de un pequeño monto y se emplazaron algunos carteles con información histórica acerca de las edificaciones. Se trata, claramente, de un esfuerzo incipiente por establecer una “industria del patrimonio” (Gordillo, 2018: 23) y, tal vez, de convertir los escombros en ruinas y en “objeto de consumo” (Prats, 1998: 70).

13. [https://web.facebook.com/pg/JuanVielTemperley/hotos/?tab=album&album\\_id=385768918249215](https://web.facebook.com/pg/JuanVielTemperley/hotos/?tab=album&album_id=385768918249215)

En este intento, la primera vida afectada ha sido la del monte, podado “para seguridad de los visitantes”. Cuando les pregunté por esta nueva disposición a Mirtha (56 años) y Laura (57 años), dos fotógrafas quintanenses pioneras en las visitas a Severino Hernández, me dijeron que las preferían “con el monte, toda la vida, sin que esté la mano del hombre”. Los escombros sin vegetación se transformaban, para ellas, en ruinas “urbanizadas” y, por lo tanto, les generaban menos interés. Evidentemente, la “materia fuera de lugar” (Douglas, 2004) que en La Lucía o Recabarren se presentaba como un agente desintegrador de la urbanidad y como una entidad a ser erradicada, en Severino Hernández generaba, al menos entre ciertos actores, fascinación visual y un concomitante deseo de conservación.

Mirtha y Laura empezaron a incursionar en la fotografía en las calles y las infraestructuras de su pueblo, Villa Quintana (partido de Balmaceda, 1.826 habitantes), que se encuentra emplazado junto a un enorme taller ferroviario –recordado por los quintanenses como otrora “el más grande de América Latina”– que alguna vez dio trabajo a la mayoría de los pobladores y que luego, por largos años, devino contenedor de escombros ferroviarios, vagones viejos y chatarra herrumbrada.<sup>14</sup> Ese espacio –donde, años atrás, habían trabajado los abuelos, padres o maridos de Mirtha y Laura– se transformó en uno de sus lugares preferidos para sacar fotos (imágenes 10 y 11).

Cuando les pregunté a Mirtha y Laura por qué habían sacado estas fotografías, qué les había atraído de estas escenas, me respondieron que había sido la destrucción. Con “destrucción”, sin embargo, no se referían a la que en la década de 1990 había vuelto escombros la fuente de trabajo de sus parientes –como yo, *a priori*, pensaba, en clave de denuncia, tal como lo hacían los comentaristas de *Facebook*–. Estaban hablando, me aclararon, de la destrucción de los materiales:

Mirtha.— ¿Por qué la foto? Nos gustó que se viera eso, el relleno de los asientos, la gomaespuma, los resortes, que son partes que nunca se ven, que en pocos lugares son fáciles de ver...

---

14. A fines del 2017, el taller fue concesionado a una empresa rusa que procedió a cerrar el acceso a los galpones a personas ajenas a la compañía, incorporando guardias y cámaras de seguridad. Esta situación –entre otras más complejas– generó incomodidad entre una parte de mis interlocutores quintanenses, que solían circular por los talleres aun cuando ya no se desempeñaban en el ferrocarril.



Imagen 10. Taller ferroviario de Villa Quintana. Fotografía de Laura.

Imagen 11. Vagón abandonado en el taller. Fotografía de Laura.

Laura.— Sí, a mí lo que me encantó acá fue ver esa combinación de materiales, los yuyos que entran por los vidrios rotos del vagón; la textura de los guijarros sobre ese fondo de plantas.

Evidentemente, sacar estas fotos no era, para ellas, denunciar las “fuerzas violentas” productoras de escombros. Tampoco se trataba de fotografiar “ruinas” en el sentido de Gordillo, es decir, espacios fetichizados en los que las fuerzas destructivas –del neoliberalismo, de la “sojización”– aparecían invisibilizadas (para Mirtha y Laura, esto era sencillamente imposible porque esas fuerzas las habían afectado profundamente a lo largo de sus vidas). En definitiva, los escombros no eran –o por lo menos no únicamente– un modo de transmitir visualmente una “experiencia articulada” (Williams, 2003; Segura, 2015) del pasado, sino que más bien constituían el punto de partida para tener una experiencia desautomatizada y estetizante de la materia “fuera de lugar” (Douglas, 2004) en el presente.

El geógrafo Tim Edensor, quien situó varias de sus investigaciones en establecimientos industriales abandonados del Reino Unido, sugiere que en este tipo de espacios los objetos aparecen sujetos a ordenamientos distintos de los que les son usuales en la vida cotidiana; al perder sus funciones originales, la forma y la textura de las cosas –es decir, sus características materiales– quedan en primer plano: los objetos “se vuelven menos familiares y también más enigmáticos; contravienen nuestro sentido común de la perspectiva; desafían la posición que se supone deberían ocupar” (Edensor 2005: 321; la traducción es mía). Estas reflexiones de Edensor –que recuperan, a todas luces, una experiencia personal– coinciden en gran medida con las observaciones que, en el fragmento de entrevista citada, Mirtha y Laura hacían acerca de sus fotos del taller de Villa Quintana.

## Reflexiones finales

En el apartado introductorio, retomábamos dos significaciones históricamente asociadas al concepto de “experiencia” que Raymond Williams reconstruía en *Palabras Clave* (Williams, 2003). La primera de ellas la identificaba con el conocimiento “reunido sobre los acontecimientos pasados, ya sea mediante la observación consciente o por la consideración y reflexión” (Williams, 2003: 138); la segunda se refería a “un tipo particular de conciencia que en algunos contextos puede distinguirse de la razón y el conocimiento” (Williams, 2003: 138). Mientras la primera se dirige al orden de lo pasado, al de lo “ya articulado” y, por ende, de lo discursivo, la segunda incorpora otras formas de conciencia menos racionales, ubicadas más cerca del presente y menos de “lo dicho”. A lo largo de este escrito, hemos intentado recuperar las experiencias que los habitantes de pequeñas aglomeraciones del “interior” de Balmaceda tienen y han tenido al vincularse con los “escombros” de viejos sistemas productivos, persistentes en el paisaje, en los discursos, en las urbanizaciones y en las fotografías. Mientras algunas de ellas dialogan con la primera definición dada por Williams al término –aquella que lo liga al pasado y a “lo articulado”–, otras se alinean con la segunda, es decir, con la experiencia “presente”.

Al traer a cuento esta diferencia, como ya se señaló en la introducción, no pretendo hacer una clasificación tajante; eso sería sencillamente artificioso. En efecto, desde la perspectiva de mis interlocutores, el presente suele estar ligado –por continuidad o por contraste– con algún tipo de pasado; además, las “experiencias pasadas” tampoco pertenecen al completo dominio de “la razón” (Williams, 2003: 138). Teniendo en cuenta estos reparos, aquí recupero esta doble definición, productiva para subrayar algunos usos y vínculos con restos materiales que no se pliegan a las nociones de “patrimonio”, de “conservación”, de “identidad” o de “comunidad”, típicamente más ligadas al pasado y en relación con las cuales se han estudiado a menudo este tipo de poblaciones.

En Balmaceda, de manera frecuente, los escombros aparecen vinculados a experiencias previas, como cuando funcionan de “índice material” de las actividades productivas y del peso demográfico que alguna vez tuvieron las pequeñas localidades, y que se encuentran ausentes en la actualidad.<sup>15</sup> Este

---

15. En este sentido, vemos cómo el pasado aparece, de todos modos, ligado al presente, ya sea por continuidad –los restos materiales de otros tiempos permiten ver una situación de desdoblamiento aún

señalamiento suele ir acompañado de la expresión verbal acerca de estas ausencias, e implica, por lo tanto, la expresión de una experiencia articulada en el lenguaje –en este caso, una “experiencia de despoblamiento”– acerca de la cual ha habido algún tipo de reflexión consciente.

Ahora bien, los escombros no solo son piezas materiales a las que se “sobreañaden” o “sobreimponen” (Durkheim, 2016: 255) significados, tornándolos “símbolos” visibles de “experiencias pasadas” (Williams, 2003: 138) de despoblamiento o de, como vimos en el caso del monte, retracción estatal. Dado su carácter material, los escombros son pasibles, también, de ser utilizados de manera creativa para la construcción de otros ítems igual de materiales que ellos: centros de salud, comisarías, caminos de tránsito pesado o plazas. En La Lucía y Recabarren, estas reintegraciones de escombros posibilitaron, en retorno, nuevas “experiencias de urbanidad” a sus habitantes.

En este proceso, la refacción de edificios tales como estaciones de tren, que podría ser interpretada como un gesto conservacionista, ligado a la valorización del patrimonio y a la recuperación de una memoria o identidad locales –en definitiva, como orientado a la articulación de experiencias pasadas (Williams, 2003)–, para la mayoría de mis interlocutores significó, simplemente, la “experiencia presente” (Williams, 2003) de una mejora en sus condiciones de vida cotidianas. Incluso para una delegada como Eva –que, desde su rol municipal, se encuentra más familiarizada con la idea de “patrimonio”–, el espacio de la estación fue, en sus palabras, “aprovechado” porque estaba a disposición pública y porque era idóneo para cumplir determinadas funciones.

Finalmente, el último apartado pone el foco sobre lo que sucede cuando los lazos sociales no logran mantener integrados los escombros y generan una “experiencia de urbanidad”. Aquí se abre la puerta a un nuevo tipo de vivencia, limitada a ciertos actores específicos: una experiencia estética del material. En el caso de los fotógrafos balmacedenses con los que pude dialogar, el valor estético asignado a talleres, estaciones y construcciones abandonadas posiblemente no se relacione tanto con la noción de “ruinas” como con la de “escombros”. Es decir, lo que estos artistas desean no es la reconstrucción o la conservación de ciertos espacios para que, en su materialidad, aparezca más claramente el testimonio de un pasado de esplendor –de un pasado “patrimonializable”–; por el contrario, su fascinación se vincula

---

vigente–, ya sea por contraste –entre un estado de cosas previo y otro actual–.



con la decadencia sin salvar, la destrucción de los materiales, su exposición a los agentes climáticos y vegetales. En definitiva, esta “experiencia estética”, al igual que la “urbanizadora”, se ubica más cerca de la segunda connotación asignada al término por Williams, es decir, aquella ligada al orden de lo presente y, también, de lo no articulado en el lenguaje o, al menos, de lo no articulado en un lenguaje narrativo.

En todos los casos, son las “cosas” –y los espacios que ellas contribuyen a conformar– los que han facilitado aquí la reconstrucción de las distintas experiencias mencionadas. Los ítems materiales constituyen, en efecto, una invitación a indagar en quiénes los han producido, cómo se usan, cómo se han usado y para qué. Dada su presencia cotidiana y su carácter sensible, el estado de las cosas –y lo que los actores piensan de él– brinda la posibilidad de ver con qué fuerza siguen vigentes los procesos sociales que las originaron, las re-utilizaron, las destruyeron o las abandonaron. En definitiva, la atención sobre el orden de lo material permite comprender no solo cómo los actores se vinculan con distintos procesos y experiencias del pasado, sino que, al mismo tiempo, abre el campo a la observación de otras temporalidades: al contemplar las relaciones que los actores establecen con las cosas y los espacios en su vida cotidiana, ellos nos dejan captar algo de su experiencia vivida en el presente.

## Referencias bibliográficas

- Albadalejo, Christophe. 2006: “De la Pampa agraria a la Pampa rural: la deconstrucción de las ‘localidades’ y la invención del ‘desarrollo rural local’”. *Párrafos Geográficos*, año 5, n.º 1, pp. 27-53.
- Appadurai, Arjun. 1991: “Introducción. Las mercancías y la política de valor”. En Appadurai, Arjun (comp.): *La vida social de las cosas*. México D. F.: Grijalbo, pp. 17-87.
- Becker, Howard. 2008: *Outsiders*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bordagaray, Susana. 2010: *Juntos bajo el cielo de Bragado*. Bragado: Biblioteca Pública Manuel Belgrano.
- Capel, Horacio. 2002: *La morfología de las ciudades*, vol.1: *Sociedad, cultura y paisaje urbano*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Carozzi, María Julia. 2003: “Carlos Gardel, el patrimonio que sonríe”. *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 9, n.º 20, pp. 59-82.

- Chazarreta, Adriana y Rosati, Germán. 2016: “Los cambios en la estructura social agraria argentina”. En Kessler, Gabriel (comp.): *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 86-107.
- Damín, Nicolás. 2015: *Sociología, historia y memoria de los pueblos ferroviarios*. La Plata: Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires.
- De Jong, Ingrid. 2003: *Historia, etnicidad y memoria: el proceso de conformación de la identidad indígena en la tribu amiga de Los Toldos (Provincia de Buenos Aires)*. Tesis de doctorado, UBA, FFyL.
- De Silvey, Caitlin y Edensor, Tim. 2013: “Reckoning with ruins”. *Progress in human geography*, año 37, n.º 4, pp. 466-485.
- Douglas, Mary. 2004: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Durkheim, Émile. 2016: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Buenos Aires, Gorla.
- Edensor, Tim. 2005: “Waste matter. The debris of industrial ruins and the disordering of the material world”. *Journal of material culture*, vol. 10, n.º 3, pp. 311-322.
- Guibert, Martine y Sili, Marcelo. 2011: “L’Argentine: expansion agricole et dévitalisation rurale”. En Yves Jean y Martine Guibert (comps.): *Dynamiques des espaces ruraux dans le monde*. [s. l.]: Armand Colin, pp. 338-351.
- Gordillo, Gastón. 2018: *Los escombros del progreso. Ciudades perdidas, estaciones abandonadas y deforestación sojera en el norte argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gorelik, A. 1999: “Historia de la ciudad e historia intelectual”. *Prisma. Revista de historia intelectual*, [s. d.], pp. 209-233.
- Gras, Carla y Hernández, Valeria. 2013: *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización*. Buenos Aires: Biblos.
- Kopytoff, Igor. 1986: “La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso”. En Appadurai, A. (comp.): *La vida social de las cosas*. México D. F.: Grijalbo, pp. 89-122.
- Lefebvre, Henri. 1991: *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Litteras, Luciano. 2016: “De litigios, recursos y sumarios. La propiedad de la tierra en la tribu Melinao (Buenos Aires, segunda mitad del siglo XIX)”. *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria*, año 24, n.º 2, pp. 59-84.
- Noel, Gabriel. 2012: “Historias de pioneros. Configuración y surgimiento de un repertorio histórico-identitario en la costa atlántica bonaerense”.

- Atek Na*, n.º 2, pp. 165-205.
- Noel, Gabriel. 2016: "Las ciudades invisibles. Algunas lecciones teóricas y metodológicas surgidas del abordaje de aglomeraciones medianas y pequeñas en el límite de un *hinterland* metropolitano". *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, año 15, n.º 45, pp. 66-77.
- Prats, Llorenç. 1998: "El concepto de patrimonio cultural". *Política y Sociedad*, año 27, pp. 63-76.
- Ratier, Hugo. 2003: "Estrategias regresivas en la Pampa globalizada y las fronteras entre lo rural y lo urbano". *Runa*, n.º 24, pp. 233-255.
- Ratier, Hugo. 2009: *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires: La Colmena.
- Sánchez, Jorge. 2015: *Despoblamiento de pequeñas localidades en Argentina: ¿es responsable el tren?* San Martín: Documentos de Trabajo del Instituto de Transporte de la Universidad de San Martín.
- Segura, Ramiro. 2015: *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. San Martín: UNSAM Edita.
- Sili, Marcelo. 2007: "Les espaces vides de la modernisation rurale. Dépeuplement et marginalisation des espaces ruraux en Argentine". En Van Celst, F. (comp.): *Habiter et vivre dans les campagnes de faible densité*. Clermont Ferrand: Ceramac.
- Tilley, Christopher. 2006: "Introduction: identity, place, landscape and heritage". *Journal of material culture*, año 11, n.º 7, pp. 7-32.
- Vapñarsky, César y Gorojovsky, Néstor. 1990: *El crecimiento urbano en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Williams, Fernando. 2004: "Arquitectura ferroviaria". En J. Liernur y F. Aliata (eds.): *Diccionario de arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades* (76-87). Buenos Aires: Clarín Arquitectura.
- Williams, Raymond. 2003: "Experiencia". En: *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 137-140.
- Williams, Raymond. 2011: *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.

## Experiencia y cuerpo

# La crueldad y las mujeres privadas de libertad

Alejandra Rodríguez

## Introducción

Son las 9.15 de la mañana de un martes de septiembre. El sol pega fuerte. Espero a los talleristas en la esquina de la cárcel Devoto para hacer juntos el ingreso.<sup>1</sup> Observo el movimiento en la vereda del penal. Mujeres que llegan con sus bolsas de distintos colores y tamaños, las traen cargadas de alimentos. Sobre la vereda de enfrente, otro grupo de mujeres se encuentran sentadas en ronda compartiendo el mate y la charla mientras esperan a que se abran las puertas del penal para que la visita pueda ingresar. Pocos varones en la escena. Solo algunos niños. Mientras espero recuerdo cuando era niña y pasaba, todos los días camino a la escuela, por la vereda de la Unidad Penal N° 13 de mujeres en Santa Rosa, La Pampa. La altura de esos muros, las voces y los gritos que se escuchaban desde adentro, eran para mí signo de un mundo desconocido, motor de curiosidad y el comienzo de las preguntas que acompaña hasta hoy mi inquietud sobre la vida en la cárcel.

A partir del análisis de un corpus de relatos –textos y testimonios– de mujeres<sup>2</sup> que estuvieron privadas de libertad, nos proponemos indagar sobre las formas en que circula la crueldad sobre los cuerpos de las mujeres que pasaron por la cárcel. El presente artículo recorre los siguientes interrogantes que motivan su desarrollo: ¿Cómo entender esa crueldad? ¿Es algo interno de la cárcel o es necesario comprenderla como parte de continuo entre el adentro y el afuera? ¿Qué situaciones de crueldad podemos identificar a

---

1. Durante los años 2009-2010 realicé la coordinación pedagógica de talleres artísticos y culturales en la Unidad Penal de Devoto, el Complejo Penitenciario de Ezeiza y la Unidad Penal N° 27 del Hospital Moyano en el marco de un proyecto del Laboratorio de Políticas Públicas (LPP).

2. Si bien utilizamos el término mujer, incluimos en él a mujeres cis, lesbianas, trans y travestis.

partir de los textos analizados? Nos interesa aproximarnos a estos relatos como expresión de “la experiencia y desde la experiencia” (Jorge Larrosa, 2006: 87). Con el propósito de dar lugar a las múltiples dimensiones y posibilidades que esta palabra nos plantea, intentaremos comprender desde las fuerzas mismas que los atraviesan en su producción. Los relatos y testimonios corresponden a integrantes del colectivo YoNoFui, algunos fueron publicados en la revista *YoSoy* y otros recogidos en registros y entrevistas realizadas como parte del trabajo de campo (2014-2016) de mi tesis maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural en IDAES.

La vinculación con el tema de investigación surge a partir de una experiencia personal en el ámbito laboral. Desde 2003 hasta 2008, trabajé en la Coordinación de Modalidad Educación en Contextos de Encierro del Ministerio de Educación de la Nación. Desde este lugar institucional, desarrollé y gestioné junto a un equipo técnico pedagógico una línea de trabajo denominada “Arte, Cultura y Derechos Humanos”, que consistió en el diseño, la planificación y la gestión de propuestas artísticas desarrolladas en escuelas de instituciones penales federales y provinciales de nuestro país. Esta experiencia profesional me permitió una inmersión profunda en la temática, a la vez que me aportó un conocimiento a escala nacional sobre las complejidades y tensiones que atraviesa la educación en las instituciones de encierro. En 2013 inicié el contacto con la organización YoNoFui y comencé a realizar observaciones participantes en sus distintos talleres y actividades adentro y afuera de la cárcel. Actualmente soy parte de la organización, me desempeño como tallerista de Comunicación en el Centro de Rehabilitación de Drogas (CRD) del Complejo IV de Mujeres de Ezeiza y me encuentro a cargo de la Coordinación del área de Educación y Formación Política Pedagógica.

### **Sobre YoNoFui**

YoNoFui es un colectivo feminista, de carácter político-cultural que desde 2002 viene trabajando en forma sistemática en las unidades penales de mujeres de Ezeiza.<sup>3</sup> Actualmente la organización está integrada por mujeres que pasaron por experiencia de cárcel, mujeres en arresto domiciliario y otras

---

3. Desde el año 2015 el trabajo de YoNoFui se amplió a la Unidad 47 de José León Suarez y a la Unidad Federal N° 13 de Santa Rosa, La Pampa.

que se encuentran en situación de calle. Su concepción parte de una crítica hacia las relaciones de poder y desigualdad estructural existentes, buscando la transformación social y la creación de nuevas formas de vinculación y construcción colectiva. El trabajo específico de la organización consiste en la realización de talleres artísticos, de comunicación y productivos con la finalidad de acompañar el proceso de recuperación de libertad e integración en la vida social y el mundo del trabajo por parte de las mujeres. Además del trabajo intramuros, desarrollan sus talleres y propuestas en el afuera con mujeres exdetenidas y otras que se encuentran con arresto domiciliario.

El proyecto colectivo, apoyado en espacios de creación artística y de capacitación en oficios, se sitúa fundamentalmente en el tránsito entre el adentro y afuera de los muros de la cárcel (YoNoFui, 2015). Esta característica de la organización se presenta como una potencialidad política, mientras que el sentido de las actividades, los proyectos y las propuestas que se desarrollan están orientadas a producir constante vinculaciones y relaciones entre la vida en la cárcel y el afuera.

## Mujeres privadas de libertad en la Argentina

En la Argentina, más del 60 % de las mujeres privadas de libertad cometieron delitos primarios vinculados al narcomenudeo o la venta de droga tipo “quiosquito”,<sup>4</sup> tienen bajo nivel educativo y muchas de ellas viven en condiciones de pobreza. Por lo general son responsables del cuidado de personas dependientes –niños, jóvenes, personas de mayor edad o con discapacidad– y llegan a la privación de libertad como parte de un continuo vital marcado por un sinnúmero de situaciones de desamparo, carencias y violencias (IDPC-OEA, 2016). La investigación citada previamente plantea como hipótesis que las actuales políticas de control de drogas han dado lugar a una excesiva criminalización y encarcelamiento de mujeres en nuestra región.

A pesar de que llevan la peor parte de las políticas punitivas, estas mujeres rara vez son una verdadera amenaza para la sociedad; la mayoría son detenidas por realizar tareas de bajo nivel pero de alto riesgo (distribución de drogas a pequeña escala o por transportar droga), como una

---

4. Llamada así a la venta de droga en pequeña escala y para la supervivencia.

manera de enfrentar la pobreza o, a veces, por la coacción de una pareja o familiar. Su encarcelamiento poco o nada contribuye a dismantelar los mercados ilegales de drogas y mejorar la seguridad pública. Por el contrario, la prisión suele empeorar la situación, dado que reduce la posibilidad de que encuentren un empleo decente y legal cuando recuperan la libertad, lo que perpetúa un círculo vicioso de pobreza, vinculación a mercados de drogas y encarcelamiento (OAS, 2016: 3).

El diagnóstico expuesto reconoce que la mayoría de las mujeres privadas de libertad han vivido experiencias de discriminación y violencia antes de su encarcelamiento; y que este tiene consecuencias devastadoras para las mujeres, sus familias y comunidades, principalmente cuando son madres o tienen personas dependientes bajo su cuidado.

En el año 2008, el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), el Ministerio Público de la Defensa (MPD) y la Procuración Penitenciaria Nacional (PPN) realizaron una investigación sobre la situación de las mujeres privadas de libertad en siete unidades penales federales de la República Argentina.<sup>5</sup> Este trabajo postula que las mujeres detenidas están procesadas o condenadas en su gran mayoría por delitos no violentos. Se trata de una población penitenciaria primaria (es decir, sin experiencia previa en el sistema penal), con importantes responsabilidades familiares, ya que son madres y el único sostén económico en hogares monoparentales. El 85 % son madres, en su mayoría jefas de hogar. El 80 % no cuenta con detenciones previas. Solo el 33 % finalizó la secundaria. La mayoría estaba empleada en tareas de alta informalidad. Por otra parte, en cuanto a la situación procesal, más de la mitad de las 150 mujeres entrevistadas estaban privadas de su libertad en forma preventiva, es decir, sin condena firme (CELS, 2011).

Esta situación abarca también a las cárceles de mujeres en América Latina. Al respecto, Carmen Antony (2007) plantea la dramática situación de las mujeres privadas de libertad que sufren el estigma de romper con el papel de esposas sumisas y madres presentes asignado socialmente, al que se le

---

5. Esta investigación se llevó a cabo en el período comprendido entre el 20 de junio y el 21 de agosto de 2008, en las siguientes unidades de alojamiento de mujeres del SPF: N° 3, "Instituto Correccional de Mujeres" (Ezeiza); Módulo V del "Complejo Penitenciario Federal I" (Ezeiza); N° 31, "Centro Federal de detención de mujeres Nuestra Señora del Rosario de San Nicolás" (Ezeiza); N° 13, "Instituto Correccional de Mujeres Nuestra Señora del Carmen" (La Pampa); N° 22, "Cárcel Federal de Jujuy" (Jujuy), y N° 27, "Unidad Psiquiátrica Moyano" (Ciudad de Buenos Aires). Además, en la Unidad N° 23 (Salta) se relevó información cualitativa para el diseño del proyecto y los instrumentos de producción de datos.



suma el ser víctimas de violencia sexual e institucional. Por otra parte, viven en condiciones de hacinamiento, sin la atención médica necesaria y no son atendidas las realidades de las mujeres lactantes o de aquellas que viven con sus hijos en el encierro.

### La cárcel como continuo

El análisis del presente artículo se organiza a partir de dos ejes de intersección indispensables para el abordaje propuesto: pensar la cárcel como una institución con múltiples fronteras e inscribir en ellas la circulación de la crueldad. Esto supone una comprensión actual sobre la cárcel que la resitúa en las transformaciones que se han desarrollado en las últimas décadas a partir de la participación hegemónica del capital financiero en los territorios (rurales y urbanos) que generan niveles crecientes de violencia como modo de subordinar lo común a la valorización capitalista. Esto implica no solo cuestionar y problematizar los sentidos que circulan en torno a la cárcel, sino reponer una interpretación que lejos de considerarla como una “institución total” (Goffman, 2001); un contenedor de vidas desperdiciadas (Bauman, 2005) o un galpón en tanto destino de las instituciones disciplinaria en tiempos postnacionales (Lewkowicz, 2004), nos permita pensarla como una institución que tiene fronteras que conectan el adentro y el afuera y que se estructuran en torno a múltiples intercambios que dan cuenta de una gran vitalidad. Partimos de la premisa de pensar el papel productivo y estratégico de las fronteras en la fabricación del mundo, de acuerdo con las premisas metodológicas desarrolladas por Sandro Mezzadra y Brett Neilson (2016).

Para analizar la circulación de las violencias, tomaremos las hipótesis planteadas por Rita Segato en *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (2013), quien nos habla de la “pedagogía de la crueldad” al referirse a ciertos modos de producir vínculos sociales. De acuerdo con lo planteado por Segato (2013), no podemos pensar las actuales formas de violencia que constituyen nuevos paisajes que se expanden en las periferias de las grandes ciudades de América Latina, producto del agronegocio, el megaextractivismo, la economía narco, la especulación inmobiliaria, sin proponer modelos que nos permitan hacer apuestas sobre su significado.

En la cárcel, al igual que en diferentes territorios, se produce y reinventa constantemente la crueldad. Los cuerpos de las mujeres la experimentan en

diferentes formas: a través de la saturación del Estado en sus vidas durante el tiempo de privación de libertad y su ausencia total al momento de la salida; en la experiencia de múltiples violencias previas a la cárcel y reforzadas durante el tiempo de encierro y en las formas de explotación y endeudamiento a las que son arrastradas las mujeres para poder supervivir. En este sentido, sostenemos que no es posible abordar la crueldad dentro de las cárceles sin ponerla en relación con una “pedagogía de la crueldad” de los territorios. De ahí la necesidad de situarnos en el continuo territorio-cárcel como vector de problematización.

### **La circulación de la crueldad sobre los cuerpos de las mujeres**

El día a día en el encierro va configurando una burbuja dentro de la cual se dan las relaciones interpersonales, se convive con la violencia, los malos tratos y en la mayoría de los casos en condiciones materiales de vida muy precarias. Este aspecto se combina con una sobrepresencia del Estado en las vidas de las mujeres privadas de su libertad. El servicio penitenciario determina la alimentación, el descanso, las rutinas, el trabajo, el castigo; la posibilidad de acceder o no a propuestas educativas y culturales; la disponibilidad o no de tiempo libre y de momentos de intimidad. Así, el régimen de la prisionización define la organización de la vida al interior del penal y convierte a las personas en sujetos saturados de Estado. La institucionalización produce un efecto performativo de saturación sobre esas vidas (Rodríguez y Varela, 2011). Muchas mujeres reconocen esta situación como una experiencia de gran fragilidad al momento de salir de la cárcel.

La pérdida de autonomía, la incapacidad de encarar cosas básicas como cocinarnos, planificar nuestro día, ordenar nuestros tiempos, hacer cosas por vos misma. Adentro la vida cotidiana está estrictamente pautada; aunque estés en libertad repetís los comportamientos de la cárcel (YoSoy n.º 2, 2016: 28).

Por lo general, las mujeres enfrentan una situación de vulnerabilidad económica y social previa a la condición de encierro y una vez en libertad están expuestas a seguir viviendo de manera precaria, con escaso o nulo acceso a educación, salud, vivienda o a un trabajo digno. Resulta muy complejo

imaginar las posibilidades reales que tienen las mujeres una vez recuperada la libertad, ya sea para construir un proyecto de vida o desarrollar niveles de autonomía, desde esa posición de fragilidad. Más aún, si tenemos en cuenta los efectos subjetivos que produce el encierro, marcando sus destinos vitales, porque el estigma “de haber estado presa” las acompaña aun en libertad. El afuera se presenta inhóspito y hostil, ya que a la estigmatización se le suma la ausencia de políticas pos penitenciarias que arrastran un historial de impotencia a la hora de acompañar los procesos de recuperación de libertad. A propósito de esto, el fiscal Abel Córdoba<sup>6</sup> señala:

Todos suponemos que la libertad es lo que se busca, pero las condiciones de esa libertad tienen que ver. Hay una continuidad entre la vida en la villa y la vida en una cárcel, y a veces las condiciones son para tener en cuenta en el momento de evaluarlo, porque son situaciones que hasta los operadores judiciales desconocen. Se desconoce la vida de la totalidad de las mayorías populares. (*YoSoy* n.º 1, 2015: 38).

Para un gran número de mujeres, la cárcel se presenta como un lugar de cobijo y de resguardo. En ella se encuentran por primera vez en su vida con una política pública: atención a la salud, un trabajo y un salario. En varias oportunidades, se han visto mujeres que no quieren salir de la cárcel, o que una vez en libertad desean volver. Allí tienen contruidos sus mundos y sus vínculos afectivos, además de, en muchos casos, su primer trabajo formal y sus derechos básicos garantizados, sostiene la poeta María Medrano, coordinadora general de *YoNoFui* (2016: 5). El afuera, esa libertad tan idealizada, es de un total desamparo no solo por la situación de vulnerabilidad económica y material en la que se encuentran, sino porque el tiempo de encierro deteriora los lazos familiares y afectivos que tenían antes de ingresar al penal. De este modo, recuperan la libertad en una situación de enorme soledad y carentes de una trama de contención afectiva. Esta situación se agudiza en el caso de las mujeres que están presas con sus hijes, quienes prefieren la cárcel porque a diferencia de la calle, tienen un lugar donde dormir y un plato de comida. Tal como se preguntan en el texto editorial de la Revista *YoSoy*: “¿Existe mayor crueldad que la cárcel volviéndose un horizonte de inclusión para las mujeres pobres?” (2016: 1).

---

6. Abel Córdoba estuvo a cargo de la Procuraduría de Violencia Institucional entre 2013 y 2015.

## Cuerpos atravesados por múltiples violencias

Son innumerables las experiencias de las múltiples violencias que revelan las historias de vida de las mujeres que se encuentran privadas de su libertad o pasaron por la cárcel. Por lo general, provienen de sectores de profunda vulnerabilidad social, esto es, situación de calle o habiendo transitado por distintas instituciones penales desde temprana edad. Este itinerario signado por la pobreza, la precariedad y el sufrimiento es recurrente en sus trayectorias vitales. Una vez en la cárcel las violencias que atraviesan sus cuerpos se acrecientan y luego, al recuperar la libertad, son relanzadas nuevamente a un afuera, sin recibir ayuda, acompañamiento o la protección necesaria para interrumpir este destino. Así, en este continuo entre el afuera y el adentro de la cárcel se produce y reproduce una “pedagogía de la crueldad” que se va naturalizando como parte del paisaje vital de las mujeres.

Yamila está presa en Ezeiza con su hija de 2 años; vivió en la calle desde los 13 y sabe que no puede volver a lo de su tío. Le sobran razones para no querer que su hija pase por lo que ella pasó ahí, entonces no quiere salir del penal. “No se abraze a la reja porque es inútil”, le dijo su defensor. (YoSoy n° 2, 2016: 27).

Habitualmente, tendemos a pensar que las prácticas de violencia en la cárcel vienen del Servicio Penitenciario o desde el Estado, pero lo que revelan los testimonios de las mujeres es que la violencia circula de una manera mucho más compleja dentro de la cárcel. No circula solo de arriba hacia abajo, sino que las propias convivencias e intercambios incluyen niveles de agresión, los que se traducen en una “pedagogía de la crueldad” que toma todo el espacio de encierro y afecta las relaciones entre presas y entre éstas y fuerzas de seguridad. La violencia no es una excepcionalidad o una circunstancia particular, sino un lenguaje disponible, cotidiano, que hace a las formas de supervivencia tanto en el adentro como en el afuera. Así lo cuenta Merlina India en un ensayo titulado *Primer día en el penal*:

Me llevaron al pabellón 10, que en ese momento era “villa”, donde tuve otro recibimiento más común. Ahí tuve un bondi,<sup>7</sup> por mi cara nomás tenía problemas. Aprendí a vestirme con casaca, pantalón flojo y rodete. Un día estaba cocinando, se me acerca una pareja y una me dice: “¿Qué? ¿Estás perseguida?”. “Sí, están atrás mío y me están mirando, estoy perseguida”; siempre fui cocorita<sup>8</sup>, hasta en la cárcel. Entonces me dijeron “seguí cocinando tranquila” y voló la sartén con fideos salteados. Eso no se hace, es bien de ortiva, de cobardes. Una era gorda, y el chongo, un flaquito, me dobló los brazos para atrás y me empezó a dar. Había unas cuchetas de fierro cortadas y me empezó a dar, pa, pa, pa en el ojo, de pedo no me lo rompió, pero sí el tabique (Merlina en *YoSoy* n.º 2, 2016: 7).

En las paredes de YoNoFui, donde todas las semanas se dictan los talleres, sobresale una imagen del rostro sonriente de Florencia “la China” Cuellar. La China estaba privada de su libertad en la Unidad IV del Complejo Penitenciario de Ezeiza, tenía 23 años y participaba del taller de Periodismo de YoNoFui. Comentan sus compañeras y amigas que eran de su “rancho”,<sup>9</sup> que la China tenía mucha personalidad, que hacía notar siempre las violaciones cotidianas de los derechos por parte del Servicio Penitenciario Federal y no lo hacía por ella, sino que siempre la peleaba y la luchaba para el bien de todas. En diciembre del año 2012, apareció muerta en el pabellón.

El 23 de diciembre del 2012 Florencia “La China” Cuellar habló como todas las noches con su papá. [...] Se despidieron esa noche acordando el horario para conversar al día siguiente. Por eso, a Alfredo Cuellar ni a ninguno de los que conocía a La China le cerró la carátula de suicidio cuando más tarde fue encontrada sin vida. Según el Servicio Penitenciario Federal (SPF) La China se habría colgado... lo paradójico es que, cuenta su padre, fue encontrada bañada y cambiada, recostada sobre la cama, para luego ser paseado su cuerpo sobre un colchón por todo el penal como una especie de trofeo, según dijeron sus propias compañeras. A La China le tenían bronca, pero no precisamente sus pares, sino el SPF, porque

---

7. “Bondi” en la jerga carcelaria significa “bardo”, “lio”, “problema”.

8. “Cocorita” que es muy impertinente y soberbia.

9. “Rancho” en la jerga carcelaria significa el grupo de personas con el que tenés afinidad y compartís lo cotidiano dentro del penal.

había participado de varios reclamos en solidaridad con sus compañeras (*YoSoy* n.º 2: 12).

La violencia expresiva según Rita Segato (2013) comprende y concierne determinadas relaciones entre los cuerpos, entre las personas y entre las fuerzas sociales de un territorio. La muerte de “la China” Cuellar en el Penal de Ezeiza y lo sucedido con su cuerpo posteriormente, en tanto práctica de disciplinamiento explícita por parte del Servicio Penitenciario Federal, nos permiten pensar en la violencia expresiva cuya finalidad es la expresión del control absoluto de una voluntad sobre otra. Se trata de una violencia que produce reglas implícitas a través de las cuales circulan consignas de poder que, si bien no son legales, ni evidentes, sí resultan ser efectivas.

Son numerosas las muertes y las torturas sucedidas dentro de las instituciones carcelarias. Sin embargo, no ocupan un lugar en la agenda mediática, ya que para el sentido común el “algo habrán hecho” hace mella con mucha eficacia ante estas situaciones. Este marco de percepción se reitera cuando en las villas o en los sectores populares mueren adolescentes o jóvenes víctimas de la violencia institucional. Este accionar ejercido por las fuerzas de seguridad (policía, gendarmería, agentes penitenciarios) de un lado y del otro del muro, es parte del continuo de violencia entre el espacio de la cárcel y el de los barrios populares, en los cuales la “pedagogía de la crueldad” es moneda corriente y se generaliza como un código disponible.

### **Cuerpos explotados, cuerpos endeudados**

Las mujeres privadas de libertad dentro del Servicio Penitenciario Federal que acceden al trabajo cuentan con el *pecúleo*: el salario que cada una obtiene y que se deposita en una cuenta administrada por el Encope.<sup>10</sup> La mayoría de las mujeres utilizan el *pecúleo* para la subsistencia de sus hijos que están al cuidado de familiares, de modo que no tiene contacto con ese dinero, ya que sale directamente hacia el afuera de los muros. Una situación muy concreta que hace a la crueldad del sistema penitenciario es que solo las mujeres con

---

10. Esta institución es un ente autárquico que regula la dimensión financiera interna del sistema penitenciario. No solo concentra el sistema de pecúleo, y el régimen de trabajo interno en la cárcel, sino también el sistema de contrataciones de empresas de servicio (por ej. el catering) y de empresas que realizan parte de la producción con mano de obra privada de libertad.

condena firme pueden acceder al trabajo, por lo que muchas de ellas deciden firmar una condena voluntaria declarándose de este modo culpables para poder trabajar. Si bien esta condena voluntaria no tiene impacto sobre la causa judicial, no es menor el peso simbólico que acarrea tener que declararse culpable para poder garantizar la subsistencia de sus familias.

A estas actividades económicas legales vinculadas al sistema penitenciario, habría que sumarle las ilegales, que son actividades productivas de valor que regulan el intercambio en la vida cotidiana de la cárcel. En la mayoría de los casos se traducen en jerarquías serviles entre las mismas presas o entre estas y los agentes penitenciarios.

Te hacían trabajar sin cobrar nada. A mí me hacían limpiar toda el área de discapacidad y me mandaban luego a limpiar la panadería y atenderla. Ya en arresto domiciliario, ¡me sacaban a la calle y mandaban a pedir donaciones! (María en *YoSoy* n.º 2, 2016: 34).

Pero esta economía no se limita al intramuros, sino que involucra la vida de los sectores populares que circundan los alrededores de la cárcel, y se extiende a los barrios de donde provienen los familiares y visitantes. Y si bien en la cárcel ni el dinero ni el comercio están permitidos, existen y de las maneras menos imaginadas. En una entrevista, María Medrano, que desde el año 1996 va regularmente a la Unidad Penal de Ezeiza, comentó que en la puerta del Complejo I existía, hace algunos años, un carro que vendía y alquilaba ropa a los visitantes.

Los dueños del carro eran vecinos del barrio que está frente al penal, un barrio muy humilde. Los vecinos vieron el negocio de la venta de ropa y armaron un puestito con unas chapas y unas ruedas. En un momento cambió de dueños, me acuerdo porque amplió la cantidad de productos que ofrecía. Hasta donde supe, los nuevos dueños eran otros vecinos del mismo barrio (María Medrano, 46 años, coordinadora de YoNoFui).

Algunas integrantes de YoNoFui que estuvieron detenidas en el Complejo de Ezeiza, comentaban que ese carro, además de ofrecer comida casera para ingresar al penal, bebidas y artículos de higiene, alquilaba ropa de color y zapatillas para posibilitar el ingreso de la visita, ya que por cuestiones de seguridad interna no se puede ingresar al Servicio Penitenciario Federal con

ropa gris, azul o negra, tampoco con zapatos de taco o borcués, ni con prendas de vestir camufladas o que tengan capuchas. También se alquilaban corpiños sin aros de metal, ya que las mujeres que iban de visita no podían tener corpiño con aro y sin corpiño no podían ingresar. “Me acuerdo que en dos oportunidades tuve que romper mis corpiños para sacarles el aro de metal y poder ingresar al penal” (María Medrano, 46 años, coordinadora de YoNoFui).

En las unidades de mujeres, el comercio de ropa femenina es muy dinámico. Las mujeres que salen de la cárcel con salidas transitorias<sup>11</sup> y las visitas (familiares o exdetenidas) ingresan ropa que compran en la Salada y las venden dentro del penal. Además de ropa, entran productos de limpieza y perfumería que adentro no se consiguen, incluso cosas ilegales para ese ámbito como celulares, bijouteri, o directamente dinero. Así lo relata Liliana Cabrera, integrante de YoNoFui, en un artículo publicado en la revista *YoSoy*:

Teníamos una tradición en la Unidad 31 que fuimos legando a las nuevas generaciones: la torta de pija. Todas tuvieron la suya, desde la más joven hasta las doñitas. Allí estaban las tortas con velas y el miembro erecto, hecho con chocolate cobertura y un preservativo que funcionaba como molde congelado en el freezer tras sacarle el lubricante. Una compañera holandesa pidió dos: una blanca y una negra. Recuerdo también el festejo de los carnavales en los pabellones abiertos. A diferencia de las cárceles de EE. UU., nosotras no usábamos mamelucos, entonces podías ver las mejores marcas europeas desfilando por los pasillos del penal de la mano de las chicas extranjeras compartiendo pasarela con lo mejor de la Salada. Recuerdo la ansiedad con la que todas esperábamos que ellas, las afortunadas chicas de transitoria, volvieran de “afuera” trayendo ropa y productos que les pagábamos en cuotas. Íbamos al comedor, como en una reunión de Tupperware, para que nos mostraran lo que habían traído (Cabrera en *YoSoy* n.º 2, 2016: 11).

Estos bienes, que ingresan de la misma manera que la droga, se pagan con el *pecúleo*, lo que genera que en algunos casos se lo adeude en su totalidad

---

11. Las salidas transitorias permiten a la persona condenada ausentarse del establecimiento carcelario por períodos cortos de tiempo, por lo general fines de semana. El tiempo varía según el plazo de detención cumplido. Estas salidas se realizan bajo condiciones fijadas por el juez de ejecución y se clasifican por el tiempo, el motivo y por el nivel de confianza. (García Yomha, D., Caamaño Iglesias Paiz, C. *Manual Práctico para Defenderse de la Cárcel*, Buenos Aires: INECIP, 2006)



debido a las transacciones entre las mujeres que venden y las que compran. La economía informal e ilegal dentro de la cárcel es muy vital. Según los testimonios de las integrantes de YoNoFui, la más grande es la droga.

Cuando decimos droga decimos: cocaína, paco, porro, pastillas (que en la enfermería te las regalan), y alcohol también. El Servicio Penitenciario también es parte de ese mercado negro. Hay algunos que deciden no ver algunas cosas. O dejan hacer o directamente se involucran. El que decide no ver, recibe una parte. Hay gente del servicio activa que vende y que compra droga. (Esther, 35 años, integrante de YoNoFui).

Muchas chicas adeudan sueldos completos por droga. La mayoría de las muertes o peleas son por deudas o por parejas. Laura estuvo un tiempo en el Centro Médico de la 31, no la aceptaban en ningún penal porque tenía deudas, y sabía que en cualquier pabellón que entrara, la mataban (Karina, 35 años, integrante de YoNoFui).

La deuda se presenta como una forma de crueldad, ya que en muchos casos se pagan con la propia vida. ¿Quién tiene el poder de cobrar una deuda adentro de la cárcel? El poder de adentro se hace sentir por presión sobre quienes deben. Hay quienes tienen el poder de cobrar, y de decidir sobre la vida de las demás. Si se quedan o no en el pabellón. Quién vive y quién no. Así la deuda funciona como mecanismo que regula los intercambios y los modos de vida.

## Reflexiones finales

“La reja se cierra/deja surcos invisibles/en el mosaico/marcas que permanecen/como herida abierta/en las muñecas, cortes verticales en las venas/de esos que no se pueden suturar. Ustedes allá, nosotros acá/en el medio un torrente de vida/que se escapa, imposible unir lo que separa” (Cabrera, 2015: 18).

Consideramos necesario distinguir entre pensar la cárcel como una frontera y pensarla como una institución que tiene múltiples fronteras estructuradas en torno a los intercambios y pasajes que se producen. La crueldad, los cuerpos y los bienes componen ese pasaje de circulaciones continuas entre

el adentro y el afuera, conformando complementariedades, tensiones y conflictos en la vida cotidiana de un lado y del otro del muro. Pensar esas relaciones, nos permite comprender cómo funcionan las conexiones existentes entre la cárcel y las dinámicas de los territorios. La frontera como método proporciona una visión productiva acerca de las tensiones y los conflictos que tornan borrosa la línea entre inclusión y exclusión, adentro y afuera. Así, el barrio y la cárcel, lejos de ser campos desolados, son espacios complejos de intercambios, interacciones y actividades varias en las que se producen contaminaciones y reenvíos recíprocos.

Por otra parte, la idea de frontera nos posibilita hacer inteligibles ciertas lógicas paradójicas de funcionamiento que permanentemente reconfiguran lo que queda de un lado del muro: lo que separa y lo que puede pasar. La circulación de la crueldad sobre los cuerpos atraviesa y constituye esas fronteras, que vuelven borroso los bordes entre el adentro y el afuera y se configuran como dispositivos de articulación entre cárcel, barrio, cuerpos, bienes y crueldad. Las fronteras no son solamente márgenes geográficos y territoriales, sino instituciones sociales complejas “que están marcadas por tensiones entre prácticas de reforzamiento y prácticas de atravesamiento” Mezzadra y Neilson (2016: 22).

En este sentido, la “pedagogía de la crueldad”, al no ser patrimonio exclusivo de las cárceles, define un espacio que no es el del encierro, sino que se extiende en un continuo signado por relaciones de explotación de los cuerpos, un correlato entre cuerpos y territorios insertos en dinámicas de valorización. Mientras las finanzas proponen el borramiento de los cuerpos para el libre flujo del capital, en las interacciones entre la cárcel y el barrio se observa una enorme vitalidad, fundamentalmente entendida como la capacidad de extraerle a la muerte un proyecto propio por el que pasan intensidades. Estas intensidades producto de las múltiples experiencias transitadas en ese continuo, labran las trayectorias vitales de estas mujeres, cuyos pliegues se abren en sus textos y testimonios. Por tal motivo, no es posible pensar la crueldad sin inscribirla en los cuerpos de las mujeres que atravesaron la experiencia de la cárcel y sin ahondar en la densidad de esas experiencias. De modo que las fronteras no las pensamos como externas a sus cuerpos, sino observando el modo en que se proyectan en ellos.

## Referencias bibliográficas

- Antony, Carmen. 2007: "Mujeres invisibles: Las cárceles femeninas en América Latina". *Nueva Sociedad*, n.º 208, pp. 73-85.
- Bauman, Zygmunt. 2005: *Vidas desperdiciadas*. Buenos Aires: Paidós.
- Cels, PMD, PPN (comps.). 2011: *Mujeres en Prisión. Los alcances del castigo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Deleuze, Gilles. 2015: *La subjetivación. Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus.
- Lewkowicz, Ignacio. 2004: *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Mezzadra, Sandro y Neilson, Brett. 2016: *La frontera como método*. Buenos Aires: Tinta Limón y Traficantes de Sueños.
- Rodríguez, Alejandra y Varela, Gustavo. 2011: "Arte, Cultura y Derechos Humanos". En: *Colección Pensar y Hacer Educación en Contextos de Encierro*. [s. l.]: Ministerio de Educación de la Nación. República Argentina.
- Roig, Alexandre *et al.* 2014: "Monedas vivas y monedas muertas, Genealogía del dinero en la cárcel". *Papeles de Trabajo*, n.º 8, pp. 126-143. Disponible en: <http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/Documentos/n13/7.%20Roig%20et%20al.pdf>
- Rolnik, Suely y Guattari, Félix. 2013: *Micropolítica, Cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Segato, L. Rita. 2013: *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.

## Fuentes consultadas

- OAS. 2016: *Mujeres, políticas de drogas y encarcelamiento*. Recuperado de: <https://www.oas.org/es/cim/docs/WomenDrugsIncarceration-ES.pdf>
- YoSoy. 2015: año 1, n.º 1. Buenos Aires: Colectivo editorial Tinta Revuelta.
- YoSoy. 2016: año 2, n.º 2. Buenos Aires: Colectivo editorial Tinta Revuelta.

## ***Influencers, mujeres y running***

### **Algunas consideraciones para entender los nuevos consumos deportivos y los estilos de vida saludable**

Nemesia Hijós

#### **Ponerle cuerpo al *running***

El *running*, que, si bien tiene sus raíces en el atletismo, asume formas específicas que lo hacen emerger como una actividad de liberación y encuentro individual con disposiciones propias, extendida a un público casi sin restricciones. Aunque se presente como un deporte mixto, el mercado ha descubierto en el sector femenino una forma efectiva y redituable de comercializar sus productos, orientando hacia este nicho la producción de indumentaria, calzado, accesorios y alimentos para una vida activa y moderna. Siendo este el que más consume, las marcas deciden estratégicamente generar propuestas para acaparar su atención. A través de *influencers* y “embajadores” que imparten consejos en las redes sociales,<sup>1</sup> la industria deportiva se encarga de poner en circulación imaginarios asociados a identidades, estéticas y estilos de vida saludables, y reproducir imágenes que usualmente responden a estereotipos del cuerpo moderno y atractivo.

El objetivo de este trabajo es analizar las representaciones que se construyen a partir del *running*, prestando atención a la participación de las mujeres, sabiendo que el cuerpo es el elemento central de esta práctica y que

---

1. Los medios de comunicación e internet, desde los *realities shows* hasta los videos en vivo, colaboraron en el devenir de figuras masivas e efímeras. Los *influencers* son personajes reconocidos por su trayectoria o personas “ordinarias” convertidas en celebridades, que cuentan con una masiva popularidad en las redes sociales. En una economía de la atención, las marcas recurren a la publicidad “no convencional”: utilizan el marketing digital, hacen uso de estas personalidades para posicionar productos y, en algunos casos, los nombran “embajadores” para que promuevan modos de vivir y sentir a través de la empatía que generan sus posteos en la audiencia. Pueden tener menor visibilidad que los *influencers*, pero son los mejores prescriptores, porque lo hacen desde su vivir diario, desde la sinceridad de estar recomendando algo que realmente les gusta.

el mercado tiene un lugar fundamental para fijar necesidades, impregnar valores y delimitar disposiciones corporales. Para ello, reflexionaré sobre mis registros etnográficos, en conjunto con una serie de publicidades y publicaciones en las redes sociales donde esta actividad deportiva es representada, o se auto-representa, como modelo/ejemplo del nuevo ideal de individuación.

Mi trabajo de campo con corredores amateurs comenzó en abril de 2016 cuando descubrí que la marca *Nike* auspiciaba una plataforma de entrenamiento llamada *Nike+ Run Club* (de ahora en más, NRC) con algunas actividades deportivas: *running* (mixto), entrenamiento funcional (para mujeres) y fútbol (para mujeres y varones, pero de forma separada); y decidí sumarme, preguntándome cómo las personas actúan a través de su participación, el modo en que se representan el *running* a partir del contacto con *Nike* y lo que la marca les produce. Según se anuncia en su página web, de manera directa, informal y dirigida hacia potenciales consumidores, *Nike* asegura que no existe una mejor forma de vivir el *running*: “Corré tus primeras millas más rápidas y divertidas con NRC. Unite a una comunidad global de corredores y recibí asesoramiento experto de la mano de entrenadores NRC y marcadores de ritmo en cada sesión” (*pacers*).<sup>2</sup> La convocatoria se acompaña con imágenes festivas de mujeres y varones sonrientes, felices, se los ve disfrutando de un entrenamiento grupal en puntos emblemáticos de la ciudad de Buenos Aires (como el Puente de la Mujer en Puerto Madero, Plaza San Martín, Facultad de Derecho), guiados por *coaches* (instructores) identificados con indumentaria fluorescente que los animan con silbatos y megáfonos, mientras cargan enormes banderas con insignias del *running team*. Quienes están corriendo lucen delgados y jóvenes (no superan los 40 años), entusiasmados, aparentan estar divirtiéndose, sin señales de agotamiento ni dolor. Entre la información explicativa, en la página web de la empresa, se introduce a este grupo de entrenamiento como “una comunidad global de corredores que corren juntos todos los días, en más de 40 ciudades alrededor el mundo” y se destaca que es el lugar ideal para “encontrar aliento, orientación, un equipo local de corredores que piensan similar”. Este programa se enmarca en una política comercial con el objetivo de “ayudarlos a alcanzar su máximo potencial, sin importar la edad ni el nivel de preparación de los usuarios”.

---

2. Los *pacers* (“liebres”) son los encargados de marcar un ritmo en carreras o pasadas de velocidad. Estos corredores experimentados funcionan como GPS a los cuales se puede seguir, sabiendo que se llegará a la meta con el objetivo de marca (tiempo y velocidad) planificado.

En 2014 la compañía desarrolló un conjunto de aplicaciones bajo la designación *Nike+* (uniendo los programas NRC y *Nike Training Club*, de ahora en más NTC) que permite inscribirse a actividades, acceder a planes de ejercitación por objetivos, delimitar recorridos, almacenar entrenamientos, compartir esos datos con otros competidores y en las redes sociales, y visualizar artículos de la marca. Para “construir comunidad” (personas que disfrutan corriendo y quieren empujarse unas a otras para seguir mejorando y llevar estilos de vida saludables) y así aumentar el compromiso de los consumidores, *Nike* apostó a la gamificación: la aplicación de mecánicas de juegos y videojuegos a contextos que no lo son, como por ejemplo: sistema de puntos y niveles, rankings, barras de progreso, misiones y recompensas (Zichermann y Cunningham, 2011). Con el propósito de hacer que las personas estén activas y corriendo, la aplicación *Nike+* recurre a estas técnicas: usando tablas de clasificación para diferentes marcos de tiempo (semanal, mensual), las cuales se pueden compartir y mostrar. Además, es usual que las y los corredores exporten y migren datos a otras aplicaciones (como las de seguimiento de calorías), o combinen con el software de los relojes GPS para obtener estadísticas de sueño y monitorización del descanso.

Así, la aplicación (que se puede descargar de forma gratuita para dispositivos o iniciar sesión en una PC) funciona en dos sentidos: en primer lugar, como un elemento de registro de información individual del corredor/a (aquello que es deseable de ser cuantificado para revisar el progreso: ritmo de la carrera, pulsaciones, distancia recorrida, rutas y récords personales) y, en segundo lugar, ofrece una plataforma social de coordinación de eventos. Esta base de datos con cronometrajes y racionalización resulta un insumo para quien entrena de forma disciplinada, y desde el deber individual, ejerciendo un mecanismo de auto-control detallado y una vigilancia programada del cuerpo (Lupton, 2014; 2016). Pero también es relevante para *Nike* que de este modo acumula y sistematiza información –que es mercancía– sobre las y los *runners*.

El trabajo de campo se llevó a cabo en la ciudad de Buenos Aires durante más de dos años: desde abril de 2016 hasta mayo de 2018, momento en el cual se anunció (al igual que en otras ciudades donde funciona NRC) que ya no habría sesiones planificadas con continuidad. Por decisiones comerciales, la plataforma se mantuvo orientada al lanzamiento de nuevos productos y campañas de la marca con *influencers* y un grupo selecto de corredores invitados (del cual fui parte hasta fines de octubre de 2018), organizando

además –en el marco del programa NRC Universitario– actividades con jóvenes estudiantes en colegios secundarios de la zona norte de la ciudad, escuelas de rugby juveniles y universidades privadas. De este modo, la población con la que trabajé son las y los participantes del *running team* NRC en Buenos Aires. Este grupo de corredores es mixto: asisten alrededor de cien mujeres y varones cuyas edades oscilan entre los 20 y 50 años aproximadamente, quienes son guiados por distintos *pacers* y supervisados por dos *coaches*. Desde que la empresa inauguró el vistoso local de 1.400 m<sup>2</sup> –el más grande de América del Sur– en el Alto Palermo shopping, este empezó a funcionar estratégicamente como punto de salidas grupales de deportistas aficionados que se conectan con su “comunidad” por las redes sociales y por la aplicación. A través de la frase “Vení a correr con nosotros” estampada en la vidriera de este comercio, *Nike* invitaba a participar, al igual que en más de 40 ciudades, a eventos planificados en rutas específicas, guiados por *coaches* y *pacers*. Los entrenamientos relevados tuvieron lugar en la zona de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Palermo, Plaza Italia, Plaza San Martín, en la pista de atletismo del Club de Gimnasia y Esgrima (GEBa), del Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CENARD) y del Campo de Deportes de la UBA, junto con locaciones elegidas en algunos clubes del norte de la ciudad. El grupo se fue conformando a partir de las sesiones de entrenamiento, con heterogénea cantidad de varones y mujeres entre 25 y 45 años –predominantemente adultos buscando nuevos vínculos de sociabilidad a partir del deporte–, aunque a raíz de los eventos especiales se sumaron más jóvenes entusiasmados por la posibilidad de estar en contacto con el mundo de las celebridades.

El primer evento en el que participé –lo que podría denominarse mi acercamiento al campo– fue una sesión de *running* para mujeres llamada “Vení a correr con nosotras”, inspirada en el empoderamiento femenino y enmarcada en el *Nike Women Victory Tour* (“Tour de la victoria de las mujeres”), una serie de medias maratones exclusivas que la firma organizó en 2016 en distintos países.<sup>3</sup> Esta sesión de entrenamiento era promocionada en las

---

3. Según la página oficial, el objetivo del *Nike Women Victory Tour* es inspirar y motivar a más atletas en la serie de eventos más grande para mujeres, para que superen sus límites, alcancen sus metas, conectándose y formando parte de la “comunidad *Nike+*”. El lema de la carrera, “Únete al viaje y muéstrale al mundo tus alas”, presenta una metáfora entre la liberación femenina y el hecho de tener alas, y realza el repertorio de autosuperación en un contexto donde el ejercicio (en términos de moralidad) actúa como una marca de diferenciación.

redes sociales por Sofía Luna, una joven atleta *Nike* oriunda de Mar del Plata, y comprendió correr 10 kilómetros acompañadas por *pacers* en la zona norte de la ciudad. Al finalizar, se brindó un servicio de *brunch* saludable y se guió un estiramiento, mientras desde el escenario un DJ pasaba música *dance* y los *coaches* hacían anuncios sobre el funcionamiento de NRC y NTC. Entre el público presente –mujeres de 20 a 40 años– llamaron mi atención algunas que posaban acompañadas de fotógrafos y, aunque no habían participado del entrenamiento, lucían ropa deportiva de la marca *Nike* combinada en tonos y estilo. La vestimenta, sus accesorios, los grupos de *running* a los que pertenecen y los *habitus* corporales desenvueltos fueron los indicadores que me permitieron caracterizarlas como de sectores medios, especialmente proveniente de sus capas acomodadas. No pude identificar a ninguna atleta en el lugar, solo reconocí a la bloguera de moda de la revista *Ohlalá* (devenida en *influencer*) Lulu Biaus, rodeada de otras mujeres con looks *cool*, que lucían indumentaria con diseños originales, desplegaban sus *smartphones* de alta gama y se tomaban *selfies*. Esa estética “canchera” pero distinguida está asociada con un modo “natural” de ser, una cierta presentación de sí, que reúne gustos refinados y exclusivos, una fachada que incluye cortes de cabello, peinados, ropas, accesorios y maquillajes, y cultiva una sensibilidad civilizada (Blázquez, 2014).

Los jóvenes de *staff* me indicaron que *Nike* iba a continuar con estas actividades durante el año para acompañar la preparación de lo que iba a ser la primera media maratón solo para mujeres organizada por la marca en Buenos Aires. Para asistir, al igual que los demás participantes, me registré semanalmente a través de la página web, descargué la aplicación en mi celular y empecé a medir mis rendimientos y a controlar mis calificaciones y registros, interpelada por las técnicas de gamificación que motivan su uso. Antes de ejercer cierta reflexividad sobre lo que estaba haciendo (e incluso después de hacer consciente esa acción), luego de cada sesión, repetí lo que hacen mis interlocutores y empecé a verme cada vez más envuelta en sus lógicas de identidad y pertenencia grupal, prácticas asociadas a la cultura del rendimiento y culto por el cuerpo. Como los cupos de participación en NRC son limitados (no se admiten más de 120 personas, mayores de 16 o 18 años según la actividad), esto genera cierta ansiedad respecto a la carga y disponibilidad de las sesiones. Para evitar quedarse sin lugar o en lista de espera, es necesario mantenernos atentos, chequear la aplicación (incluso varias veces al día), aguardar por la habilitación de las inscripciones y verificar si



están cargados los cupos. Los más ansiosos, al no encontrar las sesiones disponibles para los próximos días, solicitan información a los *pacers* y *coaches* a través de las redes sociales. Es habitual que tengamos contacto con los instructores (que nos sigamos en las redes sociales y nos pongamos *likes*), pero esto no asegura que la relación sea personal, aunque varios lo desean. En caso de concretar la inscripción, los participantes recibimos un correo electrónico con la confirmación de los datos de la próxima sesión. Finalizada cada jornada, la organización envía a nuestras casillas un link de acceso a las fotografías tomadas por un profesional durante la previa, el entrenamiento y el post. Estas imágenes, por su calidad y por el valor simbólico que significan para los corredores (de prestigio, reconocimiento y estatus elevado), resultan una gratificación muy apreciada. En caso de que haya alguna notable, algún primer plano o luciendo como un/a profesional del atletismo, los compañeros las comparten en el grupo de WhatsApp o las postean en las redes sociales acompañadas de frases de autosuperación, *hashtags* de la comunidad *runner* y mensajes poéticos o éticos, que evocan el valor simbólico que tiene correr con *Nike*: significados vinculados al esfuerzo y la valoración por performar esta vida activa, de cuidado corporal y pertenencia a un grupo auspiciado por una de las marcas más reconocidas a nivel internacional. Esta difusión opera como publicidad funcional a *Nike* para que más aficionados tengan aspiraciones de formar parte de un *running team* con distinción y reconocimiento, en el que se entrena el cuerpo, se comparte imaginariamente un modo de vida y se activan valoraciones estéticas y morales pautadas por la marca, sobre las que iré señalando a lo largo de este trabajo.

### Apuntes metodológicos y teóricos

Durante mi trabajo de campo busqué ejercitar la reflexividad, me esforcé por tener conciencia sobre mi lugar como investigadora, problematizar la autoridad etnográfica y mis condicionamientos sociales y políticos (Guber, 2014). Mi rol como antropóloga estuvo motorizado por comprender los sentidos y significados del *running* en un grupo patrocinado por la empresa deportiva más destacada a nivel internacional, con la intención de recuperar las subjetividades en torno al nuevo ideal de individuo y de cuerpo. Tuve presente que, desde la carnadura de lo concreto, el trabajo de campo antropológico nos vuelve más humildes frente al conocimiento, más próximos

a lo que efectivamente no hemos logrado conocer y más seguros de que lo que hemos construido forma parte de un proceso que nos tiene como protagonistas (Domínguez Mon, 2017). Si bien como cientista social estoy ante el peculiar dilema de ser parte del mundo que estudio, el hecho de poner el cuerpo como instrumento de conocimiento –corrigiéndolo, preparándolo para adquirir experiencias, atravesar instancias, enfrentar ritos de paso que me transforman y consolidan en el campo (como mi debut en la maratón)– me abre camino a los saberes acumulados corporalmente y me acerca a los sentidos que las personas le atribuyen al *running*.

La consideración del cuerpo como método de investigación social está presente en la categoría de “experiencia” que utiliza Rosana Guber (2016) para pensar cómo los pilotos militares se convirtieron en tales. Hablar de “experiencia” en términos reflexivos es aludir a una serie de dimensiones: “tener experiencia significa contar con algún tipo de saber acumulado”, “con un tramo vivencial”, “y con el testimonio o prueba de trayectoria” (Guber, 2016: 13). Parto de la idea de que hacer lo que otros hacen me posibilita comprender otras dimensiones, me habilita a acceder a las experiencias de mis interlocutores más allá de su dimensión discursiva y semiótica, y cotejarlas con mi propia experiencia corporizada. Adhiero al conocimiento desde y con el cuerpo, propuesto por la sociología carnal que utiliza el cuerpo del investigador como herramienta y vector de conocimiento (Wacquant, 2006). Las relaciones que pude establecer con otras personas, por interés académico y gusto personal, me dieron acceso a “estar ahí”, acercarme y ubicarme en un lugar privilegiado en el campo. La experiencia autoetnográfica me permitió ampliar miradas sobre fenómenos naturalizados para mis interlocutores y para mí en calidad de investigadora. El hecho de ser corredora aficionada, de mantener empatía con el mundo que estudiaba, sumado a mi gusto por la marca, me opuso a una serie de dificultades que pudieron ser saldadas cuando las enfrenté, cuando reconocí el dilema de estar atravesada por mi imaginario, mi *habitus*, mis sensibilidades y los hallazgos de mi participación. Pero mi investigación no se inscribió solo en los límites de este grupo; involucrarme con corredores, escuchar conversaciones, consideraciones y estrategias para “rendir más y estar mejor”, me empujaron a iniciar observaciones comparativas en Migueles Team (dirigido por un exatleta argentino) desde agosto de 2017. La decisión de participar en estos entrenamientos me permitió ampliar la mirada sobre los modos de pensar, aprender y enseñar las técnicas del *running*, iluminar lo particular de la estrategia que lleva

adelante NRC, identificar las asperezas y tensiones vinculadas a la fidelidad y la traición hacia las marcas, los profesores y las modalidades de entrenamiento formuladas por los practicantes que aluden a cierta exclusividad dentro de su grupo de pertenencia.

La experiencia es también la categoría organizadora de este trabajo, según la ha definido el marketing experiencial (Schmitt, 1999). En un mundo en el que el mercado está cada vez más competitivo, en el que los usuarios tienen acceso a grandes cantidades de información, la focalización en las experiencias del cliente y el marketing experiencial se ha vuelto habitual en los espacios de venta. Hoy no alcanza con aparecer como sponsor en una remera o en la gráfica de un espacio concurrido, porque las personas buscan experiencias. Como individuos racionales y emocionales, no eligen qué consumir solo en función de sus condiciones materiales, sino que toman decisiones siguiendo estímulos sensoriales. Las experiencias suponen la verdadera motivación en la decisión de compra, conectan a los usuarios con la marca. Entonces son las propias empresas las responsables de despertar los sentimientos de los consumidores de forma memorable, provocarlos con creatividad, ofrecerles experiencias personales y agradables con el mejor servicio y en un ambiente donde puedan compartir con amigos, viviendo momentos especiales. Así, construyen una identidad sensorial, permanecen dentro del imaginario de las personas y promueven sentidos de pertenencia.

Naomi Klein (2015) dice que las marcas se han convertido en un lenguaje global y que las multinacionales estarían cada vez menos interesadas en vender productos, sino que lo que ofrecen son modos de vida (*lifestyles*) e imágenes.<sup>4</sup> Con mayor intensidad, los individuos buscan acumular experiencias más allá de objetos materiales, razón por la cual el marketing experiencial es la alternativa que tomó fuerza para evolucionar el mercado, valiéndose de los nuevos medios para persuadir. Los ejecutivos ligados a la publicidad y comercialización proponen llevar lo profesional a la “gente común”, utilizar los productos a nivel motivacional para que las marcas puedan posicionarse y permanecer en el imaginario de las personas. Su objetivo es asociar a la compañía con una imagen de prestigio o de vida atractiva, es decir, que sea una forma de experimentar bienestar y acercamiento al mandato social de felicidad (Arizaga, 2017).

---

4. Usualmente, la manufactura de mercancías con el nombre de famosas marcas como *Nike* son subcontratadas a otras compañías, mientras la corporación se enfoca en el marketing.

Más allá de los procesos de distinción social que nos muestran las prácticas de consumo, bienes de determinadas marcas configuran nuestros estilos de vida y cotidianidades, y emergen como recursos reparadores de la incertidumbre propia de esta época a partir de la idea de bienestar que transmiten. El discurso del *management* empresarial asegura que por la calidad diferencial de los productos y las experiencias positivas que atraviesen las personas se puede influir en la compra, recompra, fidelización y consecución de nuevos clientes. Luc Boltanski y Eve Chiapello (2002) apuntan que lo que emerge en estas condiciones es una mercantilización de lo auténtico: desde el mercado, con un mensaje coherente y consistente, se ofrecen productos genuinos, diferenciados, buscando reducir la impresión de masificación y mantener una filosofía de marca. *Nike* persigue esta lógica: como empresa moderna diseñó su estrategia atacando la industria a través de la creación de una innovadora experiencia de consumo ligada a la actividad física, la vida activa y la práctica del *running* (como la plataforma de entrenamiento global NRC) y se diferenció de otras marcas deportivas (las cuales, a la larga, replicaron este formato).

El marketing experiencial tiene como objetivo afectar las experiencias corporales, los estilos de vida y las interacciones de las personas, y enriquecer su vida (en tanto consumidores), mostrándoles formas alternativas de hacer las cosas. Estas estrategias se expanden más allá de los sentimientos personales y privados, aumentan las “experiencias individuales” y relacionan al individuo con su yo ideal, otras personas o culturas. El foco está puesto en el valor generado a partir de experiencias positivas que puedan influir en el (cambio de) comportamiento derivado del sentir, pensar y actuar. Desde principios de los noventa, *Adidas* y *Nike* recurrieron a estas propuestas y utilizaron jóvenes atletas estadounidenses como portavoces para apelar al segmento de 12 a 21 años (la llamada “Generación Y” o los *millennials*) e introducirlos al consumo. Para vender más, las empresas no solo buscan el respaldo de atletas en sus publicidades, sino también el protagonismo de celebridades, *influencers* y “embajadores” como modelos motivadores, inspiradores y espontáneos en su naturaleza, que harán a la percepción valiosa y única de la marca.

## Las *runners*: mujeres, mercado y distinción

A diferencia de la prohibición que se mantenía antes de los setenta, en la actualidad no se puede pensar en la organización de una carrera sin la participación de las mujeres, en particular, por la red de consumos que generan y por el protagonismo que ocupan en las redes sociales. De hecho, hay competencias exclusivas, las cuales se iniciaron con la finalidad de demostrar que las largas distancias no eran solo para varones, además de servir como prueba concreta de que también podían correr. Las empresas que organizan estos eventos argumentan que, si bien puede parecer sectario, no lo es, porque el objetivo no es aislar al sexo femenino, sino integrarlo a un mundo anteriormente pensado para varones.

Las raíces del *running* las encontramos en el atletismo, el cual sigue siendo minoritario respecto de la cobertura de los medios de comunicación y la presencia del mercado. En términos formales, el atletismo es más reconocido que el *running* porque está incluido en los circuitos oficiales de competición y es una de las disciplinas tradicionales de los Juegos Olímpicos. Al no recibir atención por parte de las grandes marcas ni cobertura de los medios, el atletismo parecería reafirmarse como “a puertas cerradas”, relegado a quienes mantienen un vínculo más tradicional con su ejercicio (por continuidad al entrenamiento iniciado durante el ciclo escolar o por un hábito social-familiar). Como contrapartida, el *running* se exhibe al aire libre, acaparando distintos espacios públicos, y la competición tiene una orientación festiva que atrae grandes masas de inscriptos y, atención del mercado. Estas disposiciones lo elevan como “a puertas abiertas”, pero esa es la construcción que se modela para el afuera: si bien el *running* se puede pensar como un deporte para todas las clases sociales y “neutro” (es decir, no marcado) en términos de género, existen límites económicos y culturales en el acceso total a la práctica.

Las mujeres no han tenido siempre el lugar protagónico que tienen hoy en el *running*. El hecho de que no hubiera categorías femeninas en deportes como el atletismo en los Juegos Olímpicos se argumentaba desde la presumible inferioridad física y la debilidad, un fenómeno que se materializaba en la invisibilidad atribuida al sexo femenino tan arraigada en los siglos pasados que no daba lugar al debate sobre la igualdad de condiciones. El lugar de la mujer, entonces, era de acompañante del varón, tal como lo ejercía en otras esferas de la vida. En el caso del atletismo, que debutó como deporte

olímpico en categoría masculina en la primera edición, en Atenas 1896, las mujeres no pudieron participar hasta Ámsterdam 1928, y solo en las pruebas de 100 metros, 800 metros llanos (suspendida hasta Roma 1960 por el Comité Olímpico Internacional, ante las presiones presentadas en contra de la participación de mujeres, aludiendo a su extenuación), 4x100, salto de altura y lanzamiento de disco. Una de las pruebas más significativas, la maratón, no tuvo categoría femenina hasta Los Ángeles 1984, sin poder inscribirse oficialmente en estos eventos hasta 1972. No obstante, hechos célebres como la participación de Roberta Gibb, la primera mujer que corrió una maratón en 1966 en Boston; o la más conocida Kathrine Switzer quien en 1967 se inscribió con sus iniciales a través de un club de atletismo, sentaron las bases para confirmar que los argumentos biologicistas de exclusión de las mujeres de las carreras de resistencia (cuestiones ligadas a menor fuerza y velocidad, o amenazadoras para su feminidad como la caída del útero debido al esfuerzo) no tenían fundamento.

El campo deportivo mostró su apertura en el acceso particularmente impulsado por la industria que empezó a ver al sector femenino como el gran nicho de mercado, al considerar su importancia como compradoras y dirigir productos para mujeres y niñas activas (o que desean serlo). Según estadísticas elaboradas por las empresas organizadoras de carreras hace más de una década atrás, la mujer representaba no más del 20 o 25 % de los inscriptos, mientras que hoy el porcentaje alcanzaría el 49 % (Eventbrite, 2017). La atleta olímpica argentina “Marita” Peralta relata que en los inicios de su carrera, 30 años atrás, no tenía otra opción que usar ropa de hombre para salir a correr: “La ropa de aquella época casi que no nos incluía. Por suerte eso ya pasó y hay tantas mujeres como hombres en las carreras. O, mejor dicho, nos estamos acercando a la mitad” (*La Nación*, 23 de abril de 2015). Habiendo superado esa etapa donde también el mercado las ignoraba, hoy la indumentaria y el calzado resultan una forma de expresión y estética para las mujeres deportistas, quienes materializan su estilo a partir de la elección de calzas o remeras, pero también le atribuyen una cuota de responsabilidad en su rendimiento.

A pesar del reconocimiento que adquirió Peralta como representante femenina en los dos últimos Juegos Olímpicos en distancias largas, su imagen en los medios suele estar construida a partir de las referencias sobre su rol de esposa y de madre. Tal vez por haber superado los 40 años o por su perfil exclusivamente asociado al rendimiento deportivo, ni los medios ni las marcas eligen exhibirla como una “bomba” del *running*, sino como una “mamá

maratón”. Esto revela una escisión entre el capital erótico y el deportivo, que no podrían mezclarse: se antepone su condición de madre por encima de sus atributos de seducción, perdiendo su estado de mujer sexualizada. Este señalamiento nos hace pensar en la prevalencia de ciertas estructuras patriarcales que atribuyen la realización de las mujeres tras haber sido madres, sin atribuírselo al desenvolvimiento en otras esferas de la vida. La contracara de Peralta podría ser la joven Sofía Luna, anunciada en algunos medios como “la promesa del *running*”. Aunque aún no ha representado al país en ningún Juego Olímpico, probablemente su paso por esta instancia le dé consagración como atleta nacional. Su reconocimiento actual se explica, en particular, porque su cuerpo se inscribe bajo los parámetros de belleza hegemónicamente aceptables, que se corresponden con cualidades de fuerza física y refuerzan las nociones que establecen que una deportista debe ser delgada, fuerte, de piel lisa y joven (imagen 1).



Imagen 1. Sofía Luna (@sofilu20, en Instagram) durante un entrenamiento en Cachi, Salta.

Las publicaciones de Luna (con más de 57 mil seguidores en Instagram)<sup>5</sup> llevan a pensarla como modelo e “IT girl”<sup>6</sup> antes que deportista, concreta-

5. Instagram es la red social del momento para los más jóvenes, y la segunda del mundo con 800 millones de usuarios activos mensuales. Nace y se globaliza en la convergencia del uso masificado de las redes, la revolución 4.0 y el surgimiento de “hacedores de imágenes”. Los datos fueron relevados en noviembre de 2018.

6. Las “IT girls” son mujeres jóvenes a las cuales se les atribuye un poder de atracción y actitud. Haciendo uso de los espacios digitales, comparten sus experiencias a través de imágenes: su amor por

mente porque las imágenes enfatizan su feminidad y sensualidad, hacen alusión a su figura y las campañas que protagoniza resaltan su cuerpo, apelando a su sexualización. En los casos en los que está luciendo ropa deportiva, es usual que aparezca maquillada delicadamente, con su pelo suelto, largo y lacio, se remita a su pasividad y no a su fuerza. Desde la mirada androcéntrica, su cuerpo aparece como objeto deseable. Por ser joven y no ser madre, su capital erótico tiene aceptación social. Luna personifica este estado a través de un cuerpo integralmente tonificado, estilizado, armónico y delgado, con una elevada autoestima y bienestar, que evoca valores como eficiencia y productividad, alineados al imaginario de vida activa contemporánea que el mercado quiere enaltecer, exhibir, promocionar y reproducir. En ciertas instancias estas imágenes variadas aparecen juntas en un intento de unir lo que parecen ser nociones contradictorias del feminismo y la femineidad, en lo que se ha clasificado como “feminismo estéticamente despolitizado”. Su interioridad se vuelve al exterior bajo la forma de una belleza erótica y rentable, que atrae pretendientes masculinos. Esto nos muestra que la juventud combinada con salud es considerada belleza, porque también hay una desvalorización de la vejez. Si Peralta hiciera lo mismo que Luna, es probable que terminara sancionada social y moralmente, aunque sería un desafío frente a la mirada patriarcal respecto de quién puede decidir, cómo debe mostrar su cuerpo y cuándo puede hacerlo.

Como las mujeres representamos el 70 % de las compras, las marcas se preocupan por generar publicidades y productos orientados a nosotras, ponen en circulación estos modelos, celebran nuestra participación en la vida activa con frases de empoderamiento y las ponen a jugar con ciertos conceptos del feminismo, destacando no solo los logros de las deportistas, sino también el movimiento de mujeres. Sigue siendo una ilusión huir de la presión estructural: la determinación moral que regula la mirada social se organiza en torno al mandato neoliberal que insta a responsabilizarse por la propia salud y bienestar, forjando sujetos con voluntad para mejorar su calidad de vida, invirtiendo en sí mismo como capital. Entonces, en la medida en que las personas reinterpretan las interpelaciones del mercado en función de un estilo propio que están construyendo, el consumo se configura como un acto voluntario y creativo (Sassatelli, 2012). Sin embargo, esto no implica

---

la moda, los viajes, la gastronomía, sus mascotas y la fotografía, sugiriendo consideraciones estéticas y preceptos morales que proponen valoraciones respecto de aquello que es y no es aceptable.



que sea un acto totalmente racional y libre, ni tampoco un acto de soberanía y dominio sobre el mundo y las cosas. Buena parte de las elecciones a la hora de consumir se explica por la preferencia de los compradores hacia ciertas marcas, que en el caso del calzado o indumentaria deportiva circula que cuanto más cara y exclusiva, mejor. Si son bienes de buena calidad y originales, el consumo es entendido como una inversión, un acto razonable y sensato, que justifica (en caso de que hubiera) algún tipo de esfuerzo económico para su adquisición. Cuando existe la capacidad de compra, la preferencia por una marca se explica por la identificación –incluso fidelidad– respecto del imaginario que crearon sobre la empresa, por lo cual entienden su valor, dispuestos a adquirir sus productos sin que el precio sea un condicionante, pensando así que éstos están vinculados con su identidad y el estilo de vida que están construyendo. Pero en las prácticas también se expresan sentidos contradictorios: de acuerdo con sus posibilidades, los corredores de NRC consumen (o se esfuerzan por comprar) productos *Nike*, y cuando no pueden acceder a dichos bienes o no se sienten tenidos en cuenta por los *coaches* y *pacers*, recurren a estrategias como lucir ropa “trucha” (de imitación) o productos del principal competidor (Adidas). Estas acciones pueden ser leídas como formas de implementar lo que Bourdieu (2012) llama “sustitutivos en rebaja” o como una forma de resistencia frente al anhelo de fidelidad que pretende la marca.

### **De gurúes y “fitfluencers”: ¿una ética de la autosuperación?**

Las transformaciones logradas por el movimiento feminista tuvieron lugar en el deporte, no solo con altos niveles de crecimiento en la participación de mujeres en espacios “de varones”, sino también porque esta apertura aportó nuevos ideales de un cuerpo femenino fuerte e independiente, que comenzó a desafiar el modelo victoriano de la mujer delgada y débil. Estas representaciones de mujeres empoderadas capaces de desafiar la invisibilidad y desigualdad histórica son apropiadas y puestas en circulación por la lógica mercantil a través de publicidades y posteos en las redes sociales, donde se muestran nuevos ideales de individuo y de cuerpo. Por medio de referentes elegidos por las marcas que fortalecen estos discursos –instruyendo sobre el bienestar–, se introduce la concepción del cuerpo “saludable” pero también sexy, la adopción de estilos de vida que involucran el abandono de hábitos

considerados negativos o perjudiciales, aunque el discurso problemático siga ligado a la búsqueda de la perfección estética.

Si en algún momento pensamos que las redes sociales podían ser los escenarios para saldar las diferencias y configurar nuevos relatos de liberación, hoy sabemos que lo que se postea es una construcción, donde se manipulan nuestros cuerpos y nuestra apariencia, juzgados por la aprobación o ignorancia inmediata de los “likes” de los otros (Garton e Hijós, 2018). Las imágenes de mujeres practicando deportes que circulan en las redes se corresponden con una representación de larga data: aunque allí podamos verlas haciendo ejercicios dinámicos y activos de fuerza, sin reforzar sus habilidades y logros deportivos, se resaltan sus figuras y atributos físicos, en poses estéticas y más bien estáticas, para terminar como objeto de mirada de la audiencia (Garton, 2017).

En un auge por el cambio hacia una “vida más saludable”, la necesidad de transformar el físico suele ser pautada en las redes sociales por “los gurús del *fitness*” y deportistas profesionales, aunque también por “personas comunes” elegidas por las marcas. Estos “fitfluencers” se presentan como amigos que imparten consejos para seguir un estilo de vida que gira en torno al *fitness*, sentencian el consumo de ciertos productos y actividades que otorgan felicidad, y fortalecen valoraciones basadas en cánones de belleza en los que deberíamos encajar. Instagram resulta una “cantera de talentos” de nativos digitales que conocen las reglas de la (auto)exposición y encuentran una herramienta para expresarse, otros que generan un medio de vida, negocian con las marcas para ser canales y llegar a los consumidores, proyectando una imagen genuina y auténtica –no necesariamente comercial–, pensando sus nombres como marcas. Agustina D’Andraia dice que “la clave es no caretearla”, “yo no lucro, no gano dinero, pero logré inspirarme para escribir *Diario de una chica fit* (2015)” (*Revista Viva*, 12 de marzo de 2017). Conocida por su seudónimo “Agus Dandri” (con más de 215 mil seguidores en Instagram) fue la primera “fit girl” que marcó la llegada y propagación de esta moda ligada al “cambio de cuerpo y cambio de vida” que privilegia la delgadez y rechaza la gordura, y nos recuerda que vivimos en una época cargada de imperativos que nos dicen que debemos ocuparnos del cuerpo o hacer algo con el cuerpo, invertir en él. El libro de Agustina y sus publicaciones (cuidadas y planificadas) en las redes operan como fuente primaria, como el testimonio de una experta, que da cuenta del pasaje de “gente común” a “fitfluencer” donde su transformación y su actual imagen como celebridad “instagrammer” la ubican como portadora de conocimiento y reconocimiento, y moralmente superior (imagen 2).



Imagen 2. Publicación del Instagram de Agus Dandri (@agusdandri). El antes y el después que suele utilizar la *influencer* Agus Dandri como testimonio de su cambio físico producto de haber adoptado un “nuevo estilo de vida saludable”. Su transformación revela un “cuerpo *fit*” promovido como una instancia moral superior.

El cuerpo pasó a ser un objeto de diseño que se interviene (con cirugías estéticas) y se moldea (con actividad física, tratamientos de belleza, prácticas alimentarias, suplementación dietaria o consumo de esteroides anabólicos) en pos de mejorar las apariencias, el rendimiento o la autoestima. La emergencia de nuevas corporalidades configuran que “el músculo se ha vuelto insigne y la adiposidad, bastarda” (Bruera, 2015: 140), una tendencia que respalda que las sociedades se volvieron lipóforas (Fischler, 1995), efecto social de la ideología de esta época y de la autoconstrucción del cuerpo. El cuerpo “*fit*” ya no es un cuerpo femenino débil, tampoco es el cuerpo del deportista masculino corpulento y hercúleo; es un cuerpo musculoso, pero no demasiado, fuerte, y a la vez esbelto, que se consigue quemando grasa y aumentando músculo, con disciplina, constancia, que deviene en una superioridad moral por aprender a elegir y tomar buenas decisiones.

La encarnación de este cuerpo muscularmente tonificado, resistente, flexible y vital remite, a una gestión eficiente de sí, una ética de la autosuperación y empoderamiento que se activa cuando se ensambla a la creencia generalizada: “si querés, vos podés”. Los *mass media* y las redes sociales devienen locus estratégicos para la diseminación de este cuerpo y estado idealizado, donde conviven ideas de auto-representación, y las personas están expuestas a situaciones que antes solo el *show business* vivía. Pero lo que se muestra –lo que mostramos– es una construcción que internaliza las pautas éticas y estéticas sobre el cuerpo para el disfrute, atravesada por el mercado y en tensión con la autenticidad que se relata. En definitiva, lo que se postea en las redes debe disparar, despertar o provocar expresiones de agrado-desagrado, atracción-repulsión, empatía-indiferencia, para “elegir” qué estilo de vida queremos llevar.

La publicidad, especialmente a través del marketing experiencial, se presenta como un lenguaje particular, un modo de comunicar que es abiertamente persuasivo y que explota la posibilidad de asociaciones simbólicas inherentes a la comunicación verbal y visual. En el *running*, si bien las grandes marcas como *Nike* deben construir su público, logran fidelizarlo y fanatizarlo de manera similar que ocurre, por ejemplo, con los clubes de fútbol: cuando reúnen el corpus de gente, interactúan con ellos, generan lazos, afinidad y comunidad, y les permiten vivir experiencias que los hacen sentirse parte, convirtiéndolos en personas especiales, importantes. La marca apela a que esta “gente común” comparta espacios y momentos placenteros y memorables con *influencers* y “embajadores”, sienta identificación hacia sus consumos y modos de vida, para persuadir y consolidar consumidores fieles, a la vez que ellos mismos sean medios de divulgación y promoción. En un contexto donde se han multiplicado los personajes producidos por los *mass media* e internet –tomando el modelo de la celebridad de Hollywood en términos estéticos, narrativos e incluso físicos–, las marcas promueven que “personas ordinarias” devengan en celebridades. Esta “gente común” utiliza las redes sociales como un *reality show* de sus propias vidas, buscando “ser famosos”, y se transforman en “hacedores de imágenes” a través de Instagram (Scribano, 2017): hacen de la imagen su lenguaje y gramática para conseguir seguidores, como vehículo de popularidad y reconocimiento.

Por medio de invitaciones para eventos especiales y la circulación de regalos a algunos participantes de NRC, *Nike* impulsa la creación de micro-celebridades en micro-ambientes masivos, que se predisponen para el juego de

gratificaciones, ubicándose por encima del resto del grupo y justifican así ser seguidos, alabados y felicitados por la capacidad de llamar la atención y producir sensaciones que valoren positivamente la marca. Es así que, una vez que *Nike* logra penetrar en la vida de las personas, a través de la mediación de “gente común”, *influencers* o “embajadores”, puede tener *runners* fanáticos en lugar de clientes. La marca apela a la ambivalencia entre ambas categorías (fanáticos/clientes; intimidad y dinero), y su supervivencia en el mercado como una de las empresas deportivas más importante se sustenta en que las pasiones (pero también las reivindicaciones y las luchas) encuentren un correlato material, que es más o menos racional en relación con el momento y situación específica. Sin detenernos en las denuncias sobre el trabajo infantil y el uso de talleres clandestinos, nos ilusionamos en que *Nike* tenga ideas de justicia social al repasar las campañas de marketing que apuestan a la visibilización de las mujeres en espacios históricamente “de varones”, que las incorpora a sesiones de entrenamiento, las invita a eventos especiales y desarrolla productos “para la corredora”, pero sin dejar de impulsar la necesidad en ellas, lo que las predispone a creer que requieren artículos de la marca para practicar deportes. A pesar del juego que hace la marca apelando a la igualdad, el empoderamiento, la diversidad cultural y la estética de la “belleza real” (que puede ser pensado como ejemplo de *business* “ético” para impulsar la concientización), no deja de ser una apropiación del mercado sobre acciones populares o movimientos masivos para seguir vendiendo, mediando y ajustándose según las demandas de la sociedad, y poniendo en circulación determinados (y valorados) estilos de vida, que configuran cuerpos, discursos, prácticas y estéticas hegemónicas.

### **“Just Do It”: vivir eventos, impactar personas y producir experiencias**

Para mis interlocutores, correr con NRC no es algo ordinario ni insignificante: el *running team* patrocinado por *Nike* es distinto a cualquier otro, tiene un sello de distinción, ligado a las condiciones materiales de existencia (las clases sociales) y los sistemas de clasificaciones (el gusto) donde se expresa o se traiciona la posición (Bourdieu, 2012). Los puntos de encuentro y circuitos de las actividades, el despliegue festivo, divertido y exclusivo de cada sesión, la posibilidad de ser elegido, invitado a un evento especial y recibir algún regalo, además de no tener que pagar por las clases, las fotografías, el

guardarropas ni la hidratación, son condiciones que llevan a que varios elijan NRC como lugar de entrenamiento. ¿Pero qué significa, en una sociedad capitalista, que los practicantes no tengan que pagar por esto? O mejor dicho, ¿cómo lo retribuyen estos participantes? Mis interlocutores aseguran que optan por NRC porque no tienen que pagar por las sesiones, se quedan por lo que la marca les ofrece y regresan por sus productos.

Varios adhieren que uno de los mejores eventos es el cierre anual. Bajo el despliegue propio de la marca, en 2016 el festejo de fin de año fue en el CENARD en el que atletas olímpicos hicieron presencia, es decir, fueron a cumplir un pacto con *Nike*, respaldando la actividad, exhibiendo su reconocimiento como capital, participando, tomándose fotos, guiándonos durante los ejercicios. El entrenamiento no era lo más esperado de aquel día. La atención de los participantes estaba puesta en cuáles iban a ser las sorpresas y qué iba a ocurrir cuando completáramos las pasadas de velocidad. El ambiente deportivo desencajó completamente cuando empezó a sonar cumbia y música “de joda”, se armó el trencito al lado de la pista de atletismo y se bailó al aire libre hasta la noche. *Coaches* y *pacers* repartieron accesorios de cotillón: anteojos, gorros, collares fluorescentes y viñetas con frases asociadas a *Nike*: “Puedo más”, “Just Do It”, “NRC BUE”, con las que los *runners* posaban para los fotógrafos y para transmisiones en vivo desde sus celulares.

Los eventos especiales son promocionados en las campañas digitales de la marca, junto con acciones que transmiten un espíritu positivo y de celebración, y generan impacto y visibilidad en ciudades icónicas. Estos eventos, al igual que las carreras, suelen estar ambientados con música electrónica *dance* y producciones audiovisuales, asociadas a prácticas culturales y gustos de los sectores más acomodados (Blázquez, 2014), que entrarían en tensión con ciertos elementos vulgares. Si bien la cumbia está asociada a ser “la música de los pobres”, su popularización (a través de la mediación de las industrias culturales) la llevó a consagrarse como el género más popular, en su doble sentido de consumo y significación de clase. En la actualidad no solo suena en fiestas como símbolo de “joda”, sino que convoca a jóvenes de clases medias en boliches de Palermo o zona norte y los impulsa como artistas que reversionan clásicos en formato de cumbia *cool* (“cumbia pop/che-ta”). Entre los trabajos que analizan los consumos y prácticas musicales, se encuentra el aporte de Malvina Silba (2017) quien denomina “cumbias blanqueadas” a aquellas que entran en el consumo de las clases medias, quienes

pueden bailarlas sin temor a que se les filtren prácticas culturales demasiado plebeyas para ser toleradas. El hecho de que las clases medias encuentren diversión, placer, alegría o excitación a través de sus experiencias con esta música nos permiten entender los fenómenos de “plebeyización” cultural ocurridos en las últimas dos décadas (Alabarces y Silba, 2014; Silba, 2015).

Eventos como estos, sumados a las sesiones de entrenamiento de NRC, responden a la imagen que fomenta y quiere instalar la marca: asociarse a consumos considerados distinguidos y alejados de las prácticas construidas socialmente como vulgares (Bourdieu, 2012). *Nike* convoca a *celebrities* e *influencers* (como la actriz, modelo, DJ y corredora aficionada Calu Rivero, y el DJ Tommy Muñoz), pero también invita a algunos corredores de NRC a participar de distintas campañas, “haciendo ruido” por las calles de Palermo: recorriendo las inmediaciones de los bares cercanos al local de *Nike* Soho, luciendo cotillón luminoso, usando silbatos y megáfonos que despiertan curiosidad de quienes transitan por la zona. La marca programa sus actividades sumando rostros (des)conocidos de una serie de jóvenes deportistas amateurs dispuestos a “arengar”<sup>7</sup> en momentos de euforia y a replicar sus campañas en las redes sociales, no solo porque estos consumos se corresponden con lo valorado socialmente sino también porque sirven como una especie de trampolín profesional y de reconocimiento. Los participantes seleccionados para estos eventos se sienten privilegiados por ser parte e identificados con los ideales propuestos por la marca. Este contenido experiencial de los eventos (algunos de carácter más íntimo, otros más concurridos como el NRC Pace Camp)<sup>8</sup> se propaga a través de transmisiones en vivo y estratégicas publicaciones en las redes sociales con el fin de captar audiencias más allá del ámbito del propio evento (imagen 3).

---

7. En términos nativos, se refiere a acompañar con exaltación el ánimo de quienes participan de las actividades organizadas por la marca.

8. NRC Pace Camp fue una experiencia organizada por *Nike* en 2016 que convocó a asiduos corredores, “especialistas” en *running*, periodistas e *influencers*, para correr en Chile, participar de charlas y probar productos. Los organizadores nunca explicaron los criterios de selección sobre los que se fundaron, lo cual desató asperezas, controversias y especulaciones entre los integrantes del grupo, quienes continúan haciendo conjeturas sobre cómo ser considerados por los *coaches*, poniendo en funcionamiento una serie de tácticas y estrategias para ser tenidos en cuenta. Parecería ser que los que toman decisiones en *Nike* Argentina redefinen las lealtades en términos de reciprocidad, valorando quiénes asisten a NRC, con qué frecuencia, qué postean en sus redes sociales, cómo interactúan con la marca, además de qué indumentaria y calzado lucen.



Imagen 3. Nike Argentina. Calu Rivero, a cargo de la música y el show, durante los festejos del #AirMaxDay en Palermo Soho. Su look “sportwear” mezcla lo deportivo (como las medias de compresión) con lo *cool*, urbano y rebelde propio de la moda *athleisure*.

La celebración del aniversario de las zapatillas Air Max, por ejemplo, buscó transformar las calles de Palermo instalando estaciones dedicadas a revolucionar los estilos a través de “sneakers services”, donde los presentes podían intervenir sus zapatillas, hacerse *nail art*, aprovechar el servicio



de “barber shop”, y ver colaboraciones artísticas de tatuadores y estilistas. Acompañando el lanzamiento de las ediciones limitadas de este modelo de zapatillas, la marca organizó una “curaduría de la moda” en el local de *Nike Soho*, con recomendaciones personalizadas sobre cómo combinar un *outfit* urbano con las “infaltables” Air Max para completar el look. Dentro del local relucían modos de vestir que podrían ser pensados como ajenos al ámbito del deporte pero que en estos contextos aparecen asociados a signos de distinción social: prendas como tapados de piel, sombreros, chaquetas con brillos, anteojos de sol, polleras escocesas, para mujeres como para varones, que –fusionados con zapatillas deportivas– imponen la tendencia *athleisure*,<sup>9</sup> orientada hacia una mayor comodidad. Afuera del comercio y desde muy temprano, jóvenes y adultos hacían largas filas para reservar y comprar estas zapatillas.

Los eventos especiales son una expresión de distinción que crea un ambiente cargado de emociones donde la empresa no escatima en la producción del evento. Los efectos de socialización, en los que la celebración, el festejo y la sensación de felicidad sean parte fundamental del momento, son la mejor oportunidad para generar una experiencia positiva en las personas. No es casual que *Nike* denomine sus actividades como “especiales”, porque desde la semiótica y la práctica reflejan el resultado de estrategias de diferenciación y de un ejercicio de gusto orientado por el rechazo a la vulgaridad, considerada inherente a las personas “comunes”. El beneficio de la distinción, dice Pierre Bourdieu, es el beneficio que otorga la diferencia, la separación de lo común, que tiende a legitimar ciertos objetos y comportamientos, y marginalizar consecuentemente otros. Esta clasificación de lo distinguido y lo vulgar no es ni natural ni proviene de una subjetividad refinada, sino que se trata de construcciones sociales realizadas por los grupos dominantes en su lucha por imponer, frente a otros, visiones del mundo que sustenten y den sentido, al mismo tiempo que reproduzcan, una realidad que los mantenga en la posición de poder. Entonces, como el gusto es una construcción social legitimada por los grupos dominantes de cada época y cultura, aquello que vamos a preferir consumir va a ser el resultado de una jerarquización de variables –sociales, culturales, económicas, profesionales, etarias o de género– por

---

9. *Athleisure* fusiona las palabras *athletic* (atlético) y *leisure* (ocio), y supone una nueva manera de mezclar atuendos que antes resultaban imposibles de combinar (como conjuntos deportivos con botas de taco aguja o pantalones de vestir con zapatillas de *running*). También hace referencia a diseños exclusivos, líneas de lujo y materiales de alta calidad. Esta tendencia busca imponerse para toda ocasión.

las que nos diferenciamos. Como explican Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (1991), desde el enfoque legitimista, la cultura dominante es la única que tiene la responsabilidad de definir cuáles son las representaciones culturales válidas para todas las culturas. No existe cultura más allá de la cultura legítima o dominante, por ende, “negro” o vulgar es todo aquello que identidad dominante no quiere ser.

Marcas como *Nike* saben captar ese “quiénes somos”, nos interpelan para hacernos sentir parte a través de consumos y prácticas, y se enfocan en generar una identidad, para vendernos más. Siguiendo a Bernd Schmitt (1999), las estrategias del marketing no ofrecen solamente un producto o servicio, sino que posibilitan una experiencia de consumo única, estableciendo una vinculación con la marca basada en las emociones, sentimientos o pensamientos, que despierta el producto en los consumidores. Esta modalidad de marketing experiencial lleva a que las empresas se diferencien, porque lo que buscan cuando proveen experiencias es generar valor en sus negocios tradicionales; un valor extra por el que los clientes pagarán. Ese valor creado a partir de experiencias positivas derivará en la compra, la recompra, la fidelización y la consecución de nuevos clientes a través del marketing “de boca en boca”. La plataforma NRC hace uso de estas estrategias en torno a la actividad física, la vida activa y la práctica del *running* en la rutina de las personas. Esto es lo que principalmente desarrolla *Nike*: interpela como marca de garantía global a un target eternamente joven y activo que busca identificarse como ciudadano del mundo y proporciona cuotas de homogeneidad y sentimientos de pertenencia social –de inclusión en un “nosotros”–, que resultan tranquilizadoras en un contexto de vulnerabilidad en la posición social. Los objetos de consumo: la vestimenta, el calzado, los accesorios, sus prácticas y otras actividades son exhibidas por los individuos como una carta de presentación. En esta búsqueda de sensaciones y gustos, las personas se encuentran, se reconocen en el mismo objeto de consumo, mientras que otros leerán esto como presencia o ausencia de gusto.

La estrategia dispuesta por *Nike* incluye sesiones de entrenamiento no aranceladas, invitaciones para participar en eventos especiales, lanzamientos de carácter privado, regalos y otros intercambios que generan lazos sociales más estrechos y compromisos por parte de los individuos. La teoría del don (Mauss, 2012) muestra que, aunque ostensiblemente los regalos se hacen de forma espontánea, de hecho las personas actúan muchas veces por obligación, no solo cuando regalan sino también cuando reciben y dan a su

vez. Con el tiempo, las permanentes experiencias de marca se posicionan en la mente del consumidor y afectan la satisfacción y la lealtad del cliente. Los sistemas de prestaciones económicas entre los grupos de las sociedades primitivas que describe Mauss contribuyen a pensar cuál es la relación (a través de regalos y reconocimiento, que se traduce en fanatismo/fidelidad) que establece *Nike* con los miembros de la plataforma de entrenamiento que patrocina: “el carácter voluntario, por así decirlo, en apariencia libre y gratuito y, sin embargo, forzado e interesado de esas prestaciones. Éstas casi siempre han adoptado la forma del presente, del regalo que se brinda con generosidad, incluso cuando en ese gesto que acompaña la transacción solo hay ficción, formalismo y mentira social y cuando, en el fondo, detrás de él hay obligación e interés económico” (2012: 71).

La gratuidad de NRC no significa que no exista un contrato tácito o inconsciente que lleve a los participantes a realizar algo a cambio, en calidad de tributo o fidelidad. Son los mismos corredores amateurs los que realizan publicidad luciendo productos *Nike*, utilizando la aplicación y operando como propagadores a partir de las interacciones y la súper-exposición que hacen en las redes sociales citando con *hashtags* los lanzamientos de la marca. Resulta así que “gente común”, corriendo en la ciudad, “haciendo ruido” y “copando las calles con amigos” hacen publicidad de forma mucho más efectiva (y menos costosa) que cualquier campaña de marketing planificada. Enredados en medio de las nuevas tecnologías que esclavizan a las personas, dice Richard Sennet, “no queremos afrontar que lo gratuito implica siempre una forma de dominación” (*El País*, 18 de agosto de 2018). Estas producciones resultan rentables para empresas como *Nike*, que terminan destinando menos recursos a campañas gráficas, posicionándose (con *product placement*) a través de “gente común” que aspira a conseguir productos o transformarse en personalidades asociadas a la marca.

## Reflexiones finales

El alcance y el éxito de un deporte obedecen en muchos aspectos a la imagen que las grandes empresas, legitimadas por la lógica mercantil, proponen y construyen sobre esa práctica deportiva, mientras que expresan estatus y posición social. En el caso del *running* –si bien se lo piensa como una práctica individual de liberación de tensiones y tendente a canalizar el estrés de

la vida cotidiana—, enmarcado en las ciudades postindustriales contemporáneas y mediatizado por las grandes marcas, termina reproduciendo las presiones que impiden el relajamiento y la ansiada abstracción. Los deportistas amateurs miden su rendimiento, controlan sus tiempos y buscan mayor productividad, generando así nuevas exigencias y confirmando la permanencia de un estado de malestar.

Los grandes cambios introducidos por las luchas feministas han permitido una apertura y mayor participación de las mujeres en ámbitos como el deporte, junto con el corrimiento de algunos modelos de cuerpo. Ya no es moral ni éticamente correcto, incluso es cuestionado desde distintos sectores, que se exhiban cuerpos femeninos “hipersexualizados”, imágenes de mujeres utilizadas como mero objeto de contemplación o bien accesible. Hoy, la lucha por la igualdad, la supuesta liberación y agencia erótico sexual de las mujeres podría facilitar a que ellas hagan apropiaciones, sin caer en nuevos tipos de sexismo, para obtener visibilidad y reconocimiento social. Pero las marcas siguen apostando a utilizar como mediadores a los líderes de opinión, *influencers* y “embajadores”, porque creen que así puedan captar más clientes. Como las redes sociales representan para las marcas una oportunidad de impacto, dadas las posibilidades de propagación viral de la información, seguirán apreciando la estética de estas figuras y su capacidad de *engagement* (de conseguir la atención de las personas) para el lanzamiento de productos o campañas. Estas acciones se focalizan en los factores emocionales de las personas e influyen en las decisiones que van desde elecciones políticas hasta cuál estilo de ropa utilizar, incluso, y en últimas hasta cuál tipo de persona ser. De este modo, las marcas refuerzan su carácter distinguido, ponen en marcha estrategias de marketing experiencial, invitan a vivir eventos especiales, se alejan de lo vulgar y masificado, para que la “gente común” se sienta importante.

Hemos visto cómo las redes sociales, en lugar de ser ambientes liberadores para la proliferación de discursos heterogéneos, son espacios desde donde se estructuran ciertas representaciones y se guían determinados consumos. Por medio de *influencers*, “embajadores” o “gente común”, las marcas legitiman que los cuerpos sean cosificados, tratados como una mercancía desde un supuesto ejercicio de la libertad, promoviendo culto al cuerpo, y valorando la belleza y sexualidad pasiva de las mujeres (al servicio de la masculina), borrando cualquier otro tipo de representación femenina, y pautando lo que está bien y lo que está mal en términos morales. Sirviendo al nuevo

capitalismo que moldeó una sociedad hiperconsumista y neoliberal, buscan convencernos, persuadirnos y colonizar nuestras conciencias alrededor de una realidad virtual, instalando nuevas moralidades pero también falsedades que gran parte de la población cree verosímil porque son difundidas por los medios masivos pero en particular porque las redes sociales (y nuestros grupos de pertenencia) replican e instalan aquellos discursos.

Las acciones que *influencers* y “embajadores” del *running* viralizan en sus redes sociales como ser: las elecciones de indumentaria, de las marcas con las cuales trabajan, las sugerencias de productos y accesorios, los tipos de consejos que imparten, el modo en que muestran sus cuerpos; tensionan aquellos paradigmas que piensan los cambios sociales como mera reproducción o como pura producción. Más bien ofrecen matices y tensiones entorno a los márgenes de maniobra en sus elecciones, la creatividad y la continuidad. No obstante, en el *running*, las mujeres fueron ocupando espacios de mayor visibilidad que auspiciaron de puerta de entrada para dialogar y disputar espacios y roles anteriormente vedados o impensados. Esas acciones no son totalmente autónomas sino que están sujetas a una serie de factores, jerarquías e influencias sociales, culturales y mercantiles. En este sentido, el desafío es seguir problematizando la homogeneidad en la construcción de comunidades: los esfuerzos por crear identidad a través de un grupo (como puede ser NRC, por ejemplo) excluyen las diferencias al interior y justifican su propia autoafirmación. En un contexto de lucha por la igualdad, la soberanía de los cuerpos y el empoderamiento, en un espacio supuestamente democrático como son las redes sociales, deberíamos preguntarnos qué es lo real y lo auténtico que se pone en circulación en estas plataformas, cuán libres somos realmente en nuestras acciones, placeres y deseos, y cuánto, además, dependemos de consumos y prácticas vinculadas a una estética valorada en el campo, para obtener aceptación y credibilidad en un grupo de pertenencia.

## Referencias bibliográficas

- Alabarces, Pablo, y Silba, Malvina. 2014: “Las manos de todos los negros, arriba’: Género, etnia y clase en la cumbia argentina”. *Cultura y representaciones sociales*, vol. 8, n.º 16, pp. 52-74.
- Arizaga, Cecilia. 2017: *Sociología de la felicidad: autenticidad, bienestar y management del yo*. Buenos Aires: Biblos.

- Blázquez, Gustavo. 2014: “Hacer clase y más en la noche electrónica de Córdoba”, en VV. AA.: *Actas del XI Congreso Argentino de Antropología Social*. Rosario: Universidad Nacional de Rosario, pp. 1-22.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Eve. 2002: *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, Pierre. (1979) 2012: “La elección de lo necesario”. En: *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, pp. 441-468.
- Bruera, Matías. 2015: “Devenires del apetito argentino”. En Quevedo, Luis Alberto (comp.): *La cultura argentina hoy: Tendencias!* Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 117-150.
- Cáceres, Damián. 2015: “Informe: ellas y el running, mujeres que vuelan”. *La Nación*, 23 de abril.
- D’Andraia, Agustina. 2015: *Diario de una chica fit: los secretos de la periodista de Para Tí*. Buenos Aires: Atlántida.
- Domínguez Mon, Ana. 2017: “Introducción”. En Domínguez Mon, Ana (comp.): *Trabajo de campo etnográfico. Prácticas y saberes. Metodología y técnicas de la investigación de campo*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. pp. 9-21.
- Eventbrite. 2017: *Perfil del Runner Argentino*. Documento electrónico [https://www.eventbrite.com.ar/1/perfil-runner-argentino], acceso 24 de octubre.
- Fernández, Juan María 2017: “Trampolín Instagram”. *Revista Viva*, 12 de marzo.
- Fischler, Claude. 1995: “Tercera parte: El cuerpo del comensal”. En: *El (H) omnívoro: el gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Anagrama, pp. 295-370.
- Garton, Gabriela. 2017: “‘Fit girls’. Corporalidad, identidad y género en las representaciones de mujeres futbolistas”. *Bajo Palabra. Revista de Filosofía*, n.º 16, pp. 39-49.
- Garton, Gabriela e Hijós, Nemesia. 2018: “‘La deportista moderna’: género, clase y consumo en el fútbol, *running* y hockey argentinos”. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, n.º 30, pp. 23-42.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude. 1991: “Dominocentrismo y dominomorfismo”. En: *Lo culto y lo popular: Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 95-124.
- Guber, Rosana. (2011) 2014: *La etnografía. Método, campo y reflexividad*.

- Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guber, Rosana. 2016: *Experiencia de halcón. Los escuadrones de la fuerza aérea argentina que pusieron en jaque a la flota británica en Malvinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Klein, Naomi. (1999) 2015: *No logo: el poder de las marcas*. Buenos Aires: Paidós.
- Lupton, Deborah. 2016: *The Quantified Self*. Cambridge: Polity Press.
- Lupton, Deborah. Diciembre, 2014: “Self-tracking Modes: Reflexive Self-Monitoring and Data Practices”. Trabajo presentado en el Workshop “Imminent Citizenships: Personhood and Identity Politics in the Informatic Age”, Australian National University. Recuperado de <https://ssrn.com/abstract=2483549>
- Mauss, Marcel. 2012: *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz.
- Sassatelli, Roberta. 2012: *Consumo, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schmitt, Bernd H. 1999: *Experiential marketing: how to get customers to sense, feel, think, act, and relate to your company and brands*. Nueva York: The Free Press.
- Scribano, Adrián. 2017: “Instaimagen: mirar tocando para sentir”. *RBSE. Revista Brasileira de Sociologia das Emoções*, vol. 16, n.º 47, pp. 45-56.
- Silba, Malvina. 2015: “Palermo villa. Juventudes y cultura popular”. *Revista Anfibia*, 21 de septiembre.
- Silba, Malvina. 2017: “Guerra y paz en paso de cumbia”. *Revista Ñ*, 6 de febrero.
- Wacquant, Loïc. 2006: *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zabalbeascoa, Anatxu. 2018: “Richard Sennett: Lo gratuito conlleva siempre una forma de dominación”. *El País*, 18 de agosto.
- Zichermann, Gabe y Cunningham, Christopher. 2011: *Gamification by Design*. Sebastopol: O'Reilly Media.

# Experiencias de “comaternidad”

## Procesos de demanda y vida cotidiana

Florencia Paz Landeira

### Introducción

En agosto de 2015 comencé una investigación sobre las experiencias de maternidad de mujeres lesbianas usuarias de tecnologías de reproducción asistida. Las mujeres que participaron de la investigación vivían en el Área Metropolitana de Buenos Aires, tenían alrededor de 40 años y tuvieron hijos/as antes de la sanción de las leyes 26.618 de “matrimonio igualitario” y 26.862 de “reproducción médicamente asistida”. En una oportunidad, fui a la casa de Sonia y Marcela<sup>1</sup> para realizar una entrevista. Antes de tocar el timbre, observé que en la puerta había distintas calcomanías: dos correspondientes al Censo de 2010, un cartel más grande con la inscripción “Ni Una Menos” y otras dos con la leyenda “Yo estoy a favor del matrimonio entre personas del mismo sexo”, con los colores identificados con la diversidad sexual de fondo. Sonia y Marcela estaban en pareja desde hacía catorce años y tenían una hija de diez. En sus relatos, el proyecto de ser madres estuvo presente desde los inicios de la pareja, “pero siempre en ese vacío que era imposible”. Fue a través de unas amigas activistas que se enteraron de un médico que trabajaba en fertilidad y realizaba inseminaciones. De la imposibilidad pasaron a ver la “posibilidad real”. En su caso, no se interesaron por la inseminación “anónima”, sino que incorporaron a un amigo al proyecto. “Queríamos que tuviera un papá visible. Como historia de país sabemos que hay muchos hijos de desaparecidos, lo que significa la identidad, y saber

---

1. Los nombres han sido modificados para preservar el anonimato. Sin embargo, en el texto también se alude a otras personas por su nombre real –bajo su consentimiento–, puesto que tienen roles públicos y notorios en organizaciones LGBT.



quiénes son tus viejos, y también nos parecía interesante la posibilidad de tener una familia de tres” (Marcela, mujer, lesbiana, cuarenta y cinco años).<sup>2</sup>

En este intercambio, emerge el modo en que las experiencias y las construcciones de sentido en torno al parentesco se enmarcan en procesos sociales e históricos más amplios; en este caso, en referencia concreta a las desapariciones forzadas y la apropiación de bebés durante la última dictadura y la posterior lucha de la Asociación Civil Abuelas de Plaza de Mayo por su restitución. A partir de la narración de Sonia y Marcela, como también de la observación de las calcomanías en la puerta de su casa, comencé a reflexionar sobre las imbricaciones de estas experiencias de maternidad y los contextos políticos en que se inscriben. “Cambia mucho la experiencia con el reconocimiento legal”, sintetizó Gabriela, una mujer lesbiana de alrededor de 40 años y madre de un niño de diez, concebido mediante el uso de tecnologías de reproducción asistida, junto con su pareja, Florencia. Interrogada por su experiencia de maternidad, a Gabriela le resultaba imposible desligarla de los marcos legales restrictivos en los cuales esta se forjó. Desde cómo nombrar y vivenciar el rol de la “otra madre”, la relación con otros familiares y con las instituciones educativas y sanitarias, hasta la situación del parto mismo; todas experiencias que en la narración aparecían anudadas con las condiciones políticas, morales y sociales en las que se inscribían.

En este artículo, procuro mostrar cómo las experiencias de maternidad de mujeres lesbianas usuarias de tecnologías de reproducción asistida y los modos en que dichas experiencias son nombradas, expresadas y narradas, se encuentran atravesados por los modos de regulación del parentesco y la sexualidad, como así también por los procesos de organización y politización de los arreglos familiares no heteronormativos, en particular de la maternidad lésbica. En las próximas páginas, me propongo indagar en dichos procesos, haciendo hincapié en las estrategias discursivas y las categorías puestas en juego para movilizar la demanda frente al Estado, como también para nombrar estas experiencias ante la sociedad. Este foco puesto en lo que los sujetos dicen y el modo en que lo dicen, se apoya en la idea de que las palabras “suponen categorías, valoraciones morales, universos de sentidos, formas de nominar y consecuentemente explicar(se) el mundo y hacen de las razones del actuar de tal o cual modo” (Pita, 2010: 5).

El enfoque conceptual de este artículo se nutre de los aportes de la antropología política, en tanto la hipótesis que guía este trabajo es que las

---

2. Fragmento de entrevista realizada el 15 de octubre de 2015.

regulaciones políticas y jurídicas del género y la sexualidad implican relaciones de poder que moldean las experiencias de los sujetos, inscribiéndose en sus cuerpos (Fassin, 2003). La categoría de “experiencia” debe sus principales derroteros analíticos al trabajo señero de Edward P. Thompson (1963). A partir de poner el foco en cómo las formas de regulación son vividas y experimentadas, Thompson nos anima a comprender cómo la experiencia es elaborada en prácticas concretas, a la vez que atravesada por condiciones materiales, sociales y políticas particulares. A partir de recuperar la lectura que William Sewell (1990) realizara del trabajo de Thompson, coincidimos en que la experiencia no solo refiere al “vivir los acontecimientos”, sino también a los modos en que la gente construye los acontecimientos al tiempo que los vive. De esta forma, la experiencia remite a los sucesos vividos que adquieren significado al ser interpretados y narrados por los propios sujetos, a través de marcos culturales compartidos. Por su parte, Linda Martín Alcoff (1999, 2001) argumentó que los cuerpos, concretos y habitados, y las prácticas sociales son fundamentales para la construcción de sentido. En este lineamiento es que retomamos su noción de “experiencia corporizada”. En relación con esto, la teoría del *embodiment* (Csordas, 2008) ha propuesto pensar al cuerpo como locus de la experiencia, como sujeto de conocimiento con capacidad de actuar en y sobre el mundo.

Las reflexiones aquí presentadas son producto de una indagación de carácter etnográfico, en tanto sostenemos un modo de construcción de conocimiento que parte de las relaciones sociales establecidas entre los sujetos que participan de la investigación y de la experiencia social compartida que emerge en el curso de ella (Peirano, 2004). Este abordaje habilita el análisis de prácticas y relaciones sociales, como también de procesos de producción de sentido, en su carácter conflictivo y disputado. A su vez, recupero la perspectiva que propone construir los datos etnográficos en el contexto de la vida cotidiana, de modo de comprender sus procesos constitutivos en articulación con procesos sociales más amplios en un determinado momento histórico (Rockwell y Mercado, 1988). De esta forma, el enfoque etnográfico permite recuperar los aspectos estructurales y las significaciones que los sujetos les otorgan, considerando la singularidad que los procesos socio-históricos asumen en las trayectorias y experiencias de vida. Los datos fueron elaborados entre agosto de 2015 y marzo de 2017, a partir de entrevistas en profundidad y conversaciones informales con mujeres lesbianas madres, algunas de ellas, integrantes de organizaciones de diversidad sexual

—en particular de 100 % Diversidad y Derechos y Lesmadres<sup>3</sup>— y observación-participante en eventos de dichas organizaciones. También se incorpora al análisis un corpus de fuentes secundarias compuesto por versiones taquigráficas de la sesión del Congreso que culminó con la aprobación del “matrimonio igualitario” y su cobertura periodística.

El análisis que aquí se esboza abarca desde los años previos a la sanción de la ley de “matrimonio igualitario” hasta la actualidad.<sup>4</sup> Más específicamente, se sitúa en el período que se abre con las primeras acciones de amparo presentadas ante la Justicia, en reclamo de la declaración de inconstitucionalidad de los artículos del Código Civil que impedían el ejercicio del derecho al matrimonio a las parejas formadas por personas del mismo sexo (Osojnik, 2007). Período que tuvo un punto de quiebre con la sanción de la ley de “matrimonio igualitario” el 15 de julio de 2010.

El trabajo está organizado en dos apartados y cada uno se corresponde con un momento de los procesos de demanda de las “familias comaternales” frente al Estado. El primer apartado se centra en el momento previo al “matrimonio igualitario” y que aborda la construcción de categorías para nombrar a estas familias y sus experiencias como también las estrategias discursivas puestas en juego y las tensiones que suscitaron. El segundo apartado indaga en la demanda por el reconocimiento de ambas madres de aquellos/as niños/as nacidos/as previo al “matrimonio igualitario”. A su vez, nos aproximamos a los modos de construir testimonios y “pruebas” de una vida en común, de

---

3. La organización 100% Diversidad y Derechos se conformó en el año 2009, en el contexto de llegada al ámbito parlamentario del debate por el matrimonio entre personas del mismo sexo, al tiempo que la “diversidad sexual” se instalaba en la agenda pública. De acuerdo a sus integrantes, a principios de ese año comenzaron a funcionar como una asociación de hecho, mientras que el 9 de noviembre se realizó la asamblea constitutiva para iniciar el reconocimiento legal ante la Inspección General de Justicia (IGJ) como Asociación Civil, la cual les fue otorgada el 20 de octubre de 2011. Desde ese entonces, 100% Diversidad y Derechos se define como una organización de promoción de los derechos humanos de las personas lesbianas, gays, bisexuales e intersex (LGTBI) Lesmadres se conformó en el 2008 como espacio de reflexión y activismo en torno a las maternidades lésbicas. Mientras en una primera instancia su actividad central consistía en talleres de intercambio, luego empezaron a generar instancias de activismo político de forma pública. El momento de mayor actividad pública fue en torno a la sanción de la ley de “matrimonio igualitario” y del DNU 1006 de reconocimiento igualitario de niños/as de familias comaternales nacidos/as antes del “matrimonio igualitario”. Otra de las demandas centrales de su activismo fue el acceso integral a las tecnologías de reproducción asistida.

4. Esto no implica desconocer que la reflexión en torno a la maternidad y la familia comienza a aparecer en Argentina en las primeras organizaciones de reivindicación de las relaciones sexo-afectivas entre mujeres, que se remontan a la reapertura democrática luego de la última dictadura cívico-eclésiástico-militar, en el marco del feminismo y el movimiento de mujeres.

una familia, frente al contexto de no reconocimiento legal e invisibilización social. En ambos apartados se trabajará el vínculo entre estas formas de regulación jurídica y la experiencia de los sujetos.

### Los mismos derechos para nuestros hijos

Las parentalidades gay-lésbicas fueron uno de los ejes más álgidos de discusión en los momentos previos a la sanción del “matrimonio igualitario”, en el marco tanto de los debates parlamentarios como sociales. Muchas de las votaciones en contra del proyecto de ley estribaron su argumentación sobre la mater-paternidad y la crianza de niños/as. A continuación, reproducimos algunas intervenciones representativas:

Senadora Bongiorno del Frente para la Victoria por la provincia de Río Negro: “No estoy de acuerdo con el tema de la adopción [...] Existe un bien que hay que proteger, que son los niños”. (Senado, 2010: 41)

Senadora Escudero del Partido Justicialista por la provincia de Salta: “Esa estructuración de la filiación y del parentesco la hace la ley a partir de una relación heterosexual. La maternidad se determina por el parto; la paternidad la determina el matrimonio. El esposo de la madre se presume que es el padre de la criatura, y a partir de allí están todas las regulaciones del parentesco” (Senado, 2010: 46).

Senadora Meabe del Partido Liberal por la Provincia de Salta: “Los niños sí tienen derechos a ser criados por un hombre y una mujer [...] El padre forma, la madre educa” (Senado, 2010: 65).

A partir de las intervenciones aquí reproducidas, se observa el modo en que la cuestión de la crianza de niños/as a cargo de gays o lesbianas era elaborado como un límite que no se debía cruzar, en tanto implicaba una amenaza hacia la familia heteronormativa, con roles parentales generizados y fundados en la biología. Esta discusión fue recuperada también por medios masivos de comunicación y llegó a constituirse en un debate público. Solo por mencionar algunos ejemplos, el diario *La Nación* tituló una nota del 29 de abril de 2010 de la siguiente manera: “La adopción por parte de parejas gays, el punto más sensible del debate”. En su copete, expresaba: “Especialistas consultados por lanacion.com mostraron posturas antagónicas al respecto;

¿afecta al desarrollo normal de los chicos?; ¿influye en la elección sexual de los hijos?; hay hogares en los que ya se da esta convivencia” (*La Nación*, 29 de abril de 2010). Dos días antes de aprobarse la ley de Matrimonio Igualitario, el diario *Clarín* publicó en su suplemento *Entremujeres* un artículo con argumentos en contra y a favor de dicha normativa. En el texto se expresaba: “Todo niño tiene derecho a un padre y una madre para su desarrollo integral como persona. Así, conceder la adopción a homosexuales sería perjudicial para el menor” (*Clarín*, 13 de julio de 2010).

Es desde este lugar que debe comprenderse el eje que las organizaciones LGBT colocaron en las parentalidades, la crianza y los arreglos domésticos, desplazando el debate de la relación sexo-afectiva per se, en lo que Micaela Libson (2013) ha denominado como “reivindicaciones familiaristas”. Este desplazamiento apuntó a poner en crisis ese presunto límite moral, pero no por la vía de un ataque directo a esa institución familiar que les excluía, sino justamente a partir de reclamar un lugar en ella; mecanismo que implicaba necesariamente una resignificación de muchos de los sentidos tradicionalmente asociados. De esta forma, cobró relevancia en los discursos movilizadores por las organizaciones un conjunto de prácticas, emociones y valores extendidos socialmente que se aglutinan en la idea de familia. De acuerdo con Guido Vespucci (2014), en el contexto local, esta formación de sentidos y prácticas familiares se apoya, por un lado, en la diversificación de configuraciones familiares y las mutaciones en la noción misma de familia ocurridas en las últimas cuatro o cinco décadas y, por otro lado, en la imbricación con un marco interpretativo particular, configurado a partir de una serie de discursos: de derechos humanos, científico y de igualdad jurídica y ciudadana.

Estos señalamientos aparecen también en la literatura sobre el tema producida en España. Cabe señalar que, en dicho país, rige desde 1988 la ley 35/1988<sup>5</sup> sobre reproducción asistida que posibilitó la maternidad en el seno de parejas de mujeres. A su vez, los derechos de las familias con dos madres fueron plenamente reconocidos a partir de la ley de matrimonio entre personas del mismo sexo de 2005. Respecto de la apelación a la familia de las organizaciones de la diversidad sexual, la antropóloga vasca Imaz Martínez afirma:

---

5. Luego reemplazada por la ley 14/2006, actualizada en agosto de 2015.

El familismo del que parece revestirse el movimiento LGTB de los últimos años tiene que ver precisamente con un cambio en la concepción de la relación de parentalidad, de la filiación y parentesco, en el que este vínculo corresponde menos al mundo de lo natural y cada vez más al mundo del deseo –naturalizado, es cierto, siguiendo a Joan Bestard (1998)– de tener descendencia y se basa no en sustancias biogénicas sino en el amor mutuo como sustancia compartida (Imaz Martínez, 2014: 14).

En efecto, son de destacarse ciertas recurrencias en los distintos contextos nacionales. Por un lado, la centralidad de la familia en las estrategias discursivas desplegadas en la lucha por el Matrimonio Igualitario –con los movimientos y resignificaciones que implican– y por otro, la apelación al amor, cristalizada en una de sus principales consignas: “el mismo amor, los mismos derechos”. Al respecto, es relevante citar el discurso de apertura de unas jornadas de reflexión organizadas por 100 % Diversidad y Derechos, en el que su presidenta expresó: “Elegimos construir desde el amor, porque así hemos construido a nuestras familias” (Greta Pena, 15 de agosto de 2015).

Otra de las organizaciones protagonistas de estos procesos es Lesmadres, creada a partir de una serie de encuentros de parejas de mujeres entre 2007 y 2008 en la Ciudad de Buenos Aires, con el objetivo, en principio, de compartir experiencias e información alrededor de la maternidad lésbica. Los talleres que comenzaron con un carácter de reflexión y de acompañamiento entre pares pronto generaron otro tipo de encuentros paralelos, más centrados en demandas de reconocimiento de derechos frente al Estado, en la medida en que el tema comenzaba a instalarse en la agenda pública. En su sitio web se presentan como un “grupo de acción política integrado por familias de lesbianas madres y futuras madres que decidimos tener hijas e hijos en pareja”.<sup>6</sup> Gabriela Bacin, mujer, lesbiana y madre de alrededor de 40 años, es una de sus fundadoras, y expresa:

Nuestra militancia con el matrimonio igualitario fue al final, porque teníamos este debate de si había que militar el matrimonio, por ser una institución legal tradicional, cuando nuestra lucha era por los derechos de nuestros hijos. Después nos dimos cuenta que en realidad era la puerta de entrada al reconocimiento. El primer discurso fue ‘nos tienen que

---

6. Recuperado de <http://lesmadres.com.ar/>. Fecha de última consulta: 8 de octubre de 2018.

permitir adoptar'. Ahí vemos que teníamos que dar nuestra palabra, para mostrar que nuestros hijos ya existían, pero en desventaja con respecto al resto. Entonces lo que pedíamos era que nuestros hijos tuvieran los mismos derechos. Pero al principio fue tomado desde una línea que buscaba mostrar la normalidad y la funcionalidad de nuestras familias. ¿Para qué? No era una aspiración nuestra demostrar la normalidad. Las políticas públicas no pueden depender de esa evaluación. Entonces insistimos en desplazarnos de ese discurso hacia un discurso de derechos. Decíamos, con ironía, no vamos a demostrar que nuestros hijos son menos lesbianas, gays, trans, etc., porque a ninguna otra población se le pide que sus hijos no sean como ellos. Aunque ello conlleve una situación de discriminación futura posible. Los judíos muchas veces sufren discriminación, pero no por eso se les pide que sus hijos no sean judíos. Ahí nos involucramos más en el debate y en tomar las riendas de lo que fue el resto del proceso de las políticas de reconocimiento igualitario (Gabriela, integrante de Lesmadres).<sup>7</sup>

El relato de Gabriela condensa una serie de categorías que definen aquello por lo que vale la pena luchar; nos enfrenta a la puesta en juego de un “discurso de derechos” en pos del reconocimiento estatal y jurídico de “nuestros hijos” que “ya existen”. Por un lado, este lenguaje de derechos movilizado en la demanda frente al Estado debe entenderse en relación con la retórica gubernamental de “ampliación de derechos” predominante durante el mandato de la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner, que Soledad Cutuli y Victoria Keller (2015) señalan como habilitante para que las demandas de la diversidad sexual se posicionaran en el núcleo de una nueva cultura democrática. En este sentido, es iluminadora la propuesta de William Roseberry (2007) en relación con el concepto de hegemonía:

La manera en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones, instituciones y movimientos utilizados por las poblaciones subordinadas para hablar, entender, confrontar, adaptarse o resistir su dominación son moldeadas por el mismo proceso de dominación. Lo que construye la hegemonía, entonces, no es una ideología compartida sino un marco material y cultural común para vivir en, hablar de y actuar

---

7. Fragmento de entrevista realizada el 28 de marzo de 2017.

sobre los órdenes sociales caracterizados por la dominación (Roseberry, 2007: 123).

Resulta relevante esta propuesta en tanto nos permite pensar al discurso de derechos como ese marco material y cultural común, como un lenguaje compartido para canalizar la demanda. Ya Jeffrey Weeks (1995) había advertido que el “discurso de los derechos” es la fuerza más potente en la esfera de la política y la ética, y en torno a la cual se condensan la mayoría de las luchas relacionadas a la sexualidad. Para el contexto local, Gabriela Delamata (2014) analiza a los fenómenos de apropiación del derecho y los derechos, en la última década en la Argentina, como formas de legalización de las causas sociales o jurisdicción de los reclamos.

En el intenso debate social y parlamentario que antecedió al “matrimonio igualitario”, la posición contraria a su sanción centraba fuertemente su argumentación en que todo niño tiene derecho a un padre y una madre para su desarrollo integral como persona, por lo que dicha norma sería violatoria del interés superior del niño. De forma subyacente a esta posición, se sostenía que la familia basada en una unión conyugal heterosexual era no solo la más deseable en términos morales, sino también la “natural”, en términos biogenéticos.

Sin embargo, como hemos argumentado, desde la postura favorable a la sanción también se movilizó la categoría del interés superior del niño –evidenciando de forma explícita el carácter multívoco y dinámico que adquiere al calor de los procesos sociales y jurídicos– para demandar al Estado el reconocimiento de todas las formas de conformar una familia, independientemente de la orientación sexual de sus integrantes. Se argumentaba que el no reconocimiento de la filiación con ambas madres (para aquellas parejas de mujeres que hubieran tenido hijos mediante el uso de tecnologías de reproducción asistida antes del “matrimonio igualitario”) implicaba una restricción para los/as niños/as en el acceso a provisiones sociales, la continuidad del vínculo en caso de separación o muerte de una de sus madres, la circulación y la toma conjunta de decisiones médicas y educativas, los derechos hereditarios, las licencias laborales de ambas madres por enfermedad de sus hijos y el reconocimiento legal del vínculo con sus familias extendidas: abuelas y abuelos, tíos, tías, primos, etcétera. Aludiendo que se trata de una realidad ya existente, se argumenta que el no reconocimiento jurídico de estas familias es discriminatorio para esos/as hijos/as. De hecho, una de las



consignas que se sigue movilizando al día de hoy es “todas las familias con todos los derechos”.

A partir de un proceso positivo de contestación y disputa discursiva se generó una apropiación y resignificación de aquellos mismos valores que los que argumentaban en contra del “matrimonio igualitario” pretendían defender: la familia y los/as niños/as. De esta forma, se puso en juego una estrategia productiva en términos de desestabilizar los modos hegemónicos de representación. En la última etapa del debate parlamentario y social en torno a la ley de “matrimonio igualitario” y, fundamentalmente, en el período que se inició luego de su sanción, que Gabriela Bacin llama “proceso de las políticas de reconocimiento igualitario”, la maternidad se constituyó en el centro gravitacional de nominación de los sujetos de la demanda, y la “diversidad familiar” adquirió relevancia incluso sobre la orientación sexual misma, a la vez que los/as hijos/as emergieron como prueba de verdad en la demanda de reconocimiento.

Finalmente, el “matrimonio igualitario” incorporó en forma plena a las parejas del mismo sexo en igualdad respecto de las parejas heterosexuales, incluso en lo que hace a la filiación. Sin embargo, para las familias de dos madres conformadas con anterioridad al “matrimonio igualitario”, éste significó el punto de partida para nuevas batallas. Tanto Gabriela Bacin<sup>8</sup> de Lesmadres como Silvina Maddaleno<sup>9</sup> (mujer, lesbiana, 41 años y madre de trillizos), integrante de 100% Diversidad y Derechos referencian que la estrategia consistió en ir “paso a paso”, en principio velando por las inscripciones de los/as niños/as nacidos/as en el marco del matrimonio entre dos mujeres. Silvina recuerda: “algunas parejas llegaron a casarse ahí al toque, con una panza de nueve meses, había jueces que hacían chistes con que nosotras también nos casábamos por apuro [risas]”. Por su parte, Gabriela señala:

Empezamos a ver quién nacía primero y fuimos a pelear por esa inscripción. De hecho, no se hizo de la manera que queríamos, porque en la partida [ver Imagen 1] quedó como una enmienda que aclaraba que era cónyuge de la madre. Pero decidimos aceptarla, que la noticia fuera

---

8. En la entrevista ya mencionada.

9. En conversaciones informales durante la etapa de trabajo de campo que comprende los meses de agosto a diciembre de 2015.

que ya hay un niño con dos mamás, para después ponernos a trabajar en mejorarla (Gabriela, integrante de Lesmadres)<sup>10</sup>.

Tal como se aprecia en la imagen de dicha partida de nacimiento (imagen 1), la fórmula "hijo de" se encuentra tachada en el segundo caso, para designar a la madre que no había parido, como cónyuge.

054

GOBIERNO DE LA CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

REGISTRO DEL ESTADO CIVIL Y CAPACIDAD DE LAS PERSONAS

CIRCUNSCRIPCIÓN 1º TOMO \_\_\_\_\_ NÚMERO \_\_\_\_\_ AÑO 2012-  
En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires de la República Argentina, a \_\_\_\_\_ de JUNIO  
de 2012. Yo, Funcionario del Registro del Estado Civil y Capacidad de las Personas  
inscribo el NACIMIENTO de \_\_\_\_\_  
Sexo masculino nacido el \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_ de 2012-  
a las 22:29 horas, en esta ciudad Tomas D. de Anchorena 1872-  
Hijo de Gabriela I \_\_\_\_\_ A  
y de Ana M. \_\_\_\_\_ F \_\_\_\_\_  
Doc. Ident DNI 17 \_\_\_\_\_  
Doc. Ident DNI 17 \_\_\_\_\_  
Según certificado de la obs. Stella María MEDINA \_\_\_\_\_  
Interviente Sobalá \_\_\_\_\_ y Ma. R. \_\_\_\_\_ Doc. Ident \_\_\_\_\_  
Domicilio \_\_\_\_\_ Obra en virtud de la l. 17.128  
18248- \_\_\_\_\_  
DRA. ROSA SUSANA STESSE  
DRA. SUSANA STESSE  
NOMBRE DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES  
GOBIERNO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Imagen 1. "Prácticas registrales en Diversidad Familiar",  
100% Diversidad y Derechos, 2015.

Este instrumento jurídico encarnaba para estas mujeres lo que, siguiendo a Nancy Fraser (2008), podemos denominar como injusticia simbólica, en tanto relación social institucionalizada que implica ser sometido/a a patrones de representación, interpretación y comunicación ajenos u hostiles, el no reconocimiento como forma de invisibilización y/o la falta de respeto. Las tachaduras o enmiendas mostraron, por un lado, el desfase entre las prácticas institucionales y las leyes, y señalaron la persistencia de lo biológico como fundamento de la filiación (Bestard, 1998). Mientras que, por otro lado, materializaron la desigualdad de reconocimiento entre la madre que pare y

10. Fragmento de entrevista realizada el 28 de marzo de 2017.

la que no, que lejos de haber sido inaugurada por el “matrimonio igualitario”, se constituía desde años atrás como una de las principales problemáticas para las familias de dos madres, en tanto atravesaba de forma significativa la experiencia misma de maternidad.

### ¿Mater sempre certa est?

Al principio era difícil el lugar de la otra madre, hasta de pensar cómo nombrarnos. Empezó a circular un saber muy colectivo. Primero fue ‘Hay dos madres, no una madre y una madrina’. En ese momento, una tenía reconocimiento legal y otra no. Entonces, a veces se le decía madre legal y no legal, pero se mezclaba con lo legítimo; después fue madre gestante y no gestante, ¿pero la gestación es un proceso biológico? No solamente. Entonces era la madre que se embarazó y la que no, la que tiene el reconocimiento y la que no lo tiene. Cosas que ahora parecen muy básicas, pero en ese momento no lo eran. Cuando nosotras hacíamos los talleres, se elegía quién era la madre gestante por cuestiones como: una tiene trabajo y tiene obra social y la otra no; o según la relación con la familia, yo tengo muy mala relación, si yo me embarazo y me pasa algo, mi mamá el chico te lo va a sacar, entonces embarazate vos. Entraban a jugar cuestiones que tenían que ver con la falta del amparo legal. Cosa que ahora no. A veces no hay deseo de parte de una, muchas veces se tiene más de un hijo, entonces primero le toca a una, después a la otra, no es tanto un tema. Cambia mucho la experiencia con el reconocimiento legal. Por ejemplo, la experiencia de ir a parir. Llevábamos encima el certificado de la unión civil. Antes se hacían tutorías, entonces las chicas medio que mientras pensaban el nombre del bebé tramitaban la tutoría por si se moría en el medio del parto. Si me muero, le pido al juez que le dé a la otra madre a mi hijo, hasta en la tenencia del cuerpo teníamos que pensar. Y para las que no podían pagar la tutoría habíamos hecho modelos de testamento ológrafo. También por ejemplo recomendábamos mucho que tengan registro de una vida familiar. Que la mamá que no tenía reconocimiento firme los boletines, guardar las tarjetas de cumpleaños con la firma de las dos. Toda una cosa que, para las que tuvimos hijos antes, en algún punto te queda (Gabriela, integrante de Lesmadres).<sup>11</sup>

---

11. Fragmento de entrevista realizada el 28 de marzo de 2017.

Gabriela relata las formas en que la desigualdad jurídica se actualizaba en la vivencia cotidiana de la maternidad e incluso en los modos de expresar dicha vivencia en palabras, en especial, ante los límites de los vocabularios disponibles para dar cuenta de la comaternidad misma. En distintas entrevistas han emergido los variables modos en que estas parejas de mujeres resuelven “cómo nombrarse”: en algunos casos, el apelativo de “madre” es compartido por ambas mujeres de forma equitativa; otras parejas han optado por nominar a cada una con variantes del apodo afectivo “mami” o “mamu”, pero sin diferencias en cuanto al lazo parental; mientras que otras le han otorgado a la mujer no gestante una posición distinta nominada en algunos casos como “madrina” o “amiga”. Estas decisiones y los sentidos que las atraviesan forman parte de la fabricación del parentesco (Carsten, 2000), a la vez que permiten en pensar en lo que Kendall (2005) ha descripto como plasticidad del parentesco y la fuerza del parentesco idiomático.

En un contexto en el que los marcos de legalidad eran restrictivos y excluían a sus realidades familiares, a la vez que se articulaban con diversas formas de estigmatización familiar y social, el testimonio da cuenta de una serie de saberes producidos y prácticas llevadas a cabo con el objetivo de construir una historia material de familia legítima, a modo de prueba documental. La creación continuada del sentimiento familiar aparece aquí como un acto reflexivo, a la vez que como estrategia política. A su vez, interesa resaltar los modos en que esta reflexividad revela con claridad el carácter socialmente construido del “deseo materno” presuntamente enraizado en la experiencia de embarazo y cómo éste se intersecta y relaciona en forma compleja con las condiciones de existencia y procesos sociales más amplios. Lejos de aparecer como algo natural, el “deseo materno” se encuentra explícitamente vinculado a aspectos tan concretos como quién tiene la titularidad de la obra social, la relación con la familia de origen y los antecedentes de salud; todos aspectos que a su vez son constituidos por regulaciones jurídicas y morales.

Con respecto a las decisiones respecto del embarazo y la gestación, interesa indagar en la capacidad reproductiva y en la maternidad como aspectos claves de la experiencia corporizada del cuerpo de las mujeres. El embarazo funciona como una marca de género, produce un significado en el cuerpo; la experiencia del embarazo forma parte de la construcción de la identidad de género femenina y la identidad materna misma es producida a través del cuerpo y en el cuerpo. Felitti (2011: 11) señala que “la relación entre mujeres y maternidad ha sido interpretada, regulada y vivida de diferentes formas a

lo largo del tiempo y en diversas culturas. Por varios siglos las posibilidades de gestación y amamantamiento del cuerpo femenino se utilizaron para legitimar una división sexual del trabajo que implicaba desigualdad en el acceso a oportunidades y derechos”. Es interesante enfatizar en este doble carácter implicado en la maternidad, en tanto puede ser abordado como práctica a la vez que como ideal normativo que atraviesa los cuerpos de las mujeres.

Es necesario tener presente que estas maternidades no solo se desplazan de la heteronormatividad, sino que en muchos casos se construyen en relación con el uso de tecnologías de reproducción asistida, que desestabilizan la continuidad establecida culturalmente entre la aportación genética, las características fenotípicas y la identidad familiar, social y jurídica. A su vez, fragmentan y abren a la resignificación las sustancias corporales, tradicionalmente implicadas en la determinación de los lazos de parentesco, muy particularmente de la filiación. Joan Bestard (2009) llama a atender a la alienación y objetivación de partes del cuerpo necesarias para la reproducción bio-médica de las relaciones de parentesco (2009).

En relación con esto, en el II Encuentro Nacional de Familias LGTB con hijos e hijas, organizado por 100 % Diversidad y Derechos el 15 de agosto de 2015, conocí a Romina, de 38 años. Allí me contó que estaba iniciando un “tratamiento de fertilización” junto a su pareja, Érica, de 40 años. Romina era profesora de educación física y Érica, de Biología, ambas en escuelas secundarias de zona sur del conurbano bonaerense. Romina tenía el pelo castaño claro atado en una colita baja y medía alrededor de 1,60 m. Tenía puesto un jean azul, zapatillas deportivas y una campera de algodón. Se enteró del Encuentro por un grupo de Facebook. Le pregunté si habían decidido cómo encarar el tratamiento, cuál se iba a embarazar, a lo que me respondió que sería Érica, porque como “queremos tener dos, pensamos que es mejor que ella que es más grande tenga al primero y después yo al que sigue, así las dos tenemos la experiencia del embarazo”. También me comentó que lo harían en un centro privado a través de su cobertura de salud prepaga, y que iban a guardar una “muestra” de gametos del donante que iban a usar para este tratamiento, para volver a utilizarlo en el próximo que emprendieran, para que sus hijos/as fueran “medio hermanos genéticamente”. Son notorios los significados de los que se va dotando lo “genético” en la conformación y validación de los lazos de parentesco, como también cómo median las nociones de cuerpos saludables y con “capacidades reproductivas” en relación con la edad a la hora de decidir cuál será la mujer que geste.

Cabe destacar que la decisión respecto de la gestación implica que una de las madres comparta material genético y otra no, con excepción de los casos en que se opta por la técnica popularmente conocida como ROPA (Recepción de Óvulos de la Pareja), lo que permitiría recuperar los símbolos naturales de la sustancia compartida, el embarazo y el parto, sobre los que asentar una construcción social de la maternidad. De todos modos, aparte de la técnica ROPA, hay diversos mecanismos que las mujeres eligen con el fin de aproximar los lazos biogenéticos, como crioconservar semen de un mismo donante para ser utilizado en la concepción de todos/as sus hijos/as; que el donante de semen sea un familiar directo de la madre no gestante, para establecer conexiones con esta; o elegir un donante con características fenotípicas similares a la madre no gestante (lo cual implica de forma implícita que los rasgos físicos subrayan la pertenencia y forman parte de la identificación social de una persona con su grupo familiar).

Interesa remarcar en los efectos que estas tecnologías pueden tener en la producción de una percepción del cuerpo en fragmentos: óvulos y útero se perciben como partes separadas y separables del cuerpo, al mismo tiempo que el semen del donante es percibido también como separable del cuerpo y alienable. Las sustancias corporales pasan a ser entidades separadas y dejan de ser parte/propiedad de la persona. Estas tecnologías a su vez presuponen que óvulos y semen no “producen” parentesco, al menos que “ingresen” en un entramado de personas, cuerpos y relaciones sociales. Sin embargo, esto es tensionado por las prácticas mencionadas tendientes a aproximar los lazos biogenéticos. Esto puede referir a una persistencia de la fuerza simbólica de la biología en los idearios familiares, cristalizada en expresiones populares como “la sangre tira” o “los genes insisten”. Como también a la necesidad, en un momento de falta de reconocimiento jurídico y social de la legitimidad de estas maternidades lésbicas, de otorgarle a la propia construcción familiar la materialidad que aún se le reconoce a aquello que se presupone como “natural”. A su vez, como se viene señalando, esta falta de reconocimiento se conjugaba con la ausencia de repertorios narrativo para nombrar estas experiencias, incluso para narrarle a sus hijos/as. En la entrevista con Sonia y Marcela, surgió este tópico:

le teníamos que contar que había sido una inseminación, el acto de amor era acto de amor pero no, era más complejo en ese sentido y preferí dilatarlo hasta que fuera un poco más grande. Que queríamos tener un hijo,

pero sabíamos que dos mujeres no... Y papi también. Entonces el médico nos ayudó a concretizar nuestro deseo. Pero también era importante que entendiera que yo no tenía una relación con Sergio [el padre]. Había que explicarle muchas cosas (Sonia, mujer, lesbiana, cuarenta y cuatro años).

Tal como se señaló en el apartado anterior, la desigualdad jurídica entre ambas madres persistió aún luego del “matrimonio igualitario” para aquellas familias cuyos/as hijos/as hubieran nacido antes de su sanción. De esto nos habla el relato de Laura, madre junto con su pareja Julia, de dos nenas de 11 y 9 años:

Puede parecer solo un papel, pero para nosotras era una forma de discriminación cotidiana. Desde los obstáculos burocráticos que se nos presentaban en la escuela –había que hacer todo un procedimiento para que yo las pudiera ir a buscar, por ejemplo– o cuando los llevábamos al médico hasta una cosa más simbólica si querés. Sentíamos que esos documentos no hablaban de nosotras, no representaban nuestra realidad. Y, por otra parte, era una preocupación, era el hueco por el que podía aparecer una amenaza a la familia que estábamos construyendo. Es muy violento que la ley no reconozca nada de lo que una ha hecho. (Laura, mujer, lesbiana, cuarenta años).

La respuesta a esta desigualdad jurídica se fue articulando en una demanda por “reconocimiento” tal como lo enuncia la campaña “Reconocimiento igualitario para nuestros hijos e hijas”, organizada por Lesmadres y 100 % Diversidad y Derechos. Para los/as niños/as nacidos/as antes de la sanción de esta ley, la única madre reconocida era la que había parido, por lo que una de las vías que se presentaban para un reconocimiento de ambas madres era la adopción. Silvina de 100%, señala:

Una opción para que a ambas se les reconociera la filiación era la adopción. O sea que la madre no gestante tenía que adoptar a su propio hijo. A nosotros nos parecía que no estaba bueno porque no teníamos por qué pasar por todo un proceso en el que un juez dictaminara si éramos o no aptas para ser madres de nuestros propios hijos, aparte era como una frazada corta, porque si a una le daban la adopción, le sacaban derechos a otra. Pero bueno, muchas familias optaron por esta vía y no

las criticamos, imagínate que en ese momento estás desesperada por proteger y cuidar a tu hijo o hija (Silvina, integrante de 100 % Diversidad y Derechos).<sup>12</sup>

La demanda por reconocimiento de ambas madres en clave de legalidad y legitimidad fue el eje central de las acciones posteriores al “matrimonio igualitario”, aprobado en el año 2010. De hecho, fue una de las principales consignas de la XX Marcha del Orgullo LGBTBIQ de la Ciudad de Buenos Aires del año de 2011 y tuvo su espacio en el acto que se realiza tradicionalmente en un escenario frente al Congreso de la Nación, en las voces de Silvina Maddaleno de 100 % y Florencia Gemetro, otra integrante de Lesmadres. En la siguiente imagen, se puede observar la bandera de la campaña, detrás de la cual se ubican numerosas mujeres cargando niños/as pequeños/as, y otros carteles con los logos de ambas organizaciones (figura 2).



Figura 2. Marcha del Orgullo LGBTBIQ de 2011. Fotografía de Gabriela Aguirre.

Estas demandas remiten a la expresión de Fraser:

La lucha por el reconocimiento se está convirtiendo rápidamente en la forma paradigmática de conflicto político en los últimos años del siglo

12. Fragmento de entrevista realizada el 7 de agosto de 2015.



veinte. Las exigencias de ‘reconocimiento de la diferencia’ alimentan las luchas de grupos que se movilizan bajo las banderas de la nacionalidad, la etnia, la ‘raza’, el género y la sexualidad (Fraser, 1997: 17).

Esto también nos aproxima al aspecto institucional de esta falta de reconocimiento y sus efectos materiales. En relación con esta demanda de reconocimiento de la filiación, recuperamos los aportes de Josefina Martínez, quien ha planteado que esta

no es algo que grupos humanos a lo largo de la historia hayan dejado librado al azar [...], por el contrario, por todas partes y en todas épocas los grupos sociales han formulado principios, reglas, normas y procedimientos para establecer y registrar la filiación de los nuevos integrantes (2010: 285).

En este sentido, la filiación resulta de un diálogo entre las dimensiones biológica y jurídica, atravesado por conflictos. Desde esta perspectiva, los procedimientos burocráticos de la filiación constituyen un nacimiento ritualizado, que Martínez (2004) denomina “nacimiento jurídico”. Interesa remarcar el modo en que estos procedimientos burocráticos son constitutivos de las experiencias de los sujetos, en tanto contribuyen a inscribirlas en sentidos compartidos y valorados socialmente.

Por su parte, Fabio Reis Mota (2005) aborda etnográficamente la política de reconocimiento de derechos en función de la consideración de la identidad de ciertos grupos. El autor revela la multiplicidad de voces con que se expresa el Estado, a la vez que, las estrategias desplegadas por éste y otros agentes que participan del campo político en que se disputa la ciudadanía. Así muestra que, si bien la ciudadanía se construye discursivamente como universal, opera más como una concesión del Estado y sus agentes mediadores. De esta forma, comprendemos que las políticas de reconocimiento están anudadas a las identidades, entendidas como espacio de lucha por clasificaciones sociales, a la vez que habilita un abordaje de los derechos como un lenguaje de la lucha política.

En paralelo a acciones como la columna de la campaña en la marcha del orgullo, que podríamos denominar de visibilización, también se pusieron en juego estrategias que, con el mismo objetivo, se proponían producir representaciones numéricas. Tres meses después de la sanción del “matrimonio

igualitario" y a través de gestiones con el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) se incluyó en el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas de 2010 a las familias y parejas del mismo sexo. Es interesante pensar esta estrategia como un modo de "producción racional de la verdad" (Manzano y Moreno, 2011) en el marco de la aplicación de la norma, en tanto pensamos la construcción de estadísticas como parte integral de las formas modernas de gobierno y de regulación social (Asad, 2008).

Las organizaciones consideraron que la realidad estaba sub-representada –por ser muy reciente la sanción de la ley y por ser la primera vez que se incluía la variable–, pero de todas formas, fueron números que comenzaron a aparecer con recurrencia en sus materiales de difusión, a modo de fundamentación de sus demandas. De acuerdo con los resultados del censo (INDEC, 2012), en el 2010 había 24.228 hogares conformados por parejas del mismo sexo. El 58,3 % de las parejas del mismo sexo en el país eran de mujeres y el 41,7%, varones. En todas las jurisdicciones del país se verificó mayor proporción de parejas de mujeres por sobre las parejas de varones. La única excepción fue la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde el 52,3 % eran varones y 47,7 %, mujeres. A su vez, la estadística expresó que el 21 % de las parejas del mismo sexo tenían hijos a cargo; en su mayoría, parejas de mujeres (97,5 %).

La primera partida de nacimiento "sin tachaduras ni enmiendas" para una niña con dos madres fue confeccionada el 7 de marzo de 2012 en la Provincia de Buenos Aires y con ambos apellidos en el orden solicitado por ellas. Constituyó un logro tras más de un año de acciones de visibilización y gestiones con los poderes ejecutivos nacional y locales. Finalmente, se alcanzó una regulación de carácter nacional a través del Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU) N° 1006/12, firmado por la entonces presidenta Fernández de Kirchner el 2 de julio de 2012. Éste estableció un "régimen excepcional" para que, mediante un trámite administrativo ante el Registro Civil de cada jurisdicción, se completaran las actas de nacimiento de los/as niños/as nacidos/as en el marco de una familia comaternal antes de la ley de "matrimonio igualitario". Es relevante señalar la existencia de una cierta afinidad política de las organizaciones Lesmadres y 100 % Diversidad y Derechos con del gobierno de Fernández de Kirchner que también moldeó la estrategia. Al respecto, Gabriela de Lesmadres aclara: "No le queríamos hacer juicio al estado, creíamos que ese estado iba a responder a nuestra demanda. De hecho, la absorbió y la resolvió. Cristina

[Fernández de Kirchner] firmó el decreto y pidió disculpas por haberse demorado tanto”.<sup>13</sup>

Sin embargo, tras el DNU 1006 continuaba siendo un requisito que las madres contrayeran matrimonio para que ambas fueran reconocidas legalmente. Esto fue saldado con la reforma y unificación del Código Civil y Comercial que entró en vigencia en agosto de 2015, en el que se incorporó la “voluntad procreacional” como tercera fuente de filiación. De acuerdo con esta incorporación, padres/madres son aquellas personas que han prestado su consentimiento libre, formal e informado para serlo, independientemente de su orientación sexual, su estado civil y de que hayan aportado o no su material genético. A su vez, la Cláusula Transitoria N° 3 le dio carácter retroactivo a esa “voluntad procreacional”, considerando aquellas parejas de mujeres que hubieran realizado el tratamiento de reproducción asistida antes de la entrada en vigencia de este código.

## Reflexiones finales

En este trabajo, realicé un recorrido a través de las principales formas de demanda por parte de dos organizaciones en pos del reconocimiento de la “diversidad sexual y familiar”. A partir de los relatos de algunas de sus integrantes y del análisis de fuentes secundarias, procuré reconstruir las principales tensiones de sentido, puntos de vista y estrategias discursivas que atravesaron al proceso que se interpreta como de “conquista de derechos”. En este marco, di cuenta de la centralidad que la familia y la maternidad fueron adquiriendo en dicho proceso, produciendo al mismo tiempo modificaciones en dichas instituciones, experiencias y prácticas.

Se espera haber contribuido a la comprensión de los modos en que los procesos de organización y demanda se interrelacionan y modifican las experiencias y los modos de nombrarlas. En particular, espero haber arrojado algunas pistas en torno a cómo son vivenciadas las maternidades lésbicas, a partir de mostrar cómo las categorías y los sentidos elaborados alrededor de ellas fueron en gran medida configurados a partir de la necesidad de visibilizar su existencia y de demandar por reconocimiento movilizándolo un “discurso de derechos”.

---

13. Fragmento de entrevista realizada el 28 de marzo de 2017.

Retomando las discusiones analíticas presentadas en la introducción y a partir del trabajo etnográfico, arribamos a la idea de no tomar la experiencia como un testimonio inmediato, sino comprenderla en su carácter situacional, social, histórico y corporeizado. A su vez, se expresa la necesidad de un abordaje de la experiencia que considere las relaciones de poder y desigualdad que la atraviesan; más aún cuando estamos considerando los modos en que los sujetos narran y estructuran discursos sobre la experiencia. Incluso, en tanto asumimos que la experiencia solo llega a ser tal una vez que ha sido dotada de sentido para sus protagonistas. Al respecto, es elocuente la afirmación de de Lauretis, desde la teoría feminista: “[la propia historia] es interpretada o reconstruida por cada una de nosotras dentro del horizonte de significados y conocimientos disponibles en la cultura en un momento histórico dado, un horizonte que también incluye formas de compromiso y lucha política” (De Lauretis, 1986: 8).

Por otra parte, aquí no hemos profundizado en los procesos de demanda y las disputas que emergieron en los debates parlamentarios que antecedieron a la sanción de la ley 26.862 de reproducción médicamente asistida. Este y otros procesos que continúan en la actualidad respecto de la demanda de sanción de una ley que complete la regulación en torno a la reproducción asistida serán objeto de futuras indagaciones. A su vez, en sintonía con el análisis de las innovaciones legislativas en la regulación del parentesco, es relevante analizar con profundidad los sentidos, disputas y debates implicados en torno a las categorías de “identidad” y “origen biológico” en lo que refiere al uso de tecnologías de reproducción humana asistida y el principio filiatorio de “voluntad procreacional”, como también los derechos legislados para los niños y las niñas concebidas mediante estas tecnologías.

## Referencias bibliográficas

- Alcoff, Linda. 2001: “Feminismo cultural versus postestructuralismo: la crisis de identidad en la teoría feminista”. En Navarro, Marysa y Stimpson, Catherine R. (comps.): *Nuevas direcciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 65-106.
- Asad, Talal. 2008: “¿Dónde están los márgenes del Estado?”. *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 27, pp. 53-62.
- Bestard, Joan. 1998: *Parentesco y modernidad*. Barcelona: Paidós.

- Bestard, Joan. 2009: “Los hechos de la reproducción asistida: entre el esencialismo biológico y el constructivismo social”. *Revista de Antropología Social*, n.º 18, pp. 83-95.
- Carsten, Janet. 2000: *Cultures of Relatedness: New Approaches to the Study of Kinship*. Nueva York y Cambridge: Cambridge University Press.
- Csordas, Thomas. 1990: “Embodiment as a paradigm for Anthropology”. *Ethos: Journal of the Society for Psychological Anthropology*, vol. 18, n.º 1, pp. 5-47.
- Cutuli, Soledad y Keller, Victoria. 2015: “At the Forefront of Sexual Rights? Notes on Argentinean LGBT Activism”. En Ashley Tellis y Sruti Bala (eds.): *The Global Trajectories for Queerness. Re-thinking Same-Sex Politics in the Global South*. Leiden: Brill/Rodopi.
- Delamata, Gabriela. 2014: “Contestación social y acción legal. La (otra) disputa por los derechos”. *Revista Sudamérica*, n.º 3.
- Elizalde, Silvia. 2008: “Debates sobre la experiencia. Un recorrido por la teoría y praxis feminista”. *Oficios Terrestres*, n.º 23, Universidad Nacional de La Plata.
- Fassin, Didier. 2003: “Gobernar por los cuerpos, políticas de reconocimiento hacia los pobres y los inmigrantes en Francia”. *Cuadernos de antropología social*, vol. 17, pp. 49-78. Recuperado el 20 de julio de 2018 de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1850-275X2003000100004&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2003000100004&lng=es&tlng=es).
- Felitti, Karina. 2011: “Introducción”. En: *Madre no hay una sola. Experiencias de maternidad en la Argentina*. Buenos Aires: Ciccus.
- Fonseca, Claudia. 2008: “Homoparentalidad: novas luzes sobre o parentesco”. *Revista de Estudos Feministas*, vol. 16, n.º 3, Florianópolis.
- Fraser, Nancy. 1997: *Iustitia interrumpa*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes.
- Fraser, Nancy. 2000: “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler”. *New Left Review*, n.º 2, Madrid, pp. 123-134.
- Fraser, Nancy. 2008: “La justicia social en la era de la política de identidad: redistribución, reconocimiento y participación”. *Revista de Trabajo*, año 4, n.º 6.
- Imaz Martínez, Elizabete. 2014: “Maternidades, nuevas formas familiares y el derecho a elegir”. *Grafo Working Papers*, n.º 3, pp. 6-17.
- Kendall, Laurel. 2005: “Birth Mothers and Imaginary Lives”. En Volkman,

- Toby, Alice (ed.): *Cultures of Transnational Adoption*. Durham: Duke University Press.
- Libson, Micaela. 2013: "Parentalidades gays y lesbianas: el surgimiento de la temática en la Argentina". *Revista de Ciências Sociais*, Fortaleza, vol. 44, n.º 1, pp. 109-131.
- Manzano, Virginia y Moreno, Lucila. 2011: "Censar, demandar y acordar: demandas colectivas y políticas estatales en el Gran Buenos Aires". *Revista Pilquen*, año 13, n.º 14, Universidad Nacional del Comahue.
- Martínez, María Josefina. 2004: "Paternidades contenciosas: un estudio sobre filiaciones, leyes y burocracias". En Sofía Tiscornia (comp.): *Burocracias y Violencia: Estudios de Antropología Jurídica*. Buenos Aires: Antropofagia, pp. 403-432.
- Martínez, María Josefina. 2010: "La producción social de la filiación y la construcción de una paternidad". En Carla Villalta (comp.): *Infancia, Justicia y Derechos Humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 285-316.
- Pita, María Victoria. 2010: *Formas de vivir y formas de morir: el activismo contra la violencia policial*. Buenos Aires: Ediciones Del Puerto, Centro de Estudios Legales y Sociales.
- Reis Mota, Fabio. 2005: "Conflictos, multiculturalismo y los dilemas de la democracia a la brasileña. Una etnografía de los procesos de reconocimiento de derechos en dos comunidades de Río de Janeiro". En Tiscornia, Sofía y Pita, María Victoria (comps.): *Derechos humanos, tribunales y policías en Argentina y Brasil. Estudios en Antropología Jurídica*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 185-204.
- Roseberry, Williams. 2007: "Hegemonía y el lenguaje de la controversia". En Lagos, María y Calla, Pamela (comps.): *Antropología del Estado. Dominación y prácticas contestatarias en América Latina*. Bolivia: PNUD (Cuaderno de Futuro 23, Informe sobre Desarrollo Humano).
- Vespucci, Guido. 2014: "Una fórmula deseable: el discurso 'somos familias' como símbolo hegemónico de las reivindicaciones gay-lésbicas". *Sexualidad, Salud y Sociedad (Rio de Janeiro)*, n.º 17, pp. 30-65.
- Weeks, Jeffrey. 1995: "Valores en una era de incertidumbre". En R. Llamas (comp.): *Construyendo Sidentidades. Estudios desde el corazón de una epidemia*. Madrid: Siglo XXI, pp. 199-225.

## Fuentes consultadas

- 100% Diversidad y Derechos, agosto de 2015: *Prácticas registrales en Diversidad Familiar*, Buenos Aires.
- Decreto de Necesidad y Urgencia 1006/2012.
- Honorable Senado de la Nación. 2010: *Acta de la 14va Reunión 9º Sesión ordinaria de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación*, versión taquigráfica, 14 y 15 de julio.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2012: *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010: Censo del Bicentenario: Resultados definitivos*, serie B, n.º 2, Buenos Aires.
- “La adopción por parte de parejas gays, el punto más sensible del debate”, 25 de abril de 2010. [s. n.]. Buenos Aires, *La Nación*. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar>.
- Ley 26.628/2010 de “Matrimonio Igualitario”.
- Ley 26.994/2014 Código Civil y Comercial.
- “Matrimonio homosexual: 5 argumentos a favor y en contra”, 13 de julio de 2010. [s. n.]. Buenos Aires, *Clarín*. Recuperado de: <http://www.clarin.com>
- Osojnik, A. 14 de febrero de 2007: “Llega el turno del matrimonio homosexual”. *Página 12*. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-80398-2007-02-14.html>

## Experiencia y saberes



# El acceso al crédito informal y las prácticas de consumo en la localidad de Grand Bourg

María Laura Ochoa

## Introducción

Recuerdo cuando llegué a la estación Grand Bourg por primera vez, desde el andén se podía observar una marquesina de amplias dimensiones. Me llamó la atención no solo su tamaño, sino los colores y el diseño. Dentro de un círculo, se encontraba la marca de la tarjeta GB junto al signo pesos. El fondo saturado de blanco poseía dibujos de rectángulos de distintos colores. Al salir de la estación, decidí ir hacia el local, ubicado sobre la calle principal, Francisco Seguí, paralela a las vías del tren, y sobre la que se ubican las distintas paradas de colectivos interurbanos. El negocio, con su cartel imponente, no pasaba desapercibido. Al acercarme, reconocí una financiera que otorgaba tarjetas de crédito y préstamos en efectivo. El local, con un amplio espacio, tenía cuatro hileras de bancos, con cuatro o cinco asientos, todos de color rojo. A su vez, había dos escritorios donde se encontraban los vendedores, y en el fondo las cajas para el pago. Es diciembre, por la mañana, y solo hay dos clientes en el local, pero con un intenso tránsito de personas que pasa por la puerta sumado a vendedores ambulantes apostados con sus mercancías sobre la vereda. Su vidriera posee distintos afiches promocionando las cuotas para las fiestas, además de una oferta especial de efectivo en el acto. En ese momento, me di cuenta que a su izquierda había una carnicería, identificada como “¡carnes de exportación y de consumo!”. Continué mi recorrido por los comercios aledaños y de la zona observando que la Tarjeta GB promociona su financiación y sus préstamos en efectivo con afiches colocados en los distintos negocios, compitiendo con otras

financieras y tarjetas locales, por el espacio en las vidrieras y la atención de los consumidores.

Así, el crédito adquiere un protagonismo central en las prácticas de consumo, tanto desde la oferta como la demanda, que se enmarca en un proceso de desarrollo más amplio. Pues, en los últimos quince años, la Argentina ha experimentado una expansión de la financiación de los sectores populares a través de los créditos de consumo. Estos están orientados principalmente a sectores de bajos ingresos o informales, y son financiados por entidades que están por fuera del sistema formal de bancarización. Son entidades financieras, con fuerte presencia local, que promocionan sus créditos a través del slogan “solo con DNI” o “créditos en el acto”. Sin embargo, la financiación que otorgan no es solo dinero en efectivo, sino que estas entidades se incorporan al sistema de consumo a través de la financiación de las ventas que realizan los pequeños y medianos comerciantes de distintos rubros como farmacias, indumentaria, calzado, materiales de construcción y electrodomésticos, entre otros. De esta manera, los comercios se constituyen en un actor importante con relación a la expansión del crédito, ya que son quienes ofrecen esta opción de financiación de la compra a sus clientes. Estos últimos deciden tomar o no esta opción, pero no siempre tienen pleno conocimiento de las condiciones en que son otorgados. Existe pues una cadena de actores por los cuales circula el crédito que es la que me propuse recorrer en mi trabajo de investigación para la tesina de grado en Antropología.<sup>1</sup> En dicha investigación abordé las finanzas desde una perspectiva antropológica, centrada en el crédito de consumo como objeto de estudio a partir de una metodología etnográfica multisituada<sup>2</sup> (Marcus, 1995). A la vez, “seguir las cosas”, en los términos de Arjun Appadurai, en este caso el crédito, me permite indagar sobre la relación entre consumidores, comerciantes y entidades financieras no reguladas con el objetivo de comprender e interpretar los significados que están inscritos, sus usos y sus trayectorias, de

---

1. Este artículo se desprende de una indagación más profunda en el marco de mi tesis de licenciatura en Antropología Social y Cultural, del Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad de San Martín, aún en curso.

2. Es una estrategia de investigación etnográfica en la que “la circulación de significados, objetos e identidades culturales” (Marcus, 1995) trasciende lo local, tanto en sus aspectos temporales como espaciales. Así, “el objeto de estudio es en última instancia móvil y múltiplemente situado” (Marcus, 1995), su rastreo en y a través de distintos contextos permite que emerja el sistema mundo en el cual se inscriben las prácticas observadas. Es decir, el desafío es construir los modos de vida de los sujetos situados, a la vez que las conexiones, interrelaciones y asociaciones que se constituyen en el sistema mundo que los integran.

manera tal de poder “interpretar las transacciones y los cálculos humanos que animan las cosas” (Appadurai, 1991: 19).

En este artículo, presentaré el análisis preliminar de las distintas perspectivas, prácticas y representaciones que tienen los consumidores de créditos, los comerciantes y quienes trabajan en entidades financieras sobre el proceso de otorgamiento del producto financiero.

Me centraré tanto en las experiencias y sentidos como en los modos en que los actores producen y despliegan su saber en relación con el crédito.

Por último, pero no menor, iniciaré con un breve desarrollo sobre el proceso de expansión de las finanzas en Argentina, destacando que dicho proceso habilitó y creó las condiciones para que en los últimos quince años los sectores populares, a través del consumo, se incorporasen a este sistema.

### **El crédito de consumo en el sistema financiero argentino**

El 14 de febrero de 1977 fue sancionada la Ley N° 21526 de Entidades Financieras, a través de Ministerio de Economía a cargo de José Alfredo Martínez de Hoz, durante el gobierno de facto de Jorge Rafael Videla. A partir de allí, se generó un nuevo marco institucional para la expansión de las finanzas como modelo de crecimiento y desarrollo, acompañado por una serie de políticas macroeconómicas como la apertura comercial y la desregulación de la económica que han configurado nuevos sujetos económicos (Fridman, 2015). Cabe destacar, que la reforma financiera en Argentina, como en sus pares del Cono Sur (Chile y Uruguay), se dio de manera más temprana y con mayor profundidad que en otros países de la región. Algunos de los supuestos que definió la estrategia económica neoliberal del período se basaba en la crítica a la excesiva intervención del estado, facultando así al sector privado y al mercado como agentes de desarrollo económico (Ramos, 1984). Así, la República Argentina ingresó en un proceso de reconversión económica, pasando de una política económica centrada en el desarrollo industrial a una política económica apoyada en el desarrollo financiero, enmarcada en un proceso más amplio, de carácter mundial, denominado por François Chesnais (1999) como “mundialización financiera”<sup>3</sup>. Desde enton-

---

3. François Chesnais (1999) denomina “mundialización financiera” para dar cuenta, a nivel global, de las etapas de la “liberalización y desregulación de los sistemas financieros nacionales, así como la

ces, el sistema financiero argentino se ha expandido a escalas significativas como consecuencia de las medidas adoptadas por los diferentes gobiernos de facto, entre 1976-1983, como por los sucesivos gobiernos democrático desde 1983 en adelante, que han propiciado la desregulación de las políticas de crédito cediéndolas al sector privado (Feldman, 2013; Fridman, 2015).<sup>4</sup> A partir de los años 90, la eliminación de la regulación al ingreso de bancos extranjeros, la implementación del plan de convertibilidad y el ingreso de capitales financieros externos generaron un reordenamiento del sistema financiero argentino y la configuración de una “elite bancaria”<sup>5</sup> (Cobe, 2015). Sin embargo, en el año 2001, el sistema económico, financiero y político de la República Argentina tuvo su eclosión como consecuencia del alto nivel de endeudamiento público y privado, la salida de la convertibilidad y la desestabilización del sistema bancario y cambiario con consecuencias sociales sustantivas. A partir de 2003, con la llegada de un nuevo gobierno democrático, se desarrollaron una serie de políticas públicas que permitieron la reactivación económica, como también del mercado de trabajo, configurándose así nuevos sectores sociales y económicos (Wilks, 2014).

En este nuevo contexto, la reconfiguración del sector permitió la diversificación de las unidades de negocios de los principales grupos económicos financieros, quienes incrementaron la colocación de productos (préstamos en efectivo, tarjetas de crédito y créditos de consumo) para sectores que estaban históricamente excluidos y, una mayor presencia en distintos puntos geográficos, mediante la adquisición de empresas de crédito regionales. Estas

---

transición desde un régimen de finanzas administradas hacia un régimen de finanzas de mercado” (Chesnais, 1999: 22). El autor identifica tres fases del proceso entre los períodos: 1960-1979, 1980-1985 y 1986-1995. A su vez, destaca que en cada una de las fases fueron adoptadas distintas medidas económicas y políticas, principalmente en Estados Unidos y los países centrales de Europa que han tenido un fuerte impacto en el resto de los países, pero también en el modo de relación y organización del mercado financiero mundial, como por ejemplo: el fin del acuerdo del sistema Bretton-Woods, formación del mercado de título de crédito en Estados Unidos y del mercado de derivados, liberalización de las tasas de interés y del movimiento de capitales, aceleración del crecimiento de los fondos de pensión, desregulación del mercado de acciones, entre otros.

4. Entre las distintas medidas adoptadas pueden mencionarse: descentralización de los depósitos, liberalización de las tasas de interés con el fin de que cada entidad determine su valor, etc.

5. La autora refiere a “elite bancaria” como una “minoría que, en virtud de las posiciones sociales que ocupa, dispone de un significativo margen de control y poder de decisión, sobre un resorte principal de acumulación, el crédito, cuyo control confiere capacidad diferencial (respecto de otras posiciones sociales) de influir sobre los asuntos públicos” (Cobe, 2015: 136).

nuevas estructuras de capital conocidas como Conglomerados Financieros<sup>6</sup> están presentes en entidades privadas, como públicas y cooperativas (CEFID-AR, 2006; 2011). Otro punto a destacar, es el acceso al financiamiento a través de los fideicomisos financieros que han tenido las casas de crédito, permitiéndoles acceder a un importante instrumento de capitalización y de acceso a fondos líquidos para la inversión en préstamos. Por otro lado, y no menor, ha sido el avance tecnológico que permitió implementar herramientas que han maximizado el tiempo y los recursos destinados al proceso de otorgamiento de un producto financiero, como por ejemplo, el uso de sistemas de *scoring* o puntaje crediticio.<sup>7</sup> Por último, es importante destacar que la expansión de pequeñas y medianas financieras hacia distintos centros urbanos, con operatorias descentralizadas y compitiendo con la gestión de los bancos tradicionales, permitió generar una fuerte presencia local y de identificación con la población de alcance.

Dicho contexto, generó una novedosa tendencia en el sistema financiero que fue incentivada por la expansión del consumo y por la transformación del circuito de crédito a partir de nuevas estrategias de otorgamiento y diversificación de sus productos. De esta manera, las “clases bajas se transformaron en sujetos de crédito, conformando un mercado más amplio y heterogéneo” (Wilkie, 2014: 231). Un estudio publicado en 2013 por la Procuraduría de Criminalidad Económica y Lavado de Activos del Ministerio Público Fiscal (PROCELAC) muestra el crecimiento, en términos relativos, de la financiación de préstamos a personas físicas. En 2003 “los préstamos personales representaban un 66,9 % del total de préstamos en pesos a personas físicas, incrementándose a un 73,2 % en 2012. Esto supone en números absolutos una multiplicación de seis veces en nueve años” (PROCELAC, 2013: 16).

Es importante resaltar que, en este proceso, el acceso al crédito para la población de bajos ingresos no se da bajo las mismas condiciones que en los sectores de ingresos medios y altos, ya que las tasas de interés y el costo financiero total sobrepasan a los aplicados a estos últimos (Feldman, 2013; Chena, 2017). Esta diferencia en las condiciones de acceso, en principio, se

---

6. “entidades financieras participantes en más de un segmento de los servicios financieros” (Golla, 2006: 1).

7. El sistema de *scoring* o puntaje crediticio es un sistema de evaluación automático basados en modelos predictivos que permiten inferir la probabilidad de que el solicitante de un producto crediticio incumpla en sus pagos.

explica a partir de la evaluación del prestamista respecto del mayor riesgo de incobrabilidad, que incrementa los costos para los sectores populares. Pero también obedece al escaso control en materia de regulación por parte del Estado ya que no todas las entidades que ofrecen financiación están alcanzadas por las regulaciones del Banco Central de la República Argentina (BCRA).

En este sentido, resulta pertinente mencionar que, en la actualidad, el BCRA define dos grandes grupos que componen el sistema financiero argentino: entidades financieras y entidades no financieras.<sup>8</sup> El primer grupo está integrado por las compañías financieras, bancos nacionales, tanto públicos como privados, y bancos internacionales. Todos alcanzados por la legislación vigente<sup>9</sup> y las regulaciones definidas por el marco normativo de BCRA.<sup>10</sup> El segundo grupo, está compuesto por entidades emisoras de tarjetas de créditos) y otros proveedores no financieros (como ser *retails*, como medianas y pequeñas financieras, entre otras). Sin embargo, en este grupo, únicamente el producto tarjeta de crédito se encuentra regulado por las disposiciones de BCRA, no así los préstamos en efectivo. Tal como lo han abordado otros autores (Feldman, 2013; Wilkis, 2014 y 2015), estas entidades también ofrecen un tipo de financiación conocido como “crédito de consumo”. Dicho producto consiste en financiar, en cuotas o en un solo pago, las compras de los individuos en comercios de distintos rubros (desde supermercados y farmacias hasta casas de deporte, ropa y mueblerías). La particularidad es que las entidades que lo ofrecen tienen una fuerte presencia local, y se concentran en sectores socioeconómicos que, a menudo, no acceden al sistema financiero regulado, ya sea por estar incorporados al mercado de trabajo de manera informal con ingresos no declarados o intermitentes o bien porque, una vez ingresados dicha intermitencia se expresa en atrasos en los pagos a dichas entidades.

Como vemos, la expansión del crédito para el consumo, en los últimos quince años, no solo se encuentra enmarcada en las condiciones legales y políticas estatales que permiten el funcionamiento del mercado financiero,

---

8. Fuente BCRA, <http://www.bcra.gov.ar/>

9. Ley de Entidades financiera N° 21.526, Ley de Tarjetas de Crédito N° 25.065, entre otras, las cuales se encuentran compiladas en <http://www.bcra.gov.ar/Pdfs/SistemasFinancierosYdePagos/MarcoLegalCompleto.pdf>

10. La regulación consiste en una serie de normas y disposiciones que establecen los lineamientos requeridos para el funcionamiento del sistema financiero, pudiéndose consultar en [http://www.bcra.gov.ar/SistemasFinancierosYdePagos/Ordenamiento\\_y\\_resumenes.asp](http://www.bcra.gov.ar/SistemasFinancierosYdePagos/Ordenamiento_y_resumenes.asp)

tal como se mencionó anteriormente, sino que también fue posible gracias a la configuración de nuevos actores dentro del sistema a partir del desarrollo de una política económica neoliberal (Cobe, 2009; Wilkis, 2014; Figuerio, 2013).

### **Desde adentro: prácticas y representaciones sobre el crédito en empleados de entidades financieras**

Para comprender la cadena de actores por los cuales circula el crédito comencé realizando entrevistas<sup>11</sup> a personas que trabajan o han trabajado en entidades financieras que otorgan créditos a través de comercios minoristas.

En este punto, debo aclarar que, al comenzar mi proyecto de investigación, mi objetivo estaba centrado en este grupo de actores. Sin embargo, a medida que avanzaba en las entrevistas aparecían de manera recurrente los clientes y los comerciantes. Es por ello, que decidí abrir mi investigación incorporando la dimensión de ambos grupos. A partir de allí, continúe mi trabajo de campo en la localidad de Grand Bourg, zona que concentra una serie de entidades financieras que poseen las características y formas de financiación que las entidades en las que trabajaban los empleados que entrevisté.

En relación con las personas que trabajan en entidades financieras mi interés fue analizar sobre sus experiencias personales en torno a las prácticas y significados vinculados al crédito y la deuda. Estas dimensiones no solo estaban ligadas a sus trayectorias laborales, su relación con los clientes o por las características del negocio financiero, sino que también, estas dimensiones, trascendían a su vida personal configurando sus propias prácticas y representaciones. Indagar sobre sus experiencias personales me permitió acceder, no solo a las dimensiones de prácticas y significados individuales, sino también a las colectivas, a la vez que me permitió contraponer sus puntos de vistas y sus prácticas con las desplegadas por los comerciantes y tomadores de créditos que desarrollaré en los siguientes apartados. Si bien no pude realizar mis observaciones en entidades financieras, las entrevistas abiertas y en profundidad me sirvieron como estrategia para indagar sobre las historias

---

11. Las entrevistas fueron realizadas durante el año 2016 como parte del trabajo de campo realizado para la materia "Etnografía y métodos de investigación en Antropología Social" de la Licenciatura en Antropología Social y Cultural, del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), de la Universidad de San Martín (UNSAM).

personales, su experiencias en al ámbito de su trabajo y en relación con la deuda y el consumo; es decir utilizarlas como “estrategia para hacer que la gente hable sobre lo que sabe, piensa y cree (Guber, 2012: 69) y así, “captar la perspectiva de los actores” (Guber, 2012: 72).

Si algo en común poseen quienes trabajan en entidades financieras es que su relación con el endeudamiento a través del crédito es esporádica o limitada. Estar inmersos en una “bicicleta”, o ingresar en la *matrix*, es la manera en que definen el estar endeudados. En sus propios términos, es una dinámica que te envuelve en un “espiral infinito”, como “mínimo desventajoso”. Este espiral al que no desean ingresar, de alguna manera, es lo que determina ese límite entre el “adentro” y “el afuera”. Ese límite que desde sus propias experiencias conocen y que darán cuenta a lo largo de las entrevistas.

Mi primera entrevista fue con Ana, con sus 39 años se desempeña como empleada en una aseguradora y afirma tener una experiencia en créditos de consumo mayor a diez años. Su primer trabajo fue como promotora en un local de deportes en la zona de Merlo: la “empresa era crédito, por un lado, y el local era de otro dueño”. Trabajaba de 9 a 21 horas y su tarea era captar clientes dentro del local o en la vía pública. Explica que “se trataba todo el tiempo de fidelizar al cliente con el comercio, y no así con la financiera” de hecho, señala que “el cliente obtenía una financiación para la compra de mercadería”. Es decir, que el crédito al que accedía el cliente no era dinero, sino que era específicamente para la compra de ropa deportiva. Una vez que Ana captaba al cliente, llamaba al área de autorizaciones de la financiera, quienes le informaban si la persona calificaba o no para el producto. Ana recuerda que el encargado del local intentaba “meterlo como sea” (por el crédito) pero que no entendía que “llevaba una normativa, que había que analizar el perfil y, la cuenta corriente del usuario”. Incluso agrega que, cuando comenzó a trabajar allí, “la capacitación fue muy a los ponchazos, que era poner la cara, captar la gente, tomar la documentación”. Si el crédito se aprobaba, entonces “el cliente se llevaba la mercadería, se hacía un total de dinero de lo que compraba, luego la división en cuotas, y se le informaba la cantidad de cuotas y cuánto era el importe”. También, “se le informaba al cliente cuando era el vencimiento de cada cuota. Y el cliente se acercaba nuevamente al local a pagar”.

Tiempo después de haber ingresado al local, desde la financiera la convocaron para trabajar como “autorizadora”. Es decir, para evaluar las solicitudes de créditos que presentaban los comercios. Al tiempo se convertiría



en analista de riesgo, y no solo evaluaba los créditos del comercio de la localidad de Merlo en el que había trabajado, sino también de comercios de distintas zonas de Gran Buenos Aires y de localidades del interior del país. Ana afirma que no sabía “manejar una matemática financiera, no tenía ni idea” pero que “igualmente sin tener ese manejo, podía trabajar igual, desde adentro”. Así, cuenta pormenorizadamente los tipos de productos que analizaba, aquellos que se otorgaban con “solo DNI”, para aquellas personas que no podían presentar recibos de sueldo que “al ser más riesgosos, el monto de otorgamiento era menor y las tasas de interés más altas”, diferente a lo que sucedía con aquellas personas que tenían ingresos demostrables.

A lo largo de la entrevista, Ana despliega una serie de saberes y lógicas construidas en su experiencia de trabajo. Incluso, dice que “esporádicamente utiliza tarjetas de crédito, pero en muy pocas cuotas” y que lo evita “por tener una noción y un conocimiento desde el adentro”. De esta manera, su experiencia de trabajo ha influenciado la manera en que ella se vincula y relaciona con el crédito y la deuda. Agrega: “lo que podía ver, es que el sistema financiero, por un lado, te da cierta felicidad, o le da cierta oportunidad a familias que de otra manera no podrían acceder”; también advierte que veía los cargos y las tasas costosas incluso poco claros según Ana “lo que se inventaba para seguir cobrando a los clientes”. También asegura que desde su trabajo tenían directivas de “tratar de no dar mucha información” y, también, ejecutar distintas acciones “para que el cliente quede envuelto en un espiral infinito”. Es este detrás de escena, lo que a ella le hace desistir de comprar a crédito. Para Ana “tener un resumen de mucho tiempo implica quedar como inmersa en la bicicleta” por más que sea en cuotas. Sin embargo, completa que tal vez, “si por ahí no lo supiera, al ver una cuota chica, que lo hace accesible, que la podés pagar porque va con tu ingreso, entonces como que te mandás” y, entraría en la dinámica de “enganche”.

Posteriormente, me entrevisté con Carla y Daniel. Ambos trabajaron en una financiera, con sucursales en distintas localidades del interior del país<sup>12</sup>, que otorga tarjetas de créditos, préstamos en efectivo y créditos de consumo. Carla, de 35 años, trabajó en el área comercial y en *marketing*, y durante

---

12. En el sur del país con sucursales en las provincias de La pampa, Río Negro, Neuquén, Santa Cruz, Chubut y Tierra del Fuego. También, en la zona de cuyo en la provincia de Mendoza. Y, en el norte del país con sucursales en Tucumán, Salta y Jujuy.

ese período estudio y se graduó en Abogacía. Daniel, de 32 años, trabajó en Sistemas como Analista de seguridad de la información.

Al inicio de la entrevista, Daniel realiza una primera diferenciación entre “analista de seguridad informática” y “analista de seguridad de la información”. Dicha diferenciación, para él, es sustancial para comprender la posición que ocupa dentro de la compañía. Agrega que el primero término refiere a “protección de la tecnología”, mientras que el segundo alude al resguardo de la “información” y/o “datos” como activos de las empresas. Afirma que, si bien ambos términos son similares, estos comprenden significados diferentes, en su valor y en sus prácticas. Así, su principal función es el resguardo de los datos considerados como activos. Es decir, que toda aquella información asociada a un crédito o a un cliente tiene un valor en sí. Agrega, que incluso el BCRA exige su resguardo a través de diferentes disposiciones y normativas.<sup>13</sup> Daniel cuenta que cuando comenzó a trabajar en la industria financiera se tuvo que formar, aprender algunos procesos específicos, leer distintas normativas, pero que principalmente su desafío fue entender el negocio. Dice que “en las financieras no se trata de instalar un producto tecnológico y dejarlo funcionando, es imposible. Tenés que sí o sí meterte en el proceso, tenés que entenderlo”. Así, el conocimiento experto y técnico se vuelve central para el desarrollo de su tarea. No es vender un crédito, no es evaluar su riesgo, no es autorizarlo, sino que es resguardar los datos como valores asociados a un crédito, a un cliente, a un informe interno o a un proceso específico. Es decir, la protección de toda aquella información que se genera a partir del funcionamiento de la entidad.

En dicha introducción acerca de su función y conocimiento, especialmente aquel que refiere al proceso del negocio financiero, de la misma manera que sucedía con Ana, aparecen los límites entre el “adentro” y el “afuera” en el relato de Daniel.

Haber trabajado en financieras es entender que prácticamente viven de las deudas, del ser humano, entonces, no me agrada mucho. A mí no me gusta, obviamente tengo tarjeta de crédito, tengo mis vínculos con mi

---

13. Entre las disposiciones específicas del BCRA se encuentran: “Requisitos operativos mínimos del área de sistemas de información (SI) para cámara electrónicas de compensación – Tecnología informática”, “Requisitos Mínimos de Gestión, Implementación y Control de los Riesgos Relacionados con Tecnología Informática, Sistemas de Información y Recursos Asociados para las Entidades Financieras” y “Medidas mínimas de seguridad en entidades financieras”.

mundo financiero, los uso, los exploto dentro de lo que puedo, pero la verdad que conocer que es lo que pasa puertas para adentro, te hace ser un poco más precavido con ciertas cosas, como por ejemplo endeudarte [...] Sé cómo es el circuito, pero bueno, yo también lo uso, y soy parte de él (Entrevista a Daniel, 21/04/2016).

Si para Daniel la palabra clave es “información” para Carla es “imagen”. Carla trabajó en entidades financieras por más de quince años siendo vendedora, en *call centers*, como encargada de sucursal, y en los últimos seis años trabajó específicamente en el área de Marketing. En este último sector su función principal era sostener las relaciones comerciales con los puntos de venta, ofrecerles nuevos servicios, incorporar nuevas unidades de negocio, buscar alternativas o crear productos para potenciar sus ventas. Durante la entrevista, constantemente remarcaba la idea de “producto”, de cómo ofrecer mejores servicios al cliente y al que puedan acceder individuos de diferentes clases sociales. Luego, comenzó a utilizar “imagen corporativa” como concepto y estrategia de negocio a partir de la cual la entidad se construye y proyecta hacia los clientes a través de distintos soportes, como la folletería, la página web, la atención telefónica o personalizada, entre otras. Por lo cual, en su relato, se volvió central interpretar el significado de “imagen corporativa”. Para ella “tiene que ver con la sensación, con aquello que le produce a un cliente” los productos que se ofrecen. Y agrega, “todas las empresas quieren tener resultados, y siempre hay como un tire y afloje entre lo que le conviene a la empresa y lo que quiere el cliente”. Sin embargo, afirma que “hay un segmento muy importante de la población que no tiene acceso al crédito, o que tiene acceso al crédito en condiciones como demasiado, no sé si usuraria es la palabra, pero desventajas como mínimo” como por ejemplo “les dan financiación pero montos más pequeños, con tasas más altas, con menos cantidad de cuotas”. Son financiaciones “más desventajas que para un empleado en relación de dependencia”, haciendo referencia específicamente a aquellos clientes que no poseen recibo de sueldo o no pueden justificar sus ingresos. De esta manera, “imagen corporativa” no solo atraviesa su forma de pensar la compañía, desde su propia experiencia de trabajo, sino también la proyección que éstas empresas tienen hacia los clientes. En dicho concepto, existe una tensión. Por un lado, por sus obligaciones como empleada en el área de Marketing. Función asociada a desarrollar y sostener la imagen de la empresa, a través del despliegue de distintas estrategias, con el fin de evitar

que una mala reputación impacte en sus pérdidas. Por otro lado, refiere a la situación desventajosa que tiene un segmento de la población para acceder al crédito, que en sus propios términos “no está correctamente atendido”, a quienes nunca se les “mejora el producto”. Y esa atención es la que también se construye desde la empresa a través de la imagen.

Como Carla, que comenzó su experiencia laboral en financieras como voverana, sin conocimientos previos ni experiencia en el rubro, Fabián, de 42 años, se inició como él dice, “desde abajo”, haciendo tareas más operativas y sencillas. Actualmente, lleva quince años trabajando en este sector. Su primer empleo fue como *data entry*, luego fue analista de riesgo y desde hace varios años se desarrolla como agente comercial. Actualmente, trabaja en una financiera que otorga créditos para la compra de indumentaria y calzados a través de comercios ubicados, principalmente, en el interior de la provincia de Buenos Aires, Santa Fé y Entre Ríos. Como agente comercial, su función principal es la de adherir nuevos comercios, hacer seguimiento de las ventas y de las necesidades que tengan los comerciantes. Tal como relata, su formación fue a través de la experiencia laboral. Se define con un perfil comercial y, que sus últimos años en la venta, en contacto directo con el cliente, lo cual le hizo reformular su idea acerca del sistema financiero denominándolo *matrix*, “porque una vez que te enchufas es muy difícil salir y la realidad es más compleja de la que se ve cuando uno está conectado”. La entrevista comienza con un relato personal, de una amiga de él que está endeudada, que no sabe cómo resolverlo y le pide su consejo. La amiga, en una situación de angustia, le dice que prefiere no comer a tener la deuda. Él le responde: “No, vos primero tenés que comer, y después pagás las deudas. Y si podés. Vos sabes que el sistema financiero son buitres. Yo trabajo hace quince años. No es que son carmelitas descalzas”, continúa y le pregunta: “¿Vos te olvidas del 2001?”. Ella le responde: “No, bueno ya sé que son buitres. Pero yo elegí pedir el préstamo, yo le fui a pedir”, y Fabián le responde: “No, vos no los elegiste, ellos te lo ofrecieron”. Con ese diálogo Fabián expondrá durante toda la entrevista su visión acerca del sistema financiero, el sistema capitalista y el consumo de crédito. Entiende que existen toda una serie de prácticas cotidianas y mensajes que invaden a través de la publicidad que busca ofrecer una solución a los problemas reales de la vida. Sin embargo, dice que “una vez que entras es muy difícil salir. Es un círculo vicioso”.

A partir de las diversas entrevistas presentadas fui advirtiendo de qué manera el crédito, como objeto antropológico, adquiere múltiples sentidos

y significados socialmente construidos y situadamente significados. A la vez nos permiten comprender los límites y la estructura de este conjunto de prácticas que configuran el sistema de crédito es una puerta de acceso a las representaciones sobre las que se edifican los sentidos. Comprenderlo e interpretarlo implica acceder a las distintas dimensiones y representaciones que tienen la “información”, el “riesgo”, el “producto”, la “imagen corporativa” y la “venta”, no solo desde las distintas experiencias y funciones que han desarrollado, sino también por los distintos tipos de contactos que han tenido con los clientes, como ser “cara a cara”, por teléfono o simplemente a través de la información o resultados de la compañía. Pues, desde diferentes perspectivas del negocio financiero, ya sea ventas, riesgos, marketing y sistemas, se puede observar un conjunto de valores, sentidos y prácticas compartidas que diferencian un “adentro” y un “afuera”, generando así una distinción entre quienes trabajan en entidades financieras y quiénes no. Esa diferenciación, por un lado, se encuentra vinculada con ese conocimiento que fue construido en la experiencia laboral, que no se corresponde necesariamente con un saber técnico, académico y experto. Pero por el otro lado, con una perspectiva construida, no solo de las propias interpretaciones, sino también de las compartidas acerca de la dinámica del crédito y la deuda.

### **Los comerciantes como intermediarios en el circuito de crédito: las experiencias en Grand Bourg**

Los comerciantes, como intermediarios entre las financieras y los consumidores, adquieren un lugar relevante en la reconfiguración del circuito de crédito a partir del año 2003 acompañado por el incremento del consumo y las distintas políticas públicas destinadas a sectores de bajos ingresos. Aquí es importante destacar que, a partir de la experiencia de trabajo de campo en Grand Bourg, se pone en evidencia los riesgos de pensar el sistema financiero como homogéneo y hermético, y resulta relevante, tal como propone Naymé Gaggioli, “dar cuenta de la diversidad de formas que adquieren las instituciones, los actores y las prácticas que constituyen los mercados, particularmente analizando la especificidad de las condiciones locales en las cuales estos se desenvuelven” (2014: 56). Como veremos más adelante, uno de los modos de financiación es a través de las tarjetas locales, como se las conoce. Su particularidad radica en que la transacción que surge de

la compra-venta no se realiza a través de un *posnet*, sino que se completa un *boucher*, por triplicado, en el cual se detalla el valor de la compra y las cuotas. Uno de los comprobantes es para el comercio, otro para la financiera y el tercero para el cliente. Esta modalidad nos permite pensar que el sistema financiero no es uno, sino que está compuesto por una multiplicidad de modos y prácticas que muestran la variabilidad de los diversos dispositivos, relaciones y alcance que posee el circuito de crédito.

La localidad de Grand Bourg se encuentra ubicada en la zona norte de Gran Buenos Aires, y pertenece al partido de Malvinas Argentinas. Allí, decidí continuar mi trabajo de campo, ya que tenía conocimiento que era una zona comercial, con variada oferta de créditos. Mi objetivo era comprender, desde la perspectiva de los comerciantes, qué significa la financiación de sus ventas, cuáles son las posibilidades que abren o los riesgos que habilitan, cómo es el proceso para financiar una compra, entre otras preguntas. Realizar recorridos periódicos, en distintos días y horarios de la semana, me permitió observar cómo se desarrollaban las actividades habituales, cómo era el movimiento comercial y las interacciones sociales que allí se producirán. Esto me permitió conocer gente de la zona con quienes, en primer lugar, conversé informalmente y, al cabo de varias visitas, estuvieron de acuerdo para participar de entrevistas en profundidad.

El centro comercial de Grand Bourg comprende unas seis manzanas aledañas a la estación de tren del ramal Belgrano Norte. El horario comercial es de lunes a sábados, de 8 a 13 horas y de 16.30 a 20 horas. Los domingos tan solo algunos comercios permanecen abiertos hasta el mediodía. Es una zona con una amplia red de colectivos interurbanos que conectan con otras localidades como José C. Paz, San Miguel y Pilar. Es el lugar de tránsito y escala para aquellos trabajadores de las fábricas y parques industriales de la zona, como por ejemplo el Parque Industrial de Malvinas Argentinas y de Pilar, como también para aquellos que trabajan en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y en distintas zonas que atraviesa el ramal de tren Belgrano Norte. Asimismo, los pobladores de las localidades aledañas como Tierras Altas, Tortuguitas, Del Viso, Don Torcuato y Sourigues suelen ir a realizar sus compras a Grand Bourg ya que ofrece una amplia variedad de productos y comercios.

Frente a la estación de tren de Grand Bourg, y sobre la calle principal Seguí, se encuentra una de las financieras importantes de la zona, tarjeta GB. Su ubicación es estratégica por el tránsito incesante de pasajeros. Es una cuadra con un alto movimiento comercial y con una fuerte presencia

de vendedores ambulantes apostados sobre la vereda. En la vereda de enfrente se encuentran las paradas de colectivos de las líneas interurbanas así como el espacio en donde, con frecuencias, remises y autos particulares estacionan para esperar a algún pasajero/a. Tras recorrer esta localidad durante diferentes días y horarios, comprendo que todos los comercios que se encuentra sobre la calle Seguí poseen una ubicación estratégica en el centro urbano-comercial de la localidad y del partido incluso una de las entrevistadas, que vive en la zona de Tortuguitas y que frecuenta Grand Bourg, destacó su importancia como el centro comercial más grande del partido. Al preguntarle por qué tantas carnicerías en una misma cuadra, ella me decía que “es lógico porque la gente que viene de trabajar, se baja del tren y toma el bondi hacia su casa, compra lo que necesita cerca de la estación. No siempre existen carnicerías en los barrios de las zonas”. Por lo cual, la ubicación de una financiera en la calle principal tiene que ver con la misma lógica que la de las carnicerías o de la casa de ropa. Promueven a través de su publicidad “dinero ya”, “préstamos en el acto”, “comprá ahora y pagá dentro de sesenta días” o “Salí a comprar. Ahora podés”. De hecho, alrededor de la misma manzana, hay entre cuatro o cinco financieras con locales a la calle. Todas se encuentran en la zona más transitada de Gran Bourg, y además son las mismas entidades que financian las compras de mercadería en los comercios de la zona. La identificación con la población de alcance es total, su presencia es local y su horario de atención, como su ubicación, es la misma que para una casa de ropa o una carnicería.

En ese primer recorrido en Grand Bourg, para mi sorpresa, relevé al menos doce entidades financieras<sup>14</sup> que se promocionaban con *stickers* o pequeños afiches a través de las vidrieras de los comercios. Es decir, muchas de ellas no se dedican exclusivamente al crédito en efectivo, sino que también otorgan financiación a través de la venta de productos de los comercios de la zona. Así, los créditos de consumo se suman a los tradicionales medios de pago como ser, efectivo, tarjetas de débito y tarjetas de créditos tradicionales (Visa, Mastercard, Cabal). Tal como señala Viviana Zelizer (2011) en *El significado social del dinero*:

---

14. Entre ellas Credilow, Prestacash, GB, Easycard, Credial, Credipaz, Coppel, Libel, Fessh Hogar, NH Confort, Lidercred y Dash.

Como a cada paso del avance del dinero, las personas reestructuraron las transacciones comerciales, introdujeron nuevas distinciones, inventaron sus nuevas formas especiales de moneda, marcaron el dinero de maneras que desconciertan a los teóricos del mercado y lo incorporaron en redes personalizadas de amistades, de relaciones familiares, interacción con las autoridades o incursiones por comercios y negocios (Zelizer, 2011: 14).

Patricia, de 50 años, posee un local de ropa de bebé, a una cuadra de la estación de tren. Está ubicada dentro de una galería, con vidriera a la calle. El local lo tiene desde hace 24 años. Durante muchos años, vendió ropa por encargo o puerta a puerta hasta que pudo alquilar el local en el que se encuentra ahora. Cuenta que pasó por distintas situaciones de privación económica y social; siempre trabajando horario completo, dejando de asistir a eventos familiares o de amigos. Actualmente, manifiesta que está a la búsqueda de estrategias que le permitan mantener el local y proveerla de un ingreso para sí, como cambiar la vidriera, incorporar nuevos productos o incluso liquidar y vender al costo. En la misma galería, y desde hace dos años, Lorena, de 39 años, tiene su comercio de *bijouterie* y marroquinería. Ella trabajó en diferentes momentos de su vida como vendedora en panaderías y comercios de ropa, hasta que tuvo sus hijos y se dedicó al hogar. Y fue luego de su divorcio que decidió poner el local.

Para Patricia y Lorena, vender con “tarjetas locales”, como les llaman a las entidades financieras de la zona, es beneficioso ya que cobran, en el momento, el “importe neto” de la venta. Es decir, el comerciante se acerca en horario de atención de la financiera, entrega el *boucher* que completó y firmó el comprador, y la entidad le entrega el valor de la venta. En esta transacción no media ningún sistema tecnológico o *posnet* que procese la compra, como sucede con las tarjetas de crédito o débito. Simplemente se trata de completar un cupón con el valor de la compra, los datos del asociado y el valor de la cuota. Para Lorena, es un proceso sencillo, que cobra aún más importancia en tiempos en que las ventas han disminuido. Destacan, a su vez, que el cobro de la venta lo pueden obtener incluso en el día, permitiéndoles reinvertir el dinero de manera inmediata ya sea para comprar mercadería o hacer frente a sus gastos. Por el contrario, si la venta la realizan con tarjetas de crédito tradicionales, incluso con las de débito, deben aguardar al menos treinta días para recibir el cobro de la venta, y cuando lo hacen lo reciben con un descuento del 30 % entre los gastos bancarios y las comisiones que



estos cobran. Con relación a ello, Lorena dice que “ser comerciante cuesta un huevo [...]. Hoy en día conviene las [financieras] locales, la gente compra y te dan la plata enseguida”. Ella misma me contó que el primer día que abrió su negocio, hace dos años, se acercaron las promotoras de las financieras de la zona para ofrecerle el servicio. En ese momento, ella lo aceptó porque no le generaba costo alguno, a diferencia de los cargos que tiene con las tarjetas de crédito o de débito. Con el tiempo pudo comprender, en comparación con otros medios de pago, el beneficio que para ella tenía. Su objetivo, como el de otros comerciantes con los que hablé es la “venta concretada” y, según Patricia “para lograrlo implica sacrificios y privaciones”. Si el cliente compra con un medio de pago u otro es indistinto mientras se realice la venta, sin embargo, prefieren el efectivo o las ventas con tarjetas locales por el bajo costo que posee, especialmente cuando tienen que realizar estrategias de venta en momento de crisis como la actual. A su vez, destacan que quienes compran generalmente con tarjetas locales son quienes no tienen “recibo” porque trabajan en negro o porque están morosos con otras tarjetas de crédito o no tienen disponible. De esta manera, para los comerciantes es posible acceder a clientes que poseen escasos recursos para pagar en efectivo, especialmente cuando se trata de compras grandes, o que porque carecen de tarjetas de crédito. Las necesidades, vender y reproducirse materialmente, afecta la vida cotidiana y, en el caso de Patricia y Lorena las llevó a generar un vínculo estrecho anclado en sus profesiones de trabajo. Por ejemplo, en el caso de Patricia y Lorena, que poseen sus comercios en la misma galería, se organizan para utilizar el mismo vehículo para la compra de mercadería. A la vez, Patricia con más experiencia le ha dado consejos a Lorena respecto de los vaivenes del consumo de acuerdo a la época del año, cambiar la vidriera o traer productos nuevos cuando la gente no entra, liquidar aquello que no es posible vender antes de que continuara perdiendo su valor. Dichas estrategias les permiten sostener el local en momento en que disminuyen las ventas, como sucede en este último año. Por eso, la venta a través de las tarjetas locales, o créditos de consumo, les permite contar con dinero en efectivo y con bajo costo para el funcionamiento del negocio, además de vender a una población con capacidad de compra y financiación heterogénea, especialmente para aquellas personas que no poseen recibo de sueldo por no contar con ingresos formales.

“Sin recibo” o “Solo DNI” se repite de manera permanente, no solo en los discursos de los comerciantes y vendedores, sino también entre quienes

consumen a crédito, y en toda la folletería, afiches, carteles y propagandas que circulan en la zona comercial de Grand Bourg. Dicho término, nunca lo había problematizado, ya que había interpretado que decir “sin recibo” era una forma de no mencionar que una persona estaba en el mercado de trabajo de manera informal o no registrada.

El sistema financiero no es unívoco ni homogéneo, sino que existe una apropiación diferencial al interior, de los trabajadores en entidades no financieras, comerciantes y los usuarios/as de las cuentas, atravesada por las experiencias vitales, cotidianas y laborales de quienes conforman la compleja trama financiera.

### Los “sin recibo”

Viendo zapatillas en una casa de Deportes de Grand Bourg, a media cuadra de la estación de tren, se me acerca una vendedora para ofrecerme a probar una de las zapatillas que estaba mirando. Le dije que me parecían un poco caras, que no sabía si podía pagarlo, y ella me preguntó si tenía recibo de sueldo. Le dije que no, y acto seguido me dijo que con “solo DNI” más un servicio podía comprar las zapatillas, a pagar en tres cuotas, pero que si ya tenía un crédito con ellos y “antigüedad con el producto” podía comprarlo hasta en 5 cuotas.

Esta experiencia de trabajo de campo me recordó el relato de Patricia: quienes consumen a crédito con tarjetas locales en los comercios de la zona de Grand Bourg son personas de bajos ingresos o que cobran en negro, a veces incluso porque tienen deudas. De esta manera, por su condición laboral, estos créditos al ser más riesgosos, como contó Ana, o como mínimo “desventajosos” en los términos de Carla, el valor final del producto es más elevado y se financia con altas tasas de interés, a diferencia de lo que sucede con quienes poseen ingresos formales.

“Sin recibo” o “solo DNI” es más que un slogan de publicidad o un afiche, esconde una serie de tensiones que se reflejan en las distintas aristas del sistema de crédito. Como vimos anteriormente, en los empleados de entidades financieras se manifiesta entre estar “adentro y estar “afuera”, su límite es quedar inmerso en un “espiral infinito”. O, en los comerciantes que buscan concretar la venta a través de las tarjetas locales por poseer condiciones más ventajosas respecto de las que ofrecen las tarjetas

reguladas, además de poder acceder a una población que se encuentra excluida por el mismo sistema de crédito regulado. O como vimos en la introducción, en la clasificación de BCRA, entre “entidades financieras” y “entidades no financieras”, marcando así no solo a las entidades alcanzadas por la regulación vigente, y las que no, sino también desplegando una serie de clasificaciones y un ordenamiento hacia los distintos actores que interpela, de manera directa o indirecta.

Así, la diferencia entre tener o no tener “recibo” de sueldo se expresa en las seguridades sociales y en el tipo de marco legal en el que se encuentra esa relación, así como se torna en un indicador de “estabilidad” en la vida de una persona. De esta manera, tal como afirma Ariel Wilkis (2015) “el capital moral multiplica el capital económico lleva implícito de que produce diferenciaciones y desigualdades; no solo se disciplina a los demandantes de crédito, sino que también se los distingue entre sí” (2015, 192). Es decir, para quienes no poseen recibo “el capital moral es su pasaporte” (Wilkis, 2015: 192) ya que la aprobación del crédito quedará sujeta a la identificación a través del DNI, la validación de un domicilio a través del servicio y la antigüedad en el producto, es decir es un cliente conocido y que, a pesar de no demostrar ingresos formales, paga. Por otro lado, el análisis de Pablo Figueiro (2013) nos proporciona aristas analíticas para “comprender estas prácticas contradictorias sin tratarlas como anomalías”, las cuales “se enmarcan en un sistema salarial y crediticio que organiza el manejo del tiempo y del dinero y, en este sentido, suponen formas diferenciales de cálculo y de relación con el futuro” (2013: 67).

Lo descripto anteriormente se refleja en el relato de Eli, de 55 años, usuaria de una tarjeta local que se encuentra en Grand Bourg. Vive en la zona de Tierras Altas, la estación siguiente a Grand Bourg, y trabaja como empleada doméstica, no posee recibo de sueldo. Cuando le pregunto por el uso de la tarjeta, lo primero que me dice es “no te voy a hablar mal porque para mí es una salvación”. Me cuenta que la tarjeta la tiene hace 10 o 12 años. La usa principalmente para comprar comida en el supermercado chino o para farmacia. Generalmente la utiliza a mitad o fines de mes cuando ya tiene poco efectivo. Me cuenta que se asegura siempre de realizar las compras en no más de 3 cuotas, ya que a mayor cantidad cuotas, mayor es el interés. También, dice que siempre paga los totales, evita realizar un pago mínimo o parcial y el pago lo realiza antes del segundo vencimiento. Además, sabe que, comprando después del 21 de cada mes, luego del cierre, las compras se las

cobran al mes subsiguiente. Es decir, si la compra la realiza el 21 de enero, el primer pago lo tiene en marzo. En cambio, si la compra la realiza antes de esa fecha, el pago lo debe realizar en febrero. A la vez, aclara que generalmente tiene un presupuesto para la tarjeta, siempre trata de no superar el valor que se asigna por mes. El esposo de Eli, quien tampoco tiene recibo de sueldo, tiene la misma tarjeta, pero cada uno paga la suya. Eli me cuenta que siempre se aseguran de tener una de las dos tarjetas disponibles por cualquier emergencia.

Respecto de la dinámica de la tarjeta, Eli me cuenta que todos los meses debe acercarse al local que se encuentra en el centro de Grand Bourg. Allí retira los cupones de compra de acuerdo con el disponible que la entidad le autorizó. Por ejemplo, si su disponible es de \$3000, pero sus consumos vigentes son de \$2000, podrá retirar \$1000 en cupones. El valor de los cupones es de \$100, \$200 o \$500 pesos. Siguiendo el ejemplo, si del disponible solo quiere retirar \$500, puede obtener un cupón de \$500, dos cupones de \$200 más uno de \$100 o un cupón de \$200 y tres cupones de \$100. Estos cupones, luego los intercambian en algunos de los comercios de la red asociada a la tarjeta. Si, por ejemplo, la compra que realiza es de \$250 pesos, entonces Eli entrega un cupón de \$200 y agrega en efectivo los \$50 restantes. Este modo de financiación que relata Eli se

Seguidamente, el comerciante completa el valor de la compra en el cupón y la cantidad de cuotas, si es que Eli lo financia. Y, a su vez, ella debe firmarlo. Es importante agregar, que el cupón está identificado con los últimos cuatro números del DNI de Eli, además de un código de barras que se asocia a estos cuatro dígitos. Posteriormente, al recibir el resumen de la tarjeta, la compra que se le cobra es de \$200 pesos más los intereses o el valor de la cuota. Cuando le pregunto si ella realiza el cálculo total, con los intereses, me dice que no, que nunca lo hizo. Luego de un silencio, me dice que para ella “sería como un trueque” ya que va y compra con cupones y que no es una tarjeta de crédito ya que el plástico no tiene ningún valor. Es una tarjeta de membresía.

Por su parte, Micaela, de 21 años, que trabaja actualmente como vendedora en un comercio de ropa, me contó que cuando comenzó a trabajar a los 18 años no tenía recibo, ganaba en negro. En ese momento, para cubrir sus gastos de salida y poder comprarse ropa sacó una de las tarjetas locales. Dice que le sirvió y mucho, hasta que pudo conseguir un trabajo “con recibo” y obtener una tarjeta VISA con un costo menor que la que tenía. Cuenta

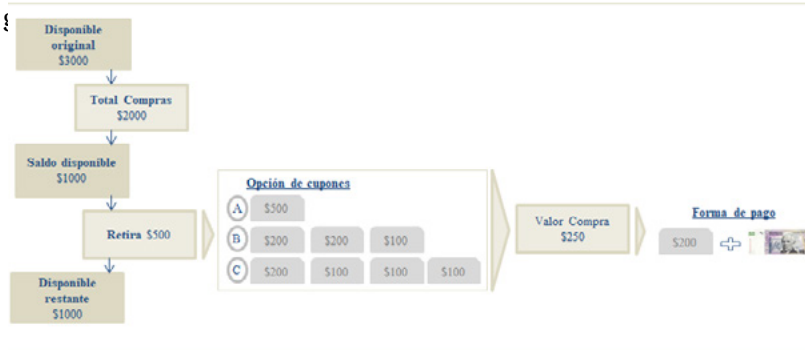


Figura 1. Esquema de financiación mediante cupones.

que luego de obtener la tarjeta VISA, solo necesitó utilizar la tarjeta local cuando estaba construyendo su casa en el terreno de sus padres. Recuerda que una vez, ya finalizando la obra, tenía que comprar las aberturas. Las tarjetas VISA que tenía no poseían disponible suficiente, por lo cual utilizó la tarjeta local sabiendo que el costo era mayor, pero que le permitió comprar lo que faltaba. Así, durante bastante tiempo estuvo endeudada, con varias tarjetas, hasta terminar de pagar las compras que había realizado. Hoy en día, dice que trata de no utilizar las tarjetas, sea la que sea, salvo cuando es “una compra grande”.

Como sucede con los comerciantes o empleados de entidades financieras quienes consumen a crédito poseen estrategias propias con relación al tipo de consumo de crédito. Especialmente cuando no poseen un recibo con el cual justificar sus ingresos para obtener una mejor financiación.

Las entrevistas destacan ese carácter gris, silencioso e imperfecto del sistema financiero y de crédito en general y a aquel que se despliega en diversos puntos por fuera de la Ciudad de Buenos Aires. En este sentido, se echa luz sobre las tensiones que expresan los actores en relación con sus usos y representaciones de terceros. Aquí, se observa que la marca del dinero (Zelizer, 2011) vinculada a ciertos usos específicos, también está presente en Grand Bourg, por ejemplo: el crédito de consumo es utilizado específicamente para cubrir las necesidades inmediatas y aquellas a las que no tienen acceso por la misma exclusión del sistema bancario.

## Reflexiones finales

Desde las diferentes perspectivas de los sujetos implicados en el circuito del crédito, y a través de sus relatos y experiencias, es posible comprender e interpretar que en cada grupo existe una apropiación diferencial del sistema de crédito, atravesada por diversas experiencias biográficas, profesionales y prácticas. Mientras para unos se trata de tan solo un crédito, para otros una “venta concretada” o bien la posibilidad de cubrir las emergencias o necesidades de consumo.

Como hemos desarrollado en los apartados anteriores, quienes trabajan en entidades financieras asocian al crédito con la deuda e inclusive utilizan la financiación de tarjetas de créditos o préstamos de manera restringida y solo cuando es necesario.

Para los comerciantes, por el contrario, la financiación que ofrecen con tarjetas locales, les da la posibilidad de concretar la venta a una población heterogénea y de distintas características socio económicas, principalmente asociado la formalidad o informalidad laboral, pero con necesidad de financiar. Además, les habilita a obtener dinero de manera inmediata, sin costo alguno, a diferencia de lo que sucede con las tarjetas de crédito y débito tradicionales. De esta manera, pueden reponer mercadería y/o saldar sus gastos con el fin de sostener su comercio y fuente de trabajo.

Finalmente, para los consumidores, como Eli o Micaela, las tarjetas locales les dan la posibilidad de acceder a mercadería o bienes cuando no tienen dinero. Con frecuencia debido a que no tienen acceso a los medios tradicionales de financiación por no tener un ingreso formal. Incluso les amplían la disponibilidad de financiación con el uso de diferentes tarjetas y la posibilidad de cubrir al máximo sus necesidades por medio del crédito.

En línea con la propuesta de Naymé Gaggioli, resulta relevante comprender “la diversidad de factores socioculturales que dan forma a los mercados financieros contemporáneos” (2014: 55) y dar cuenta de la cotidianeidad sobre las que se sostiene los circuitos y dinámicas de créditos vigente. Así como las formas en que se marca el dinero (Zelizer, 2011) de acuerdo al vínculo social, al tipo de transacción y a la forma de intercambio. En este artículo, tal como propone Figueiro, procure “indagar sobre cómo se relacionan las diferentes dimensiones dentro de espacios sociales concretos y de las reglas que rigen esos espacios” (2013: 109).

En suma, se revela que el crédito de consumo, analizado desde una perspectiva socioantropológica, se encuentra enmarcado en una dinámica

de significados múltiples. Y esto si bien puede resultar obvio, no lo es. Es posible observar que existen usos, discursos y prácticas instalados como “universales” y “legítimos” en relación con el sistema financiero cuya consecuencia es reducir y simplificar los mundos sociales generados alrededor de estos. Indagar sobre estas experiencias contribuye a repensar las relaciones económicas, financieras y aquellas vinculadas a la deuda no desde los cálculos económicos y de rentabilidad financiera, o el conocimiento técnico y experto, sino desde las nuevas formas de desigualdad que atraviesan nuestra cotidianeidad.

### Referencias bibliográficas

- Appadurai, Arjun. (1986) 1991: *La vida social de las cosas*. México: Grijalbo.
- Chena, Pablo y Roig, Alexandre. 2017: “L’exploitation financière des secteurs populaires argentins”. *Revue de la régulation* [En línea], vol. 22, segundo semestre, disponible en [<http://journals.openedition.org/regulation/12409>].
- Chesnais, Francois. 1999: *La mundialización financiera*. Buenos Aires: Losada.
- Cobe, Lorena. 2009: *La salida de la convertibilidad*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Feldman, German. 2013: *Créditos para el consumo. Análisis del fenómeno socioeconómico y su impacto en los sectores populares*. Buenos Aires: Ministerio Público Fiscal, Procelac.
- Figueiro, Pablo. 2013: *Lógicas sociales del consumo*. San Martín: UNSAM Edita.
- Fridman, Daniel. 2015: “Las contradicciones de la gubernamentalidad liberal: reforma financiera, nuevos sujetos económicos y crisis en la última dictadura argentina”. En: *El Laberinto de la moneda y las finanzas*. Buenos Aires: Biblos, pp. 115-133.
- Gaggioli, Naymé. 2014: “El mundo financiero como objeto antropológico”. *Revista Runa*, vol. 35, n.º 1, pp. 41-60.
- Golla, Jorge y Fernández, Lorena. 2006: “Dimensión de los Conglomerados Financieros: el caso Argentino”. En: *Documento de trabajo*, n.º 10. [s. l.]: CEFID-AR.
- Guber, Rosana. 2012: *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos

Aires: Siglo XXI.

- Kupelian, Romina y Rivas, Maria Sol. 2011: “Dimensión y regulación de los Conglomerados Financieros II: el caso Argentino”. En: *Documento de trabajo*, n.º 41. [s. l.]: CEFID-AR.
- Marcus, George. 1995: “Etnografía en/ del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal”. *Alteridades*, vol. 11, n.º 22, pp. 111-127.
- Ramos, Joseph. 1984: “Estabilización y liberalización económica en el cono sur”. *Estudios e Investigaciones de la CEPAL*, n.º 38.
- Wilkis, Ariel. 2014: “Sociología del crédito y economía de las clases populares”. *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 2, pp. 225-252.
- Wilkis, Ariel. 2015: “Economizando virtudes: un enigma de las finanzas populares”. En: *El Laberinto de la moneda y las finanzas*. Buenos Aires: Biblos, pp. 177-194.
- Zelizer, Viviana. 2011: *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



# **Experiencias, prácticas y saberes de la autogestión**

## **Apuntes desde la investigación colaborativa con empresas recuperadas y cooperativas de la economía popular**

Alioscia Castronovo

### **Introducción**

En el primer piso de un galpón textil en el conurbano de Buenos Aires veinte trabajadores y trabajadoras costureras/as están conversando en torno a la mesa de corte, esperando el comienzo del taller de formación cooperativa. Alrededor, máquinas para coser, paquetes de tela, una muestra de varios productos, remeras, pañuelos, camisas y guardapolvos. En una de las paredes, se encuentran colgados afiches que anuncian los encuentros de autoformación y la próxima marcha de los trabajadores de la economía popular.

Estamos en el galpón de la cooperativa textil Juana Villca, un espacio productivo donde costureras y costureros migrantes contribuyen a experimentar nuevos modelos de trabajo en autogestión. Mujeres y hombres de diferentes edades y trayectorias comparten bizcochitos y café, una compañera invita a participar a los que quedan sentados en sus máquinas aprovechando hasta el último momento el tiempo disponible para avanzar con el trabajo pendiente. Otros acomodan las sillas en círculo en torno a la mesa de corte, liberándola de las telas. Desde los parlantes se escucha una radio de la colectividad boliviana con el inconfundible ritmo de la cumbia que acompaña las largas horas de trabajo en el galpón. Desde ya varios meses, las mañanas del sábado se dedican al curso “pre-cooperativo”, definición nativa de las instancias de autoformación. Una vez que disminuye de intensidad el ritmo y el sonido de las máquinas, comienza el encuentro, al cual participamos

también activistas e investigadores comprometidos a sostener el proceso organizativo. Si durante el primer encuentro cada participante ha compartido sus trayectorias de vida, trabajo y migración, en los siguientes se han comenzado a discutir temáticas vinculadas a la cadena productiva textil, a la organización interna de la cooperativa, al trabajo cooperativo, a la economía popular. Los objetivos del curso son varios, principalmente construir un espacio de formación interna, socializar los procesos y las perspectivas que han llevado a la conformación de la Juana Villca, brindar herramientas básicas sobre aspectos fundamentales del cooperativismo. Además, el curso habilita tiempos y espacios para aprender en común, compartir los deseos y las expectativas de cada uno, discutir colectivamente cómo trabajar en autogestión. En el marco del curso, la experiencia práctica, los aprendizajes de cada uno y aquellos que solo son posibles en el encuentro colectivo, se discuten, se elaboran, se comparten, se cuestionan, se reinventan. Por fin, en esta etapa de crisis económica que afecta al país y particularmente al sector textil,<sup>1</sup> el curso funciona también como espacio de fortalecimiento de la solidaridad colectiva, asumiendo a la vez una dimensión pedagógica y política y representando un espacio particularmente significativo para esbozar un análisis de la relación entre saberes y experiencia, capacidad estratégica e imaginación político-productiva.

Distintas historias se encuentran alrededor de unas prendas cuya desvalorización en el mercado exhibe las formas de explotación que se viven en los talleres textiles informales situados en los barrios populares de capital y del conurbano de Buenos Aires (Gago, 2014; Fernández Bravo, 2016; Arcos, 2013). Estos modelos de trabajo a destajo se expandieron en las últimas décadas en relación con los procesos de precarización y tercerización laboral, empleando en su gran mayoría trabajadores migrantes, particularmente de origen boliviano. Se trata de un sector importante de las abigarradas economías populares urbanas (Gago, 2014) surgidas durante las últimas décadas como respuesta a múltiples despojos operados por el neoliberalismo y reactivación de modos de vida y estrategias populares. De acuerdo con Gago (2014), la crisis constituye el espacio-tiempo de las economías populares, ensamblajes heterogéneos de actividades productivas y reproductivas, subjetividades, prácticas, espacios y relaciones sociales, cuyas relaciones

---

1. Informe especial por Juan Cruz Lucero y Javier Pérez Ibáñez publicado en el periódico argentino Pagina 12 sobre la crisis en el sector textil <https://www.pagina12.com.ar/59088-hechos-bolsa>

con el Estado y las finanzas son variables y variadas a lo largo de los últimos años (Gago y Mezzadra, 2015). Este conjunto de actividades garantiza la reproducción de la vida de los sectores populares, “revelan la pluralidad de formas laborales y ponen de relieve las fronteras mismas de lo que llamamos trabajo” (2014: 23). Además, en estos emprendimientos productivos heterogéneos conviven diferentes racionalidades económicas, que incluyen cálculo y pragmatismo, apropiación de valores neoliberales desde abajo (Gago, 2014) y prácticas comunitario-populares (Gutiérrez Aguilar, 2015). Desde esta perspectiva es posible analizar las reconfiguraciones de las dinámicas de explotación y visibilizar la capacidad productiva y estratégica de las múltiples y heterogéneas experiencias de autogestión del trabajo que han asumido particular protagonismo político a partir de la conformación de una nueva herramienta sindical, la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular – CTEP.<sup>2</sup> Poner el relieve el “vínculo genealógico de las actuales economías populares con los movimientos sociales que pusieron en crisis la legitimidad política del neoliberalismo” (Gago, 2016: 182), o sea con los movimientos piqueteros, asambleas barriales e iniciativas autogestivas como las empresas recuperadas, surgidas alrededor de la crisis del 2001, permite tener presente el origen político de estos entramados productivos. A la vez, ocurre tener en cuenta las transformaciones, innovaciones y articulaciones con el mercado, el consumo y las políticas públicas durante los gobiernos progresistas (2003-2015) para interrogar los actuales procesos de subjetivación, organización y conflictividad de la autogestión del trabajo en los territorios urbanos. En este marco, focalizando la atención sobre las dinámicas de organización, subjetivación y resistencia que contribuyen a la creación de nuevos “entramados comunitarios” (Gutiérrez Aguilar, 2015), me propongo desarrollar una reflexión etnográfica en torno a la producción de saberes desde la autogestión. En este sentido, las prácticas de autoformación que serán analizadas en este trabajo se entretienen con la misma estrategia metodológica, y la articulación entre práctica etnográfica y posible despliegue de imaginación política y capacidad estratégica colectiva representa un aspecto fundamental del compromiso con la misma experiencia de autogestión.

---

2. La CTEP nace en el 2011 con el objetivo de agremiar los trabajadores de la economía popular y surge de la confluencia de distintas organizaciones sociales y populares, cooperativas de trabajo, organizaciones de cartoneros, trabajadores de la *vía* pública, del sector textil y de empresas recuperadas. Su página web es [www.ctepargentina.com](http://www.ctepargentina.com)

Por lo tanto, este trabajo está articulado en distintos apartados que dan cuenta de esta trama: en el primero presentaré las dos experiencias cooperativas con las cuales he desarrollado el trabajo de campo, formulando las problemáticas y las preguntas de investigación, mientras en el segundo será explicitada la estrategia metodológica y los desafíos de la práctica etnográfica en el campo. En el tercero, se profundizarán las trayectorias de lucha y autogestión de la cooperativa Juana Villca, para abordar en el cuarto la reflexión sobre saberes y experiencia a partir del taller de mapeo colectivo del proceso cooperativo de la Juana Villca. En el quinto apartado se presentará la empresa recuperada 19 de Diciembre y los desafíos de la apertura de la fábrica al barrio a partir del taller de mapeo colectivo llevado adelante en el marco del proyecto Colabor. Finalmente, en las reflexiones finales, se busca dar cuenta del papel de la autoformación en los procesos de autogestión como práctica para aprender en común y espacio de elaboración estratégica colectiva.

## Experiencias de autogestión del trabajo

Las reflexiones que componen este artículo derivan de un trabajo de investigación etnográfica y de la participación a distintos espacios colectivos de autoformación: el Observatorio del Trabajo Sumergido,<sup>3</sup> el curso pre-cooperativo en la cooperativa “Juana Villca”<sup>4</sup> y las actividades del proyecto Colabor<sup>5</sup>

---

3. El Observatorio del Trabajo Sumergido es un espacio de articulación, autoformación e investigación militante vinculado a los procesos de organización de trabajadores costureros de la economía popular, vinculado a la Casona de Flores, espacio autogestivo y comunitario situado en el barrio porteño de Flores. Agradezco particularmente a Verónica Gago, Nicolás Fernández Bravo, Juan Vázquez, Delia Colque y Ayelen Arcos por los intercambios y debates en común que hicieron posible este trabajo.

4. El curso pre-cooperativo es una instancia de autoformación de los trabajadores de la Cooperativa Juana Villca, de los cuales participo junto con integrantes de la CTEP y del OTS. A todos los participantes de estos espacios van mis agradecimientos por su dedicación, su pasión y por las imprescindibles reflexiones en común.

5. Colabor es un proyecto de producción colaborativa de conocimiento y articulación entre investigadores y trabajadores de la autogestión, finalizado a la producción colaborativa de contenidos audiovisuales para una plataforma virtual de autoformación en experiencias de trabajo autogestionado [www.colabor.com.ar](http://www.colabor.com.ar) En el marco de las actividades en la Cooperativa 19 de Diciembre he compartido el trabajo y las discusiones con el equipo del proyecto, particularmente con Gisela Bustos y Enrique Iriarte, de la cooperativa 19 de Diciembre, y con Sebastián Careno (Universidad Nacional de Quilmes), María Inés Fernández Álvarez (UBA) Fabián Pierucci (Grupo Alavio) y Elisa Gigliarelli (Sapienza - Facultad Abierta UBA), con quienes ha sido un inmenso placer colaborar en este proyecto, y quien agradezco por

en la fábrica recuperada “19 de Diciembre”. Dialogando con distintas perspectivas críticas en las ciencias sociales y autores(as) cuyas estrategias metodológicas resultan productivas para una investigación comprometida con los procesos sociales, me propongo reflexionar sobre la productividad de la autoformación para la producción de estrategias colectivas en autogestión.

El Centro cooperativo autogestivo textil Juana Villca surge de un proceso de lucha, movilización y organización costurera que se despliega después de dos trágicos incendios en talleres textiles en los barrios porteños de Caballito en 2006 y Flores en 2015. A partir de unas asambleas públicas se abren espacios de organización de grupos de trabajadores textiles que, articulando con la CTEP, conformaron la cooperativa. Desde el principio, distintas tramas culturales, políticas y económicas operan en esta experiencia contribuyendo a un significativo proceso de politización y sindicalización de los trabajadores del sector textil de la economía popular, a la vez desafío y práctica cotidiana de organización de la vida en común (Castronovo, 2018).

La segunda experiencia es la empresa recuperada “19 de Diciembre”, fábrica autopartista situada en Villa Ballester, en el partido industrial del conurbano bonaerense de San Martín. El proceso de recuperación de la fábrica comienza en el 2002, época de plena crisis en Argentina, tras el abandono y la quiebra de la fábrica Industrias Isaco por parte de la patronal. Con el apoyo de vecinos del barrio, asambleas populares, organizaciones sociales y políticas, los trabajadores decidieron llevar adelante una dura y difícil lucha para recuperar la fábrica, acampando frente a la entrada hasta tomar la fábrica y comenzar el proceso de autogestión. Durante los meses de septiembre y octubre del 2016 nos reunimos en el marco del programa Colabor, un grupo de investigadores comprometidos con la construcción de una economía de los y las trabajadores/as y varios integrantes del “Espacio Popular 19 de Diciembre”, que además de la fábrica nuclea un bachillerato popular, una biblioteca y un centro cultural. Cabe señalar que el fenómeno de recuperación de empresas, si bien ha sido conocido particularmente alrededor de la crisis del 2001, sigue expandiéndose y renovándose hasta la actualidad (Ruggeri, 2011; Facultad Abierta, 2016; 2018, Fernández Álvarez, 2016). Según el último informe

---

la complicidad y las contribuciones fundamentales a las reflexiones que integran esta ponencia, juntos a las y los trabajadores, estudiantes y activistas del Espacio Popular 19 de Diciembre, y su extraordinaria disponibilidad al intercambio, complicidad y pasión política.

del relevamiento de empresas recuperadas del Programa Facultad Abierta<sup>6</sup> (2018) en los últimos dos años (2016-2018) hubo casi veinte casos nuevos de recuperación en distintas áreas del país, por lo cual llegamos a un total de 384 casos respecto de los 367 del 2016 (Facultad Abierta, 2016).

Cabe destacar que las subjetividades que protagonizan estos procesos de lucha y autogestión tienen trayectorias e identidades profundamente diferentes. Por un lado, trabajadores migrantes cuya inserción en el mercado laboral se basa en la precariedad e informalidad estructural. Por el otro, obreros mecánicos asalariados expulsados del mundo del trabajo formal por las políticas neoliberales en plena crisis económica del 2001, que recuperan su fuente de trabajo. Tanto la fábrica como la cooperativa articulan trabajo, política y conflicto en múltiples territorios, buscando y disputando condiciones de posibilidad para establecer una relación dinámica, a la vez productiva y conflictiva con el mercado y el Estado, en un proceso de disputa permanente en torno a las condiciones de reproducción de la experiencia. En estos contextos distintos pero acunados por la autogestión como proceso productivo y a la vez político: ¿Cómo se producen concretamente espacios de autoformación y qué procesos de subjetivación se despliegan? ¿Cuáles desafíos aparecen en el campo a la hora de investigar (con) estos procesos? ¿Cómo se entrelazan prácticas sociales, conceptualizaciones y estrategia política en el marco del despliegue de nuevas conflictividades sociales?

A partir de estas preguntas, me propongo analizar las relaciones entre experiencias, prácticas y producción de saberes en las dos cooperativas, desarrollando algunas aproximaciones en torno a la articulación entre autoformación, imaginación político-económica y capacidad estratégica a partir de la experiencia etnográfica de los talleres de mapeo colectivo desarrollados en la cooperativa textil Juana Villca y en la empresa recuperada 19 de Diciembre. Con autoformación entendemos una práctica de formación autogestiva, basada en la valorización de los propios saberes y de la experiencia de cada participante, en la transmisión horizontal y en el aprendizaje en común, aspectos que resultan claves para producir nueva subjetividad en

---

6. Facultad Abierta es un programa de extensión universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Mantiene un Centro de Documentación de Empresas Recuperadas, brinda apoyo y asesoramiento a las empresas recuperadas, edita publicaciones, produce informes y relevamientos nacionales sobre estas experiencias, participa de proyectos de investigación y seminarios curriculares. Además, impulsa el Encuentro Internacional La Economía de los y las Trabajadores/as. Página web: <http://www.recuperadasdoc.com.ar/>

estas tramas colectivas. La imaginación político-económica a su vez emerge como capacidad de experimentación práctica y creativa de modalidades de organización, decisión común y movilización de recursos, energías, saberes para un cambio de relaciones sociales y laborales. Finalmente, la capacidad estratégica se entiende como capacidad colectiva de definir modalidades de organización y proyección a futuro, como reconocimiento de una agencia que se define por la capacidad de proyectar en común y enfrentar desafíos y límites debidos a las relaciones de poder y de dominación.

A partir del trabajo de campo, sostengo que los espacios de autoformación en estas dos experiencias se configuran como ámbitos capaces de adquirir una función estratégica, como parte de la creación de infraestructuras de una emergente institucionalidad popular desde abajo constituidas por múltiples tramas autogestivas. Tanto las empresas recuperadas como las cooperativas de la economía popular experimentan modalidades de producir, resistir, trabajar y vivir en común, retomando y reinventando prácticas sociales de cooperación y mutuo apoyo que tienen distintos orígenes y temporalidades y a la vez creando nuevas formas de organización del trabajo y de la vida en común. En ausencias de modelos preestablecidos, la posibilidad de desplegar una capacidad estratégica colectiva depende de la capacidad de auto-reflexión y valorización de los aprendizajes que se elaboran en la experiencia colectiva y en las prácticas micro políticas cotidianas. La articulación de actividades productivas y reproductivas, acción política y autoformación, que constituye la trama social de estas dos experiencias, contribuye a la posibilidad de desplegar una nueva imaginación política y económica comunitaria (Gibson-Graham, 2005). Esta composición de prácticas aporta a la creación de espacios de autonomía inscriptos directamente en lo productivo y a la vez organizadas desde renovados espacios sindicales y políticos.

El análisis de los antagonismos que surgen y se despliegan en las economías populares nos permite poner la atención en la “inestabilidad” de lo social (Gutiérrez Aguilar, 2014) y enfrentar el desafío de componer “pensamiento y práctica” para “escaparse a los modos de estabilización” (Gago, 2017). Según argumenta Gago, asumir el desafío de elaborar conceptos y estrategias desde y para los conflictos que emergen en las economías populares, significa replantearse problemáticas vinculadas a la explotación y la extracción de valor desde aquellos “espacios de autonomía construidos tantos en el medio de las abigarradas urbes latinoamericanas como en las comunidades indígenas y campesinas” (Gago, 2017: 76).

## Perspectivas y desafíos metodológicos

La participación al curso pre-cooperativo en la Juana Villca, junto con otros activistas e investigadores, constituye un compromiso ético y político a la vez que un espacio privilegiado de reflexión y observación. Un compromiso que surge de una reflexión compartida en torno a los desafíos de la investigación colaborativa frente a la necesidad por parte de los trabajadores de desarrollar un espacio de autoformación. Según la perspectiva de la “antropología por demanda” que propone Segato (2015), es la demanda “de los otros sobre nosotros” que caracteriza hoy el desafío antropológico en el campo. Segato plantea una “antropología supeditada a la demanda de los que anteriormente habían sido objeto de nuestra observación: una antropología atenta e interpelada por lo que estos sujetos nos solicitan como conocimiento válido que pueda servirles para acceder a un bienestar mayor, a recursos y sobre todo a la comprensión de sus propios problemas” (Segato, 2015: 13). Para Segato, el compromiso con las experiencias que se investigan surge como “colaboración en la construcción de argumentos capaces de defender su marcha por un camino histórico propio” (Segato, 2015: 16). La dimensión política de la investigación conduce a participar de los “campos contenciosos, al de las luchas de los pueblos y al movimiento de la sociedad” (Segato, 2015: 14) e implica una demanda por parte de los actores sociales involucrados (Segato, 2015). En la experiencia de la Juana Villca, esta demanda abre interrogantes sobre los límites y potencialidades de las prácticas comunitarias y de las modalidades de producción de lo común. La “demanda del otro”, en este caso, es una interpelación hacia la contribución al proceso cooperativo y, a la vez, a compartir saberes y participar de espacios de (auto) reflexión crítica. A partir de esta interpelación, se abre la posibilidad de experimentar, componiendo prácticas de educación popular y formación política, un “modo de investigación abierto a la posibilidad de una producción teórica compartida” (Carenzo; Fernández Álvarez, 2012: 30).

El curso pre-cooperativo se configura como ámbito de construcción de una estrategia propia, que exhibe una capacidad de proyecto y una “agencia como forma de la intención y el deseo” social y culturalmente situada (Ortner, 2016: 176). Se trata de un tipo particular de agencia, según Ortner, que se despliega en un campo político, económico y de relaciones de poder en continua transformación. La construcción de estrategias colectivas propias comienza en la Juana Villca con la construcción de espacios de



autoformación, donde la confianza y la solidaridad se configuran como desafíos y recursos para prácticas creativas e innovadoras. Las experimentaciones basadas en la autogestión exhiben la potencia de imaginación política, construyen otras relaciones laborales y formas de la economía que, según Gibson-Graham, se despliegan en los territorios a través de una continua resignificación de las prácticas, conviviendo con la “negociación, la lucha, la incertidumbre, la ambivalencia y el desengaño” (Gibson-Graham, 2005: 161). En este contexto de inestabilidad continua, la autoformación busca generar una postura crítica hacia la realidad socioeconómica y autorreflexiva respecto de su propia experiencia. A la vez, contribuye a la elaboración de formas de existir y resistir en el mercado, disputando sentidos, significados y prácticas vinculadas a la productividad y a la cooperación.

Esta politicidad de las prácticas de autoformación implica para la investigación un desafío que Verónica Gago plantea como capacidad de “componer enunciados y conflictos” en tanto y en cuanto “cuestión de método y compromiso práctico” (2017: 75) con las experiencias. Desde su enfoque basado en la investigación militante, el mapeo de las clases trabajadoras y populares y el análisis de la nueva conflictividad en el neoliberalismo representan cuestiones fundamentales que pueden ser productivamente elaboradas desde la perspectiva de los entramados comunitarios propuesta por Gutiérrez Aguilar (2014). La interacción de saberes que se conectan de forma novedosa cuando son puestos en común entre distintas subjetividades en el encuentro etnográfico permite generar nuevas elaboraciones. Justamente es la búsqueda de nuevas formas de organización a caracterizar estos procesos de lucha, tanto en su dimensión cotidiana y micro políticas como en sus despliegues masivos y callejeros. Si miramos a estos procesos sociales desde la inestabilidad, como propone Gutiérrez Aguilar, es posible registrar la “tendencial subversión y desborde de los límites anteriormente impuestos que iluminan los diversos e incluso contradictorios horizontes interiores que quienes luchan expresan, explican, practican y promueven” (Gutiérrez Aguilar, 2015: 22). El horizonte interior de una lucha se configura como “aquel conjunto de aspiraciones y anhelos, no siempre lógicamente coherente entre sí, que animan el despliegue de una lucha colectiva en un momento particular de la historia y se expresan a través de ella” (Gutiérrez Aguilar, 2015: 22). Una mirada de este tipo brinda un aporte significativo a la hora de encontrarnos con estas tensiones en el campo, acompañando las experiencias sin renunciar a la preocupación por el análisis crítico y (auto) reflexivo.

Más que con objetos de investigación, nos relacionamos con problemáticas y procesos sociales abiertos, con los cuales interactuamos en el trabajo de campo, contribuyendo a la producción de conocimiento desde (y con) estas experiencias. El proceso de producción de conocimiento en torno a estos procesos se configura como un *hacer juntos* (Fernández Álvarez, 2016) que involucra al investigador y sus prácticas, metodologías, herramientas y objetivos de investigación. En este sentido, se abre la posibilidad de elaboración de preguntas en común en torno a los cambios, las transformaciones y los desafíos que los procesos de lucha colectiva enfrentan y contribuyen a construir, a las formas en que se producen nuevos saberes, valores y disputas. Las herramientas de la etnografía y de la investigación antropológica nos permiten “abordar lo social como proceso vivo” (Fernández Álvarez, 2016: 17) a partir de sus prácticas cotidianas, donde lo social aparece “con sus cuerpos, afectos, sentimientos, emociones, evocando experiencias históricas y trayectorias de militancia, que es por lo tanto historia vivida” (Fernández Álvarez, 2016: 16). De acuerdo con estas perspectivas, la posibilidad de indagar la dimensión constructiva, negociada y conflictiva de las experiencias de autogestión del trabajo desde una perspectiva crítica, auto-reflexiva y situada, contribuye a problematizar la forma en que se produce conocimiento y teoría, no solamente en el ámbito académico sino en conjunto con y desde las experiencias que en tanto investigadores compartimos. La colaboración como práctica de la investigación, o como principio que la ordena, transforma el campo en un “espacio dinámico de creación conceptual conjunta más que un ámbito de recolección o construcción de datos” (Carenzo; Fernández Álvarez, 2012: 14). En este sentido, los talleres que analizo en este artículo se conforman como articulaciones de este proceso que se despliega con dificultades, aproximaciones y negociaciones a lo largo del tiempo de investigación (Carenzo; Fernández Álvarez, 2012), teniendo en cuenta las diferentes temporalidades (del proceso de lucha y de investigación) y la importancia de la capacidad de construir vínculos de confianza, cercanía y compromiso, a la vez buscando un método y una práctica eficaz.

### **La cooperativa Juana Villca: trayectorias de lucha y autoformación**

El centro cooperativo textil Juana Villca se conformó a finales del 2015 y lleva el nombre de una joven costurera fallecida en el trágico incendio del

taller textil de calle Luis Viale, donde trabajan más de 15 familias y “vivían 64 personas en condiciones de hacinamiento, de los cuales 38 eran menores de edad” (Colectivo Simbiosis Cultural, 2015: 7). Esta decisión fue tomada para no olvidar estos trágicos eventos y homenajear el último gesto de amor de la joven costurera, que según los testimonios, abrazó los niños que con ella habían quedados atrapados en el incendio aquel 30 de marzo del 2006 en calle Luis Viale.<sup>7</sup>

Durante el primer encuentro pre-cooperativo, Juan y Delia, ambos integrantes del colectivo Simbiosis Cultural y de la cooperativa, cuentan con mucha conmoción los acontecimientos del trágico incendio de Viale, la historia de Juana Villca Quispe, los procesos de organización que hicieron posible transformar la memoria de estos eventos en deseo de justicia, el dolor en reclamo, la rabia en denuncia, la bronca en organización colectiva frente a las condiciones de explotación. Desde esta historia trágica se desprende a lo largo de varios años un proceso de organización y lucha protagonizado por trabajadores migrantes de la economía popular que conjuga nuevas formas de producción cooperativa con la construcción de tejidos comunitarios y solidarios, que reconstruye brevemente a partir de entrevistas a integrantes del Colectivo Simbiosis Cultural, del OTS y de la cooperativa Juana Villca.<sup>8</sup> Luego del incendio de Viale, que visibilizó las condiciones de explotación e inseguridad de la mano de obra fundamental de la industria textil en Argentina, los costureros y las costureras (Colectivo Simbiosis Cultural, 2014 y 2015) comenzaron a organizarse con la conformación del Colectivo Simbiosis Cultural, un espacio de actividad política y cultural, y a la vez de organización y mutuo apoyo para enfrentar y cuestionar las condiciones de vida y de trabajo de los migrantes. Nueve años después, el 27 de abril de 2015, en calle Páez otro trágico incendio de un taller causó la muerte de dos niños.<sup>9</sup> Apenas llega la noticia, la rabia y el dolor se transforman en movilización. Surgen espacios de encuentro y asambleas populares en el barrio de Flores y se comienzan a cuestionar las condiciones de trabajo y las respuestas del

---

7. Para informaciones sobre los incendios, las campanas y los procesos judiciales consultar el blog <https://juicioluisviale.wordpress.com/>

8. Las entrevistas han sido realizadas entre agosto del 2016 y mayo del 2018.

9. Ambos incendios se debieron a la usencia de condiciones de seguridad en los talleres textiles. En el incendio de calle Luis Viale en el barrio porteño de Caballito perdieron la vida de cinco niños y una joven mujer embarazada (Wilfredo, 15 años; Juana, 25; Rodrigo, 4; Harry, 3; Elías, 10 y Luis, 4) mientras en el incendio de calle Paez en Flores perdieron la vida dos niños, Rodrigo y Rolando.

Estado, basada en la criminalización del trabajo migrante, la persecución y las clausuras de los talleres llamados *clandestinos* (Gago, 2014; Arcos, 2013; Fernández Bravo, 2016; Colectivo Simbiosis Cultural, 2014; 2015) y la invisibilización de las responsabilidades de las grandes marcas en la explotación laboral.

Los y las costureros/as empezaron a discutir colectivamente las problemáticas concretas que constituyen el trasfondo cotidiano de estas tragedias y pensar alternativas concretas. Según relata Juan, costurero y activista de Simbiosis Cultural, en estas asambleas textiles “se fueron diseñando estrategias para poder llegar hasta la Juana Villca. Un día nos invitaron a un espacio en Ciudadela donde habían comenzado a juntarse varios talleres con la CTEP para organizarse en asambleas y conformar cooperativas, y desde ahí surgió la Juana Villca”.<sup>10</sup> Muchos talleristas buscaban una forma que les permitiera trabajar en condiciones mejores sin el riesgo de clausura y la cooperativa representó una posibilidad viable para enfrentar la situación. La confluencia del colectivo Simbiosis Cultural, del Observatorio del Trabajo Sumergido y de la CTEP, permitió conectar diferentes emprendimientos productivos con trayectorias de sindicalización, politización y organización popular.

La formación de la cooperativa plantea nuevos desafíos y tensiona los discursos públicos dominantes sobre la economía migrante y los talleres textiles, basados en la victimización o la criminalización de estos trabajadores. La apuesta hacia la autogestión por parte de los trabajadores abre nuevos caminos de reivindicación de trabajo digno frente a la criminalización del trabajo informal y migrante. A la vez, el desafío de la cooperativa en el medio y largo periodo es la constitución de un centro de producto terminado, apuntando a una redistribución de la renta que las marcas obtienen a través de los procesos de tercerización y fragmentación productiva. Por lo tanto, la cooperativa enfrenta los desafíos de intentar de construir, desde lo cotidiano, las relaciones de poder inscriptas en los espacios, las temporalidades y las condiciones del trabajo informal en el sector textil y experimentar otras modalidades de trabajo cooperativo.

La elaboración de estrategias a partir de la autoformación resulta clave para transformar y re-significar las jerarquías y lógicas de acumulación incorporada en el taller y cuestionar las formas de explotación, teniendo en cuenta las relaciones que lo constituyen. Dentro del taller, efectivamente,

---

10. Entrevista a Juan Vázquez, noviembre de 2017.

se combinan formas de reciprocidad y relaciones de parentesco, aspiraciones, lógicas de movilidad y deseos de la fuerza de trabajo migrante hasta “la incorporación del saber femenino y comunitario a una serie de estrategias de comercialización y producción que se incluyen en una línea de montaje global de las economías contemporáneas” (Gago, 2014: 128). El cruce entre las lógicas que componen estos entramados y las brutales formas de explotación vinculadas a la inserción en el mercado a través de la tercerización, es fundamental para comprender el proceso y los desafíos que encuentra la cooperativa al proponerse transformar estas condiciones desde la autogestión. La construcción de una cooperativa basada en otras lógicas productivas y otros principios de autoridad, legitimidad e igualdad tensionan las jerarquías entre *talleristas* y *costureros* –los dueños de las máquinas y los trabajadores de la costura–, a la vez que ayudan a complejizar el análisis del modelo-taller.

Desde el campo etnográfico emerge un fuerte cuestionamiento de la simplificación basada en el estereotipo del tallerista-patrón y del costurero esclavizado, sin perder de vista las dinámicas de explotación en el marco de relaciones de “reciprocidad también perversas”, que reproducen “formas colonizadas de trabajo” como afirma Rivera Cusicanqui (2018: 68). Solamente visibilizando y desafiando las relaciones existentes, familiares y de compadrazgo, las prácticas culturales y las relaciones de poder subyacentes al modelo taller, es posible delinear posibilidades concretas de transformación que valoricen lo comunitario y reinventen formas de organización colectiva de los trabajadores que viven tales condiciones. Esto nos dicen los integrantes de la Juana Villca, que “experimenta la construcción de un horizonte de transformación comunitario-popular en el marco de un proceso de cooperación que modifica profundamente las relaciones, prácticas y lenguajes tanto del trabajo como de la política” (Castronovo, 2018: 133). Además, extendiendo la mirada más allá de las fronteras del galpón, aparecen otras jerarquías y relaciones de poder, vinculadas con las formas de inserción en la economía textil: la imposibilidad de fijar el precio de la prestación laboral sitúa el tallerista en una condición subordinada en el mercado laboral (Roig, 2017) y el costurero cómo último eslabón de la jerarquía, por su dependencia del tallerista por trabajo, comida y vivienda.

La construcción de lógicas de trabajo cooperativo exige una continua disputa del poder al interior y al exterior del galpón, en el marco de una confrontación continua con el mercado y las lógicas del capital, pero también

con la incorporación de valores y jerarquías que la forma-taller reproduce. La Juana Villca se configura como ejemplo paradigmático para analizar los desafíos que se plantean los trabajadores cuestionando las lógicas de subordinación y jerarquización étnico-raciales y de segregación espacial. La articulación constante entre el adentro y el afuera de la cooperativa, como veremos en los siguientes apartados, aparece como tensión oscilante entre lo cotidiano y las dinámicas de lucha callejera frente a las políticas de ajuste, al despojo y a la explotación.

El lema de la Juana Villca “los derechos se discuten en el galpón y se conquistan en las calles” resume de forma paradigmática esta tensión fundamental para entender las maneras concretas a través de las cuales sus integrantes enfrentan las relaciones de poder. La valorización y la construcción del saber desarrollado colectivamente en el trabajo, en la militancia, en las tareas comunitarias de reproducción social, en los procesos de autoformación, resulta estratégico para disputar condiciones mejores, reconocimiento, políticas públicas y recursos al Estado y al mercado, con los cuales estas experiencias negocian, se relacionan y a la vez disputan ámbitos de autonomía.

### **Mapeo colectivo en la cooperativa Juana Villca**

El ejercicio de mapear colectivamente el proceso cooperativo visibiliza espacios, prácticas, valores, disputas y desafíos a menudo invisibilizados o naturalizados. Por lo tanto, el mapeo se configura como “práctica y acción de reflexión en la cual el mapa es solo una de las herramientas que facilita el abordaje y la problematización de territorios sociales, subjetivos, geográficos” (Iconoclasistas, 2013: 7). En el curso pre-cooperativo, la reflexión se concentra sobre la complejidad e interdependencia entre diferentes ámbitos, espacios y relaciones que componen la cooperativa.

Alrededor de la mesa de corte unos compañeros y compañeras preparan afiches y cortan íconos que representan distintas figuras y actividades vinculadas a la migración, al trabajo y a la movilización política. Al comienzo Juan, trabajador de la cooperativa e integrante del Colectivo Simbiosis Cultural, introduce y explica los desafíos mapeo colectivo que hemos discutido anteriormente con el equipo organizador del curso<sup>11</sup>. Juan y yo presentamos la

---

11. El equipo del curso está integrado por investigadores, activistas y trabajadores de la cooperativa.

práctica del mapeo como oportunidad para desarrollar una reflexión en común sobre los diferentes espacios y las distintas actividades que componen la trama productiva, social y política de la cooperativa. El ejercicio problematiza las fronteras entre trabajo y política, entre producción y reproducción, entre los espacios del galpón y los múltiples territorios de la economía popular, entre el adentro y el afuera de la cooperativa. La auto-reflexión y la elaboración colectiva abren la posibilidad para la comprensión del proceso en su conjunto, para pensarse colectivamente más allá de las tareas particulares de cada uno y de las temporalidades densas del ritmo de trabajo que el mercado exige. A la vez, hace posible comenzar a desarrollar perspectivas estratégicas cuya elaboración involucre todos abriendo espacios de democratización en el marco de la autogestión productiva.

La multiplicidad de actividades que componen el entramado socio-productivo de la cooperativa desborda la dimensión estrictamente laboral y muestra una significativa diferencia con el modelo-taller: ya no es una casa que funciona también como fábrica, sino una fábrica que funciona también como espacio colectivo de organización. La separación entre espacio del hábitat y espacio laboral abre a reconfiguraciones socio-espaciales donde la dimensión productiva se vincula con instancias educativas, de cuidado y organización sindical. Se dedican, por lo tanto, espacios del galpón a las asambleas, reuniones, eventos culturales y momentos de sociabilidad.

Haciendo un contrapunto con el trabajo en los talleres, en el taller situamos en el tiempo y en el espacio los procesos de organización, anclando la discusión a memorias y lugares específicos, contextos y territorios, y a la vez complejizando sus fronteras, límites, relaciones y articulaciones. Aprendizajes, historias y memorias surgidas en torno a las máquinas de coser emergen con sus pasiones, hostilidades y solidaridades, amores y rencores, afectos y sueños. Contando sus experiencias previas en talleres textiles, que representamos en el mapa, una compañera afirma que antes de llegar al galpón estaban esclavizadas, en un taller. “No es que te esclavicen, uno mismo se esclaviza por querer trabajar así” agrega otra compañera. Aparecen matices de distintas experiencias que componen sus biografías. La memoria de las condiciones de trabajo en los talleres se transforma en palabras y los afiches sitúan en el mapa las experiencias de cada trabajador/a, anécdotas sobre experiencias previas e inquietudes que los han acompañado a través de recorridos espacio-temporales entre los altiplanos bolivianos y el Río de la Plata.

“Yo trabajé en el taller de un pariente, no me pagaba bien, así cuando pude me fui, volví a Bolivia, y solamente volví a Buenos Aires cuando encontré otro contacto, y me vine otra vez para acá. Esta vez era mejor, pero cuando supe de otro trabajo en que pagaban mejor, me fui otra vez, y así llegue acá” cuenta Sandra<sup>12</sup>, madre soltera y trabajadora del galpón.

“A mí no me enseñaban nada de las maquinas, y me dejaban sola. Fue muy duro, tuvo que aprender sola la *overlock*, haciendo muchos errores, lloré mucho, y como que cada uno ganaba por prenda, nadie me ayudaba a mejorar” cuenta Elisa. Le responde Delia: “Yo tuve una buena experiencia con la *overlock*, una señora me enseñó, de hecho, me encanta trabajar con ella, así que voy a hacerlo yo por vos, no te preocupes”.

Emerge un mapa abigarrado que exhibe puntos de tensión, fricción, conexión entre prácticas sociales y trayectorias de migrantes que componen la fuerza de trabajo de la cooperativa y los dispositivos de control, fragmentación y explotación que caracterizan la economía popular. Las trayectorias de los trabajadores/as son representadas en el mapa, para visibilizar sus historias y recorridos, movimientos y deseos. A la vez, la discusión complejiza las perspectivas y las visiones del proceso migratorio y de vida, para reflexionar sobre las categorías que los trabajadores utilizan para contar sus propias historias y a la vez otorga sentido a la experiencia en la cual están inmersos. Señalando en el mapa los espacios y territorios urbanos de las luchas, se visibilizan otros espacios y trayectorias urbanas que sostienen ese proceso social.

La discusión en torno a la naturalización de las maneras de trabajar en los talleres textiles cuestiona las relaciones ambivalentes que constituyen el trasfondo de estos espacios productivos y las dinámicas de explotación y endeudamiento que se enfrentan en el día a día. Reconstruir las etapas fragmentadas del proceso productivo textil a partir de las experiencias de vida de cada uno de los integrantes, exhibe los “diferenciales de explotación” en el marco de la experiencia migratoria y del trabajo en los talleres, cuando “las condiciones en las cuales se trabaja no son tan buenas como uno se imaginaba antes de migrar” (Simbiosis Cultural, 2016: 7).

Pregunto, mientras voy agregando los afiches en el mapa, qué ha cambiado respecto del trabajo en los talleres para que además de contar sus

---

12. Mientras para las entrevistas uso el nombre verdadero, para las/os participantes del taller utilizo nombre de fantasía.



experiencias previas se pueda discutir colectivamente del galpón como apuesta a la transformación. “El horario de trabajo, y las condiciones son mejores” afirma Lourdes, trabajadora costurera con una larga experiencia en distintos talleres. “Las relaciones entre nosotras” agrega otra compañera. “Mi sueldo es mejor acá” señala otra compañera. “Las condiciones de seguridad, la comida y el hecho que cuando termino me voy de acá y tengo mi casa y mi espacio separado del trabajo” agrega otro compañero. “Acá discutimos, hacemos reuniones, nos respetamos más, antes todo esto ni lo imaginábamos” afirma otra compañera. Otras palabras que emergen son vulnerabilidad, encierro, pagos muy bajos, miedo, necesidad. Se discute porque se cambia trabajo, y hacia donde, visibilizando en el mapa flujos de necesidades y deseos, biográficos y territoriales, que conectan talleres y espacios metropolitanos transnacionales.

“Sobre todo”, afirma otra compañera del galpón, madre soltera, “siento que ahora tengo más tiempo para estar con mi hija. Ahora si puedo ir buscarla, salir del trabajo antes, organizarme. Antes se me adormía mientras yo trabajaba, tirada sobre unas telas, durmiendo pobrecita después de la escuela mientras me esperaba”.

Es una imagen fuerte, que muestra con inmediatez ciertos logros que el trabajo cooperativo ha alcanzado, y a la vez desencadena otras discusiones sobre las necesidades, en términos de cuidado y de mutuo apoyo, de muchas de las trabajadoras del galpón. Justamente a partir de la necesidad de un espacio de cuidado que la cooperativa está discutiendo y construyendo, pasamos a la parte siguiente del mapeo, que vinculamos a las relaciones entre la cooperativa y el afuera, la ciudad, con sus tramas políticas, económicas, familiares. Ahora que no viven más en el taller donde trabajaban, la relación con el espacio de la ciudad se modifica en su experiencia cotidiana y en sus trayectorias de movilidad. En ese marco, reconstruimos en el mapa ciertos vínculos que se entrelazan a lo largo de varios años entre experiencias políticas y sociales y la actual cooperativa. Tratamos de dejar el mayor tiempo posible para sus relatos, para que ellas mismas reflexionen a través de sus narraciones sobre sus condiciones de trabajo. Una dice “ahora ya no se trabaja más así” y Delia, y Cintia, le contestan que no, que no es así, porque “muchos ahora siguen trabajando así, en los barrios, esto no se ha terminado”.

Mientras discutimos de las actuales condiciones de trabajo, dentro y fuera del galpón, dibujamos un mapa cuya temporalidades y espacialidades no coinciden con el proceso de la cooperativa sino muestran su dimensión

abigarrada tempo y espacialmente, que se extiende en múltiples escalas (Gago, 2014). Estas tramas se traducen a través de la autoformación en un complejo “proceso de politización de las dinámicas sociales de la producción, de las condiciones de trabajo y reproducción de la vida” (Castronovo, 2018: 134). La relación entre pensamiento y práctica se presenta como desafío a la hora de “arriesgarse al nombrar y valorizar modos de existencia que denuncian y combaten las formas de explotación y de dominio” (Gago, 2017: 68). Los desafíos a la vez políticos y productivos se condensan en el intento de emprender nuevos caminos de organización frente a la explotación experimentando otras relaciones laborales y sociales. El mapeo colectivo permite aterrizar en lo espacial/territorial las reflexiones sobre las relaciones que constituyen la experiencia y construir otra mirada del territorio y del espacio urbano.

A través de la autoformación la cooperativa construye y a la vez se apropia del territorio, elabora capacidad estratégica y conciencia de un proyecto colectivo. Además, el mapeo abre la posibilidad de relevar otros territorios de producción de valor y de organización, que justamente aparecen al vincular la experiencia de la cooperativa a las tramas urbanas productivas, sindicales y político-culturales. El hecho de representar colectivamente en un mapa los múltiples territorios que componen el proceso de la Juana Villca permite por un lado reconstruir desde la mirada y el aporte de todos los integrantes la complejidad de la cooperativa, por el otro redefinir, a partir de la subversión del lugar de enunciación (Iconoclasistas, 2014) la propia concepción del mapa espacial del entramado socio-productivo.

¿Cuáles tareas y actividades se desarrollan afuera del galpón y a la vez son productivas para la cooperativa? Esta pregunta abre otra discusión sobre la relación entre tareas productivas y reproductivas y a la vez sindicales, políticas y comerciales. Juan y yo proponemos que cada participante al taller señale alguna tarea, espacio o actividad vinculada a la cooperativa en el espacio urbano y la dibujamos en el mapa. En primer lugar, las ferias populares donde se vende la ropa producida en la cooperativa, pero sobre todo, tareas vinculadas a la producción, quién y dónde compra las telas, como se desarrollan las relaciones con organizaciones, ferias y fabricantes, investigadores y universidades. Señalamos en el mapa los lugares donde varios integrantes de la cooperativa han tomado cursos de formación, las organizaciones políticas que han comisionado trabajos, la sede de la CTEP, las universidades y los espacios de las asambleas que han hecho posible

la conformación del galpón. Se nombran espacios y procesos que muchos participantes desconocían, o desvalorizaban, por lo tanto, el mapeo habilita discusiones nuevas para comprender la complejidad del proceso y sus articulaciones. Aparecen en el mapa iconos de las marchas de San Cayetano y de las movilizaciones de los trabajadores de la economía popular a Plaza de Mayo, las marchas por el aborto legal en Congreso y a las de Ni Una Menos, a las cuales algunas integrantes de la cooperativa han participado con el colectivo feminista migrante “Ni una migrante menos”. El taller muestra las varias actividades que sostienen el proceso productivo, donde la dimensión política resulta fundamental, como demuestra la conquista del salario social complementario.<sup>13</sup> La capacidad de sostener la producción en autogestión deriva también de los espacios de organización frente a la criminalización y desvalorización del trabajo migrante, y de las luchas del feminismo popular contra las múltiples formas de violencia patriarcal que las migrantes sufren en su cotidianidad y que en la cooperativa comienzan a ser discutidas y cuestionadas. Las fronteras en el tiempo y en el espacio que regulan y disciplinan el trabajo textil de la economía popular, tanto adentro cuanto afuera del galpón, son visibilizadas y cuestionadas. Por un lado, la tensión entre tiempo dedicado al trabajo y tiempo dedicado a actividades reproductivas y de cuidado abre nuevas discusiones, emergen así las necesidades de las madres que reclaman un espacio de cuidado de niños sostenido por la cooperativa. Por el otro lado, la tensión entre temporalidades del trabajo y militancia abre la discusión en torno al papel de Simbiosis Cultural, la CTEP, el Bloque de Trabajadores Migrantes,<sup>14</sup> se discute de la participación a las marchas de la economía popular, de la campaña Migrar No Es Delito y de los paros migrantes.<sup>15</sup> Se visibilizan tareas y actividades fundamentales para la cooperativa

---

13. El salario social complementario, obtenido por la CTEP, la CCC y Barrios de Pie en el marco de las movilizaciones sociales para reivindicar la aprobación de la Ley de emergencia social, es un complemento estatal a los ingresos de los trabajadores de la economía popular establecido como la mitad del salario mínimo, vital y móvil (SMVM).

14. El BTM es una organización de trabajadores migrantes que nace en noviembre de 2017 desde la articulación de diversos colectivos después del primer paro migrante del 30 de marzo de 2016, y participa de la campaña “Migrar no es delito”, que reúne varias organizaciones sociales y políticas.

15. El primer paro migrante fue convocado el 30 de marzo del 2017, día del aniversario del incendio de Luis Viale, para visibilizar los aportes de los trabajadores migrantes al país frente a las políticas migratorias del gobierno de la alianza Cambiemos, particularmente en oposición al decreto de necesidad y urgencia 70/2017. El segundo paro migrante fue el 4 de septiembre, en ocasión del festejo del Día del Inmigrante en Argentina, y reunió miles de migrantes en una marcha que terminó en la Plaza del Congreso.

que se desarrollan en otros tiempos y espacios. A la vez, se cuestionan las fronteras socio-espaciales que conforman los territorios productivos, socializando la heterogeneidad de relaciones y experiencias que aportan a estas tramas desde lo político, cultural, productivo y reproductivo. Finalmente, las prácticas de autoformación valorizan los aprendizajes y las experiencias singulares estableciendo un espacio de reflexión colectiva políticamente productivo donde se teje el entramado comunitario de la cooperativa.

### **El Espacio Popular 19 de Diciembre: autogestión del trabajo, educación y territorio**

En este último apartado me propongo abordar brevemente el vínculo entre saberes, experiencia y estrategias colectivas a partir de los talleres de mapeo colectivo en la Cooperativa de Trabajo 19 de Diciembre, finalizado a la reflexión colectiva sobre los desafíos y las potencialidades de la abertura de la fábrica al territorio. En el marco del proyecto Colabor, a este taller participamos los integrantes del proyecto, los trabajadores de la empresa recuperada, docentes y estudiantes del bachillerato popular de la fábrica. En primer lugar, cabe señalar que el fenómeno de recuperación de empresas, tal como señala Ruggeri, ha surgido como “respuesta necesaria de algunos colectivos de trabajadores frente a la situación social desesperante provocada por el cierre de fuentes productivas y la condena a la desocupación estructural [...] significó para millones de personas” (2011: 63). Si bien la fuente de ingresos que el puesto de trabajo garantiza es la razón principal por la cual los trabajadores deciden emprender este complejo camino colectivo de autogestión (Ruggeri, 2011) la recuperación de la empresa por parte de trabajadores expulsados del mercado laboral es el primer paso de un proceso de transformación más amplio que puede involucrar tanto los trabajadores que protagonizan el proceso como otras colectividades, espacios y territorios. A la vez, el proceso de recuperación implica la reinención de formas de organización y producción por parte de los trabajadores.

Recuperar una fábrica, tal como señala Marcelo Vieta (2018), no se limita a la fuente de trabajo, sino también se recupera “la cultura, el control sobre la capacidad productiva de cada individuo, la dignidad, [...] la fuerza de trabajo y los excedentes” (Vieta, 2018: 25). Además, agregó, se recupera un espacio, se transforma y resignifica su uso, se abren posibilidades de nuevas proyecciones colectivas y se producen nuevos territorios.

Cuando los trabajadores de la ex-Isaco empezaron a gestionar la fábrica sin patrón y retomaron la producción, comenzaron recuperando puestos de trabajo frente al desempleo, pero también espacios frente a la privatización, recursos para la colectividad frente a la concentración de riqueza, sociabilidades y posibilidades de vida en común frente a la individualización y a la fragmentación social. Por un lado, empezaron a generar espacios colectivos donde los aprendizajes y los saberes acumulados permitían enfrentar distintos desafíos vinculados a la capacidad de sostener una empresa desde la autogestión. Por otra parte, tuvieron que reorganizar las relaciones con el Estado y el mercado, en el marco de una lucha cotidiana para avanzar, resistir y producir y construir nuevas tramas sociales, políticas y productivas.

Durante quince años de autogestión, los trabajadores de la Cooperativa 19 de Diciembre armaron distintas iniciativas en el marco del proceso de apertura de la fábrica al barrio, que ellos definen como restitución a la comunidad y al territorio para agradecer por el apoyo recibido en los momentos más duros de la lucha. La cooperativa decidió crear y sostener en la fábrica un bachillerato popular abierto en el 2006, la biblioteca popular “Carlos Fuentealba” desde el 2012 y un centro cultural que articula con redes de cultura popular autogestionada y organizaciones sociales en el territorio. Se trata de espacios y proyectos abiertos a la comunidad a través de los cuales se reinventa y experimenta en el día a día otro proyecto de territorio, a partir de relaciones de mutuo apoyo y solidaridad con los vecinos, la comunidad, varias instituciones y organizaciones populares.<sup>16</sup>

Las imbricaciones entre transformación de la producción y de la ciudad, entre reconfiguración espacial y de las relaciones y formas del trabajo resultan elementos claves para comprender los nuevos procesos de extensión de las fronteras de valorización del capital, que comprendemos a partir de las prácticas de lucha y resistencia popular situadas en territorios específicos. En este sentido, el proceso de apertura de la fábrica al barrio es un proceso dinámico de extensión de las dinámicas de autogestión, organización

---

16. La cooperativa es parte de la Mesa de empresas recuperadas de San Martín, de la Mesa Reconquista, espacio de organización de movimientos sociales, centros culturales y cooperativas de la zona del Río Reconquista en el partido de San Martín. Además, articula con la UNSAM y la municipalidad de San Martín, y los docentes y estudiantes del bachillerato participan de distintas redes educativas y de cultura popular.

popular y transformación subjetiva frente a la extensión de las formas de desposesión, precarización y explotación. La autogestión en este contexto redefine sentidos, usos y finalidades de distintos espacios de la fábrica y del territorio: espacios privados y privatizados por el patrón se transforman en espacios comunes a través de la recuperación de la fábrica, a la vez logran mantenerse en el tiempo, reconfigurando a partir de su capacidad de garantizar cierta perdurabilidad la posibilidad de construcción de institucionalidad desde abajo y desde la autogestión.

Los diferentes ámbitos de intervención y prácticas sociales creativas y transformadoras constituyen un entramado fundamental para la existencia y el desarrollo de la cooperativa y de sus articulaciones que conforman el “Espacio Popular 19 de Diciembre”. Además, el contexto definido por un significativo debilitamiento de las políticas públicas hacia el trabajo autogestionado, por el cambio de actitud del Estado respecto de las cooperativas, y sobre todo por la profundización de la crisis económica implica para las empresas recuperadas enfrentar un panorama complejo desde el punto de vista económico y político (Facultad Abierta, 2017), por las políticas del gobierno y la reorganización del mercado principalmente respecto de los vetos hacia las leyes de expropiación, a los aumentos de tarifas y a la abertura de importaciones (Ruggeri, 2017).

Además, estas experiencias cooperativas cuestionan la lógica neoliberal, instalada en el sentido común, promovida desde distintos ámbitos, naturalizada e incorporada a través del consumo, del individualismo y de la centralidad de la lógica de la competencia entre trabajadores, personas, empresas. En este contexto, el proyecto Colabor se propone activar una recuperación y valorización de los aprendizajes elaborados en cooperación y desde la autogestión, y a la vez como herramienta concreta y práctica para las demás cooperativas.

El proyecto se propone la producción de material de autoformación en formato audiovisual cuyos contenidos se elaboran a partir de la sistematización de prácticas existentes, a la vez, abre “la posibilidad de poner en común una serie de preguntas, que surgen de la colaboración, en torno a los cambios, las transformaciones y los desafíos que los procesos de lucha colectiva enfrentan y contribuyen a construir, así como a las formas en que se producen nuevos saberes, valores y disputas” (Carenzo *et al.*, 2019). La idea misma ha surgido en el marco de un taller sobre articulación entre universidad y trabajadores de la autogestión durante el encuentro internacional Economía

de los Trabajadores<sup>17</sup> en Venezuela en el mes de julio del 2015, y se ha desarrollado a lo largo de un año durante varios encuentros entre los trabajadores de varias recuperadas y el grupo de investigadores comprometidos con ese proceso, a través de investigación de campo, entrevistas y posproducción colaborativa.<sup>18</sup> Por un lado, provee un aporte al capital simbólico de las empresas recuperadas, visibiliza las experiencias, los desafíos que se enfrentan, los logros y los valores que producen y reproducen estas comunidades. Por otro lado, brinda herramienta a disposición de las demás cooperativas y organizaciones sociales para enfrentar problemas, tensiones y conflictos potenciando la transferencia horizontal de los aprendizajes. Nombrar estos procesos y aprendizajes amplía la disputa a los lenguajes que usamos para definir estas experiencias y economías “porque de esos lenguajes también dependerán las prácticas que sea posible construir, crear e imaginar en cada uno de los ámbitos y espacios de trabajo y (re)producción de la vida” (Fernández Álvarez, 2017: 8). Destacamos además que la construcción colaborativa incluye la definición de las temáticas y las problemáticas a discutir, visibilizar y trabajar en los encuentros, talleres y espacios de intercambio. Particularmente, en el caso del taller de mapeo, la discusión colectiva permitió visibilizar como “la construcción de un vínculo con “la comunidad” difiere según las formas específicas de articulación en cada caso, pero siempre implica la redefinición de espacios, tiempos, estrategias, tareas, responsabilidades individuales y colectivas al interior de la cooperativa” (Carenzo, Castronovo, Fernández Álvarez, Gigliarelli, 2019).

Durante el taller, se discutió colectivamente en torno a las relaciones con la comunidad, planteando nuevos desafíos, fortaleciendo los espacios de articulación internos y a la vez los vínculos entre organizaciones sociales, investigadoras y universidades. Mapeando las relaciones construidas a lo largo de quince años, emerge cómo el vínculo con la comunidad constituye un proceso que transforma la cooperativa y a la vez el territorio. El mapeo comenzó desde los espacios internos, problematizando la relación entre autogestión y uso e organización de los espacios, dibujando y a la vez

---

17. El Encuentro internacional Economía de los trabajadores y las trabajadoras es un espacio de articulación, debate, investigación y organización entre investigadores, trabajadores/as de la autogestión, activistas y sindicalistas a nivel global, impulsado desde 2007 por Facultad Abierta, Programa de Extensión universitaria de la UBA dirigido por Andrés Ruggeri.

18. La definición y la decisión sobre los ejes, objetivos, temáticas y cuestiones a desarrollar ha sido elaborada conjuntamente entre los investigadores y los trabajadores.

desdibujando fronteras internas vinculadas a las tareas, las jerarquías y las distintas áreas de la fábrica (producción, control de calidad, matricería, área administrativa).

“Estar dentro de la cooperativa es distinto a lo que es un trabajo normal, vos te vas de la cooperativa pero no te vas, vos llegas a la casa y estás pensando en la cooperativa” afirma Caro, trabajador que se sumó a la cooperativa después de la recuperación. Desde esta perspectiva, se tensionan las fronteras tanto en el tiempo de trabajo como en el espacio. Justamente, la cuestión del tiempo aparece durante la discusión: “Estamos acá muchos integrantes de los distintos espacios en este taller, y por ahí podemos pensar el tiempo junto al espacio para este mapeo” afirma Gisela, abogada e integrante de la cooperativa. “Podemos pensar que la 19 somos los que estamos, pero también los que estuvieron y los que vendrán, los que entraron al *bachi* y se quedaron como profes o como parte del centro cultural, eso muestra que hay un proceso continuo” sigue Gisela. Mientras tanto, Matías, profesor del bachillerato popular, afirma que “el bachillerato es parte de la fábrica, no solamente por el espacio, sino por nuestra historia, los bachilleratos populares nacieron alrededor de la crisis del 2001, y nosotros funcionamos en forma autogestionada y compartimos salarios de forma equitativa, como una cooperativa”.

La relación entre el bachillerato y la fábrica es significativa: algunos trabajadores de la fábrica dan clases de cooperativismo, la historia de recuperación es parte del debate y del estudio colectivo en las aulas. “Para mí este espacio es transformación, empecé a ver las cosas distintas... el cooperativismo me pegó al punto de adoptarlo como modo de vida” agrega Natalia, egresada del bachillerato que ahora es docente y activista del centro cultural. Finalmente, una joven estudiante del bachillerato afirma: “Este espacio es para mí intercambio de saberes, entre trabajadores, estudiantes, docentes, vecinos, obreros”.

La productividad del taller de mapeo colectivo aparece en su capacidad de abrir espacios de reflexión en común entre diferentes subjetividades, tanto los investigadores como todos los que integran los distintos ámbitos del “Espacio 19 de diciembre”- el bachillerato popular, la fábrica, la biblioteca y el centro cultural – que componen un conjunto de “diferencias que colaboran y cooperan”, según la definición de Ricardo, integrante del bachillerato popular. Se trata de subjetividades, afirma Enrique, presidente de la cooperativa, “que trabajan y estudian en libertad” a partir de la construcción de



una “relación con la comunidad que se pensó desde cuando estábamos en la carpa frente a la fábrica antes de tomarla”. Tiempo y espacio, memoria y proyecto, se construyen colectivamente a partir de una capacidad estratégica que emerge desde el encuentro de saberes y experiencias distintas que en el taller de mapeo dialogan y visibilizan tramas que construyen mundos, como diría Gutiérrez Aguilar (2015). El taller como momento de diálogo, reflexión y autoformación permite mapear las relaciones sociales, tensionar las fronteras y visibilizar vínculos y conflictos, movilizar sensaciones, curiosidad, pasiones, afectos y memorias que, retomando las palabras de Gisela, resultan herramientas claves para enfrentar la urgencias de la actual coyuntura económica, social y política, sin perder de vista la necesidad que existe a nivel de los colectivos autogestionados de encontrar tiempos y espacios para discutir, debatir y proyectar(se) colectivamente.

### **Reflexiones finales**

Ambas experiencias de autogestión enfrentan los nuevos procesos de desposesión, explotación y expulsión que caracterizan el capitalismo contemporáneo a nivel global (Sassen, 2015). A partir del trabajo etnográfico, he mostrado como estas tramas de resistencias comunitarias construyen sus estrategias a través de un conjunto de prácticas creativas y micro-políticas, entre las cuales la autoformación representa una herramienta fundamental. En diálogo con diferentes perspectivas de investigación a partir de algunas escenas etnográficas específicas, situaciones y espacios concretos, he analizado la productividad de la autoformación como valorización y articulación de los aprendizajes que surgen de la experiencia y la producción de saberes estratégicos. La autoformación muestra por lo tanto cierta capacidad de politización de las tramas de producción y reproducción social en las economías populares, configurándose como herramienta de elaboración que contribuye a los procesos de subjetivación. En estos y otros espacios colectivos, los trabajadores autogestionados construyen discursos y estrategias desde su propia experiencia en el camino hacia la producción de lo común “bajo pautas de respeto, colaboración, dignidad y reciprocidad no exentas de tensiones” (Gutiérrez Aguilar, 2015: 29). La autoformación contribuye además a producir nueva imaginación política y económica, donde no hay un modelo pre establecido sino un conjunto de intentos,

experimentaciones, errores y nuevos intentos. Este conjunto de prácticas y saberes componen distintas maneras de organizarse frente a la precariedad y al extremo nivel de explotación de la acumulación capitalista neoliberal (Gago, 2014). Estas formas de organización del trabajo y reproducción de la vida basadas en la autogestión buscan poner límites, continuamente negociados, inestables y móviles, a los procesos de acumulación, explotación y desposesión. Además, en ambas experiencias puede rastrearse el funcionamiento de un “capital comunitario” que produce territorios nuevos, relaciones y configuraciones sociales, políticas y productivas para enfrentar condiciones subordinadas y jerarquizadas en el mercado y en la ciudad, y organizar una capacidad colectiva de resistencia en la crisis. Se trata de esfuerzos y desafíos que enfrentan concretamente los “modos de subjetivación y de descomposición de la base comunitaria” (Gago, 2017: 73) operadas por las políticas del Estado y de las finanzas.

La posibilidad de experimentar una elaboración teórica y conceptual compartida (Carenzo, Fernández Álvarez, 2012) con las subjetividades que encontramos en el campo representa un desafío fundamental de la investigación etnográfica en su apuesta colaborativa, valorizando diferentes saberes y articulando experiencia, producción de conocimiento y estrategias colectivas. Los desafíos que se nos presentan como investigadores en el campo se vinculan a la posibilidad de pensar categorías y elaborar lecturas de los procesos sociales en conjunto con las subjetividades con quienes interactuamos en la investigación, en el marco de un proceso de aprendizaje constantemente abierto que entrelaza formas de hacer, aprender, sentir y pensar en común. Desde esta perspectiva, emerge la potencialidad para la investigación de los espacios de elaboración compartida con las experiencias sociales, donde además se reactualiza el compromiso con quienes encontramos investigando determinados procesos o problemáticas. El análisis de estas particulares experiencias de investigación visibiliza distintos momentos de intensidad de producción de subjetividad que caracterizan aquellas búsquedas de otro horizonte posible, donde la autoformación exhibe su doble dimensión de práctica para aprender en común y de espacio para una elaboración estratégica colectiva, en el marco de la construcción de nuevas infraestructuras de una institucionalidad popular emergente que estas experiencias dejen entrever.

## Referencias bibliográficas

- Arcos, Ayelén. 2013: “Talleres clandestinos: el traspatio de las grandes marcas. Organización del trabajo dentro de la industria indumentaria”. *Cuadernos de la Antropología*, n.º 10, Buenos Aires, pp. 333-351.
- Castronovo, Alioscia. 2018: “¡Costureros carajo! Trayectorias de lucha y autogestión en las economías populares argentinas”. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, Flacso Ecuador, n.º 62, pp. 119-139.
- Colectivo Simbiosis, Colectivo Situaciones. 2015: *De chequeistas y overlocks: una discusión en torno a los talleres textiles*. Buenos Aires: Editorial Retazos y Tinta Limón.
- Colectivo Simbiosis. 2016: *No olvidamos: el incendio de un taller textil en Caballito*. Buenos Aires: Editorial Retazos.
- Denning, Michael. 2011: *Vida sin salario*. Madrid: New Left Review, Traficantes de sueños, pp. 77-94.
- Carenzo, Sebastián y Fernández Álvarez, María Inés. 2012: *Ellos son los compañeros del CONICET: El vínculo con organizaciones sociales como desafío etnográfico*. Buenos Aires: Antropología y Ciencias Sociales, pp. 9-33.
- Carenzo, Sebastián; Castronovo, Alioscia; Fernández Álvarez, María Inés y Gigliarelli, Elisa. 2019: *La Plataforma Co-Labor: los desafíos de la autoformación abierta y continua en experiencias de gestión colectiva del trabajo* (en prensa).
- Facultad Abierta. 2016: *Las empresas recuperadas por sus trabajadores en el gobierno de Mauricio Macri*. Estado de situación a mayo 2016, UBA. Sexto informe Programa Facultad Abierta. Fuente: [<http://www.recuperadasdoc.com.ar/informe-mayo-2016.pdf>].
- Facultad Abierta. 2018: *Las empresas recuperadas por sus trabajadores en el gobierno de Mauricio Macri*. Estado de situación a octubre 2018, UBA. Sexto informe Programa Facultad Abierta. Fuente: [<http://www.recuperadasdoc.com.ar/VI-Informe-Situacion-ERT-2018.pdf>].
- Fernández Álvarez, María Inés (comp.). 2016: *Hacer juntos (as) dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Buenos Aires: Biblos.
- Fernández Álvarez, María Inés. 2016b: “Experiencia de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienes(ares) desde la economía popular”. *Revista Ensamble*, año 3, n.ºs 4-5, pp. 72-89.
- Fernández Álvarez, María Inés. 2017: “El Estado con (y sin) mayúscula”.

- Revista Autogestión*, n.ºs 7-8.
- Fraser, Nancy. 2014: *Tras la morada oculta de Marx, por una concepción ampliada del capitalismo*. Madrid: New Left Review, pp. 57-76.
- Gago, Verónica. 2014: *La razón neoliberal, economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Gago Verónica. 2017: “Intelectuales, experiencia e investigación militante”. *Nueva Sociedad*, n.º 268, pp. 65-76.
- Gago, Verónica y Mezzadra, Sandro. 2015: “Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financiarización”. *Nueva Sociedad*, n.º 255, pp. 38-52.
- Gibson-Graham, J. K. 2005: “La construcción de economías comunitarias: las mujeres y la política de lugar”. En Escobar, A. y Harcourt, W. (eds.): *Las mujeres y las políticas de lugar*. México: UNAM, pp. 147-174.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel. 2015: *Horizonte comunitario-popular. Antagonismo y producción de lo común en América Latina*. Puebla: ICSY-BUAP.
- Ortner, Sherry B. 2016: *Antropología y teoría social. Cultura, poder, agencia*. San Martín: UNSAM Edita.
- Rivera Cusicanqui. 2018: *Un mundo ch'ixi es posible. Ensayos desde un presente en crisis*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ruggeri, Andrés. 2011: “Reflexiones sobre la autogestión en las empresas recuperadas argentinas”. *Revista Estudios*, n.º 1, pp. 60-79.
- Ruggeri, Andrés. 2018: “Las empresas recuperadas después de dos años de nuevo neoliberalismo”. *Revista Autogestión*, n.º 5, pp. 11-14.
- Ruggeri, Andrés. 2017: “El macrismo y la desposesión del trabajo”. *Revista Autogestión*, [s. n.], marzo-abril, pp. 16-19.
- Sassen, Saskia. 2015: *Expulsiones, brutalidad y complejidad en la economía global*. Buenos Aires: Katz.
- Segato, Rita. 2015: *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- Vieta, Marcelo. 2018: “La existencia de una empresa recuperada es en sí una crítica al capitalismo”. Entrevistado por Roly Villani en *Revista Autogestión*, n.º 5, pp. 21-26.

# Saber y experiencia en territorio

## Cultura, proyecto y tecnología

Anaïs Roig

Nos preguntaron ¿cómo es que funcionábamos sin ingenieros? Yo les dije que nosotros habíamos aprendido de los ingenieros y ahora los estábamos... pero yo trabajé con ingenieros acá: hay ingenieros y hay ingenieros. Hay ingenieros que no saben nada [...], no conocen lo que es una máquina, el que conoce bien la máquina es el que está con la máquina, el que maneja la máquina. Vos tenés que manejar la máquina, no que la máquina te maneje a vos. Si vos no manejas la máquina, fuiste. Simple. Y eso es lo que acá sabemos. Manejamos las máquinas. Las hacemos funcionar. Cada balancín, cada máquina que hay, todas tienen distinta puesta a punto, no hay una que esté funcionando igual. Todo eso lo hacemos con el compañero que está ahí abajo. [...] Ese compañero cuando vino acá no conocía el funcionamiento, yo sí lo conozco hace años, porque yo lo hacía cuando la fábrica era privada; era mi trabajo. Y el compañero aprendió y aprendió muy bien. Nosotros somos ingenieros sin título.<sup>1</sup>

La banda sonora de este relato está monopolizada por el ininterrumpido salmodiar de las máquinas de una metalúrgica-autopartista del partido San Martín. También de modo constante, el zumbido de las máquinas es puntuado por estruendos metálicos. Quien imprime su voz en el relato es el presidente de una cooperativa perteneciente al denominado

---

1. Relato recogido en una actividad organizada por el equipo de sociología del trabajo de la carrera de sociología del IDAES-UNSAM, el 8/06/17: "Experiencias de trabajo y organización de la economía popular". La visita se realizó junto con un grupo de estudiantes de sociología y la profesora titular. Los fragmentos de discurso transcritos son producto de una conversación abierta y no-dirigida.

movimiento de “empresas recuperadas” por sus trabajadores,<sup>2</sup> y lo hace al encontrarse con nosotros en una sala de reuniones que, por su mobiliario deja entrever las huellas de lo que había sido la antigua dirección cuando la fábrica era de propiedad y gestión privada. El discurso citado parece condensar varios de los intereses que animan el ejercicio de reflexión que sigue. El relato allí puesto en palabras designa actores precisos (ingenieros que saben, ingenieros que no saben y obreros que saben) y algunos de los conflictos de productividad y de saber que aparecen en los procesos productivos de toda empresa en un sistema capitalista. Enfocado específicamente en la relación del trabajador con la máquina, nuestro interlocutor enfatiza el proceso de aprendizaje en y de la práctica, las posibilidades de ingeniar sin credenciales, y la forma de construir y reconocer saber en ámbito fabril. Leemos en este proceso un diálogo de saberes cuya cultura industrial se puede entender como práctica de intervención y aprendizaje en comunidad; es decir una forma de elaborar saberes y sistematizarlos, de modo reflexivo y crítico con “otros”: “nosotros habíamos aprendido de los ingenieros”; “el que conoce bien la máquina es [...] el que maneja la máquina”; en suma el discurso, según nuestra lectura, da cuenta de una forma de inter-saber práctico y técnico-económico, puesto que aparenta un saber de experiencia que traza profesionalidad.

Estos tópicos de saber han sido problemáticas centrales de un taller colectivo del cual este artículo<sup>3</sup> es producto. Taller de investigación que du-

---

2. Cabe aclarar que en este artículo recurrimos al caso de las “empresas recuperadas” por sus trabajadores a modo de estímulo de reflexiones que hemos llevado a cabo en un plano epistemológico y metodológico. La investigación empírica sobre estos procesos en Argentina es muy vasta y este artículo no apunta a hacer una reconstrucción de este campo. Dejaremos señalado en esta instancia que las “empresas recuperadas” pueden, en principio, ser definidas como estrategias políticas implementadas por colectivos de trabajadores en “defensa de su fuente de trabajo” (surgen a finales de la década 1990 e incrementan luego de la crisis del 2001). Si bien es un fenómeno que designa experiencias heterogéneas, éstas suelen tener en común el hecho de que es el colectivo de trabajo el que dirige y hace funcionar la unidad de producción “recuperada”, luego de que la empresa se declare en “quiebra”, cierre y/o incumpla los contratos salariales correspondientes (Rebón, 2005). Algunos estudios privilegiarán un abordaje de la recuperación de las empresas como proceso “societal”, reconstruyendo, por ejemplo, el modo en que la nueva organización, inherente a dicho proceso, recoge y actualiza “tradiciones y trayectorias sociales y políticas” que le permiten delimitar “un campo de relaciones con el Estado” y definir “un escenario de disputa” (Fernandez Alvarez, 2007: 91). Sin adentrarnos en estos desarrollos, que nos exceden, nos interesa subrayar la mención a las trayectorias y tradiciones constitutivas de dichos procesos como posibles indicadores de una cultura socioproductiva densa y solvente.

3. Este trabajo recupera y adapta reflexiones de un informe de investigación de elaboración colectiva inédito: Rojas, E., Cavallo, C., Cubilla, W., Cruz, M., Del Campo Castellano, J. y Roig, A.: “El

rante varios años se ha ocupado de la pregunta por las relaciones sistemáticas entre experiencia común y saber ilustrado, orientada a comprender el “territorio” como vínculo, tema considerado *a priori* significativo para el caso argentino. Reconstruir “territorio” significará así, para la presente investigación, retomar los discursos de quienes dicen compartir acción, sus saberes y sentidos específicos, así como de quienes disputan sus delimitaciones.

De allí surgió, para nosotros, la relevancia (y lo relevable) de los saberes de los trabajadores en contextos de productividad organizante y de crítica sociológica de procesos de trabajo sobretecnificados, presumiblemente desprofesionalizados. Asunto que ya desde la primera revolución industrial y los subsiguientes cambios engendrados en la división social del trabajo, llamaron la atención de los analistas acerca de la progresiva desaparición del saber artesanal, hasta ese entonces dominante, dando lugar a la configuración de un trabajo técnicamente y no solo socialmente fragmentado (Godio, 2001: 178). Fragmentación que, en tanto característica dominante de la organización del trabajo industrial, se constituye en la época del “capitalismo maduro” -¿posfordista?- como base de la expropiación del saber de los trabajadores por el sistema centralizado de poder (Rojas, 1999). Esta observación exige, no obstante, una salvedad: los cambios organizacionales suscitados por el denominado “toyotismo” buscaban intensificar el trabajo ya no solo por la vía de la fragmentación, sino mediante el recurso normativo del llamado “tiempo compartido”. Sin embargo, esto no se traduce necesariamente en la posibilidad de aprehensión por parte del trabajador de un sentido global del proceso de trabajo (Miguez, 2008: 6-7). Si bien no reconstruiremos detenidamente aquí esta historia, la digresión sitúa nuestra problemática en un contexto reflexivo más amplio, como telón de fondo de nuestros interrogantes.

Asimismo, la reflexión metodológica que esbozamos aquí busca reconstruir cierta matriz de comprensión sociológica situada en un paradigma industrial de empresa privada y de trabajo asalariado, con las dificultades epistémicas que acarrea una crisis como la del régimen de acumulación fordista evocado. Indicios que insinuamos, con la prudencia epistemológica requerida para su traslación, podrían ser útiles para pensar eventualmente

---

*saber experiencia*. I + D en prácticas populares de trabajo y tecnología”. Disponible en SEP-TESA (IDAES/ UNSAM). Se agradecen las sugerencias de Eduardo Rojas a este artículo.

“otros territorios” de producción de valor-saber experiencia, poder y subjetivación que han sido en los últimos años recurrentemente objeto de debate en Argentina. Con “otros” territorios de creación de valor (bienes y servicios) aludimos a procesos político-organizativos diferentes a la empresa capitalista convencional que desafían potencialmente los órdenes de saber instituidos.<sup>4</sup>

Frente a las variaciones en la comprensión y construcción de saberes, en el capitalismo contemporáneo, los nuevos paradigmas organizacionales “posfordistas” que nos interpelan fusionarán, problemáticamente, gestión directiva y sentido co-operativo de la actividad laboral dando lugar a lo que hemos llamado “cultura tecnológica” (Rojas, 1999: 67). En esta línea, nuestro texto buscará relevar, sin pretender exhaustividad, algunas aristas críticas (epistemológicas) de la construcción de saberes en experiencias de producción heterogéneas por su calidad productiva, reproductiva y de praxis. Ello a modo de ensayo para la comprensión del vínculo social constructivo “territorio”, entre “nuevos” modos de dirección organizacional y de saber experiencial “obrero”, en la perspectiva de contribuir a una futura indagación empírica de los mismos, en toda su complejidad. Así, este artículo yuxtapone metódicamente las palabras economía y organización para enfatizar la dimensión de creación estratégica de valor de dichos vínculos y su dimensión político-organizante.

La economía así referenciada requiere una particular distinción del saber económico, la cual, por ahora, diremos que reconoce unos de talante científico, otros técnico y otros profesional. Distinguir tipos de saberes puede conllevar el riesgo de reificar sus fronteras, no obstante, habilita identificar y comprender las lógicas de generación y apropiación de saberes a menudo invisibilizadas (sea por el trabajador, por la empresa o por el Estado). En este marco de reflexión, nuestra indagación habrá de orientarse hacia una pregunta por los posibles “diálogos transantes”<sup>5</sup> entre, por ejemplo, las figuras de quienes “conocen las máquinas porque las manejan” –en términos de nuestro interlocutor citado anteriormente–, es decir, un saber que se

---

4. Las denominadas empresas recuperadas por sus trabajadores pueden ser ejemplo de ello.

5. Nos permitimos hacer una leve torsión al concepto deweyano de “transacción” (Dewey, 1949) referido a los intercambios entre sentido común y ciencia. Ampliada, dicha noción designa el “hecho de que la vida humana misma, tanto individual como colectiva, consiste en transacciones con las cosas de un ámbito común en las que los seres humanos participan junto con otros seres humanos.” (Dewey, 1949: 185). Lo “transante” propuesto aquí busca enfatizar la valencia potencialmente formativa de dichos intercambios dialógicos.



quiere práctico, y el saber técnico de quienes saben porque estudiaron, figura ideal-típica del ingeniero (“con título”).

En otros términos, delinearemos algunas indicaciones metodológicas a fin de indagar modos de articulación de la experiencia de organización y producción entre los saberes de “territorio” –cuando se cristalizan en una voluntad organizacional– y los saberes técnico-científicos formales que supone toda situación de trabajo, al menos en régimen industrial.

En línea con estas consideraciones y con el ímpetu que significa, en la investigación crítica, elaborar herramientas metodológicas para reconstruir saber de territorio y a la vez problematizarlo, abordaremos en un primer momento la formación del valor de un saber experiencia. Perturbada esta, como es ineludible, por las exigencias de eficiencia sistémica –razón de toda organización orientada a productividad– y por el ejercicio de una razón práctica (hablada) inherente a toda cotidianeidad laboral.

En un segundo momento, en este afán de situar lógicas y racionalidades de la práctica, que como decimos presentan ambigüedades y ambivalencias, es que buscaremos bosquejar los contornos, siempre en un devenir a descifrar, de experiencias de producción como saberes de “territorio” socialmente delimitado. Profundizando en esta racionalidad territorial co-operada confundiendo, a veces, lo que ciertos autores denominaron “ciudad industrial” y “ciudad por proyecto” (Boltanski y Chiapello, 2010), abordaremos la cultura obrera enfatizando la razón política (¿autónoma?) que puede mediar entre voluntad organizante y proyecto.

### **El aprendizaje saber experiencia en comunidad: eficiencia sistémica y razón práctico-discursiva**

Hablar de un aprendizaje colectivo saber experiencia en el capitalismo industrializado, en términos que el economista llamaría de “productividad”, refiere a un modo específico de elaboración de saber durante mucho tiempo arrinconado a la “clandestinidad”, tanto en lo que concierne a las prácticas de los trabajadores, como a su reconocimiento institucional (Dejours, 1998; Linhart, 1987; Rojas, 1999; Abal Medina, 2014; entre otros). El agotamiento del régimen de acumulación fordista es señalado por la vasta literatura sobre estos temas como un giro hacia la visibilización parcial –también captadas por el régimen del capital– de este saber práctico, muchas veces tácito, a

veces con coloración política en su dimensión dirigente y de proyecto. El punto es que a esta evolución en la validación del saber obrero le corresponden, en mayor o menor medida, ciertas transformaciones del mundo del trabajo global en cuanto a su paradigma organizacional. Ello se ve reflejado, por ejemplo, a partir de la mitad de la década de 1980 en el paso de un sistema de certificación de saberes fundado en calificaciones a otro fundado en competencias. Además, no podemos dejar de situar en nuestro horizonte de análisis la conjunción probabilística de diversos efectos estructurales como el desempleo “desafiliante”; la pérdida del saber profesional obrero que, ampliando su efecto societal, algunos autores denominaron “desobrerización de la cultura política” (Beaud y Pialoux, 2015); técnicas de dirección del trabajo (gerenciamiento) y de productividad crecientemente flexibilizados en cuanto a sus formas de valoración de uso del tiempo (Godio, 2001: 161). En un contexto en que se cuestiona el trabajo como principal vector de integración social subsiste la pregunta por la visibilización del saber “obrero” – ineludiblemente conflictiva– tanto en la empresa capitalista, como en “nuevas” economías organizacionales; problema particularmente significativo en países como la Argentina, más por su “razón práctica” que por su “razón económica”. Aunque, sugerimos reconocer valor/productividad en ambas.

Los diversos saberes de territorio que, suponemos, se erigen como esfuerzo de producción organizada, modo singular de “comunidad”, correrían aparentemente los límites de los territorios de saber autorizado. Territorios estos últimos que en tanto discurso económico dominante reconocen solo valor donde hay competitividad de precios, es decir, mercado perfecto. ¿Cuáles podrían ser los otros modos de saber/valor que, compuestos como producción organizada, desestabilizan todo “orden legítimo y unidimensional de saberes”<sup>6</sup> (Tanguy, 1991: 32)? No desafía la convención común afirmar que en situaciones de trabajo humano directo se movilizan competencias y saberes de diversa índole: saberes técnicos y experienciales, por ejemplo (Tanguy, 1991: 59). A diferencia del saber experiencia,

---

6. Este orden legítimo de saberes establece que los saberes técnicos serían una aplicación de los saberes científicos y los saberes profesionales una aplicación de los saberes técnicos (Tanguy, 1991: 32). Según Lucie Tanguy –quien reflexiona sobre los vínculos entre la educación y la formación profesional–, este modo de jerarquizar y valorar los saberes y conocimientos en las representaciones sociales es agudizado por la invisibilización de oficios perturbados por los profundos cambios en la organización del trabajo y tecnologías de fines de la década de los ochenta1980 y comienzos de la siguiente.

las competencias técnicas comprenden saberes generales provenientes de la tecnología y de la ciencia. Los principios generales que los organizan pueden aplicarse a situaciones de trabajo cuyos parámetros están organizados en relaciones relativamente estables y previsibles. Estas competencias se adquieren principalmente, aunque no exclusivamente, mediante enseñanza formalizada.<sup>7</sup> (Tanguy, 1991: 59)

Usamos el saber práctico que llamamos experiencial, como el que distingue modos cooperativos e individuales de aplicar un saber técnico, representando un plusvalor de eficiencia respecto de las instrucciones puramente procedimentales y técnicas. Es este diferencial de valor que desafía la sociología del trabajo industrial, aún más en contextos de productividad no (o parcialmente) convencionales, cuando esta se hace la pregunta por el reconocimiento de saber.

Se suele leer en la literatura sociológica sobre las formas de organización del trabajo y sus extensiones territoriales, que el uso del modelo de la comunicación intersubjetiva se ha erigido a partir de los años noventa en factor explicativo de productividad, con el problema de que puede no hacer evidentes ciertos efectos de segregación de saber y de poder que cabría especificar en cada caso. Una investigación temáticamente cercana a nuestra sociología del saber afirmará, por ejemplo, que “la comunicación en el trabajo es un verdadero problema, se podría decir que un problema clave de la eficiencia industrial y de la vida social en la empresa” (Zarifian, 1996: 116). Siguiendo estas consideraciones buscamos adoptar una noción ampliada de intercambio comunicativo, no solo informacional, consideramos ganar de tal modo complejidad interpretativa a los fines de asir y especificar las transacciones (Dewey, 1949) concretas entre experiencia práctica y sistema técnico. Obvia preocupación de todo análisis que, por rescatar valor en la formación de experiencia común, pretenda identificar signos de un aprendizaje colectivo. Precisamente, este apartado está orientado a enfatizar el problema del aprendizaje en “comunidad” desde su tensión entre imperativos sistémicos de rendimiento y lógicas prácticas cotidianas. Para ello, la comprensión sociológica de la comunidad productiva, pensada como territorio, deberá reevaluar cultura de acción

---

7. La traducción es nuestra.

y discurso,<sup>8</sup> sus lógicas subyacentes, así como los modos de integración orgánica a los que da lugar.

En contextos de crisis de la empresa industrial fordista, Philippe Zarifian señala que el aprendizaje colectivo, cuando busca validez práctica, revela una tensión constructiva entre saber comunicativo (orientado a entendimiento) y saber técnico (orientado a resultados). Retoma críticamente los aportes de la teoría de la acción comunicativa habermasiana, para proponer una metodología afinando el concepto de “razón práctica” (Zarifian, 1996: 116). Así, los involucrados pueden alegar validez y apropiarse de un enunciado o un hecho: conocen las condiciones objetivas de su realización. El punto es que también la búsqueda “técnica” de eficacia que han así emprendido puede estar motivada por razones no técnicas, por ejemplo, aquellas que se siguen del “éxito de sus acciones prácticas” (Zarifian, 1996: 135); tipo de acción orientada por una pretensión de verdad que entrelaza los intercambios comunicativos entre actores, sin que haya una secuencialidad heterónoma entre sus acciones. Aun cuando se crea que su racionalidad le viene impuesta, “la acción comunicativa [en el aprendizaje industrial] ya ha hecho su lugar y conformado un espacio en el trabajo, aunque sea en una forma ‘impura’, si nos referimos al modelo ideal habermasiano” (Zarifian, 1996: 135).

Estas contribuciones nos permiten comprender el saber de la experiencia de trabajo obrero en los marcos de una comunidad de prácticas de producción; la influencia de saber y política entre organización productiva y organización formativa deviene así ineludible. La investigación sobre la creación de conocimiento organizante en la versión nipona del *management* habilita un concepto “sociotécnico” –no exclusivamente técnico– de la competitividad en empresas. Cuando de saber práctico y tácito se trata, de su transmisión y generalización entre los miembros de una firma, habrá así de convertirlo de tácito en explícito. Es precisamente en este proceso de exteriorización y codificación que se crea conocimiento útil en las unidades productivas (Nonaka y Takeuchi, 1999: 7-8). Su potencial organizante y de eficiencia reside en una co-operación que se despliega en base a un saber de trasfondo constitutivo de comunicación y entendimiento (Nonaka y Takeuchi, 1999: 7-8). De tal forma, nuestros desarrollos nos llevan a introducir analíticamente mundo

---

8. Comprenderemos el habla entre actores como un intercambio intersubjetivo con pretensiones de validez susceptibles de crítica y orientados al entendimiento. Para Habermas, el entendimiento supone una premisa epistemológica según la cual el actor social está dotado de una capacidad de habla y de argumentar sus acciones y las de otros (Habermas, 2010).

de la vida allí donde la teoría clásica descubre solo lógica racional sistémica<sup>9</sup>. Dicho de otra forma, y quizás para el caso, más pertinente, diríamos que coexisten en la empresa racionalidades poco previsible, una co-operación en el trabajo en la cual los trabajadores,

que colaboran de modo duradero por motivos, en un principio, estrictamente utilitarios [...] [acaban] desarrollando nexos de tipo comunitario. Su asociación supera así el solo objetivo externo y aparente para devenir también un objetivo en sí. De esta forma se crean colectivos de trabajo o de proximidad que procuran reproducirse: los individuos desarrollan juntos usos, costumbres, signos de reconocimiento mutuo. La racionalidad simbólica es el juego de las interacciones por las que individuos buscan hacer durar estos colectivos, pequeños o grandes<sup>10</sup> (Coutrot, 2002: 70).

Un caso ilustrativo de esta construcción de saber habitualizante puede encontrarse en los modelos de formación en alternancia –esquema usual del aprendizaje industrial en Alemania<sup>11</sup> que integra y alterna sus fases escolásticas y laborales– en los cuales la construcción de conocimiento ha de fundarse en el reconocimiento del saber generado en la experiencia misma del actor, en la cultura que gana con sus interrelaciones y grupo de trabajo (Rojas, 1999: 34-35). Tal saber, producto de la resolución de problemas inmediatos, se transforma en continuo con la legitimación “entre pares” de las ventajas productivas adquiridas, corroboradas según su alcance en los modos de hacer que la práctica abre. Es decir, la herramienta experta requiere la validación del trabajador para sustentar validez. Para que dicho aprendizaje

---

9. Al respecto, Paula Abal Medina denominará “categorías de frontera” a aquellas nociones que en la literatura sobre el proceso laboral capitalista habilitan una comprensión de las modalidades de intersección entre fábrica y sociedad. Estas permitirían explorar los modos en que “se articularon las relaciones laborales en las empresas con el contexto, para definir no un único modo de vincularlos, correspondiente al específico histórico, sino las formas diversas de interiorizar la exterioridad social más amplia” (Abal Medina, 2014: 261). La autora advertirá que todo enfoque que pretenda comprender los modos de construcción de culturas cooperativas dentro de la fábrica y que considere las lógicas sociales del consentimiento entre trabajadores, y entre trabajadores y empresa, habrá de ser prudente en no “subestima(r) la coerción como constitutiva de la hegemonía.” (Abal Medina, 2015: 264).

10. La traducción es nuestra.

11. Para un estudio exhaustivo sobre experiencias de formación en alternancia, véase, por ejemplo, Maurice M., Sellier F. y Silvestre, J.J. (1987).

devenga desarrollo de competencia profesional se deberá propiciar escenarios sociales en que se hagan colectivos la experiencia y el saber personal. Antes que capitalizar individualmente y estratégicamente los efectos de su práctica, el actor obrero co-opera según un principio de reciprocidad e igualdad epistémica a fin de comprobar y validar eficientemente saberes (Rojas, 1999: 34-35). Al respecto, un autor como Christophe Dejours distingue “juicio de utilidad” (técnica, económica) de “juicio de belleza” (adecuación a reglas del arte) (Dejours, 1998). En este caso, la pregunta por el juicio del trabajo enmarca otra sobre la relación del trabajador con la actividad no prescrita, sino “real”: ¿cómo se producen y qué implican las negociaciones entre sujeto y experiencia, entre sentido común y ciencia, entre subjetividad y los aspectos contingentes de dicha experiencia? La “inteligencia de la práctica” (la metis), así evocada, estará sujeta a un juicio que porta sobre la parte no codificada de una obra en trabajo. En suma, la validez de justificación implicará un juicio consensual [intersubjetivo] de los otros (jerarquía, pares o clientes), a la vez que afirmará pertenencia a una comunidad cuyos valores y normas de acción habrán de ser investigadas (Dejours, 1998).

Dicho esto, resulta importante caracterizar este tipo ideal de saber cooperativo industrial para precisar las condiciones “ideales” de su generalización a “otros territorios” de valor y saber socialmente útil. A los efectos, hemos recurrido a una teoría social que ha resultado decisiva para comprender, en contextos como los nuestros, las cuestiones más opacas del saber y su potencial para cambiar la experiencia colectiva. En ese entendido, recuperamos de Antonio Gramsci un método de interpretación de la idea de aprendizaje en la experiencia (“progreso”) que es dialéctica y contraposición, a veces constructiva, de conservación e innovación. Si la innovación fuera superación conservadora del pasado y de sus saberes útiles: ¿qué es lo que del pasado permanece en esa actualización creadora?

Lo que será conservado en el proceso dialéctico será determinado por el proceso mismo, será un hecho necesario, no un arbitrio de supuestos científicos y filosóficos. Y al mismo tiempo se observa que la fuerza innovadora, en cuanto que se ha constituido en el pasado, es ella misma un hecho del pasado, es precisamente ella misma conservación-innovación, contiene en sí todo el pasado, aquél digno de desarrollarse y perpetuarse (Gramsci, 1984: 232).

De tal forma, para reconocer valor en el saber experiencia habrá que reconstruir tanto tradición como innovación, proceso de memoria actualizada. El método de intervención sociológica que utilizamos conceptualiza la obtención de competencias de resolución de problemas como una “búsqueda” y “puesta a prueba” rigurosa de los trucos y modos de hacer discernibles en situación de trabajo –en los sentidos desarrollados por Roelens (1989)–. La experimentación contextualizada y en acto procede con el mismo método inferencial que el de la investigación científica. La distinción entre ambos reside parcialmente en que, en contextos prácticos de producción, las transformaciones y “quiebres” en la interacción<sup>12</sup> están intrínsecamente ligados a su comprensión; es decir, un aprendizaje eficiente implica un diálogo entre una propensión (a veces engañosa) a la resolución individual de problemas y una propensión al entendimiento colectivo (Rojas, 1999: 24). En esa labor problematizadora de procesos de economía “real” es que resuenan figuras como la del “interlocutor significativo” de Roelens (1989). Esta hace puente entre discurso protagonista y comprensión de un problema, es decir, designa una alteridad que puede operar como guía y organizador reflexivo de los sentidos en y de la experiencia del actor (en comunidad). Una integrante de la cooperativa metalúrgica-autopartista, a la que ya aludimos, agregará al elemento reflexividad organizante, así evocado, el de “imaginación” colectiva:

Nosotros en el 2008, te acordás para la crisis grande que hubo que sacudió al mundo, las automotrices estaban en crisis y habían cerrado y parado la producción. Y obviamente, nosotros teníamos un problemón. Entonces, tuvimos que inventarnos, por ejemplo, te acordás que hicimos lo de las pinzas. Hicimos pinzas magnéticas para trabajar en los balancines. Nos pusimos a producir eso, con la imaginación de los compañeros, rejuntando, reciclando materiales...con lo cual tratábamos de tener costo cero, entonces tratábamos de agarrar los imanes de otras cosas, los mangos de otras cosas y así hicimos las pinzas para salir al mercado con algo. Con imaginación buscamos la forma de reorganizarnos.<sup>13</sup>

---

12. Habermas, cuando argumenta que todo aprendizaje no es asimilación, sino que parte del desacuerdo entre participantes en la interacción orientado a una comprensión mutua, alude a la idea de *quiebre* en una rutina para comprender la resolución de problemas y el desarrollo de competencias “nuevas”. En todo aprendizaje hay un desacuerdo subsanado cuando se produce una ruptura en nuestras prácticas y discursos (Habermas, 1990: 178).

13. Cf. con la primera nota al pie.

Lo que hasta acá hemos descrito como diálogos de saberes, aprendizaje cooperativo y desarrollo de competencias, enmarcadas en límites prácticos y técnicos, puede ser entendido, tal como lo hemos enunciado, en tanto “cultura tecnológica solvente” (Rojas, 1999). Cultura de referencia a la construcción de competencias obreras en la experiencia que, según el discurso de nuestra interlocutora, tienen valor “inventivo” y “reorganizante” de las contingencias y dificultades de viabilidad económicas exógenas a la empresa (“tuvimos que inventarnos”; “con imaginación buscamos la forma de reorganizarnos”). Dicha cultura obrera, “se construye así en dos planos diferentes: el de la experiencia forjadora de saberes profesionales y el del conocimiento científico-técnico, planteando al mismo tiempo una articulación entre los mismos que se manifiesta como solvencia” (Rojas, 1999: 67), porque se conforma en experiencias heterogéneas. La cultura así tratada aspira a “traducir la imaginación y los sueños colectivos en un potencial de la nueva economía y en un ‘nuevo lenguaje’ de sus formas materiales” (Rojas, 2017: 26). El aprendizaje alcanza su dimensión organizacional si los descubrimientos y apertura de posibles que emergen son sistematizados en modos de hacer rutinizados<sup>14</sup> y los procedimientos contenidos dejan huella en el modo organizativo del ente en cuestión, lo que podrá denominarse “memoria organizacional” o, para el interlocutor significativo que introdujimos más arriba, “obra” (Roelens, 1989). Al respecto, otro clásico “obrero” en estos tópicos del saber, aporta precisiones sobre este papel organizativo de la memoria, general e individual:

Gracias a las referencias culturales e instrumentales que la memoria moviliza, la producción de saber a partir de la experiencia y del aporte de nuevos conocimientos transforma los elementos del pasado individual en niveles de generalización más elevados. El éxito de un proceso de adquisición fundado en la experiencia, en la elaboración progresiva de esta

---

14. La rutinización establece, aquí, una mediación analítica entre sistematización y desestructuración. Los abordajes de la práctica organizacional retomados en este texto privilegian ese tipo de mediación entre descubrimiento no formalizado y su formalización, como proceso de rutinización. La sugerencia, ya planteada, de pensar dicha rutinización como procesos instituyentes de saber, nos alerta sobre la dialéctica que supone; esta puede ser reconocimiento a la vez que privatización y expropiación de saber (sobre todo en la empresa privada). Se abre, así, una nueva arista del problema en torno a los modos de reconocimiento de saber en el trabajo, que en la llamada “era posfordista” parecen constituirse como el corazón de las demandas laborales.



y su sistematización de saber, reposa así sobre algo vivido que es, a la vez, social y profesional (Meghnagi, 1995: 342).

Así, la memoria en contextos de saber de eficiencia no procede de un obrar mecánico, sino que se despliega en estrategias en función de los marcos de referencia en los que se inscribe la acción y los modos de significar experiencias cognoscitivas pasadas. “Por todo ello, la memoria no es solo importante respecto de las categorías personales de elaboración de lo nuevo, sino que tiene implicancias, más que cognitivas, emotivas y afectivas, proporcionales a la fuerza con que la experiencia se ha radicado”<sup>15</sup> (Meghnagi, 1992: 37). La memoria rutinizada en el largo plazo (en oposición a aquella “inmediata”) se constituye en registro y almacenamiento de destrezas, saberes y programas que conforman los modos de problematizar, hacer y controlar del trabajador (Meghnagi, 1992: 38). Este argumento redundante en el potencial aprendizaje generado por un efecto práctico del pasado que deja “huellas” para reevaluar un acervo cultural y representaciones sociales que pueden desestabilizar las reglas productivas comprometidas y, así, generar un extrañamiento crítico de la relación económica.

La idea que se desprende provisoriamente de este apartado es que para la sociología del trabajo que buscamos desarrollar, el “efecto comunidad” (Rojas, 1999)<sup>16</sup> generado por interacciones en unidades productivas implican eficiencia de rango sistémico y cultura tecnológica de rango reflexionante. El evocado modelo de cooperación intersubjetivo adquiere valor práctico, cuando signado por intercambios reflexivos e imaginativos, como vimos en el fragmento de discurso referido a la experiencia de una empresa recuperada, pueden potencialmente contribuir a reorganizar un territorio de producción de manera abarcativa respecto de las razones de eficiencia económica allí imperantes.

---

15. La traducción es nuestra.

16. Por *efecto comunidad*, nos referimos a las implicancias significativas que pueden tener los procesos culturales, sociales y políticos de una comunidad productiva particular sobre cualquier proceso de aprendizaje, saber o desarrollo, y viceversa (Rojas, 1999).

## Producción y saber de “territorio”: proyecto, autonomía y voluntad organizacional

Comprender “territorio” podrá entonces asemejarse a una “toma de palabra” con y frente a otro-as; un modo que se podría típicamente calificar de la razón política o, en términos de la filosofía del lenguaje pragmatista de la década de 1930 un “juego de lenguaje” como forma de vida (¿comunidad?). Un territorio de saberes -juego de lenguaje y de prácticas- que significa y es significado. Por lo tanto, sostendremos que la comprensión de un saber territorio supondrá prestar especial atención a los órdenes del discurso y de la acción que integran en esos contextos la creación de valor socialmente útil y toda (re)producción de sociedad:

Cada juego funciona según modos y reglas propios. Esto quiere decir que no hay significado en sí que el lenguaje tuviera que expresar, que no hay significado independiente de la actividad lingüística del hombre. El significado debe definirse en términos de actividad, ya que los juegos del lenguaje son ellos mismos sistemas de actividad: ‘En un gran número de casos -si no en todos- la palabra significado puede definirse así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje’<sup>17</sup> (Hadot, 2007: 87).

La indicación que surge de esta interpelación es que para pensar efectivamente saberes de territorio habremos de contemplar diálogos vinculantes de saber entre lógica de experimento y lógica común (Dewey, 1949), en territorios de producción de economía que podrían constituir “comunidades de prácticas” (Lave y Wenger, 1991).<sup>18</sup> Tal como se vislumbró en el apartado anterior, autores revisados sobre estos temas (Rojas, 1999; Nonaka y Takeuchi, 1999; Roelens, 1989; Argyris, Putnam y McLain, 1985), nos advierten que esta peculiar “heteroglosia” de saber que, a la vez, innova y conserva, supone la factibilidad de sistematizar la “obra-resultado” de la experiencia en

17. Esta cita de Wittgenstein corresponde a la traducción de García Suárez y Ulises de *Investigaciones filosóficas*, publicada conjuntamente por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México y la editorial Crítica (Barcelona, 1988).

18. La noción de *comunidad de prácticas* proviene un estudio de Jean Lave y Etienne Wenger (1991), alude a un ordenamiento del aprendizaje y la innovación, según marcos de interpretación socioculturales, que configura un espacio de articulación de prácticas y de saberes comunes.

cuestión. La pregunta por los saberes de territorios adquiere así un nuevo matiz: el de las posibilidades instituyentes de saber de economía y sociedad.

En este segundo apartado, por consiguiente, proponemos hacer un tratamiento del problema del aprendizaje, la organización del trabajo y la consolidación de la profesionalidad en el espacio societal de una comunidad, su “territorio”, desde el punto de vista de su dimensión política, esto es, de la acción y el discurso. Así, la voluntad y su institucionalización provisoria se inscriben en un imaginario que es colectivo. Un proyecto, diremos, que será abordado en diversos sentidos, potencialmente encontrados entre sí. Al respecto, el discurso de la protagonista de la experiencia de gestión colectiva anteriormente mencionada, nos permite trazar una senda teórica que distingue proyecto colectivo en un diálogo “dramático”:

es el conocimiento y las ganas, y las ganas motivadas por las necesidades concretas. Pero bueno la necesidad podría estar y no tener el correlato de las ganas [...] uno de los elementos más importantes nos parece, después de todos estos años de ver el proceso y demás para que nuestra situación sea así, es el tema justamente de las ganas de la lucha, la pelea de los trabajadores, y la imaginación.<sup>19</sup>

En este pasaje, el relato alude a la voluntad, “las ganas de luchar”, como razón práctico-política que se juega entre discurso de necesidad y discurso de organización colectiva, lucha y conflicto. No obstante, dicha relación no se presenta “natural”, sino que en ella media un ejercicio objetivante (“después de todos estos años de ver el proceso”); nuestra interlocutora parece erigirla en proceso político-organizante. Ensamblado a la “imaginación” que el discurso trae a colación, dicho proceso, nos atrevemos a interpretar, adquiere un sentido de *proyecto*: aquello que poniendo en imagen de saber (no de fantasía) capta y relaciona las analogías y las correspondencias entre sujetos y entre cosas, diría Benjamín recurriendo a Baudelaire (2016: 296) o, al decir de Gramsci, apelaría a un “intelectual orgánico”. A estas reflexiones le siguen una serie de preguntas cuando se las sitúa en un horizonte académico que se inquieta “dramáticamente” cuando refiere a territorios productivos de gestión privada (racionalizante): ¿Cómo, en el orden laboral dominante del capitalismo globalizado y financiarizado, se constituye proyecto en términos

---

19. Cf. con la primera nota al pie.

de valores, reglas y representaciones que trascienden el nivel institucional? ¿Quiénes y cómo se establecen los parámetros de valor que definen quiénes forman parte de este? ¿En qué medida ello se relaciona con estos “otros” territorios de saber y economía a los que nos referimos?

La insinuación de un recurso a la voluntad como razón práctico-política eficaz, nos viene de los escritos de Gramsci, referencia incontestable en estas materias. Mediante la figura del príncipe moderno, éste sugiere que el saber construir política articula reconstrucción de experiencia común y discurso crítico. Una crítica que es interacción con otros y que al volverse “buen sentido”, expresaría una voluntad colectiva –nacional popular, precisará nuestro autor–. Dice así “traducir lenguajes”, rol privativo de un intelectual orgánico en la conducción de una estructura sistemática de dirección. Para nosotros, se trata de organizar la experiencia, la acción e intervención en la sociedad. La tarea de traducción, entonces,

implica la restitución del vínculo entre los conceptos y sus condiciones de producción, ya que eso permite “comprender mejor” y, a su vez, precisar los límites, esto es, evitar una universalización abstracta [...] lo que supone tanto un reconocimiento de sus marcas de producción como un encuentro creativo con la realidad que se pretende inteligir en un movimiento de contextualización-descontextualización-recontextualización (descomposiciones y recomposiciones, según el propio Aricó) de los conceptos (Cortés, 2015: 34).

A su vez, esta traducción –pretendidamente orientada a la organización y al consenso (hegemonía)– es “orgánica”, pensamiento y “praxis” a la vez (Gramsci, 2013: 100). Asimismo, sabemos que el mismo concepto de praxis contiene la idea de acción política crítica, comprensión y transformación del mundo: “la propia acción política es una actividad autónoma, aunque haya «nacido en el terreno no ‘permanente’ y ‘orgánico’ de la vida económica»” (Hobsbawm, 2011: 327). Es decir, la acción política efectiva es, según esta tradición, voluntad organizante.

Ahora bien, en el orden del capital –del saber y del poder– en el que vivimos, es de común acervo que una acción política que se pretende colectiva y organizante de “los más”, que aspire a ser instituyente de saberes contruidos “desde abajo” supondrá conflicto (acuerdo, desacuerdo) y requerirá para ampliar el discurso de los límites de lo común encarnarse en un imaginario colectivo; un

“proyecto-territorio”, diremos, que delinee convenciones y modos de acción compartidos en colectivo. Proponemos comprender, provisoriamente, esta ampliación instituyente como conformación progresiva de “cultura obrera solvente” (Rojas, 1999) –orientada a la resolución de problemas de gestión y de dirección situados–. Así, el proyecto y la imaginación, en los sentidos esgrimidos por los trabajadores de la metalúrgica mencionada, pueden ser interpretados como forma de afrontar, quizás prever, al menos resolver, las incertidumbres inherentes al mercado de bienes y servicios en régimen actual del capital.

Puesto en relación con las transformaciones del sistema a mediados del siglo XX, en la empresa racionalizada, el discurso cooperativista citado antes, nos recuerda, aunque desde otro punto de vista, una referencia fundacional de la sociología del trabajo, al menos en Francia, en cuanto a que la posibilidad de prever y organizar el trabajo industrial puede ser de dos clases. Una “previsibilidad técnica”, de racionalidad orientada al cumplimiento de normas precisas y eliminación de contingencias, donde el trabajador ve disminuida su autonomía. Y una “previsibilidad económica”, como capacidad empresarial de planificar a largo plazo, mejorando su posición en un mercado imprevisible aun cuando regulado (Touraine, 1985: 416). Si recuperamos estas indicaciones de la sociología del trabajo clásica: previsión proyectual-organizante, económica y técnica serán entonces algunas de las dimensiones de plan que, aun cuando puedan resultar contradictorias entre sí, el analista que apunta a un ordenamiento productivo de gestión privada o de gestión colectiva habrá de considerar.

Desde otra perspectiva, siguiendo el trazado metodológico y analítico para pensar una proyección instituyente de saberes heteróclitos eficaces, las modalidades de decisión en la empresa racionalizada han sido también abordadas por la sociología industrial como reconocimiento productivista del saber experiencia del trabajador mediando una pregunta “política” sobre los procesos de informatización ocurrentes y su incidencia “democrática” en el trabajo (Gallino, 1987: 660). Puestos en nuestros términos, el uso de la informática y la generación de sistemas de inteligencia artificial modificarían, a veces drásticamente, la cooperación productiva de saber validable. Si hablábamos de voluntad organizante, ahora el elemento sistémico introduce una advertencia acerca del poder “inteligente” en las empresas: novedosa por su efecto tecnificante abarcativo, su aparente infalible exactitud, su inmediatez operacional y carácter desterritorializado (Gallino, 1987: 665). Esta vez, la advertencia porta sobre la traducción del saber social y técnico

en algoritmos que tienden a establecer unívocamente matrices de opción “asegurada”. El problema es que, sin la participación del trabajador colectivo en las definiciones de dichos sistemas, se arriesga la calidad misma del trabajo, se coacciona y expropia “desde arriba” su poder de decisión. Si bien la informatización puede mejorar la salubridad del trabajo problematiza toda autonomía laboral y por ende la razón política del productor (Gallino, 1987: 665). Por razones de contexto local, en suma, dejaremos por ahora abierta esta veta señalando que la institucionalización de una voluntad y saber organizante del trabajador se ve perturbada en la empresa “moderna” por la informatización y burocratización de la gestión directiva.

La consideración actualizada de la lógica informacional ha llevado la sociología del trabajo a una noción de proyecto como nuevo ethos del capitalismo financiarizado y reticular (Boltanski y Chiapello, 2010). La razón comunicativa reflexiva que así parece imponerse, lógica de co-operación en la empresa y de conversión de saber experiencia en conocimiento tecnológico, se verá reflejada en el modo en que la administración del trabajo busca traducir trabajo concreto, su calidad intelectual e informativa, en uno abstracto, “optimizable”. Además, en este paradigma (¿posfordista?) parecieran sumarse a la previsibilidad proyectual-organizante, técnica y económica, que ya evocamos, una social. Hemos adelantado que este “nuevo” discurso managerial aspira a reducir incertidumbre y contingencia por la vía del diálogo y de una “cultura de empresa compartida” (Boltanski y Chiapello, 2010). El relativo agotamiento del anterior modelo, fundado en el control jerárquico y burocratizado, inaugura un orden global que asume valorizar el saber y la “gestión de la creatividad”. En este contexto analítico, nuestra investigación<sup>20</sup> designa “gerenciamiento sociotécnico” a uno para el cual el saber y la creatividad están densamente anclados en los lineamientos de una política de comunidad y de reconocimiento de la experiencia del profesional.

En el denominado nuevo espíritu del capitalismo, contrariamente al del mundo industrial, la vida social ya no se presentaría según un principio meritocrático-jerárquico cuya promesa de ascenso social se inscribe en el surco de una carrera cuyo valor profesional aparece escindido de todo valor del mundo de la vida cotidiana del trabajador. En este renovado mundo de ética reticular, “el proyecto es la ocasión y pretexto de la conexión [...], es una bolsa de acumulación temporal que, siendo creadora de valor, proporciona

---

20. Cf. con la tercera nota al pie.

un fundamento a la exigencia de hacer que se extienda la red favoreciendo las conexiones” (Boltanski y Chiapello, 2010: 155-156). La “ciudad por proyecto” se constituye como un nuevo sistema de valores, base para la enunciación de juicios, discriminar comportamientos adecuados o excluyentes, evaluar cualidades y actitudes, “legitimar nuevas posiciones de poder y seleccionar aquellos que se verán beneficiados” (Boltanski y Chiapello, 2010: 155-156). Asimismo, se suma a nuestra problemática acerca de la voluntad organizacional temporariamente ordenada en torno a un proyecto, la indicación de que en el capitalismo contemporáneo esta configuración adquiere una modalidad reticular. Un territorio productivo organizado según esta modalidad de proyecto, si ha de responder a imperativos que a veces se denomina “experiencia popular”, aparecería como acumulación de saberes del trabajador, vínculo no tanto heterónomamente instituido, sino autónomo, a la vez que rizomático, no nuclear.

Las diversas facetas de la noción de ética por proyecto, hasta aquí mencionadas, nos conducen a profundizar otra arista de nuestra problemática en este apartado: la de autonomía de organización y ejecución de trabajo humano directo, esto, es, de una particular dimensión poder y subjetivación del trabajo en el capitalismo tardío. Así, una corriente de la sociología francesa actual insiste, por ejemplo, en concebir la relación reconocimiento-autonomía acentuándola, desde el punto de vista del trabajador, como “fuerza de propuestas”, es decir capacidad de influir en la organización del trabajo y sus condiciones de realización. Una autonomía significativa considerada por los asalariados como muestra de una confianza que otorga la jerarquía y que puede, a veces, resultar más valorada que la remuneración.

En muchos sectores, de empresas y servicios, márgenes de autonomía son otorgados a los asalariados, lo que a menudo (aunque no siempre) está aparejado al interés por el trabajo y la motivación que de allí se desprende. Disponer de grados reales de autonomía permite conferir o volver a dar sentido a la actividad ejercida.<sup>21</sup> (Bigi, Cousin, Méda, Sibaud y Wieviorka, 2015: 179-180)

Añadiremos como propuesta metodológica que en la medida en que nuestra investigación se incline a indagar procesos de reconocimiento

---

21. La traducción es nuestra.

deberá estar atenta a tales procesos de significación por los conflictos de interpretación, que presuponen, entre y en torno a la experiencia real o, entre saber que demanda valorización y “saber autorizado y legitimado” que la “otorga”. Si las nuevas formas organizacionales del trabajo valoraron en la empresa privada cierta “descentralización parcial de la toma de decisión” (Zarifian, 1996: 181), un grupo de trabajo no puede considerarse autónomo si no ejerce un poder y asume cierta capacidad de definir y regular la gestión de su actividad. La delegación del poder de decisión siempre es relativa: “la dirección continuará comportándose como detentor y garante de lo ‘global’, es decir de la estrategia de valorización del capital, sobre cuyo contenido ninguna delegación real de poder podría tener lugar. Este terreno político será objeto de compromisos y diálogo” (Zarifian, 1996: 181).

En línea con estas reflexiones la teoría económica señala, recurrentemente, que la ganancia muestra una correlación positiva con la descentralización de las decisiones operacionales. Postulado que apuntaría mejor a la eficacia organizacional, incluso desde el punto de vista democrático y de la calidad del trabajo. Por lo tanto, la pregunta pertinente es ¿por qué las empresas no profundizan este modo de organización más horizontal? La respuesta no distingue, necesariamente, maximización de ganancias de acumulación de poder, es decir, que el sistema capitalista “se funda sobre la explotación, sobre la subordinación: soltar poder a los asalariados puede ser más eficaz a corto plazo, pero a largo plazo, políticamente es peligroso; la estabilidad de la dominación se vería así amenazada” (Coutrot, 2018).

En suma, se deduce de este apartado que el carácter solvente que le quisimos atribuir a la cultura obrera, metodológicamente discernida, se puede declinar en una miríada de dimensiones entre las que enfatizamos la forma proyectual-organizante. A esa variación le introdujimos el interrogante por los modos instituyentes de una voluntad organizacional que se quiere proyectar territorial y reticularmente, haciendo énfasis en la necesidad de contemplar el problema de la autonomía en los procesos organizacionales tanto de gestión privada como los de gestión colectiva.

## **Reflexiones finales**

Habida cuenta de una hipótesis implícita sobre la pertinencia de nuestra problemática para una investigación con base en una comunidad de cultura



socioproductiva densa situada en el distrito de General San Martín<sup>22</sup>, el saber experiencia fue presentado, en este artículo, según una delimitación *territorial* cuyos índices de comprensión, formación y valorización varían según una pregunta por el grado de institucionalización privada o colectiva, a veces denominada “recuperada” por el lenguaje del trabajador. De modo que toda conclusión terminante resultará más bien problemática.

Hemos intentado mostrar cómo ciertos estudios sobre la generación de saber organizante, circunscripto a espacios y procesos a veces poco delimitantes, movilizan una noción de competitividad que excede el usual argumento de dominancia técnica. La valorización del correspondiente saber práctico (tácito) del trabajador habrá de pasar por un proceso de traducción (significante, “transante”) mediante el cual se convierte en saber de utilidad generalizable a la unidad productora y sus entornos reticulares. Su capacidad de eficiencia devendrá acervo común, esto es, valor de co-operación o comunicación orientado a entendimiento entre trabajadores.

De tal forma, la propuesta epistemológica y analítica de este artículo redunda en reconocer mundo de la vida en el mundo del trabajo, difuminando las fronteras instituidas entre experiencia y técnica. No obstante, los puentes entre uno y otro tipo de saber han de entenderse de carácter al menos problemático, si no conflictivo. En este sentido, según nuestras lecturas del ordenamiento actual del capitalismo, todo proceso (político y/o económico) que pretenda instituir saber colectivo “desde abajo”, al reproducirse se reterritorializa, ampliando el imaginario colectivo que lo sustenta. Un proyecto, cual universo de convenciones que, según la experiencia de empresa recuperada aludida, parece delimitar enriqueciendo provisoriamente, lo común del valor de la vida en sociedad.

Lo común del saber experiencia adquiere, en esta palabra final mas no de cierre, una fuerza cultivante, de cultura. En efecto, nuestra investigación

---

22. La mención al partido (distrito) de General San Martín apela en este artículo a dos razones significativas para el tipo de conocimiento que nos interesa construir. En primer lugar, y el recurso al caso de las empresas recuperadas alude a ello tácitamente, San Martín es un distrito reconocido por su fuerte tradición industrial (se lo ha llegado a denominar “la capital de la industria”); lo cual no hace difícil adivinar una cultura socioproductiva heredada en la zona; por otra parte, la fuerte impronta de economía popular, que muchos reconocen en la vida económica y societal local, evita reducir la comprensión de dicha cultura a una relación meramente industrial. Cabe mencionar que San Martín ha sufrido numerosos cierres de fábricas durante y con posterioridad a la crisis del 2001, notorios a simple vista. En segundo lugar, el programa de investigación, del cual este artículo es fruto, encuentra su génesis en una universidad pública que se inscribe en este partido, razón por la cual puede adquirir nuevos sentidos indagar la noción de “territorio” y sus diversas declinaciones, cuando la institución se sigue planteando su rol respecto del siempre debatido “desarrollo industrial”.

sostiene que la construcción *a priori* indeterminada de una cultura industrialista solvente excede su necesario carácter técnico y, quizás, de eficiencia. Sugiere una ampliación a la previsibilidad social y político-organizante que podría ser una de sus condiciones de desarrollo autónomo. En este plano pareciera jugarse el diálogo productivo entre saber de “territorio” y experiencia práctico-política.

## Referencias bibliográficas

- Abal Medina, Paula. 2014: *Ser solo un número más. Trabajadores jóvenes, grandes empresas y activismos sindicales en la Argentina actual*. Buenos Aires: Biblos.
- Argyris, Chris; Putnam, Robert y McLain, Smith Diana. 1985: *Action Science*. San Francisco: Jossey-Bass Publishers.
- Baudelaire, Charles. 2006: “Nouvelles notes sur Edgar Poe”. En: *Nouvelles histoires extraordinaires*, citado en Benjamin, Walter. (1982) 2016: *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Beaud, Stéphane y Pialoux, Michel. 2015: *Repensar la condición obrera. Investigación en las fábricas de Peugeot de Sochaux-Montbéliard*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Bigi, Maëlezig; Cousin, Olivier; Méda, Dominique; Sibaud, Laeticia y Wieviorka, Michel. 2015: *Travailler au XXI<sup>e</sup> siècle. Des salariés en quête de reconnaissance*. París: Robert Laffont.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève. 2010: *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Cortés, Martín. 2015: *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Coutrot, Thomas. 2018: “Travail: ‘Entre profit et pouvoir, le capitalisme préfère le pouvoir’”. Entrevista publicada en *Alternatives économiques*, 12 de julio. Documento electrónico [https://www.alternatives-economiques.fr/travail-entre-profit-pouvoir-capitalisme-prefere-pouvoir/00085030].
- Coutrot, Thomas. 2002: *Critique de l'organisation du travail*. París: La Découverte.
- Dejours, Christophe. 1998: *El factor humano*. Buenos Aires: Lumen.
- Dewey, John. 1949: “Common sense and science”. En Dewey John y Bentley

- Arthur: *Knowing and the Known*. Boston, Beacon Press, pp. 185-190.
- Fernández Álvarez, María Inés. 2007: "De la recuperación como acción a la recuperación como proceso: prácticas de movilización social y acciones estatales en torno a las recuperaciones de fábricas". *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 25, pp. 89-110.
- Gallino, Luciano. 1987: "Informática, trabajo, inteligencia y democracia". En Juan José Castillo (comp.): *La automatización y el futuro del trabajo. Tecnologías, organización y condiciones de trabajo*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. pp. 643-668.
- Godio, Julio. 2001: *Sociología del trabajo y política*. Buenos Aires: Atuel.
- Gramsci, Antonio. 1984: *Cuadernos de la cárcel III*. México: Ediciones Era.
- Gramsci, Antonio. 2013: *Escritos sobre el lenguaje*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Habermas, Jürgen. 1990: *Pensamiento postmetafísico*. Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen. 2010: *Teoría de la acción comunicativa*. Madrid: Trotta.
- Hadot, Pierre. 2007: *Wittgenstein y los límites del lenguaje*. Valencia: Pretextos.
- Hobsbawm, Eric. 2011: "Gramsci". En: *Cómo cambiar el mundo*. Barcelona: Crítica.
- Lave, Jean y Wenger, Etienne. 1991: *Situated learning. Legitimate peripheral participation*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Linhart, Danièle. 1987: "Crisis y trabajo". En Juan José Castillo (comp.): *La automatización y el futuro del trabajo. Tecnologías, organización y condiciones de trabajo*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, pp. 477-508.
- Maurice, Marc; Sellier, François y Silvestre, Jean Jacques. 1987: *Política de educación y organización industrial en Francia y Alemania*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Meghnagi, Saúl. 1992: *Conoscenza e competenza*. Torino: Loescher.
- Meghnagi, Saúl. 1995: "De l'éducation des adultes à la formation des compétences". En Annette Jobert, Marry Catherine y Tanguy Lucie: *Education et travail en Grande-Bretagne, Allemagne et Italie*. París: Armand Colin.
- Míguez, Pablo. 2008: "Las transformaciones recientes de los procesos de trabajo: desde la automatización hasta la revolución informática". *Revista Trabajo y Sociedad*, vol. 10, n.º 11, pp. 1-20.
- Nonaka, Ikujiro y Takeuchi, Hirotaka. 1999: "Introducción". En: *La*

- organización creadora de conocimiento. Cómo las compañías japonesas crean la dinámica de la innovación.* México: Oxford University Press.
- Rebón, Julian. 2005: “Trabajando sin patrón. Las empresas recuperadas y la producción.”. *Documento de Trabajo*, n.º 44, Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Roelens, Nicole. 1989: “La quête, l’épreuve et l’œuvre: la constitution du penser et de l’agir à travers l’expérience”. *Education Permanente, Apprendre par l’expérience*, n.ºs 100-101.
- Rojas, Eduardo. 1999: *El saber obrero y la innovación en la empresa*. Montevideo: OIT-CINTERFOR.
- Rojas, Eduardo. 2017: *El saber teórico y la experiencia popular: la igualdad práctica. Connotaciones y anotaciones chileno-argentinas en el siglo XXI*. Tesis doctoral en elaboración (inédita). Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Argentina.
- Tanguy, L. 1991: *Quelle formation pour les ouvriers et les employés en France? Rapport au Secrétaire d’État à l’enseignement technique*. París: La documentation française.
- Touraine, A. (1963) 1985: “La organización profesional de la empresa”. En Georges Friedmann y Pierre Naville: *Tratado de sociología del trabajo I*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 384-425.
- Zarifian, Philippe. 1996: *Travail et communication. Essai sociologique sur le travail dans la grande entreprise industrielle*. París: Presse Universitaire de France.

## **SOBRE LOS AUTORES**

### **Rocío Arisnabarreta**

Licenciada en Antropología por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, participa del “Grupo de Estudios sobre Cuerpo” dirigido por la doctora Ana Sabrina Mora, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP) y del “Grupo de Estudios sobre Teatro contemporáneo, Política y Sociedad en América Latina”; dirigido por la doctora Lorena Verzero, radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña también como profesora de Antropología en el Instituto de Formación Docente N.º 16 de la ciudad de Saladillo y del Instituto de Formación Docente y Técnica N.º 76 de la ciudad de General Alvear, ambos de provincia de Buenos Aires. Estudiante de la Tecnicatura de Actuación en la Escuela de Teatro en la ciudad de La Plata.

### **Lucas Barreto**

Profesor de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas y licenciado en Ciencias Antropológicas por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Investiga procesos de urbanización en asentamientos y barrios populares de La Matanza, Gran Buenos Aires, prestando especial atención a dimensiones políticas e instancias de organización, demanda y negociación con agentes y agencias de gobierno. Actualmente analiza aspectos vinculados con hábitat popular e ilegalismos.

### **Alioscia Castronovo**

Antropólogo, integrante del grupo de trabajo “Economías populares: mapeo teórico y práctico”, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, es doctor en Antropología Social por el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín, y en Estudios Urbanos, Ingeniería de la Arquitectura y de la Urbanística por la Sapienza Università di Roma. Es autor de artículos y trabajos etnográficos sobre experiencias de autogestión del trabajo y procesos de producción de lo común en las economías populares y empresas recuperadas y participa de espacios de investigación, militancia y comunicación independiente en Europa y América Latina.

### **Adriana Leticia D’Ottavio**

Es licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Sociología de la Cultura por el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín. Docente en la materia Cultura Contemporánea en la Universidad Nacional de Tres de Febrero y en la materia Sociología en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, es autora de varias publicaciones referidas principalmente a la articulación entre memoria y materialidad.

### **Yanina Faccio**

Es licenciada y profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires y diplomada en Antropología Social y Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Actualmente se encuentra realizando su investigación de tesis doctoral en el marco de una beca del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina radicada en el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín, donde además se desempeña como docente en la carrera de Antropología.

## **Nemesia Hijós**

Antropóloga social licenciada por la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires (UBA), y magíster en Antropología Social por el Instituto de Desarrollo Económico y Social y el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín, culminó el doctorado en Ciencias Sociales en la UBA, donde además trabaja como docente *ad honorem* en el Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva de la carrera de Comunicación; y en la Diplomatura de Género y Deporte en la misma casa de estudios. Es becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y miembro de grupos de investigación sobre deporte y género con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Sus áreas de interés son la antropología y sociología del deporte, los procesos económicos y políticos en los clubes deportivos; cuerpo, mercado y consumo en el *running*. Ha publicado diversos artículos de investigación sobre estos temas y otros de divulgación científica en medios nacionales e internacionales.

## **Celina Lanza**

Estudiante avanzada de Antropología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y becaria de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, participa del “Grupo de Estudios sobre Cuerpo”, dirigido por la doctora Ana Sabrina Mora, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP). Se desempeña como guía del Museo de la UNLP y del sitio de memoria Casa Mariani-Teruggi de la ciudad de La Plata.

## **María Laura Ochoa**

Licenciada en Antropología Social y Cultural por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín, sus investigaciones giran en torno a los actores que intervienen en prácticas de consumo a crédito.

### **María Jazmín Ohanian**

Antropóloga por la Universidad de Buenos Aires y magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural por el Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín, donde lleva a cabo su doctorado en Antropología Social. Es becaria del CONICET en el Centro de Investigaciones Sociales, del Instituto de Desarrollo Económico y Social. Allí coordina, junto con Florencia Blanco Esmoris, el grupo de estudio y trabajo “Cosas Cotidianas” (Cultura Material) e integra el proyecto de investigación “Mar de Guerra. Estudios sobre experiencias de soberanía en el conflicto angloargentino de 1982”, del Centro de Antropología Social. Su actual temática de investigación aborda etnográficamente la experiencia de formación de los suboficiales de la Armada Argentina en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y en la actual Escuela de Suboficiales de la Armada (ESSA).

### **Florencia Paz Landeira**

Es becaria doctoral del Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas del CONICET-UNSAM. Integrante del Programa de Estudios Sociales en Género, Infancia y Juventud, del CEDESI (UNSAM) y del Equipo Burocracias, Derechos, Parentesco e Infancia del ICA en la UBA. Es Profesora de Enseñanza Media y Superior en Ciencias Antropológicas (UBA) y doctoranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Es docente de grado en UBA y UNSAM.

### **Paula Posada Campoy**

Licenciada en Comunicación Social con orientación en Planificación y profesora en Comunicación Social (FPyCS/UNLP). Exbecaria de inicio en la investigación del Consejo Interuniversitario Nacional (convocatoria 2016). Docente en materias de la FPyCS/UNLP, integró proyectos de investigación y extensión de la UNLP. Es autora de publicaciones académicas y periodísticas. Da cursos de Migraciones e Interculturalidad en la Escuela Provincial de Derechos Humanos, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires.



## **Alejandra Rodríguez**

Activista transfeminista, educadora e investigadora. Cursó la Licenciatura en Artes Combinadas en la Universidad de Buenos Aires. Realizó estudios de posgrado sobre comunicación, educación y filosofía. Cursó la Maestría en Sociología de la Cultura y el Análisis Cultural del Instituto de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín. Integró la Modalidad Educación en Contextos de Encierro del Ministerio de Educación de la Nación (2007-2012). Es parte del colectivo político YoNoFui, conformado por mujeres, lesbianas, trans y travestis que están privadas de libertad, pasaron por la cárcel o están en situación de vulnerabilidad social.

## **Anaïs Roig**

Licenciada en Sociología (Université Toulouse II) y magíster en Antropología Social (IDES/IDAES, UNSAM). Doctoranda en Sociología (IDAES-UNSAM/LCSP-Université de Paris). Integra el programa de investigación SEPTeSA y el Núcleo sobre Estudios sindicales, nuevas modalidades de trabajo y relaciones laborales en el IDAES (UNSAM), donde se desempeña también como docente. Actualmente, su investigación doctoral se centra en una sociología que busca reconstruir saberes organizacionales, productivos y experienciales en prácticas de cuidado colectivamente organizadas y enmarcadas en la Unión de Trabajadorxs de la Economía Popular (UTEPE).

## **Agustina Zafaronni**

Estudiante avanzada de Antropología en la Universidad Nacional de La Plata, participa del “Grupo de Estudios sobre Cuerpo”, dirigido por la doctora Ana Sabrina Mora, radicado en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP). También estudia Música Popular en la misma casa de estudios.

## **SOBRE LOS COMPILADORES**

### **Lucía de Abrantes**

Es licenciada en Socióloga por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA), magíster en Antropología Social por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), becaria y doctoranda en Antropología Social por la Universidad Nacional de San Martín (IDAES/UNSAM). Investiga, desde una perspectiva etnográfica, problemáticas vinculadas a los territorios no metropolitanos. Particularmente, explora la tensión que se extiende entre lo urbano y lo rural, y la agencia de las temporalidades –estacionales, rítmicas y cronológicas– en la configuración espacial de ciudades turísticas. Además, es docente universitaria de la UNSAM y participa activamente del programa “Migraciones y Transformaciones Sociales en Aglomeraciones Medianas y Pequeñas” radicado en esa universidad.

### **María Florencia Blanco Esmoris**

Es licenciada en Sociología (IDAES-UNSAM), diplomada en Políticas Públicas y OSCC (ICO-UNGS) y doctoranda en Antropología Social (IDAES-UNSAM). Es becaria de finalización doctoral de CONICET con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS-IDES/CONICET). Asimismo, es docente en la UNSAM, UBA y UB. Sus tópicos de investigación se ubican en la intersección entre los estudios sobre clases sociales, la vivienda y la materialidad. Es integrante del Núcleo de Intimididades, Política y Sociedad (NESIPS) (IDAES-UNSAM).

### **Hernán Eduardo Confino**

Es doctor en Historia (IDAES/UNSAM-CONICET) y profesor de enseñanza media y superior en Historia (UBA). Es becario posdoctoral de CONICET y docente en el IDAES/UNSAM. Se dedica a investigar sobre historia reciente argentina y del Cono Sur, y sus temas de interés comprenden el estudio de las militancias de las décadas de 1960 y 1970, la represión estatal y paraestatal y la historia del último exilio político argentino. Es integrante del Centro de Estudios en Historia e Historia del Arte del IDAES/UNSAM y de la Red de Estudios sobre la Represión y la Violencia Política (RER).

### **Rodrigo González Tizón**

Es doctor en Historia (IDAES/UNSAM-CONICET) y profesor de enseñanza media y superior en Historia (UBA). Actualmente, se desempeña como Coordinador de Investigaciones Históricas del Archivo Nacional de la Memoria. Sus investigaciones se inscriben en el campo de la historia reciente. Entre sus tópicos de interés se incluyen la represión estatal y paraestatal en la Argentina y el Cono Sur durante las décadas de 1970 y 1980, las redes transnacionales de derechos humanos y el activismo político de los sobrevivientes de los centros clandestinos de detención. Es, además, integrante del Centro de Estudios en Historia e Historia del Arte del IDAES/UNSAM y de la Red de Estudios sobre la Represión y la Violencia Política (RER).

### **Anaclara Raffaele**

Magíster en Ciencia Política (IDAES/UNSAM), licenciada en Sociología (UNLP) y doctoranda en Ciencias Sociales (UBA), actualmente se desempeña como Coordinadora de Investigación y Gestión de Datos del Consejo Provincial de Educación y Trabajo de la Provincia de Buenos Aires. Es docente en la Universidad de la Patagonia Austral e integrante del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia (UNPSJB) y del Centro de Estudios Sociales (IDAES/UNSAM). Sus áreas de interés se vinculan al estudio de las identidades políticas y los procesos de provincialización en la

historia argentina del siglo XX desde una perspectiva sociológico política de las identidades.

### **Juliana Verdenelli**

Es Licenciada en Sociología (USAL), magíster en Antropología Social (FLACSO) y doctoranda en Antropología Social (IDAES/UNSAM). Integra el Núcleo de Estudios Antropológicos sobre Danza, Movimiento y Sociedad (IDAES-UNSAM) y el Grupo de Estudio sobre Cuerpo (IdIHCS-UNLP). Sus intereses de investigación abarcan la antropología de la danza y el movimiento humano, los procesos creativos, los estudios sobre performance, género y sexualidad. Se desempeña como docente universitaria del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

